This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 5253 2.5(2)

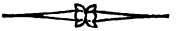
SAL 5253.2.5(2)

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

MISCELANEA

HISTÓRICA I LITERARIA



TOMO SEGUNDO.

LITERATURA I DIDÁCTICA.

MISCELANEA

HISTÓRICA I LITERARIA

POR

J. V. LASTARRIA.

VALPARAISO:

IMPRENTA DE "LA PATRIA," CALLE DE LA ADUANA Nº 90.

1868.

SAL5253.2.5

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

DISCURSO DE INCORPORACION

a una sociedad literaria de Santiago, pronunciado en la sesion del 3 de mayo de 1842.

Quand nous ne sommes plus, notre ombre a des autels,
Où le juste avenir prépare à ton génie
Des honneurs immortels.

LAMARTINE.

SEÑORES:

Al presentarme por primera vez ante vosotros, me siento profundamente conmovido por la sincera gratitud que encendísteis en mi pecho al señalarme como uno de vuestros compañeros, con el honroso título de Director de vuestra sociedad; pero esta conmocion es algo mas que de gratitud, no debo ocultároslo, es tambien de temor, de vergüenza, porque no me siento bastante fuerte para soportar en mis sienes el laurel que me habeis echado; lo digo sin afectacion. Todo lo espero del entusiasmo que ha despertado en mí vuestra dedicacion, tan digna de elojio, tan nueva entre nosotros. Sí, señores; vuestra dedicacion es una novedad, porque os conduce hasta formar una academia para poner en contacto vuestras intelijencias, para seros útiles recíprocamente, para manifestar al mundo que ya nuestro Chile empieza a pensar en lo

que es i en lo que será. En efecto, el ruido de las armas ha cesado en nuestro suelo; la anarquía desplegó sus alas espantosas i salvó los Andes; la paz, coronada de fresca oliva, ha venido en su lugar, i bajo su amparo ha despertado nuestra amada patria del letargo en que la dejó el violento esfuerzo que hizo para sacudir el yugo i presentarse triunfante a la faz de las naciones. Me parece que la veo echar ahora una mirada de dolor a lo pasado, i dar un hondo suspiro al no encontrar mas que cadenas destrozadas en un charco de sangre, i un espantoso precipicio, del cual se ve libre como por encanto: la oigo decir, ya llegó el tiempo en que debo hacerme digna del puesto que ocupo; pero no podré afianzarme, la sangre de mis hijos estará siempre humeante atestiguando que nada he hecho para aprovechar su sacrificio, si no ciego esa hondonada que se desprende a mis plantas: ahí está la ignorancia, cien bocas abre para mí, debo aniquilarla, soterrarla para siempre!

Ya veis, señores, que Chile, así como las demas repúblicas hermanas, se ha encontrado de repente en una elevacion a que fué impulsado por la lei del progreso: por esa lei de la naturaleza que mantiene a la especie humana en un perpetuo movimiento espansivo que, a veces violento, arrastra en sus oscilaciones hasta a los pueblos mas añejos i mas aferrados a lo que fué. Pero el nuestro ha sido trasportado a un terreno que le era desconocido, en el cual ha estado espuesto a perderse sin remedio, porque las semillas preciosas no prenden en un campo inculto: nuestros padres no labraron el campo en que echaron la democracia, porque no pudieron hacerlo; se vieron for-

zados a ejecutar sin prepararse; pero la jeneracion presente, mas bien por instinto que por convencimiento, se aplica a cultivarlo; parece que se encamina a completar la obra. Todos conciben que necesitan promover sus intereses personales, acometen la empresa que los ha de engrandecer i que ha de dar a la nacion el apoyo que en su concepto necesita, el de la *riqueza;* se improvisan soberbias asociaciones para ensanchar el comercio, para desentrañar los tesoros que esconde la naturaleza en el seno de los Andes, sociedades filantrópicas para protejer la agricultura i anonadar los obstáculos que embarazan su marcha. Pero la riqueza, señores, nos dará poder i fuerza, mas no libertad individual; hará respetable a Chile i llevará su nombre al orbe entero; pero su gobierno estará bamboleándose, i se verá reducido a apoyarse por un lado en bayonetas, por el otro en montones de oro, i no será el padre de la gran familia social, sino su señor; sus siervos esperarán solo una ocasion para sacudir la servidumbre, cuando si fueran sus hijos la buscarian para amparar a su padre. Otro apoyo mas quiere la democracia: el de la *ilustracion.* La democracia, que es la libertad, no se lejitima, no es útil ni bienhechora, sino cuando el pueblo ha llegado a su edad madura, i nosotros somos todavía adultos. La fuerza que debiéramos haber empleado en llegar a esa madurez, que es la ilustracion, estuvo ocupada tres siglos en satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada, i mas tarde en destrozar cadenas i en constituir un gobierno independiente. A nosotros toca volver atras para llenar el vacío que dejaron nuestros padres, para hacer mas consistente su obra, para no

dejar enemigos que vencer, i seguir con planta firme la senda que nos traza el siglo.

Pues bien, vosotros habeis comprendido esta necesidad, vosotros que sin guia, sin amparo, sacándolo todo de vuestro solo valor, os congregais para ilustraros e ilustrar con vuestros trabajos; vosotros que, me parece, habeis dicho en Chile a los hombres de luces, que eso debian haber practicado tiempo há, reunirse para comunicarse i ordenar un plan de ataque contra los vicios socialos, a fin de hacerse dignos de la independencia que a costa de sangre nos legaron los héroes de 1810; reunirse en torno de esa democracia que milagrosamente vemos entronizada entre nosotros; pero en un trono cuya base carcomida por la ignorancia, se comueve al mas lijero soplo de las pasiones i casi se desploma, llevando en su ruina nuestras mas caras esperanzas. Os doi el parabien, señores, i mui sinceramente me glorío de ser vuestro compañero, porque habeis acertado en asociaros para satisfacer una necesidad social. Vosotros teneis mis ideas i convenis conmigo en que nada será Chile, la América toda, sin las luces. Me llamais para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros ántes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de proponernos para cultivarla, i tambien sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo. Porque, señores, no debemos pensar solo en nosotros mismos, quédese el egoismo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones i preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos te-

nido la fortuna de recibir una mediana ilustracion, pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en la marcha social para que nuestros hijos le vean un dia feliz, libre i poderoso.

Se dice que la literatura es la *espresion de la sociedad*, porque en efecto es el resorte que revela de una manera la mas esplícita las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas i pasiones, los gustos i opiniones, la relijion i las preocupaciones de toda una jeneracion. Forman el teatro en que la literatura despliega sus brillantes galas, la cátedra desde donde anuncia el ministro sagrado las verdades civilizadoras de nuestra divina relijion i las conminaciones i promesas del Omnipotente; la tribuna en que defiende el sacerdote del pueblo los fueros de la libertad i los dictados de la utilidad jeneral; el asiento augusto del defensor de cuanto hai de estimable en la vida: el honor, la persona, las propiedades i la condicion del ciudadano; la prensa periódica, que ha llegado a hacerse el ajente mas activo del movimiento de la intelijencia, la salvaguardia de los derechos sociales, el azote poderoso que arrolla a los tiranos i los confunde en su ignorancia. La literatura, en fin, comprende entre sus cuantiosos materiales, las concepciones elevadas del filósofo i del jurista, las verdades irrecusables del matemático i del historiador, los deshagos de la correspondencia familiar i los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta (1).

Pero ¿cuál ha sido, cuál es en el dia nuestra litera-

(1) ARTAUD.

tura? ¿A dónde hallarémos la espresion de nuestra sociedad? ¿el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante; pero así como rompe con audacia su vuelo la simple avecilla, despues del espanto que le causa la esplosion mortífera del arcabuz del cazador, romperémos nuestra marcha despues del terrible desengaño que nos causa la idea de nuestra nulidad, cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos. Apénas ha amanecido para nosotros el 18 de setiembre de 1810, estamos en la alborada de nuestra vida social, i no hai un recuerdo tan solo que nos halague, ni un lazo que nos una a lo pasado ántes de aquel dia. Durante la colonia no rayó jamas la luz de la civilizacion en nuestro suelo. ¡I cómo habia de rayar! La misma nacion que nos encadenaba a su pesado carro triunfal permanecia dominada por la ignorancia i sufriendo el poderoso yugo de lo absoluto en política i relijion. Cuando la España comenzó a perder los fueros i garantías de su libertad, cuando principió a erijir en crímen el cultivo de las bellas artes i de las ciencias, que no se presentaban guarnecidas con los atavíos embarazosos del escolasticismo, i el Santo Oficio a perseguir de muerte a los que propalaban verdades que no eran las teolójicas, entónces, señores, empezó tambien a cimentarse en Chile el dominio del conquistador. Los Felipes, tan funestos a la humanidad como a la civilizacion, por su brutal i absurdo despotismo; Cárlos II, con su imbecilidad i acendrado fanatismo, los Fernandos i Cárlos que le sucedieron, tan obstinados defensores de su poder discrecional i de la autoridad

espantosa del mónstruo de la inquisicion que los sostenia, al mismo tiempo que los amedrentaba: tales fueron los monarcas, bajo cuyo ominoso cetro trascurrió tres siglos Chile, siempre ignorante, siempre oprimido i vejado. "Bajo el sistema de despotismo razonado, dice un juicioso observador, que estableció en sus antiguas posesiones americanas el gabinete de Madrid, guardaba todo el mas estrecho enlace: agricultura, industria, navegacion, comercio, todo estaba sujeto a las trabas que dictaba la ignorancia o la codicia a una administracion opresora i estúpida. Mas no bastaba privar a los americanos de la libertad de accion, si no se les privaba tambien de la del pensamiento. Persuadidos los dominadores de que nada era tan peligroso para ellos como dejar desenvolver la mente, pretendieron mantenerla encadenada, desviándonos de la verdadera senda que guia a la ciencia, menospreciando i aun persiguiendo a los que la cultivaban." De suerte, señores, que nuestra nulidad literaria es tan completa en aquellos tiempos, como lo fué la de nuestra existencia política.

Pedro de Oña, que segun las noticias de algunos eruditos, escribió a fines del siglo XVI dos poemas de poco mérito literario, pero tan curiosos como raros en el dia; el célebre Lacunsa, Ovalle, el historiador i el candoroso Molina, que ha llegado a granjearse un título a la inmortalidad con la historia de su patria, son los cuatro conciudadanos, i quizá los únicos de mérito que puedo citaros como escritores; pero sus producciones no son timbres de nuestra literatura, porque fueron indíjenas de otro suelo i recibieron la influencia de preceptos estraños. Desde

1810 hasta pocos años a esta parte, tampoco hallo obra alguna que pueda llamarse nuestra i que podamos ostentar como característica; muchos escritos de circunstancias, sí, partos de varios claros injenios americanos i chilenos, entre los cuales descuella el ilustrado i profundo Camilo Henriquez, cuyas bellas producciones manifiestan un talento despejado i un corazon noble, entusiasta i jeneroso. De los últimos años no puedo dejar de citaros, entre las numerosas producciones de nuestra prensa, dos obras didácticas que harán época en nuestros fastos literarios, no porque sean la muestra de una literatura vigorosa i nacional, sino por la revolucion que han iniciado en las ideas, i porque prueban el jenio, erudicion i laboriosidad de sus autores: la *Filosofía del espíritu humano*, que es el reverso del peripato, uno de los primeros destellos de la razon ilustrada en Chile, con cuya aparicion data la época de nuestra rejeneracion mental: los *Principios de derecho de jentes*, que nos han hecho mirar con interes i seriedad los altos dogmas de la ciencia que fija las relaciones recíprocas de los pueblos que habitan la tierra. Otros varios tratados elementales han aparecido, entre los cuales hai algunos dignos del mayor elojio, ya por el acierto de su ejecucion, ya por las útiles reformas que han pretendido introducir en el aprendizaje. Nuestra prensa periódica, a pesar de hallarse detenida por los infinitos inconvenientes que se le oponen a un pueblo en sus primeros ensayos, no deja de contar una que otra produccion importante que ha merecido la aprobacion de los intelijentes. Pero todo esto no debe envanecernos, cuando mas prueba que hai entre nosotros quienes

trabajan por la difusion de las luces, i no que poseamos ya una literatura que tenga sus influencias i su carácter especial. Mui reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito, mui poco hemos hecho todavía por las letras; me atrevo a deciros que apénas principiamos a cultivarlas. Pero es de hacer justicia al fuerte anhelo que todos muestran por la educacion: numerosa es la juventud que con ansia recibe los preceptos de la sabiduría, i ya la patria pierde tiempo si no allana los obstáculos que entorpecen el provecho que puede sacar de tan laudable aplicacion. Todavía entre nosotros no hai un sistema de educacion, los métodos adolecen de errores i defectos que la época moderna tilda con un signo de reprobacion i de desprecio casi infamante. Por eso veis, señores, multitud de chilenos ilustrados i dignos de mejor suerte, agolparse a la entrada del santuario de la literatura, todos con el empeño de penetrar en él i de perseguir la gloria; mas todos detenidos, o porque carecen de aquel tino que una educacion esmerada o los conocimientos bien adquiridos infunden en el alma, o porque los arredra el infortunio, que siempre espanta a la imajinacion cuando el pecho está vacío de esperanzas i de estímulos. Pero vosotros, creo, os sentis valientes, i por eso os anuncio que necesitais todavía de muchos esfuerzos para alcanzar vuestro objeto: será para otros la utilidad i para vosotros la gloria: este divino sentimiento i la patria que nos dió el ser, merecen nuestros sacrificios.

No perdais jamas de vista que nuestros progresos futuros dependen enteramente del jiro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este

es el momento crítico para nosotros. Tenemos un deseo, mui natural en los pueblos nuevos, ardientes, que nos arrastra i nos alucina: tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilizacion, i de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias i de las artes, de esas naciones envejecidas en la esperiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilizacion europea. Mas no nos apresuremos a satisfacerlo; tenemos mil arbitrios para ello; i el que se nos ofrece mas a mano es el de la imitacion, que tambien es el mas peligroso para un pueb'o, cuando es ciega i arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez esta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencias que han detenido nuestra marcha social, haciendo derramar torrentes de lágrimas i de sangre en el suelo hermoso i virjinal de la América española. ¡Ah, señores, qué penoso es para las almas jóvenes no poderlo crear todo en un momento! pero los grandes bienes sociales no se consiguen sino a fuerza de ensayos. Bien pueden ser ineficaces para conseguir nuestra felicidad los instrumentos que poseemos, pero su reforma no puede ser súbita; resignémonos al pausado curso de la severa esperiencia, i dia vendrá en que los chilenos tengan una sociedad que forme su ventura i en que estén incrustadas fuertemente las raices de la relijion i de las leyes, de la democracia i de la literatura. A nosotros está encargada esta obra interesante, i es preciso someterla a nuestros alcances.

Mas concretando estas observaciones a nuestro asunto, ¿de qué manera podrémos ser prudentes en

la imitacion? Preciso es aprovecharnos de las ventajas que en la civilizacion han adquirido otros pueblos mas antiguos, esta es la fortuna de los americanos. ¿Qué modelos literarios serán, pues, los mas adecuados a nuestras circunstancias presentes? Vastos habian de ser mis conocimientos, i claro i atinado mi juicio para resolver tan importante cuestion; pero llámese arrogancia o lo que se quiera, debo deciros que mui poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos esclusivamente propia, debe ser enteramente nacional. Hai una literatura que nos legó la España con su relijion divina, desfigurada por el fanatismo, con sus pesadas e indijestas leyes, con sus funestas i antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaron a la Península, comenzó a tomar otro tinte mui diverso nuestra nacionalidad: "nada hai que obre una mudanza mas grande en el hombre que la libertad, dice Villemain, ¡qué será pues en los pueblos!" Es necesario que desarrollemos nuestra revolucion i la sigamos en sus instintos civilizadores, en esa marcha peculiar que le dá un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios i las tendencias de aquella literatura. Debo presentaros sobre ella mas bien que mis pobres ideas, el juicio de un español que en nuestros dias se ha formado una reputacion por su talento elevado, el cual se espresa de este modo, hablando de su patria: "En España causas locales atajaron el progreso intelectual, i con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades,

añadió a la tiranía relijiosa la tiranía política; i si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático, investigador, filosófico; en una palabra, *útil i progresivo*. La imajinacion sola debia prestar mas campo a los poetas que a los prosistas: así que aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar (1)." Con efecto, señores, si buscais la literatura española en los libros científicos, en los históricos, en el dilatadísimo número de escritores místicos i teolójicos que cuenta aquella nacion, en el teatro mismo, casi siempre la hallareis retrógrada, sin filosofía i muchas veces sin criterio. Es verdad que en ocasiones luce en ellos algun rasgo del atinado injenio español; pero siempre a manera de aquellos lampos efímeros que momentáneamente alteran las tinieblas de una noche borrascosa; sus bellas producciones son frutos escondidos que no es posible descubrir sino desbastando el ramaje del árbol que los contiene. De los mejores autores, dice el citado, que se ofrecen mas bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época. La poesía, empero, ofrece relevantes muestras de talentos fecundos i eruditos, de pasajes sublimes, bellos i filosóficos; mas necesitais de trabajo i tino para hallarlos i para sacar de ellos el producto.

Con todo, no penseis, señores, que me estiendo al suscribir a estos conceptos, sobre la literatura de

(1) Larra.

nuestros conquistadores, hasta llegar a mirar en ménos su hermoso i abundante idioma. ¡Ah! no: este fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron sin pensarlo. Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española mas que insípidos i pasajeros placeres i deslumbrados por los halagos lisonjeros de la moderna francesa, han creido que nuestra emancipacion de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua i formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea mas propia, que represente nuestras necesidades, nuestros sentimientos. I llenos de admiracion, seducidos por lo que les parece orijinal en los libros del Sena, creen que nuestro lenguaje no es bastante para esprimir tales conceptos; forman o introducen sin necesidad palabras nuevas; dan a otras un sentido impropio i violento, adoptan jiros i construcciones exóticas, contrarias siempre a la índole del castellano, despreciando así la señalada utilidad que podriamos sacar de una lengua cultivada i esponiéndose a verse de repente en la necesidad de cultivar otra nueva, i talvez inintelijible. Huid, señores, de semejante contajio, que es efecto de un estraviado entusiasmo.

Mucha verdad es que las lenguas varían en las diversas épocas de la vida de los pueblos; pero los americanos ofrecemos en esto un fenómeno curioso: somos infantes en la existencia política, i poseemos una habla que anuncia los progresos de la razon, rica i sonora en sus terminaciones, sencilla i filosófica en su mecanismo, abundante, variada i espresiva en sus frases i modismos, descriptiva i propia como ninguna (1).

(1) Mora.

Nuestros progresos principian, i por mucho que nos eleve el impulso progresivo de la época presente, siempre tendremos en nuestro idioma un instrumento fácil i sencillo que emplear en todas nuestras operaciones, un ropaje brillante, que convendrá a todas las formas que tomen nuestras facciones nacionales. Estudiad esa lengua, señores, defendedla de los estranjerismos, i os aseguro que de ella sacareis siempre un provecho señalado, si no sois licenciosos para usarla, ni tan rigoristas como los que la defienden tenazmente contra toda innovacion, por indispensable i ventajosa que sea. Os interesa, pues, emprender la lectura de sus clásicos, i penetrar en la historia de la literatura a fin de saber apreciarlos i conocer esa poesía, que vereis, valiéndome de la espresion de un crítico, espresiva en su infancia, natural i sencilla, pero ruda, pobre i trivial; despues grave, docta i sonora, hasta dejenerar en afectada, pedantesca i enigmática; i por fin, grande, majestuosa i sublime, armoniosa i dulce, hasta acabar por hinchada, estrepitosa i sutil. De Garcilaso aprendereis a espresar vuestras ideas i sentimientos apasibles con candor i amable naturalidad; de La Torre, Herrera i Luis de Leon imitareis la nobleza, nervio i majestad; de Rioja el estilo descriptivo i la vehemencia del lenguaje sentencioso i filosófico. Descended a los prosistas, Mendoza, Mariana i Solis os enseñarán la severidad, facundia i sencillez del estilo narrativo; Granada, la inimitable dulzura de su habla para espresar las verdades eternas i el idealismo del cristiano, i por fin, el coloso de la literatura española os asombrará con su grandilocuencia i con las orijinales graciosidades de su *Hidalgo*. Es-

tudiad tambien a los modernos escritores de aquella célebre nacion, i hallareis en ellos el antiguo romance castellano hecho ya el idioma de la razon culta i capaz de significar con ventaja los mas elevados conceptos de la filosofía i los mas refinados progresos del entendimiento del siglo XIX.

Una vez que hayais aventajado en esta indispensable preparacion, creo que ya estareis capaces de recibir las influencias de la literatura francesa, de esa literatura que sojuzga la civilizacion moderna, de la cual ha dicho uno de sus campeones del presente dia, estas notables palabras: "Desde la muerte del gran Goethe el pensamiento aleman se ha cubierto otra vez de sombra; desde la muerte de Byron i de Walter Scott, la poesía inglesa se ha estinguido; i a esta hora no hai en el universo mas que una literatura encendida i viviente, que es la literatura francesa. De Petersburgo a Cádiz, de Calcuta a Nueva York, no se leen mas que libros franceses: ellos inspiran al mundo"... (1). No podemos escusarnos de reconocer esta verdad, pero es cordura no dejarse deslumbrar por su esplendor: veremos de qué manera deben inspirarnos esos libros franceses tan poderosos. Tres épocas de triunfo ha tenido la literatura de Francia, las cuales han sido caracterizadas por otras tantas escuelas, que sin ser iguales entre sí, llevan impreso cierto aire de familia que ha causado graves equivocaciones. La dominante en el siglo XVII, que habia sido formada, segun el respetable Villemain, bajo las influencias de la relijion, de la antigüedad i de la

(1) Hugo.

monarquía de Luis XIV; la dominante en el siglo XVIII, en la cual por el contrario influyeron, a juicio del mismo sabio, la filosofía escéptica, la imitacion de las literaturas modernas i la reforma política; por fin, la que en nuestros dias se ostenta triunfante i rejeneradora, la cual a mi entender está dominada por el vigoroso i saludable influjo del cristianismo, de la filosofía i de la democracia, o en una palabra sola, por la perfectibilidad social. Las dos primeras, sin embargo de su diferencia, tienen entre sí tal consonancia que pudieramos considerarlas como una sola; i en efecto, Villemain dice que esas dos épocas tienen sus puntos de contacto, i que los talentos de la una han tenido algunos caracteres de la otra. Como quiera, señores, creo que ámbas escuelas no merecen nuestro estudio, sino en cuanto son dignas de la curiosidad del literato, porque pertenecen a la historia de los progresos del entendimiento humano; pero nada considero ménos adecuado a nuestras circunstancias que la literatura de esos tiempos, i de consiguiente nada tampoco ménos digno de nuestra imitacion. No obstante las diversas causas influentes en aquellas escuelas, señaladas por el ilustre profesor, permítaseme agregar que todavía hai otra mas universal que sirve como de eslabon para ligarlas; tal es aquel aire de afectacion empalagosa que las domina, conforme al gusto disciplinado de esas épocas, segun las conveniencias, usos i espíritu de cuerpo que ligaban a los palaciegos i demas jente de tono de la corte francesa de entónces. Aquel gusto dictaba una crítica severa i absoluta, egoista, si puedo decirlo, que condenaba sin recurso todos los arranques de la fantasía,

por naturales que fueran, cuando no agradaban al rei i a las damas cortesanas, i que encadenaba el espíritu, forzándole al escepticismo relijioso i a la finura i lijereza de convencion. Todos los grandes injenios de aquellos dos siglos se vieron arrastrados por tal influencia i le tributaron ciego homenaje en sus producciones. Ni el severo i profundo Montesquieu pudo salvarse del contajio: el autor del *Espíritu de las leyes*, de esa obra inmortal, escribió tambien las *Cartas Persianas*. La república literaria entónces era una monarquía absoluta que estendió su predominio moral a toda la Europa, i hasta nuestros dias: hizo mas, invadió las rejiones del Nuevo Mundo, i propagó aquellos principios exajerados i quiméricos de la rejeneracion política. (1) Curioso es investigar las causas de tamaño prodijio, pero mi objeto no me permite demorarme en ello.

Empero, la época ha variado, el tiempo con su mano de bronce ha venido a despertar a los hombres para hacerlos mas racionales i positivos, para encaminarlos por otro sendero mas espacioso. La literatura moderna sigue el impulso que le comunica el progreso social, i ha venido a hacerse mas filosófica, a erijirse en intérpetre de ese movimiento. "La crítica, dice el juicioso Artaud, ha llegado a ser mas libre, hoi que los autores se dirijen a un público mas numeroso i mas independiente, i por consecuencia debe tomar otra bandera; su divisa es *la verdad*; la regla de

(1) Alude a los sueños de Rousseau, Mably i de otros filósofos políticos que no comprendieron ni al hombre ni a la sociedad, i que sin embargo influyeron poderosamente en los estravíos de la revolucion de 89.

sus juicios *la naturaleza humana:* en lugar de detenerse en la forma esterna, solo debe fijarse en el fondo. En vez de juzgar las obras del poeta i del artista únicamente por su conformidad con ciertas reglas escritas, espresion jeneralizada de las obras antiguas, se esforzará en penetrar hasta lo íntimo de las producciones literarias i en llegar hasta la idea que representan. La verdadera crítica confrontará contínuamente la literatura i la historia, comentará la una por la otra i comprobará las producciones de las artes por el estado de la sociedad. Juzgará las obras del artista i del poeta, comparándolas con el modelo de la vida real, con las pasiones humanas i las formas variables de que puede revestirlas el diverso estado de la sociedad. Deberá tomar en cuenta, al hacer tal exámen, el clima, el aspecto de los lugares, la influencia de los gobiernos, la singularidad de las costumbres i todo lo que pueda dar a cada pueblo una fisonomía orijinal; de este modo la crítica se hace contemporanea de los escritores que juzga, i adopta momentaneamente las ideas, los usos, las preocupaciones de cada país, para penetrar mejor su espíritu"..... En esta definicion que acabais de oir, señores, teneis delineados con vivos coloridos los caracteres de la moderna literatura francesa, caracteres que se divisan ya adoptados en la española i que mas tarde se verán en la americana. La Francia ha levantado la enseña de la rebelion literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigorosas i mezquinas reglas que ántes se miraban como inalterables i sagradas; le ha dado por divisa *la verdad i le ha señalado la naturaleza humana* como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en

esto merece nuestra imitacion. Fundemos pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del jenio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las mas veces propios para encadenar el entendimiento; sacudamos esas trabas i dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvideis, con todo, que la libertad no existe en la licencia, este es el escollo mas peligroso: la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad i la moderacion, porque ella en literatura no es mas que la independencia del espíritu, para comprender la verdad, exenta, de errores i estravíos. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del jenio, no es mi ánimo inspiraros aversion por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la espresion misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razon, contra la moral i contra todo lo que pueda haber de útil i progresivo en la literatura de un pueblo.

Debo deciros, pues, que leais los escritos de los autores franceses de mas nota en el dia; no para que los copieis i trasladeis sin tino a vuestras obras, sino para que aprendais de ellos a pensar, para que os empapeis en ese colorido filosófico que caracteriza su literatura, para que podais seguir la nueva senda i retrateis a lo vivo la naturaleza. Lo primero solo seria bueno para mantener nuestra literatura con una existencia prestada, pendiente siempre de lo exótico, de lo que ménos convendria a nuestro ser. No, señores, fuerza es que seamos orijinales; tenemos dentro

de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la espresion auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntareis qué pretendo decir con esto, i os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posée, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor miéntras sea mas popular. Es preciso que la literatura no sea el esclusivo patrimonio de una clase privilejiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entónces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacerse hablar a todos los sentimientos de la naturaleza humana i reflejar todos los principios de la rejeneracion social i todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí de sus efectos.

No puedo resistir al deseo de copiaros aquí los injeniosos pensamientos con que el mismo autor desarrolla su doctrina. "Puede considerarse, dice, que la literatura es como el gobierno: el uno i la otra deben tener sus raices en el seno mismo de la sociedad, a fin de sacar de él continuamente el jugo nutritivo de la vida. Es necesario que la libre circulacion de las ideas ponga en contacto al público con los escritores, así como es preciso que una comunicacion activa aferre los poderes a todas las clases sociales. De este modo las necesidades, las opiniones, los sentimientos del mayor número podrán a cada momento hacerse campo, manifestarse i refluir sobre los que

toman la alta mision de ilustrar los espíritus o de dirijir los intereses jenerales. ¡Desgraciada la literatura! ¡Ai de los gobiernos que se colocan fuera de la nacion o que al ménos solo se dirijen a clases privilejiadas i no corresponden sino a un menguado número! Interiormente ajitado de un principio de vida que no se contiene jamas, el jénero humano prosigue siempre en marcha, las academias i los gobiernos quedan estacionarios, se atrasan: pronto llega un momento en que la disposicion de los espíritus i las opiniones jeneralmente adoptadas no estan ya de acuerdo con las instituciones i con las costumbres, entónces es preciso renovarlo todo: esta es la época de las revoluciones i de las reformas. La literatura debe pues dirijirse a todo un pueblo, representarlo todo entero, así como los gobiernos deben ser el resúmen de todas las fuerzas sociales, la espresion de todas las necesidades, el representante de todas las superioridades: con estas condiciones solo puede ser una literatura verdaderamente *nacional*."

Seguid estos preceptos, que son los del progreso i los únicos que pueden encaminaros a la meta de vuestras aspiraciones. No hai sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad mas imperiosa de ser orijinales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares i nada tienen de comun con las que constituyen la orijinalidad de la del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece vírjen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el jenio de sus hijos esplote los veneros inagotables de belleza con que le

brinda. ¡Qué de recursos ofrecen a vuestra dedicacion las necesidades sociales i morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres i sus sentimientos, su rejeneracion i su porvenir! Su ilustracion tan solo os presenta materiales tan abundosos, que bastarian a ocupar la vida de una jeneracion entera; ahora nuestra relijion, señores, contiene en cada pájina de sus libros sagrados un tesoro capaz de llenar vuestra ambicion. Principiad, pues, a sacar el provecho de tan pingües riquezas, a llenar vuestra mision de utilidad i de progreso; escribid para el pueblo, ilustradlo, combatiendo sus vicios i fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heróicos, acostumbrándolo a venerar su relijion i sus instituciones; así estrechareis los vínculos que lo ligan, le hareis amar a su patria i lo acostumbrareis a mirar siempre unidas su libertad i su existencia social. Este es el único camino que debeis seguir para consumar la grande obra de hacer nuestra literatura nacional, útil i progresiva.

No tengo la presuncion de aconsejaros, porque ni mis conocimientos, ni mis aptitudes me dan título alguno para ello: me contento con presentaros en este lijero cuadro mis ideas, apoyadas en la opinion de los sabios escritores que he citado, así las habreis escuchado con mas atencion. Yo no puedo mas que acompañaros en vuestras tareas, para participar de la gloria que vais a granjearos con acometer la empresa de rejenerar nuestra literatura. Mútuamente nos ausiliarémos; por el solo hecho de reunirnos hemos contraido con la sociedad un empeño sacrosanto; arrostrémoslo todo por cumplirlo, no sea que las

jeneraciones futuras i las presentes nos acusen de haber perdido la ocasion que se nos ofrece para elevar a nuestra patria al engrandecimiento que sus recursos le preparan.

ESTUDIO

SOBRE

LOS PRIMEROS POETAS ESPAÑOLES.

SEGUNDA EDICION.

ESTUDIO

SOBRE

LOS PRIMEROS POETAS ESPAÑOLES.

ADVERTENCIA.

En 1837 i 38, el autor habia redactado, bajo la direccion de D. Andres Bello, un *Cuadro Jeneral de la literatura española*, que le servia de testo para las lecciones orales de historia de la literatura que daba por via de esplicacion, en su clase; i habiéndose estraviado la mayor parte del manuscrito, por consecuencia de viscisitudes políticas en 1850 i 51, publicó por primera vez este fragmento, que se habia salvado, en la *Miscelanea Literaria* que dió a luz don Santos Tornero, en Valparaiso, el año de 1855. Este fragmento no tiene mérito alguno, puesto que no contiene otra cosa que una esposicion de los juicios i opiniones de los autores de mas nota que han historiado la literatura española; i se publicó entónces, i se reproduce ahora, como una muestra del estado de la enseñanza de este ramo, en aquella época de organizacion de la instruccion pública i de un movimiento literario, que siempre será notable, por haber sido el primero entre nosotros. La lectura de este trozo, que no tiene mas que un mero valor de afeccion para el autor, puede ser suprimida, como si no existiera para el lector.

I.

Cerca de ocho siglos trascurrieron desde la primera invasion de los bárbaros en la Península Ibérica, hasta la aparicion de la primera obra escrita en la lengua *Romance*, que se elaboró en aquel dilatado tiempo por el trato i relaciones de los conquistadores con los conquistados.

La historia no nos ofrece muestra alguna de lo que seria la lengua española en aquella larga época de su formacion, i solo cuando comenzó a tomar el nuevo dialecto mas vigor i soltura, fué cuando tuvo vida el primer embrion de la literatura castellana, que se conoce con el nombre de *Poema del Cid.*

Como este escrito es el primer monumento de las letras españolas, ha merecido ser el objeto de las mas sábias i eruditas investigaciones. Pero la mayor parte de los literatos, tanto españoles como de otras naciones, que hasta aquí han dirijido su atencion a esta curiosidad singular, si no han exajerado su antigüedad han errado acerca de algunas de sus circunstancias. Estaba reservada al americano Bello la gloria de acercarse a la verdad por medio de su lójica severa i de su vasta erudicion. Vamos a estudiar este Poema guiados por sus juiciosas opiniones.

Don Tomas Antonio Sanchez, que ha tenido la útil curiosidad de publicar las composiciones de los

poetas españoles anteriores al siglo XV, conjetura que este poema se escribió por los años de 1150, esto es, medio siglo despues de la muerte del Cid. Pero este juicio es inverosímil, porque si comparamos las noticias que del Cid Campeador nos da la historia, con las que el poema nos presenta, encontraremos grandes contradicciones, i muchas veces en éste se nos refieren hechos indignos del menor crédito: el poeta yerra no solo acerca de los verdaderos casamientos de las hijas de Rui Diaz, sino aun acerca de sus nombres. ¿I qué español que hubiese vivido tan poco tiempo despues de aquel heroe, pudo tener tan erradas noticias acerca de él, cuando sin duda existirian todavía sus descendientes?

Por otra parte, en el poema se dice que al tiempo en que se componia, muchas de las familias reinantes en España, se habian emparentado con la del Cid,

"Hoy los Reyes de España sos parientes son,"

lo cual es una prueba incontestable para afirmar que la mayor antigüedad que puede darse al poema es la de principios del siglo XIII, porque hasta entónces es constante que no hubo en España rei alguno de la familia del Campeador.

La principal razon en que Sanchez funda su aserto es la de que en la versificacion, el poeta hace a *muerte, fuerte*, asonantes de *Carrion, Campeador;* diciendo que se pronunciaba entónces *mort, fort* porque la lengua se diferenciaba todavía mui poco de sus oríjenes latinos. La observacion es mui fundada, pero no lo es cuando añade que en las poesías de Gonzalo de Ber-

ceo i en el *Alejandro*, compuestas en el siglo XIII, no se hallaban ya tales asonantes. Al contrario, si se examinan las rimas de Berceo, se notará que no pronunciaba *muerte* ni *fuerte* sino *morte*, *forte*, porque jamás se usa el diptongo *ue* de estas voces como consonante de *e*. A mas de que la última *e*, en aquellos tiempos, no se pronunciaba con tanta fuerza como ahora, sino que su sonido se acercaba mas al de la *e* muda de los franceses.

Tampoco parece acertado el afirmar que este poema se compusiera en el año de 1245, como varios lo esponen, apoyados en estos versos que terminan la composicion:

> "Per Abat le escribió en el mes de Mayo,
> Era de mil é CC.....XLV años."

porque se sabe que fué uso constante entre los españoles de aquel tiempo, el emplear la palabra *era* así sola, para significar la era española i no la cristiana, entre las cuales hai 38 años de diferencia; de suerte que esta fecha coincide con la de 1207 de la era cristiana. Mas D. Tomas Sanchez espone que en el códice (que es el único que existe) de donde copió el poema, se notaba una raspadura, en que parecia haberse borrado una C para darle mayor antigüedad sin duda; i tambien nos dice que la letra en que está escrito, le parece la que se usaba en el siglo XIV. De donde se sigue que la verdadera fecha es la de 1307, i ademas que este no es el poema orijinal, ni su verdadero autor el tal Per Abat; i por el contrario, es mas de creer que éste fuese un mero copiante, porque,

como nota el mismo Sanchez, el verbo *escrebir*, de que se usa en estos últimos versos, no se aplicaba en aquel tiempo para significar al que componia, sino que para esto se usaba del verbo *fer* o *facer*. I aun cuando se tomara el verbo *escrebir* en este último sentido, como quieren algunos, no parece acertado mirar a Per Abat como el autor del poema, porque el espacio de un mes no era suficiente para componerlo, pero sí para copiarlo.

Lo que debemos, pues, sentar como mas verídico, es que el poema se compuso a principios del siglo XIII.

Por lo que respecta a su mérito literario, Sanchez lo califica de este modo: «....No hai que buscar en él muchas imájenes poéticas, mitolojía, ni pensamientos brillantes: aunque sujeto a cierto metro, todo es histórico, todo sencillez i naturalidad.... I no le falta mérito para graduarle de poema épico, asi por la calidad del metro, como por los personajes i hazañas de que trata.»

Don Manuel José Quintana, habla de él de esta manera: «Con una lengua informe todavía, dura en sus terminaciones, viciosa en su construccion, desnuda de toda cultura i armonía; con una versificacion sin medida cierta i sin consonancias marcadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos i de puerilidades ridículas, falto de las galas con que la imajinacion i la elegancia le adornan; ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espíritu i el oido? No está, sin embargo, tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intencion poética, ya

en la invencion, ya en los pensamientos, ya en las espresiones. Si como sospecha D. Tomas Antonio Sanchez, no faltan al poema del Cid mas que algunos versos del principio, no deja de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida del héroe, anteriores al destierro que le intimó el rei Alfonso VI. . . . En la serie de su cuento no le faltan al autor vivacidad e interes; usa mucho del diálogo, que es la parte mas a propósito para animar la narracion; i a veces presenta cuadros, que no dejan de tener mérito, en su composicion i artificio. . . . El choque primero de los infantes de Carrion i los campeones de Rodrigo en el palenque no deja de tener animacion i aun estilo.

Abrazan los escudos delant los corazones,
abajan las lanzas avueltas con los pendones,
inclinaban las caras sobre los arzones,
batien los caballos con los espolones;
temblar quierie la tierra dond' eran movedores...
Martin Antolinez metió mano á la espada
relumbra tod' el campo..."

Parece que el primer estranjero que dirijió su atencion al poema del Cid, fué el aleman Bauterwek, el cual se espresa, hablando de él, de esta manera: "..... Nunca podrá dársele con justicia el título de poema, por no ser mas que una historia rimada, en alejandrinos bastante incorrectos. Es mui difícil fijar con precision la antigüedad de esta crónica, si se atiende a que existe otra en prosa sobre el mismo asunto, mui antigua, i que coincide con la primera en la relacion de los hechos principales: mas prescin-

diendo de que el autor existiese a mediados del siglo XII, como pretende su editor Sanchez, o posteriormente, es indudable que no se la debe mirar como principio de la historia de la poesía española. Considerada como curiosidad literaria, es mui digna de aprecio; pero si se la considera como produccion poética, se hallará que las vislumbres de poesía que se descubren en ella, dependen solamente del carácter nacional i del interes que inspira su mismo asunto, pues los sucesos se hallan referidos cronolójicamente sin ninguna invencion ni adorno, i lo único quo da a algunos pasajes de la obra un colorido poético, es la sencillez caballeresca de su estilo, realzada por algunas situaciones bien descritas."

Aquí aparece que este literato duda sobre la verdadera época de la composicion del poema, porque existe otra crónica, segun él mui antigua i que coincide en la relacion de los hechos con el poema. Otros varios escritores, asi como Bauterwek, dudan lo mismo teniendo presente la misma razon; pero se equivocan, pues a pesar de que la *Crónica del Cid* sea antigua i coincida con el poema en la relacion de los hechos, está demasiado probado que esta crónica es posterior al poema.

El padre Risco, en la pájina 62 i siguientes de su Castilla, para probar esto se espresa así; "De la antigüedad de esta crónica, se dice en el mismo prólogo, que pertenece al tiempo en que floreció el heroe, cuyas hazañas se refieren en ella; en lo cual se engaña mucho el editor (el Padre Fr. Juan Lopez de Belorado,) en vista de que en la Crónica se citan algunas veces los testimonios del arzobispo D. Rodrigo, i del

obispo de Tuy, i se mencionan algunos reyes de Castilla i Navarra que vivieron en el siglo XIII.

"Hai graves fundamentos para creer que esta Crónica, que se dice conservada en el Monasterio de Cardeña, no fué historia particular del Cid, sino jeneral de toda la nacion. El capítulo CCXCI ofrece un testimonio que comprueba firmemente esta verdad. Léense en él estas palabras: *E hy estudo muy grand tiëpo, fasta que vino el Rey D. Alonso d reynar, el que fue hijo del muy noble Rey D. Fernando, que ganó todo lo mas del Andalucía: ca este bienaventurado Rey ganó la muy noble cibdad de Sevilla con todo su reynado, é ganó la muy noble cibdad de Córdoba con su reynado, é ganó la cibdad de Jaén, é ganó d Ubeda, é d Baeza, é Andujar, é Arjona, é d Martos, é d otras Villas reales muchas, é castillos, segun que adelante vos lo contard la historia.*" Historia que ofrece referir las conquistas del santo rei D. Fernardo, que reinó tantos años despues de la muerte del Cid, no es historia particular de este heroe, sino jeneral, que por serlo debia no ceñirse a los sucesos de este personaje, sino estenderse a los hechos de todos los reyes que reinaron hasta el tiempo en que se escribia.

"De lo dicho hasta aquí se colije no solo, que la Crónica llamada del Cid no es tan antigua como se encarece en su prólogo, sino que es posterior a la Crónica jeneral."

Ademas, la Crónica cita a don Alfonso el Sabio, hijo de San Fernando, por lo cual es imposible que se haya escrito ántes del poema; pero sí despues del reinado de aquel rei.

El erudito Sanchez prueba tambien que la Crónica del Cid es posterior al poema; i hace notar cómo el autor de la Crónica cópia no solo las espresiones i frases, sino tambien los asonantes de aquel.

M. Sismonde de Sismondi, ha hablado mucho de esta composicion, en su *Literatura de las naciones del mediodía de Europa.* En esta obra dá una idea jeneral del poema copiando sus principales pasajes, i segun como se espresa, aparece que este crítico, que con tanto tino ha calificado el verdadero mérito de los demas poetas españoles, está demasiado creido de todos los errores históricos i tradiciones vulgares que abundan en el poema, i que están desmentidos por documentos irrecusables. Este mismo literato parece que ha sido el primero que ha supuesto la influencia de las ideas i gustos árabes en esta composicion: ocurrencia que ha tenido algunos secuaces, a pesar de sus débiles fundamentos. El argumento de mas peso en que la apoya el mismo Sismondi es *el modo con que en él se menciona a la Divinidad, que los epítetos que se le dan son mas bien de un musulman que de un católico;* "Padre de los espíritus, Criador divino" *i otros que son con todo mas conformes a los hábitos del islamismo.* Pero como esos epítetos nunca han sido impropios en el catolicismo, sino ántes bien de mucho uso, el argumento no es concluyente. Con mejores pruebas se puede decir que el autor del *poema del Cid* imitó las *Jestas* o historias rimadas de los *troveres* franceses. Cotéjese con estas Jestas el poema del Cid i se verá que en uno de sus versos se le dá este mismo nombre de *Jesta;* i lo que todavía es mas, que imita el autor del poema a los *troveres*, no solo en los epítetos que

dá a algunos objetos, sino en la medida de los versos i aun en los mismos asonantes.

En resúmen, adoptando la opinion de Bello en cuanto a la verdadera antigüedad de esta primera obra de la literatura española i en cuanto a la influencia que en su composicion tuvieron las primeras poesías de la litetatura francesa, creemos que Bauterwek es el que mejor juzga de su mérito; segun él, no es un poema, sino una simple curiosidad literaria, en la cual no hai ni poesía, ni mérito de composicion.

II.

Despues del poema del Cid, se nos presenta el poema de Alejandro Magno, compuesto por Juan Lorenzo Segura de Astorga, hombre de talento i de muchos conocimientos, como lo acredita bastante en su poema, porque en él luce la mitolojía, que parece le era familiar, i hace uso frecuente de la Sagrada Escritura i de las ciencias naturales. En esta obra no hai invencion, ni dignidad, ni armonía; sin embargo, puede leerse con curiosidad para admirar la poca civilizacion de aquellos tiempos. Su autor hace de Alejandro Magno un heroe español del siglo XIII; porque le atribuye las costumbres, sentimientos, preocupaciones i educacion de un español nato. En el discurso de este poema, vemos que Alejandro, impaciente por combatir con los moros i judíos, le parecia ya haber conquistado las tierras en que reinó Carlo Magno. Vemos al griego armarse caballero i salir con otros de su clase a buscar aventuras.

Bauterwek cree que se halla menos poesía que en el poema del Cid en esta *Crónica fabulosa*, i que es indiferente para la historia de la poesía española que esta produccion pertenezca al siglo XII o XIII, que sea orijinal o traducida de una Crónica francesa, o mas bien, de una obra latina compuesta por un relijioso. Finalmente, dice que apénas se perciben algunos

rasgos de la historia de Alejandro Magno en aquella confusion de invenciones insípidas i ridículos disfraces.

Algo diferente es la opinion de D. Tomas Antonio Sanchez, en su *Coleccion de poesías anteriores al siglo XV;* pues nos dice, guiado talvez por su nacionalismo, que asi por el héroe i sus hazañas como por el jénero del metro, no puede negarse que es un poema épico, aunque histórico, como lo son la *Odisea* de Homero i la *Eneida* de Virjilio; i que en esta composicion se descubre la infancia de la lengua i la poca civilizacion de aquellos tiempos. Que por otra parte el talento de su autor hubiera dado mas perfeccion a su obra, si hubiera trabajado en tiempos mas claros i despejados. Ademas, que las metáforas de que usa con frecuencia, son propias i no carecen de elevacion i gracia; i nos cita este ejemplo:

> Ya iba aguisando doña Aurora sus claves,
> Tollia á los caballos don Febus sus dogales,
> Despertó Alexandre el canto de las aves,
> Que facien por los arboles é los cantos suaves.

Por lo demas, prosigue, nuestro poeta se deleita mucho en las pinturas, lo que hace su poesía magnífica i hermosa.

No han faltado escritores que hayan juzgado que por usarse en el poema de esta especie de versos de doce i mas sílabas, se ha dado a este metro el nombre de *alejandrino*. Todos convienen en que este poema se escribió en el siglo XIII.

III.

Escritor del mismo siglo fué el poeta Gonzalo de Berceo, monje de San Millan, que nació el año de 1198 i murió hácia el de 1268, segun prueba Sanchez. Se conservan nueve poemas de este poeta, i Sismondi nos dice de ellos que, "juzgando por el lenguaje i la versificacion solamente, se ve que son posteriores al antiguo poema del Cid; pero que están demasiado lejos de podérsele comparar por su sencillez e interes. Es el mismo metro, mas perfeccionado; el verso es alejandrino, ya de cuatro dáctilos, ya de cuatro anfíbracos, pero groseramente arreglados. Los versos están dispuestos en coplas de a cuatro; la copla tiene siempre una misma rima. Esta era la medida que los españoles llamaban *versos de arte mayor*, i que destinaban para sus composiciones sérias, miéntras que usaban en los romances o canciones, de sus *redondillas*. Aquel metro ha sido empleado hasta fines del siglo XV, i Gonzalo de Berceo fué el lejislador de este jénero de poesía que se miraba como el mas noble." El mismo Sismondi dice que ha buscado en las obras de Gonzalo de Berceo algun trozo que llame la atencion para copiarlo en la suya, i dar una idea de la

manera de escribir de este poeta, cuya elegancia i pureza celebra Sanchez: pero que nada ha encontrado digno, porque en todo le parece trivial, arrastrado, redundante i pesado.

Pero aun cuando tenga el estilo de Gonzalo de Berceo alguna de estas cualidades que le atribuye Sismondi, manifiesta que el autor era un hombre de talento, que empleaba las bellezas poéticas cada vez que se lo permitian la ilustracion de aquellos tiempos incultos, i las áridas materias que trató; porque sus nueve poemas que se conservan, tratan de asuntos sagrados i vidas de santos. No obstante, tiene bellísimas descripciones, una de ellas es aquella con que empiezan los milagros de la Vírjen.

En verdad que puede tachársele de trivial porque muchas de sus espresiones i comparaciones son tomadas de asuntos los mas triviales, arreglándonos al sentido comun de nuestros dias; pero que en aquellos tiempos pertenecian, sin duda, a la sencillez que les era propia i al estilo familiar. Ademas, no es estraño que este poeta recurriese para sus comparaciones a objetos triviales, porque su principal empeño lo ponia en ser claro, de tal manera, que el pueblo todo le entendiese, i por esto, sin duda, o por modestia llama prosa sus versos al principio de la *Vida de Santo Domingo de Silos*. Lo cual ha dado lugar a que Bauterwek le critique.

El padre Sarmiento es de parecer que Berceo no solo compuso versos alejandrinos, sino tambien en otros metros menores, que tal vez se han perdido o existen anónimos; i para apoyar su opinion, cita la siguiente copla, atribuida a Berceo, sin duda por ser

traduccion del epitafio latino de las santas Oria cuya vida escribió) i su madre Amunna:

So esta piedra que vedes,
Yace el cuerpo de Santa Oria
E el de su madre Amunna,
Jembra de buena memoria.
Fueron de grant abstenencia
Nesta vida transitoria
Porque son con los ángeles
Las sus almas en gloria.

IV.

Síguese tratar de don Alonso X, llamado jeneralmente don Alonso el *Sabio*. Este rei poeta nació en 1221, fué coronado en 1252, i muerto hácia los años de 1284, despues de haber sido depuesto por su hijo don Sancho. Don Alonso puso su esmero en la proteccion de las letras, introdujo en Europa la astronomía, las artes i la agricultura de los árabes. Fué el primero de los reyes de España que manifestó mas aprecio por la lengua castellana, i ordenó que se escribiesen los privilejios i demas escrituras públicas en dicha lengua; en fin, dió, por decirlo así, el primer empuje a la literatura castellana.

Compuso en versos de arte mayor el poema titulado *El libro de las Querellas*. Pero su obra en verso mas celebrada es el *Libro del Tesoro o del Candado*, que sin duda recibió este último nombre por cerrarse con un candado. En él trata de una pretendida revelacion de la ciencia de hacer oro, que él mismo asegura haberle sido comunicada por un sábio de Ejipto. Tambien está escrito en coplas de arte mayor, i se divide en dos libros, de los cuales el primero solo tiene once estrofas intelijibles, que comienzan de este modo:

Llegó, pues, la fama a los mis oidos
Qui en tierra de Ejipto un sabio vivia,

E con su saber oí que facia
Notos los casos ca non son venidos:
Los astros juzgaba, é aquestos movidos
Por disposicion del cielo, fallaba
Los casos quel tiempo futuro ocultaba
Bien fuesen antes por este entendidos.

Al fin de estas once estrofas, que son octavas como la copiada, hai este título:

Lapis philosophorum.

i en seguida viene la obra principal que consta de treinta i cinco divisiones escritas en cifras ininteli-jibles, cuyas divisiones a manera de párrafos, llaman octavas Sismondi i el padre Sarmiento; pero sin razon, porque constan a veces de diez lineas, otras de nueve, y las hai hasta de nueve i media, i son tan largas esas lineas que no parecen versos de once ni de doce sílabas, sino de muchas mas.

Despues comienza el libro segundo con la octava siguiente:

La obra pasada del Lapis mui pura,
A tan infinita es en multiplicar
Ca nunca se arredra de dar y mas dar;
Es á semejanza de la lebadura;
Mas si vos queredes de otra fechura
Los cuatro elementos veer apartados,
Catad como sigue en versos trovados,
Ca es de facer mas breve y segura.

i siguen veinte i siete estrofas en cifras, lo mismo que las anteriores, en las cuales sin duda se esplica un

modo mas fácil que el anterior para hacer el oro, i despues hai esta nota:

SEA ALABADO DIOS

Fecho fue este libro en el año de nuestra salud

M.CC.LXX.II.

Ultimamente concluye con tres octavas de distinto metro del de las anteriores, despues de las cuales se halla la clave para entender las cifras, pero presenta la misma dificultad que éstas, de suerte que nadie ha podido sacar su verdadero sentido.

Bauterwek habla de este gran sabio así: "Este hombre estraordinario para el siglo en que vivia, quiso tambien merecer el título de poeta; pero no puede decirse que compuso ninguna obra verdaderamente poética, pues en ellas mismas se advierte que su principal objeto fué poner en verso todo el caudal de conocimientos que poseia. No faltan a las producciones de D. Alonso, armonía, correccion, ni fuerza, pero no se descubre en todas ellas el mas lijero rasgo de verdadera poesía; asi es que no colocamos a este rei al frente de los poetas castellanos por el mérito de sus obras, sino porque talvez, sin ser poeta, contribuyó poderosamente a los progresos de la poesía, tanto por el empeño con que trabajó en la perfeccion de la lengua castellana, como por la feliz emulacion que necesariamente debia escitar el ejemplo de un monarca que, por su grande reputacion de sabio, era la gloria de sus reinos."

Es algo errado este juicio, en cuanto dice que en

las obras poéticas de este ilustre sábio, no se descubre el mas lijero rasgo de verdadera poesía. Pudiera esto concederse en cierto modo con respecto al libro del Tesoro, pero no tanto por lo que toca a su libro de las Querellas, escrito para quejarse de su hijo D. Sancho i de los demas que con él se habian rebelado para deponerle del trono, pues en esta obra pinta mui bien el rei poeta los sentimientos que naturalmente debia abrigar en aquellas circunstancias.

El padre Sarmiento espone que D. Alonso escribió la mayor parte de sus coplas en idioma gallego; pero este es un equívoco, porque es constante que solo usó de aquel idioma en sus *Cántigas* en honor de la Vírjen María.

V.

En el mismo siglo XIII, comenzó a usarse otro jénero de poesía, llamado *Romance*, peculiar a los españoles i en que se manifiesta en toda su fuerza el carácter nacional.

Por su flexibilidad i soltura, lo destinaron para mantener en la memoria las hazañas de sus grandes heroes, tales como las de Bernardo del Carpio i con preferencia las del Cid. Pero sus autores, por dar mayor novedad a estos *Romances históricos*, abultaron i desfiguraron de tal manera los hechos de los heroes que alababan, que hicieron verdaderamente fabulosas sus historias.

Como estas composiciones se destinaban al canto, i no hubo por mucho tiempo otro modo de perpetuarlas, que el de encomendarlas a la memoria, es probable que las que se conservan por las dilijencias de algunos colectores del siglo XVI, no se mantengan en el orijinal lenguaje en que fueron escritas.

En este jénero de poesía indíjena del suelo español, en que sus autores imitaron en gran parte a los *troveres* franceses, campean juntamente con lo interesante, heroico i terrible, lo sencillo, tierno i noble, no obstante el atraso en las costumbres i educacion de aquellos tiempos. Cópiase aquí este en que el Cid hace jurar al rei Alonso VI acerca del asesinato del

rei D. Sancho, cometido a traicion junto al muro, en el cerco de Zamora.

Fizo hacer al rey Alfonso
El Cid un solene juro
Delante de muchos grandes
Que si hallaron en Burgos.
Mandó que con él viniessen
Doze caballeros juntos,
Para que con él jurassen
Cada cual, uno por uno,
Por la muerte de su rey
Que le mataron seguro,
En el cerco de Zamora
A traycion, junto del muro.
Y cuando en el templo santo
Estuvieron todos juntos,
Levantóse de su escaño,
El Cid y aquesto propuso:
Por aquesta santa casa
Donde estamos en de ayuso;
Que fabledes la verdad
De aquesto que aqui os pregunto:
Si fuystes vos rey la causa
O de los vuestros alguno
En la muerte de don Sancho
Tengays la muerte que tuvo.
Todos responden, amen:
Mas el rey quedó confuso;
Pero por cumplir el voto
Respondió lo mismo, juro,
Y con la rodilla en tierra
Por fazer su cortez uso,
El Cid delante del rey
Asi le fabló sañudo.
Si ayer no os besé la mano
Sabed, rey, que non me plugo,

Y si aora os la besaré,
Será de mi grado y gusto.
Aquesto que aquí he fablado
No ha fecho agravio á ninguno,
Porque lo devo a don Sancho
Como buen vassallo suyo.
Pero si no lo fiziera
Quedára yo por injusto
Y no por buen caballero
Me tuvieran en el mundo.
Y si ha parecido mal
A los de vuesso consulto,
En el campo los aguardo
Con mi espada y lanza en puño.

No se pueden clasificar en un órden cronolójico estos romances del siglo XIII, porque ni se sabe el nombre de la mayor parte de sus autores, ni se tiene noticia de las fechas en que fueron escritos. Sin embargo, el aleman Herder creyó formar una biografía completa del Cid Rui Diaz, colocando en su coleccion estos romances segun las hazañas que refieren. Esta coleccion se compone de setenta romances, i su colector los ha traducido al aleman en la misma medida i con bastante exactitud, segun Sismondi.

VI.

Uno de los trovadores de mas nota que floreció en aquel siglo, pero que casi no pertenece a la literatura española, por haber escrito sus bellas trovas en lemosino, es Mosen Jordi; quien merece llamar nuestra atencion por la siguiente particularidad.

Pedro Anton Beuter en su dedicatoria de la *Crónica jeneral de toda España y principalmente de Valencia*, prueba que el Petrarca tomó por modelo en sus composiciones a este trovador. "¿Quién no sabe, dice, que el Francisco de Petrarca fué el segundo poeta que despues del Dante puso la poesía en lindos i elegantes versos vulgares, i dió principio de sonetos i de tantas rimas sextiles, ternas i de otros números en Italia? ¿Quién no lo tiene a éste por padre de estas trovas en el mundo? Pues quiero que sepan que como el Virjilio hurtó de Homero i Hesiodo i otros griegos, segun Aulio Gelio i Macobio largamente tratan, así el Petrarca se aprovechó i hurtó de las obras de un nuestro caballero valenciano, que fué casi cien años primero que el Petrarca escribiese, i usó sonetos i sextiles, i terceroles en nuestra lengua valenciana lemosina; i aunque pudiere poner aquí muchas pruebas de esto que escribió, tengo que bastará lo que aquí quiero poner, porque se sepa la verdad del negocio con este ejemplo:

Dice Petrarca.

Pace non trovo, e non hò da far guerra;
e volo sopra'l ciel, e giaccio in terra;
e nulla stringo, e tutto l'mondo abraccio
ed hò in odio me stesso, ed amo altrui,
Se amor non è, che dumque è quel ch'io sento? (1).

Dice Mosen Jordi, Caballero:

E non he pau, e non tinch quim guarroing
vol sobrel cel, é non movi de terra
e non strench res, et tot lo mon abras
hoy he de mi, é vull altri granbe,
sino amor, dons aço que será?

..."El Petrarca, en el año del Señor 1327, se enamoró de una dama Laura i comenzó a escribir sus trovas. Y hallándose en Gascuña con el obispo de Lumbierri, don Jaime Colona, en tiempo del Papa Juan XXIII, como estuviese a las raices de los Pirineos, segun se comprende de los comentarios de Alejandro Vellutello, escribiendo la vida del Petrarca, pudo haber las trovas de nuestro caballero valenciano, que ya entonces estaban divulgadas por Cataluña, etc..."

(1) No encuentro paz i no he de hacer la guerra;
Al cielo vuelo i permanezco en tierra.
No tengo nada i todo el mundo abrazo,
Me incendio en ódio propio i amo a otro,
Si no es amor, qué, es, pues, lo que yo siento?

VII.

Durante los siglos XIV i XV, la España se ve mas combatida que nunca por contínuas turbulencias políticas. Cinco reinos cristianos se empeñaban, tanto en sostener su existencia vacilante por diversas revoluciones, como en sacudir el yugo de los moros, i los repetidos ataques con estos solo dejaban lugar a los hombres para señalarse por sus hazañas caballerescas en el campo del honor, i no para cultivar la literatura que casi estaba encomendada al olvido.

No obstante, el reinado de Alfonso XI parece que estaba destinado para dar principio a aquella memorable época en que se hermanaron las ciencias con las armas. Este príncipe, que reinaba casi a mediados del siglo XIV, se empeñó, así como don Alfonso el Sábio, no solo en merecer el título de protector de las letras, sino tambien el de escritor distinguido en su lengua. Compuso una Crónica jeneral en redondillas, que desgraciadamente no se conserva, o a lo ménos existe ignorada (1); i ademas otras obras que si no adelan-

(1) Argote de Molina, en su *Nobleza de Andalucia* insertó una crónica que consta de trescientas i tantas coplas, i la atribuye a don Alonso XI; pero Sanchez prueba con fundadas razones que no es la de este rei i solo la inserta como anterior al siglo XV, en su Coleccion.

taron las ciencias, contribuyeron en gran parte a dar mas lustre i vigor a nuestra lengua.

El príncipe don Juan Manuel, descendiente de San Fernando, que sirvió con fidelidad a este celoso monarca, i que fué nombrado por él gobernador de la frontera de Granada, juntó tambien a la gloria de haber sostenido la guerra por espacio de veinte años contra los moros granadinos, la de haber cultivado con distincion la literatura, i la de ser uno de los primeros sabios de su siglo.

Dejó escritas en castellano varias obras, pero la principal, i quizás uno de los primeros trozos de literatura castellana que se conservan del siglo XIV, es su *Conde Lucanor*, en que quiso dar lecciones de política i moral bajo la forma del apólogo. El Conde Lucanor es un hombre que siempre necesita de su ministro Patronio para que le aconseje sobre moral o política, i los consejos que éste le da son siempre un cuento referido con bastante gracia i sencillez. En la obra hai cuarenta i nueve de estos cuentos, i su moral está reducida a dos versos, que no siempre son de un mismo metro, pero rimados; por ejemplo:

> Si algun bien fizieres, que chico azas fuere,
> Fazlo granado; que el bien nunca muere.

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, fué tambien contemporaneo de este príncipe i compuso sus poesías por los años de 1343. Sus obras en lo jeneral son verdaderamente poéticas, i siguiendo a Sanchez podemos llamarle el primer poeta castellano conocido, i el único de la antigüedad que puede competir en su jé-

nero con los mejores de la Europa, i acaso no inferior a los mejores de los latinos.

Los poetas que existieron hasta su tiempo usaron mui poca variedad de metros i casi todos el duro alejandrino; pero el Arcipreste fijó nueva época a la poesía castellana, tanto por la variedad de metros en que ejercitó su injenio, como por la invencion, pureza de su estilo, i agudeza i gracia de su sátira. Martinez de la Rosa, en las notas a su *Poética*, habla del Arcipreste de este modo: "No carecia de ninguna de las cualidades que deben adornar al poeta satírico: invencion, agudeza, desenvoltura, donaire, todo lo poseia en altísimo grado; véase cómo celebra el poder del dinero:

Mucho fas el dinero et mucho es de amar,
Al torpe fase bueno et amen de prestar,
Fase correr al cojo et al mudo fabrar;
El que no tiene manos, dineros quiere tomar.
Sea un ome necio et rudo labrador,
Los dineros le fasen fidalgo é sabidor;
Cuanto mas algo tiene, tanto es de mas valor;
El que non ha dineros, non es de sí señor.
Si tuvieres dineros, habras consolacion,
Placer é alegria é del Papa racion,
Comprarás paraiso, ganarás salvacion;
Do son muchos dineros, es mucha bendicion.
Yo vi en corte de Roma, do es la santidat,
Que todos al dinero fasen grand homildat;
Grand honra le fasian con gran solemnidad;
Todos ante él se homillan como a la magestad
.....
El dinero quebranta las cadenas dañosas,
Tira pepos et grillos et cadenas plagosas;
El que no tiene dineros, échanle las posas:
Por todo el mundo fase cosas maravillosas.

Yo vi fer maravilla do él mucho usaba
Muchos merecian muerte que la vida les daba;
Otros eran sin culpa et luego los mataba;
Muchas almas perdia et muchas salvaba.
.....
Toda mujer del mundo et dueña de altesa
Pagase del dinero et de mucha riquesa;
Yo nunca vi fermosa que quisiere poblesa;
Do son muchos dineros, y es mucha noblesa.
El dinero es alcalde et juez mucho loado,
Este es consejero et sotil abogado,
Alguacil et merino bien ardit esforzado
De todos los oficios es mui apoderado.
En suma te lo digo, tómalo tú mejor,
El dinero del mundo es grand revolvedor;
Señor fase del siervo, de señor servidor;
Toda cosa del sigro se fase por su amor."

"Al contemplar el injenio vivo del Arcipreste, luchando con el embarazo de una lengua torpe i de una versificacion pesada, nos parece que vemos a un hombre ájil que se esfuerza por correr arrastrando una vestidura larguísima; pero a veces la indignacion aumenta las fuerzas del poeta, i entónces no hai obstáculo que le detenga: ¿quién pudiera espresar un pensamiento profundo con tanta rapidez i vehemencia?

" Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tómanse las cibdades, derríbanse los muros,
Caen las torres altas, alzanse pesos duros;
Por arte juran muchos, por arte son perjuros."

Otro poeta de ese tiempo es Pedro Lopez de Ayala, gran canciller de Castilla, que nació en Murcia el año de 1332, i compuso sus poesias por los años de 1398 a 1404. Fué el primero que tradujo al caste-

llano a Tito Libio, i de sus poesias la mas digna de atencion es su Libro de Palacio, que escribió estando preso, para hacer odioso a los ojos de los españoles a don Pedro el Cruel, a cuyo servicio estuvo hasta que abrazó el partido de don Enrique, hermano del tirano de la España.

En este libro instruye a los príncipes i grandes en el arte de gobernar a los pueblos, i pinta con este objeto los vicios i defectos de las varias clases del estado, pero con demasiada claridad.

La obra está escrita en versos de once hasta de diez i seis sílabas, a veces pareados i a veces con el consonante alternado. Citaré algunas de sus coplas para que se conozca mas o ménos su manera de escribir.

Habla de los letrados.

Si quisiers parar mientes como paran los Doctores,
Magüer han mucha sçiençia muchos caen en errores.
Ca en el dinero tienen sus mas finos amores,
El alma han olvidado, della han pocos dolores.
Si quisiers sobre un pleyto d' ellos aver consejo,
Pónense solemnmente luego abaxan el cejo:
Dis: grant question es esta, grant trabajo sobejo:
El pleyto será luengo, ca atañe a to el consejo.
Yo pienso que pogria aquí algo ayudar
Tomando grant trabajo mis libros estudiar;
Mas todos mis negocios me conviene á dexar,
E solamente en aqueste vuestro pleyto estudiar.
Finca pobre el cuitado é el bachiller se va;
Sino es necio o pataco mas nunca 'l perderá;
Asy pasa, mal pecado, é pasó é pasará,
Quien me creer quisiere de tal se guardará, etc.

Don Tomas Antonio Sanchez, que se propuso pu-

blicar las poesias de Lopez de Ayala en el tomo 5.º de su coleccion, i que aun no ha salido a luz, habla de este poema, en la introduccion de su obra, de la manera siguiente: "El estilo de este poeta es algo pesado, como lo era por lo comun el que se usaba en su tiempo. Es semejante al del Arcipreste de Hita, a quien imita mucho en sus cantares... Ayala manifiesta mucha doctrina en sus poesias, i siendo éstas muchas, i el objeto de aquellos tiempos, por lo comun, asuntos amatorios, en ninguna de todas sus coplas se mezcla el amor profano. Finalmente, Ayala habla como un verdadero místico que conoce el mundo i sus engaños i las artes de los palaciegos, i las reprende con juicio de hombre esperimentado, i que se hallaba al parecer en edad avanzada."

Existe tambien del siglo XIV la Crónica del conde Hernan Gonzalez, mas no se sabe quién sea su autor. Su asunto son los hechos fabulosos de este conde, i está escrita en un estilo pesado i casi inculto. Principia desde la invasion de los godos en España hasta la guerra del Conde don Garcia de Navarra por los años de 956 a 957; i los versos en que está compuesta son alejandrinos de once hasta quince sílabas.

Tambien se conservan de este siglo varias canciones en idioma lemosino compuestas por don Pedro IV, el Ceremonioso, rei de Aragon.

En estos tiempos apareció un romance titulado el Amadis de Gaula, compuesto segun Sismondi, por el portugues Vasco Lobeira. Es una imitacion completa de los romances caballerescos de Francia, que en el siglo anterior habian adquirido tanta fama en la Eu-

ropa entera, e influido tanto en la literatura. I aun hai muchos que aseguran ser el Amadis de Gaula la traduccion de uno de estos romances.

Sin embargo, la celebridad que tuvo esta composicion en toda España, sus muchas imitaciones, a pesar de las incorrecciones i deformes errores de jeografía e historia, en que abunda, i el gusto que se difundió por traducir los romances caballerescos franceses, dieron a la poesia castellana otro jiro mas galano i airoso, en que no se divisan aquella enerjía e interes que caracterizan a los primeros romances históricos. La sencillez i principalmente una delicada sensibilidad es lo que resalta en este jénero de poesia en que tanto se han distinguido los españoles. En él se cantaron las proezas i amores de los principales árabes, se celebraron las guerras de los Zegríes i Abencerrajes, i se abultaron las historias de Bernardo del Carpio, el Cid i otros españoles célebres.

VIII.

Una de las épocas mas brillantes de la literatura castellana es la del reinado de Juan II. Mientras este príncipe estuvo en el trono, se vió la monarquía castellana casi sin viso de poder i espuesta a sucumbir para siempre por causa de las turbulencias políticas; pero su amor por la literatura i la gran proteccion que dispensaba a las letras, le granjearon muchos adictos, que eran por otra parte temibles i respetables en su reino. Luego se vió formada una corte de grandes señores poetas i guerreros al mismo tiempo, presidida por el sabio, pero débil monarca de Castilla.

Estos grandes nobles, que se dedicaron con preferencia a la poesía lírica, eran amantes de lo alegórico, de lo sutil i de lo difícil; i sin embargo de su mal gusto, aparecen en sus escritos, como por inspiracion, rasgos bellísimos.

Poco antes que se formase esta corte o sociedad de poetas, se habia hecho célebre entre los castellanos el marques de Villena, tanto por el empeño que tomaba en que se cultivase la poesía, como por su talento poético i suma instruccion en las ciencias naturales. Con el objeto de adelantar la poesía, compuso una especie de poética bajo el título de *Gaya Sciencia*, la cual se conserva. Ademas, escri-

bió una comedia alegórica i tradujo la *Eneida* de Virjilio, siendo su traduccion la primera que se ha hecho en las lenguas vulgares. Tradujo tambien en prosa la *Divina Comedia* del Dante. Era, pues, este poeta el que aparecia al frente de los de la corte de Juan II, i lo que mas le honra es el haber tenido por discípulo al marques de Santillana, don Iñigo Lopez de Mendoza, uno de los primeros señores i mas grandes poetas de la misma corte.

Este ilustre castellano nació el 19 de agosto de 1398 i murió el 25 de marzo de 1458; se hizo célebre por la pureza de sus costumbres i por sus virtudes políticas i militares, que al mismo tiempo le granjearon el respeto i la amistad de Juan II.

En medio de las revoluciones que ajitaban la Castilla, i sin desatender a señalarse como buen guerrero en las batallas contra los moros, el marques de Santillana escribió varios poemas, aunque cortos, pero llenos de fuego i de galantería. Compuso muchas piezas sueltas e hizo sonetos imitando a los italianos primero que Boscan. Se conserva tambien de él una carta escrita a un príncipe de Portugal, que contiene una historia compendiada de los antiguos poetas españoles. En todas sus obras hace alarde de su mucha erudicion, i por lo jeneral es pedante, pero quizá éste era el mérito principal de sus obras en aquel tiempo, en que su maestro el marques de Villena acababa de dar como regla necesaria el unir la erudicion al talento poético, tiempo en que ya se iba estendiendo este mal gusto por la España. Su versificacion es una de las mas dulces i armoniosas. Véase, por ejemplo, esta tierna

ELEJIA AMATORIA.

Ya la gran noche pasaba
E la luna se escondia,
La clara lumbre del dia
Radiante se mostraba.
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos apena
Oi triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba:
"Amor cruel e brioso
Mal haya la tu alteza,
Pues no faces igualeza
Seyendo tan poderoso."
Desperté como espantado,
E miré donde sonaba
El que de amor se quejaba,
Bien como damificado;
Vi un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha,
E cantaba tal endecha
Con semblante atribulado:

"De ledo que era, triste
¡Ay amor! tu me tornaste,
La hora que me tiraste
La señora que me diste."

Pregunté: ¿por qué facedes,
Señor, tan esquivo duelo;
O si puede haber consuelo
La cuita que padecedes?
Respondióme: non curedes,
Señor, de me consolar,
Ca mi vida es querellar
Cantando asi como vedes:

Pues me falleció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgura
Mas por siempre entristecer.

Díjele: segun parece,
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos deja,
E de vos no se adolece.
Respondióme: quien padesce
Cruel pago por amor,
Tal cancion debe cantar
Jamas, pues, le pertenece.

.....

Díjele: non vos quejedes
Que non soys vos el primero,
Nin sereis el postrimero,
Que sabe del mal que habedes.
Respondióme: fallaredes
Que mi cuita es tan esquiva,
Que jamas en cuanto viva,
Cantaré segun veredes.

¿No puede ser al sabido,
Repliqué, de vuestro mal,
Nin de la causa especial
Porque ansi fuistes ferido?
Respondió: trueque y olvido
Me fueron ansi ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido.

.....

Su cantar ya no sonaba
Segun antes, nin se oia,
Mas manifiesto se via
Que la muerte le aquejaba;
Pero jamas non cesaba,
Nin cesó con gran quebranto,
Este dolorido canto
A la sazon que espiraba:

"Pero te sirvo sin arte,
¡Ay amor, amor, amor!
Gran cuita de mi nunca se parte.

Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
E no entre en tal cadena,
Do no salga si quisiere."

Esceptuando uno que otro pasaje oscuro que se encuentra en esta bella composicion, tenemos que admirar la fluidez armoniosa de la versificacion, i la naturalidad para espresar afectos tan tiernos como en ella se pintan. Estas son casi jeneralmente las prendas que distinguen a este literato en todas sus composiciones sueltas.

IX.

Floreció tambien en esta memorable época el poeta Juan de Mena, llamado el Ennio Español. Nació en Córdoba el año de 1412 i murió en Guadalajara en el de 1456. Fué uno de los sabios mas favorecidos por Juan II, i gozó de tanto crédito en aquel tiempo, que fué tenido por el primer poeta de su siglo.

Su obra mas celebrada es el *Laberinto*, llamado tambien *Las trescientas*, por componerse de trescientas estancias. Es esta obra un poema alegórico, histórico i didáctico, escrito en verso de arte mayor, en que imita las alegorias del Dante, cuyas obras tuvo ocasion de conocer cuando estuvo en Roma. Se supone el poeta abandonado, i despues acojido por una hermosa mujer que es la Providencia, la cual lo trasporta a otra parte i le pone a la vista las tres ruedas de la fortuna, que representan lo pasado, lo presente i lo futuro, i le hace ver la influencia de los siete planetas. De aquí procede Juan de Mena a hablar de los grandes hombres de su tiempo, i a caracterizarlos segun las cosas que tiene presentes en aquel misterioso gabinete de la Providencia, haciendo sus retratos, pero con una pedantería insufrible. En el estilo i en la versificacion hai mucho artificio, i su carácter principal es la dureza, pues carece de delicadeza i

gracia; a veces es valentísimo, pero por lo jeneral mui frio por la falta de medida en sus versos.

Quintana dice de este escritor que, "la lengua en sus manos es un esclavo que tiene que obedecer i seguir de grado o fuerza el impulso que le da el poeta." Mas, para que se conozca poco mas o ménos la versificacion de este célebre español, véase esta composicion en que espone los

LAMENTOS DE UNA MADRE SOBRE EL CADAVER DE SU HIJO.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste, despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento, tendido
De aquel que criara con tanto desvelo.
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con sus uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca,
Besando á su hijo la su fria boca,
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra de se comensara,
Busca con ira crueles querellas,
Y tal como muerto viviendo separa
Decia llorando con lengua rabiosa:
"O matador de mi hijo cruel,
Matáras á mí, dejáras á él,
Que fuera enemigo no tan porfiosa:
Fuera á la madre mui mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostráras á él tan amargo
Ni triste dejaras á mi querellosa.

Si antes de la muerte me fuera ya dado,
Cerrar a mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos

E yo no muriera mas de una vegada;
Moriré asi muchas desventurada
Que solo podré lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no gradecidas
Magüer que lloradas por madre cuitada.

Se dice que Juan de Mena habia comenzado ademas otro poema titulado: *Tratado de vicios i virtudes*, pero que dejó inconcluso.

NOVELAS I CUENTOS.

EL MENDIGO.

(1842.)

I.

No ha muchos años, en una tarde de octubre, me paseaba sobre el malecon del Mapocho, gozando de la vista del sinnúmero de paisajes bellos que en aquellos sitios se presentan. La naturaleza en nuestra primavera ostenta con profusion todos sus primores, i parece que desarrolla ante nuestros ojos su magnífico panorama, con la complacencia de una madre tierna que presenta sonriéndose un dijecillo al hijo de su amor. El Mapocho ofrece en sus márjenes mil delicias que le hacen recordar a uno con pena aquellas bellas ilusiones que se forma en sus primeros amores: aquí aparece el aspecto duro i melancólico de una ciudad envejecida, cuyos edificios ruinosos están al desplomarse; a lo léjos, una confusa aglomeracion de edificios lucidos, de torres esbeltas i elegantes, i el puente grande del rio que se ostenta majestuosa i soberbiamente sentado sobre sus formidables columnas; allí multitud de grupos de árboles floridos, que a veces se confunden con los lijeros i blancos vapores que se elevan de las aguas; allá interminables corridas de álamos de color do esmeralda, cortadas a trechos por el lánguido sauce i por otros arbolillos que

contrastan sus matices verdinegros con el triste amarillo del techo de las chozas. De entre las densas arboledas, se ven salir en direcciones curvas i varias las columnas del humo del hogar; los niños triscan en inocente algazara sobre las arenas del cauce, el pastor desciende con su blanco rebaño por las laderas del San Cristóbal i se pierde de repente tras de las peñas o arbustos que se encuentran al paso; i en medio de estas rústicas escenas, se oye la armonía universal de la naturaleza que se despide de la luz del dia, i que confunde sus ruidos misteriosos a la distancia con el sordo bullicio de la ciudad. ¡Oh encantos del Mapocho! ¡Cuántas veces habeis henchido mi pecho del regocijo mas puro! ¡Cuántas veces habeis ahuyentado de mi corazon penas acerbas! Yo derramaria lágrimas de ternura, si estando separado de mi patria, me asaltara el recuerdo de esas escenas de simple rusticidad en el centro de la cultura de un pueblo!

El sol comenzaba a ocultarse en las colinas de occidente, dibujando en el azulado fondo del cielo diversos copos de luciente nacar, tiñendo de un suave color de rosa las nubecillas que flotaban sobre las faldas de los Andes, i dorando el manto de nieve con que se cubren estos jigantes del mundo, de modo que los hacia aparecer como montañas de oro macizo puestas allí para sustentar el firmamento con sus encumbradas cimas. El aura de la tarde era fresca i aromática, yo dejaba flotar a su impulso mis cabellos i permanecia reclinado sobre la muralla, mirando las corrientes del rio: ellas se llevaban consigo mis pensamientos i mi vista, i se precipitaban bulliciosas

hasta estrellarse en esas ruinas adustas que ha dejado en su paso el antiguo tajamar, i que hoi, inmóviles i silenciosas desafian su embate i las desprecian. Pero aquel momento de delicias en que todo lo sentia, sin pensar en nada, fué mui corto para mí; un hombre se puso a mi lado sin pronunciar una sola palabra i me sacó de mi ensueño: era de grande estatura, aspecto grave, semblante apacible i melancólico; su barba era larga i blanquizca, sus ojos humildes i hermosos. Vestia una manta larga i gruesa, calzon azul i media de lana blanca, i en su mano derecha tenia un sombrero de paja burda, en actitud de respeto. Al instante reconocí al misterioso mendigo que recorria todas las tardes aquellos sitios implorando la caridad de los transeuntes, sin desplegar los lábios; no habrá en Santiago quien no le recuerde; apénas hará cinco años que ha desaparecido. Ese hombre atraia poderosamente mi atencion: siempre habia procurado con algunos amigos saber quién era, pero nunca habíamos logrado oirle mas que monosílabos. Entónces traté de trabar con él una conversacion; le dí una moneda i nos cruzamos estas palabras:

—¿Me conoce usted a mí, buen hombre?

—Sí señor, usted siempre me ha hecho bien, me respondió con voz apagada.

—¿Sabe usted cómo me llamo?

—Nó.

—¿I su nombre de usted, dígamelo, mire que siento ardientes deseos de saber quién es usted, de saber algo sobre su vida. Vamos, hable usted.

Despues de un silencio, durante el cual ví en su rostro cierto aire de ternura, me dijo:

—Soi un antiguo soldado de la patria, me llamo Alvaro de Aguirre; i bajó al suelo sus ojos guarnecidos de una blanca i larga pestaña.

Yo continué haciéndole varias preguntas, i él contestándomelas a medias. Luego que supo por mi nombre quien era mi padre esclamó: ¡Buen señor, siempre me dá limosna; estuvimos juntos en el sitio de Rancagua, en una misma trinchera, él era paisano i peleaba como nosotros! Estas frases pronunciadas con cierto aire de nobleza, me hicieron palpitar el corazon i traté de hacerle conocer el interes que me inspiraba su desgracia, le prometí amistad i conseguí al fin de muchas súplicas que me dijera algo sobre su vida. Marchamos juntos hasta la penúltima pirámide; en su base tomó asiento el mendigo i yo permanecí en pié. La luna principiaba a rayar sobre los Andes, i su luz rielaba sobre las lijeras i bulliciosas aguas del rio, figurando en ellas una prolongada cinta de plata estendida en desórden sobre la arena; todo estaba en calma. El aspecto del mendigo me inspiró veneracion i me causó mil ilusiones misteriosas, que pasaron por mi mente con la lijereza de la brisa que lamia el encumbrado follaje de los álamos. Su voz me sacó de mi escitacion, pero no era ya la voz apagada del que sufre, sino firme i sonora, como la del hombre que revela hondos arcanos. Principió conmigo una conversacion, la mas interesante que he tenido en mi vida: la rapidez de su narracion i de su lenguaje, me reveló desde luego que no tenia en mi presencia a un hombre comun. A cuantas preguntas le dirijia, me respondia entónces con desembarazo i con firmeza; de modo que llegué a creer que aquel era un mendigo

supuesto, un personaje mui diferente del personaje que representaba, i me persuadí de que por alguna de aquellas anomalías, tan frecuentes en el mundo, habria llegado este hombre a habituarse a permanecer en una situacion tan despreciable como era la en que se encontraba. Pero esta persuasion me duró poco tiempo, porque luego ví que eran mui naturales i aun comunes los accidentes que le habian precipitado en la desgracia. Voi a tratar de trazar aquí la historia de su vida con el mismo aire i animacion con que él me la refirió, omitiendo detalles, i en frases cortadas como él lo hacia.

II.

"Yo nací en la Serena, dijo, i mi nacimiento causó la muerte de la que me dió la vida; mi padre, que era uno de los comerciantes de mas crédito en aquel pueblo, cuidó esmeradamente de mis primeros años, i me educó sin perdonar sacrificios. Ya habia salido de mi infancia, ya principiaba a sombrearme la barba, cuando me entregó a un amigo suyo, rico mercader de Lima, para que me llevase consigo i me comunicase sus luces i su esperiencia. Yo partí lleno de angustias: el corazon me presajiaba entónces un porvenir de lágrimas i de sangre. ¡Ah! jamas olvidaré el aspecto de mi padre en aquel instante! El anciano desgraciado lloraba como un niño, me estrechaba sobre su pecho i me acariciaba con ternura, dándome consejos i protestándome que me separaba de su lado solo porque deseaba mi felicidad! ¡Padre querido! mil veces te he llorado como ahora i jamás he podido hallar consuelo!...." El mendigo ocultó sollozando su rostro entre sus manos, i despues de un suspiro profundo, continuó: "Ocho años hacia que yo estaba en Lima, cuando supe que mi padre habia muerto, agoviado de pesares a causa del mal estado de sus negocios; sus acreedores se habian repartido de los efectos de su comercio para pagarse; el entierro de su cadáver se hizo de caridad; no tuvo un deudo, un amigo que

derramase una lágrima tan solo sobre su sepulcro! ¡Ah! yo debiera haber partido entónces a mi pueblo! pero mil esperanzas vanas me encadenaron en Lima, i me decidí a permanecer allí para siempre. El mercader a quien mi padre me habia encomendado babia muerto tambien, i yo continuaba con su hijo malbaratando el caudal que aquel hombre honrado le formó con tantos sacrificios: ambos éramos de una edad, i sin guia, solos en aquella Cápua de la América, nos habíamos lanzado a la disipacion. Nuestros negocios se encontraban en el peor estado, no teníamos crédito, ni avanzábamos en el comercio: un dia de aquellos en que el demonio se apodera del alma para arrancarle la razon i precipitar al hombre en el vicio, mi amigo, Alonso, tomó el dinero que habia en caja i nos encaminamos a casa de su querida, en donde se juntaban de ordinario varios hombres perdidos. Serian las seis de la tarde, en invierno, entramos en silencio hasta una pieza oscura, sin sentir el menor movimiento en toda la habitacion; i no bien habíamos puesto en ella el pié, cuando sentimos palpitante el estallido de un beso lleno de amor, i luego un prolongado suspiro: pedimos luces i al momento sentí que se acercó a mi amigo su querida llenándole de caricias. Al iluminarse la sala, vimos reclinado sobre un canapé a un militar español que en la noche anterior nos habia ganado allí mismo veinte mil duros. Se levantó estregándose las manos i diciéndonos: "¿vienen ustedes a continuar la partida?" i nosotros no le respondimos palabra.

Alonso, que estaba con sus facciones contraidas, se dirijió a él en silencio, como a exijirle una esplica-

cion, pero a la sazon entraron varios con las mujeres que formaban el embeleso de aquella tertulia. El juego, el ponche i la corrupcion dieron principio; las horas comenzaron a pasar lijeras para todos, pero lentas para mí. Mui tarde era ya, las luces ardian en candiles i a su opaco resplandor continuaban los jugadores su tarea con mas ardor: yo estaba fastidiado i dispuesto a retirarme. Alonso habia perdido todo su dinero, el almacen de su comercio, i hasta su reloj, pero permanecia mirando jugar con su cabeza reclinada sobre el hombro de su querida.

Las mujeres no me habian impresionado aquella noche, yo sentia en mi alma una amargura que me desesperaba. En un momento en que la algazara del desórden habia cedido su lugar al cansancio, se acercó a mí un fraile de la buena muerte, que andaba con una guitarra en la mano, i tomando un aire sério me dijo al oido: "yo no quiero guardar mas un secreto que pesa sobre mi conciencia: sepa usted, don Alvaro, que a su amigo le han ganado mal. Su misma adorada ha facilitado al militar los dados falsos."

Yo me quedé pasmado con esta fatal revelacion, i luego que me serené, con mucha calma, me puse junto a la mesa de juego: mi amigo permanecia como he dicho ántes, i aquella mujer perversa lo acariciaba todavia, resbalando una mano suavemente por sus barbas. Estaba yo observándola i tratando de descubrir en su semblante la verdad de la revelacion que acababa de hacerme el fraile; i al fijarme en sus ojos apacibles i bellos, llegué a considerarla incapaz de un crímen. Pero luego la ví hacer un jesto de intelijencia al militar i pasarle unos dados, diciéndole:—

«toma, éstos son mejores.» No pude contenerme i esclamé: ¡esos dados son falsos, señora!... Sí, tiempo há que yo lo sospechaba, grita Alonso, hundiendo al mismo tiempo su puñal con fuerza en el corazon de su traidora amante. El español se levanta furioso i dirije una pistola al pecho de mi amigo, yo se la arrebato, i éste le deja muerto en el instante mismo con el puñal que le habia servido para principiar su venganza! En aquel momento terrible, todos altercaban en confuso desórden i gritería, i de tal modo se trabó la riña i tanto duró, que la ronda se introdujo, aprehendió a varios allí mismo i entre ellos a mi amigo Alonso. Yo me precipité entre la turba i logré ocultarme en una casa vecina que era de un comerciante con quien habia tenido relaciones.

Quince dias, los mas espantosos de toda mi vida, pasé encerrado en un sótano, que tenia su entrada en el cuarto mismo que habitaba mi salvador i corria hácia una callejuela de la ciudad, por donde habia mucho tráfico i que daba a espaldas del palacio del virei. La oscuridad de aquel sitio inmundo no me dejaba ver siquiera mi propio cuerpo, la humedad trababa mis miembros i penetraba hasta mis huesos, la fetidez me hacia desesperar i correr frenético los ángulos de aquella prision en busca de aire puro que respirar! Desde ahí percibia yo el bullicio de la calle i hasta las conversaciones de los transeuntes. Un dia sentí gran tropel, voces i gritos confusos; oia tocar la agonía en una iglesia próxima, i de cuando en cuando una lúgubre campanilla precedia el grito de álguien que pedia limosna para un ajusticiado. ¡Este era Alonso, sí, mi amigo Alonso, que ese dia fué arrastra-

do a un banco, por la piedad del virei, que le habia conmutado la pena de horca a que fué condenado por los jueces. La misma sentencia recayó sobre mí...!

El que me habia salvado la vida completó su favor, haciéndome salir con precaucion para el Alto Perú. Dos años vagué por pueblos estraños, procurándome la subsistencia, unas veces de limosna i otras soportando los trabajos mas duros para comer un pan de maiz humedecido con mis lágrimas! Atravesé al fin las cordilleras, i despues de un sinnúmero de sacrificios i de privaciones llegué a la Serena, a mi patria! Entónces desperté como de un letargo, me sentí estenuado, me ví lleno de andrajos, rodeado de miseria; pero hubiera gritado como un loco, al reconocer las calles de mi pueblo! ¡Hubiera acariciado con delirio a todos los que encontraba al paso, sin embargo de que ellos ni siquiera me echaban una mirada de compasion! Nadie me conocia, la casa que habité en mis primeros años estaba ocupada por jentes estrañas!

La primera noche que pasé en aquella ciudad deliciosa no tuve donde acojerme: estendí mi manta sobre las losas de una de las puertas del templo de Santo Domingo, i me dormí arrullado por el estruendo de las olas del mar: tuve sueños de ventura, i me desperté, al rayar el sol, riéndome, como si hubiese sido el hombre mas afortunado del mundo. Pero tenia hambre, estaba cubierto de harapos i era preciso pensar en mi situacion; ya me habia puesto en pié para ir a buscar a donde trabajar, cuando se abrieron las puertas de la iglesia. Entré lleno de veneracion i me arrodillé a oir una misa que principiaba. Mi corazon en aquellos momentos fué todo de Dios, me sentia feliz con

acercarme a él a pedirle misericordia i amparo! Al acabar su misa el sacerdote, se volvió al pueblo, i con voz trémula i aire apacible, le pidió una oracion implorando el favor de la Vírjen Santísima sobre los desgraciados que acababan de morir en la plaza de Santiago, en defensa del nuevo gobierno que se habia instalado a nombre del rei.

Esta noticia que oia por primera vez, llamo sériamente mi atencion. Salí del templo, llevando en mi corazon el placer que se gusta despues de haberse acercado a Dios, pero lleno de curiosidad por lo que habia oido decir al sacerdote. Me acerqué a una pobre anciana, que tambien salia, para hacerle algunas preguntas; quise reconocer sus facciones, llaméla por su nombre i ella me respondió con sorpresa: no pude contenerme, la abracé i me le dí a conocer. La pobre vieja habia estado al servicio de mi madre, me habia asistido hasta mi partida a Lima. ¡Lloramos juntos en silencio! i cuando pasó nuestra primera ajitacion, me llevó a su casa i me prodigó mil cuidados.

De ella supe cuanto deseaba saber de mi desgraciado padre, cuya memoria no existia ya, sino en uno que otro de los habitantes de aquel pueblo. Supe, ademas, que como ocho meses ántes de mi llegada, se habia cambiado el gobierno del rei en Santiago, por medio de una revolucion que presajiaba muchos desastres.

Algunos dias despues, pude presentarme a varias personas, pero todas me desconocieron; i reflexionando entónces que el hombre, cuando está sumido en la miseria, solo puede confiarse en sus propias fuerzas, principié a trabajar en lo que se me proporcionaba accidentalmente para ganar mi subsistencia i no ha-

cerme tan oneroso a la pobre vieja que me habia facilitado su hogar i su mesa.

Yo sentia que mi juventud se iba apagando i encontraba en mi corazon un vacío que me hacia la vida insoportable. Los recuerdos que asaltaban mi mente eran todos funestos: solo un pensamiento que me habia acompañado en todas mis peregrinaciones me conmovia agradablemente. Pero era una ilusion vaga, como aquellas que le quedan a uno despues de un sueño delicioso, era el recuerdo de un amor inocente i puro que habia dominado mis primeros años.

Mi padre acostumbraba, cuando yo estaba todavia a su lado, visitar todas las noches a una anciana viuda, con quien le ligaba una amistad de muchos años; la anciana tenia una hija, menor que yo, la cual por su pureza i hermosura parecia un ánjel. Todas las noches nos reuníamos: nuestras conversaciones eran inocentes, nuestros juegos tambien lo eran: a veces advertíamos que los dos ancianos nos fijaban sus ojos con placer i se sonreian; nosotros nos ruborizábamos i quedábamos en silencio. Yo no tenia durante el dia otro pensamiento que el de llevar por la noche algun dije a mi amiguita Lucía, o el de aprender algun cuento para referírselo, porque sentia un profundo placer de verla con sus ojos clavados en mí durante mi narracion; sentia necesidad de que me mirase i de mirarla yo tambien...

El amor habia estrechado nuestros corazones i nosotros lo ignorábamos, no hacíamos mas que sentir sus efectos. Este amor fué el que hizo amarga mi separacion de la Serena, ese amor fué el que siempre tuve presente durante mi ausencia, él habia llegado

a ser para mí una especie de relijion, que no me atrevia a abjurar, porque temia cometer un crímen, o mas bien porque no podia hacerlo; ese amor era mi vida. Así es que miéntras duró mi mansion en Lima, jamas me atreví a mirar a una mujer, sin que me asaltase el temor de ser infiel a mi Lucía.

A los dos años de mi residencia en aquella ciudad, supe que habia muerto la madre de Lucía, i nunca mas volví a tener de ésta la menor noticia. Sin embargo, todas mis ilusiones le pertenencian; alguna vez me aficioné de tal o cual mujer, porque mi imajinacion me la figuraba parecida en algo a mi Lucía; siempre que me entregaba a las ilusiones, que son tan frecuentes en la juventud, ella era el único término de mi aspiracion; la ausencia me la hacia mas bella, mas anjelical; i como no habia yo tenido otro amor, i mi corazon necesitaba amar, ella ocupaba sola toda mi alma, i por ella sola vivia.

Despues de mi llegada a la Serena, traté de tomar noticias acerca de esta linda niña, pero sin descubrir mi corazon; i la vieja María me hizo saber que la antigua amiga de mi padre, al tiempo de morir, habia encomendado su hija i todos sus bienes a un español que era mui conocido en aquel pueblo por la orijinalidad de sus costumbres.

Este hombre singular que se llamaba don Gumesindo Saldías, habitaba en una casa aislada, al estremo del poniente de la poblacion, a la orilla de la vega que se dilata hasta la playa: no tenia familia, no se le veia jamas en público, i de los esclavos que le rodeaban, solo uno practicaba las dilijencias que necesitaba en la calle. En esa casa habitaba mi Lucía, i era opinion

comun entre todos los de la ciudad que habia enloquecido al poco tiempo despues de muerta su madre, por cuyo motivo jamas se la habia visto por nadie desde aquella época.

Un año empleé practicando las mas prolijas diligencias a fin de ver a mi querida o de saber algunos pormenores mas sobre su suerte, pero nunca pude avanzar mas en mi objeto. Me propuse andar siempre mal traido para no llamar la atencion sobre mí, i tomé la costumbre de dirijirme a la vega, con mi caña de pescar, todas las tardes, apénas terminaba los pocos quehaceres que tenia. Me colocaba al pié de las murallas de la casa de don Gumesindo, i desde ahí estaba en contínuo acecho, i siempre sacando con mi anzuelo los camarones de la vega. Desde aquel sitio, que estaba para mí lleno de encantos, presenciaba la caida del sol en los abismos del mar; sus reflejos iluminaban las aguas de tal modo que parecia que iba a hundirse en una inmensa hoguera, cuyas llamas herian la vista, miéntras que el cielo estaba cubierto i matizado de nubes negras i rojas que a veces me arrobaban el alma i me hacian olvidar a la pobre Lucía. De este modo pasaba la tarde i venia la noche a encontrarme en la misma situacion, porque así permanecia horas enteras calculando i buscando modo de conseguir salir de aquella penosa situacion a que me habia reducido mi suerte.

Lo único que me sacaba a veces de mis delirios era una voz vaga i suave que entonaba algunos versos al otro lado de la pared i que yo alcanzaba a percibir, porque ésta tenia en lo mas alto unas aberturas largas i angostas cruzadas de dos barras de fierro mui forni-

das. Para mí no habia duda de que aquella era la voz de Lucía, i esta persuasion me daba un consuelo el mas grande que en aquellas circunstancias podia esperar.

Mucho tiempo hacia que no recibia mi alma este descanso, cuando una tarde oí patentemente que cantaban estos versos:

Aunque me olvidas, te adoro,
i aunque no me das consuelo,
yo lo tengo porque lloro.

I despues de algunos mas, que no alcancé a percibir sino mui vagamente, oí con mucha claridad estos otros:

No creas que porque sufro,
soi cobarde:
No hai bien que por mal no venga
aunque tarde.

Yo lloraba amargamente al oir estas quejas i me imajinaba ver a Lucía con sus grandes ojos negros cubiertos de lágrimas, sentia que estrechaba mi mano entre las suyas, i mi ilusion llegaba hasta el estremo de persuadirme de que hablaba con ella i de que la poseia para siempre...!

III.

El fruto principal de mis tareas en un año, habia sido la amistad que me procuré con el negro Luciano, que era el único esclavo de quien don Gumesindo se confiaba. Principié a agasajarle i a captarme su cariño, pero era tanto el poder que sobre su corazon tenia el amo, que aun se recelaba para responderme a las preguntas mas insignificantes que yo le hacia acerca del réjimen de la familia. Al fin de muchos trabajos, logré de él tener algunas nuevas de Lucía, las que no hicieron mas que avivar mi pasion; pero como yo temia todavia del negro, no me atrevia a tentar su fidelidad. Un dia le encontré en la calle i me dijo que buscaba a un carpintero para que acomodase una gran parte que se habia caido del altar del oratorio de su señor, porque el maestro que trabajaba en su casa estaba aquella vez mui enfermo: aprovechando yo la oportunidad, me le ofrecí, i con pocas instancias logré que me diese aquella ganancia. En efecto, busqué algunas herramientas, i aunque no entendia el arte, me atreví a improvisarme carpintero, confiado solo en el amor; i una hora despues estaba a la puerta de don Gumesindo a cuya presencia fuí conducido por Luciano.

Estaba el español recien levantado de siesta, con el gorro calado hasta la ceja, i sentado en un canapé, en

cuyo brazo tenia apoyado el codo de manera que afirmaba su barba sobre la palma de la mano, abrazándose la garganta entre el índice i el pulgar: su aspecto era el del gato que acecha, pero tenia un ceño terrible. Díjole entre dientes a Luciano que me condujera al oratorio i volviese para tratar. Así lo hicimos i nos ajustamos por un precio mui bajo, quedando de principiar la obra al otro dia. Me retiré con el sentimiento de no haber visto a nadie mas que a don Gumesindo en la casa, i llegué a temer que no me seria posible ver a Lucía, i ese era el único objeto de mis esfuerzos.

Desde aquel momento no pensé mas que en el modo de dármele a conocer, i al efecto escribí una carta para entregársela al dia siguiente. Un amigo mio, que era un español llamado Laurencio Solis, me sorprendió aquella noche al tiempo de estar trazando en papel la revelacion de mi amor; i como yo lloraba i escribia a un mismo tiempo, no pude ocultarle mi propósito; a mas de que necesitaba desahogar mi corazon, deseaba tener un amigo que aprobase mis sentimientos, que me ausiliase con su consejo. Desde entónces consideré a Laurencio como un hermano que el cielo me concedia para templar mis amarguras.

Llegó el dia deseado, i al rayar el sol me puse en casa de don Gumesindo, armado con los útiles necesarios para ejecutar la obra i comunicarme con mi querida. Entré temblando a la presencia de este hombre, que entónces me pareció mas terrible que nunca: me dijo sin mirarme i con voz mui entera:

—¿Vienes para el trabajo?

—Sí, señor.

—Pues bien, si no acabas a las diez, puedes pensar en no hacer nada.

—Acabaré ántes, señor.

—¡Eh! ¡qué dócil pareces, bribon! ¿de dónde eres tú?

—De Lima, señor.

—¿Mucho tiempo há que estás en estos lugares?

—No, señor.

—Pues bien, no tienes mala pinta, anda al trabajo, me replicó hiriéndome con una mirada que acabó de intimidarme.

Al pasar por el cuarto contiguo al oratorio, que comunicaba con el de don Gumesindo, ví a Lucía sentada en el estrado i tejiendo randas en un cojinillo pequeño que apoyaba sobre sus rodillas: al verla se me cayeron de la mano los instrumentos, ella levantó sus hermosos ojos, los fijó en mí, el cojinillo rodó por la alfombra i la pobre niña quedó con sus lábios entreabiertos i yerta como si hubiese caido un rayo a sus piés. Un grito terrible de don Gumesindo, que me decia:—¡Hola, ya principias con torpezas!—me sacó de mi atolondramiento; tomé las herramientas i seguí mi camino.

Dí principio al trabajo sin saber lo que hacia, porque aun podia divisar desde allí a mi ánjel que no se atrevia a levantar los ojos, sin embargo de que don Gumesindo estaba en una posicion desde donde no la veia. Despues de un largo rato me puse a aserrar una tabla enfrente de ella i entoné un yarabí peruano con los versos

Aunque me olvidas, te adoro,
i aunque no me das consuelo,
yo lo tengo, porque lloro.

La bulla de la sierra no dejaba percibir a don Gumesindo la letra de mi canto, pero Lucía la entendió al momento, porque la ví mirarme con sus ojos llenos de lágrimas i suspirar con ternura. En aquel momento delicioso fuí mas feliz que lo he sido en toda mi vida; olvidé mis pesares, i en lugar de llorar me reia como un niño. Luego trajeron a don Gumesindo una gran taza de chocolate, él se desvió un poco de la puerta del oratorio para tomársela al sol, i aprovechando yo aquel momento, saco mi carta i se la tiro a Lucía; ella la recojió i sonriéndose la besó. Vuelvo a aserrar otra tabla i Lucía acercándose a la puerta me dice en una voz suave i dulce:—"Alvaro, yo no sé leer!".....

Perdí todas mis esperanzas al oir aquella fatal noticia i llegué a desesperar de mi suerte, pero por fortuna llegó entónces Luciano a avisar a su amo que le buscaba el guardian de San Francisco; i don Gumesindo se dirijió a recibirle diciendo a su esclavo: "atiende a ese hombre."—El español era tan celoso que nunca dejaba entrar a alma nacida a las piezas que comunicaban al segundo patio, donde yo estaba trabajando, i por eso acostumbraba recibir a los que le visitaban, que eran dos o tres personas, en un cuarto que estaba cerca de la calle. A él se encaminó don Gumesindo para recibir al guardian.

Luciano, abusando de su confianza conmigo, se in-

trodujo al oratorio a darme conversacion; yo estaba desesperado i no hallaba medio alguno para retirarle, hasta que se me ocurrió decirle que necesitaba fuego para seguir el trabajo; i miéntras se apartó para cumplir mi deseo, Lucía se aproximó a la puerta temblando, pálida como si acabara de cometer un gran crímen, i nos cruzamos estas palabras en voz baja:

—Lucía, ¿me amas todavia?

Jamás te olvidé!

—¿Con que no sabes leer? ¿Cómo podremos comunicarnos? tengo muchas cosas que decirte.....

—No hallo cómo.

—Díme, estas ventanillas que hai en lo alto de la pared del costado de la casa, ¿a dónde caen?

—A la despensa i al cuarto de una esclava negra, que es la única mujer que hai aquí, i la cual me espía i me maltrata mucho.

—¿Pero no podrias subir por la despensa?

—Sí, porque hai algunos trastos grandes que pueden servir para ello, pero tú no podrás alcanzar por la calle.

—Pierde cuidado, nos veremos esta noche.

—No puedo, mañana sí, a media noche.

—¿Me prometes no faltar, Lucía? Dame tu mano.....!

Me dió un *sí* espresivo, i entónces no ví mas, no sentí mas que su linda mano: maquinalmente la estreché a mis lábios, perdí el sentido; la fiebre me abrasaba el corazon i todos mis miembros perdieron su vigor. En ese instante entró Luciano; Lucía estaba ya en su asiento, i yo permanecia aun lánguido i sin accion para moverme ni hablar una sola palabra.

Desde luego no traté mas que de concluir la obra

para retirarme de aquel sitio en donde un momento ántes habria deseado permanecer para siempre: no sé por qué se apoderó de mí una zozobra, una inquietud inesplicable: me parecia que habia sido sorprendido, que me iban a matar i a privarme de asistir a la cita que acababa de darme mi Lucía. En poco tiempo mas, estuve desocupado. Don Gumesindo llegó al oratorio, miró el altar i pasándome el precio de mi trabajo, me dijo: anda con Dios, te has portado..... Al salir, nos correspondimos con Lucía una mirada que significaba mas que cuanto habiamos hablado.

De ahí me fuí lijero a buscar a Laurencio, le describí cuanto habia ocurrido, i obtuve su promesa de ayudarme a trepar hasta la ventanilla por donde habiamos de vernos con mi Lucía.

Para omitir detalles, no quiero demorarme en la descripcion de las infinitas citas que tuve con aquel ánjel en lo sucesivo: yo permanecia horas enteras apegado a la ventanilla por donde nos veiamos, pendiente con una mano de la reja i afianzando los piés en una cuerda que me servia para izarme; pero miéntras estaba con aquella mujer divina no sentia incomodidad alguna, no veia otra cosa que a ella, no oia mas que sus palabras, ni respiraba mas que su aliento. Recíprocamente nos contábamos nuestras desgracias, nos comunicábamos los proyectos que formábamos para salir de tan penoso estado, hablábamos de nuestro amor i nos lisonjeábamos con un porvenir de placer i de ventura: estos coloquios avivaban nuestro fuego, nos consolaban i nos hacian dulces nuestras angustias.

La situacion en que ella se encontraba era desespe-

rante: desde la muerte de su madre, jamás habia pisado el dintel de la puerta de calle de la casa de su tutor. Este jamas le dirijia una palabra, la forzaba a estar todo el dia sola en un cuarto que le servia de prision, sin ver mas que a unos cuantos esclavos que nunca desplegaban los lábios en su presencia; por la noche se ocupaba en rezar con una vieja, que era su espía i la cual ejecutaba fielmente todas las órdenes de tiranía que le daba don Gumesindo. Se veia, en fin, precisada hasta de reservarse de su confesor, que era el capellan de la casa, porque sospechaba que procedia de acuerdo con su tutor.

Yo era el hombre mas feliz, porque en medio de la miseria a que me veia reducido, me sentia adorado por la única mujer que habia ocupado siempre mi corazon; pero la pobreza me condenaba a no ver realizadas jamás mis ilusiones Ella era rica i tampoco podia disponer de sus riquezas: solo podia llorar conmigo nuestra desventura.

A veces me asaltaba la desconfianza por su amor, porque no hallaba motivo para que una mujer tan bella i de tantas prendas estimables se fijara en un miserable como yo, que para vivir se veia precisado a trabajar de artesano; en un hombre sin porvenir i condenado por su destino a una perpetua desgracia; pero ella me consolaba con sus caricias i me juraba amarme siempre a pesar de todo. A los ocho meses de mantener esta comunicacion, resolvimos fugar de aquel lugar aborrecido i establecernos en otra parte, en donde pudiéramos gozar libremente de nuestra union, i reclamar con el tiempo sus propiedades. Combinamos el plan de nuestra fuga, i a mí me pa-

reció bien consultárselo a Laurencio, el cual se interesó tan vivamente en el buen éxito de la empresa, que me prometió acompañarme a donde fuera con mi querida.

Este hombre que me inspiraba tanta confianza i con quien tanto simpatizábamos, corria entónces la misma suerte que yo; era pobre i desvalido. Habia llegado a la Serena casi a un tiempo conmigo, pero se ignoraba de dónde i con qué fin: él decia que habia sido comerciante en su pais i que viniendo al Perú con sus negocios, un naufrajio le redujo a la indijencia. Despues veremos la verdad de este relato.

El dia de la Cruz de Mayo de 1813, debia efectuarse nuestra partida a las dos de la mañana, i Lucía habia de salir vestida de hombre por una alta pared que cerraba por un costado la casa de don Gumesindo. Todo estaba dispuesto, i contábamos entre los preparativos cuatro hermosos caballos, que nos habian costado muchos meses de trabajo a mí i a Laurencio. Amaneció el dia deseado i nosotros estábamos alegres porque no habia obstáculo que no estuviese ya vencido i teníamos la seguridad de no haber sido descubiertos.

Yo ansiaba por que llegase el momento i me reputaba mui dichoso; pero pasando por la plaza con el objeto de hacer todavia alguna dilijencia, tres soldados me detuvieron i me llevaron a la presencia del juez, que despues de haber sabido mi nombre i mirándome mucho, me remitió a la cárcel con la órden de que me colocaran incomunicado i con una barra de grillos. Al instante temblé i obedecí sin replicar, porque no hubo duda para mí de que habia sido des-

cubierto nuestro plan. La desesperacion se apoderó de mi alma de tal modo, que si el carcelero no me hubiera quitado un puñal que llevaba conmigo, me habria dado la muerte en aquel instante mismo. Pero luego quedé en calma i en una especie de embrutecimiento que no me dejaba pensar, ni siquiera sentir.

Así permanecí dos dias, durante los cuales no ví mas que al carcelero que se acercó a mí dos veces para darme de comer: al tercer dia fuí llevado ante el juez i sufrí un largo interrogatorio sobre si conocia a don Gumesindo, si tenia mui estrecha amistad con el esclavo Luciano i sobre un plan que se decia que yo habia formado con éste para asesinar a su amo. Todo esto contribuia a aumentar mi confusion, i llegué a sospechar que el juez se valia de tales rodeos para desentrañar mejor el rapto de Lucía; pero al salir, ví que entraba tambien a la sala del juez el pobre negro Luciano con grillos i lleno de sangre: despues supe que su señor le habia castigado ferozmente ántes de entregarle a la justicia.

Tres veces mas me llevaron ante el juez en ocho dias que estuve incomunicado, i por los interrogatorios i cargos que me hacian, vine en cuenta de que yo estaba acusado de asesino i de complicidad con Luciano; i supe, con gran sorpresa, que por la noche del dia en que me apresaron habia fugado Lucía de la casa de su tutor. La ajitacion que me causó este accidente, oido de boca del mismo juez, fué tomada por éste como un efecto de mi inocencia en el rapto, i al instante decretó que se me pusiera sin prisiones en el calabozo de los demas presos. Allí encontré a Luciano i a una multitud de facinerosos, cuyo aspec-

te me dió pavor i me hizo pensar de nuevo en todo el peso de mis desgracias: uno de los presos se acercó a consolarme, otros se reian en mi presencia de mis angustias, i trataban de ridiculizarme con espresiones groseras, segun decian ellos, para darme valor.

Yo no lo tenia, es verdad, ni siquiera para darme a respetar de aquellos malvados. El mas viejo de todos conversaba con Luciano, refiriéndole la vida de don Gumesindo, el cual, segun él decia, habia venido de marinero en un buque español para cumplir la pena a que en su pais fué condenado por varios delitos que cometió. Luciano le oia con mucha complacencia, i le replicaba que él no tenia mas crímen que el haberle servido con fidelidad desde su niñez. Al fin se acercó a mí el negro, i conversamos acerca de nuestra prision: me dijo que en la tarde del dia anterior al en que me prendieron, su amo habia recibido una carta de un amigo, i luego que la leyó, le habia llamado a su presencia para hacerle algunas preguntas sobre mí, despues de las cuales le maltrató cruelmente hasta dejarle medio muerto i cubierta de heridas la cabeza, por cuyo motivo pasó esa noche i el siguiente dia, que era mártes, postrado en su cama. El miércoles, siendo ya mui tarde, se advirtió que Lucía faltaba de la casa, se la buscó prolijamente; i siendo inútiles todas las pesquisas, su amo enfurecido le habia hecho remitir a la cárcel, en donde se encontraba todavía sin saber a punto fijo de qué delito se le acusaba.

Compasion, i mucha, me inspiró la sencillez del pobre negro, i al hacerle saber la imputacion que se le hacia, le ví llorar, pero sin que su semblante su-

friese la menor alteracion: no sé si lloraba de despecho o de pena, lo cierto es que el esclavo tambien era sensible.

Mi amor, la desesperacion que tuve al verme preso, la melancolía en que caí despues, todo se me habia convertido en una aversion, un odio reconcentrado contra todos los hombres; ya no sentia mas que un deseo frenético de vengarme, aun a costa de lo que podia serme mas caro en este mundo i en el otro; sentia a veces un placer inesplicable cuando oia referir escenas de horror, salteos i asesinatos a los que me acompañaban en la prision, i me entretenia en hacerlos hablar sobre sus crímenes, porque este era el único consuelo que tenia.

Despues de vivir un mes en aquella situacion ignominiosa, un dia nos hicieron marchar a varios de los presos para Santiago, permitiéndonos, algunas horas ántes de nuestra partida, hablar con nuestros amigos o parientes. Yo no tuve otra persona que me viese en aquellas circunstancias que la vieja María, la cual me refirió que Laurencio habia andado mui inquieto el dia de mi prision, i que desde entónces no habia vuelto a verle mas, porque se habia huido, llevándose mis caballos i varios otros objetos que me pertenecian. Esta revelacion i las circunstancias de no haberse acercado Laurencio una solavez a la cárcel desde que entré en ella, me hicieron venir en cuenta de que este infame me habia traicionado huyendo con mi Lucía. Pero no hallaba cómo conciliar una alevosía semejante con el amor i la amistad que me ligaban con ellos: aborrecia, sin embargo, a los hombres, i mi odio me lo pintaba todo como posible. Partí para Santiago sin

saber mi destino, pero jurando a cada momento no descansar hasta verter la última gota de sangre de Lucía i de Laurencio i recrearme en su agonía: este era el único deseo, la única esperanza que me daba fuerzas para soportar las fatigas del viaje i los sinsabores de mi triste condicion.

IV.

Despues de un viaje penosísimo, entramos a esta ciudad una noche a fines de junio: era una noche de invierno, hermosa i serena; la luna alumbraba en todo su esplendor, las calles estaban solas i en silencio. Al pasar por el puente, ví por primera vez este rio cubierto en toda su estension de una neblina delgada que me lo hizo aparecer como el mas caudaloso que en mi vida habia visto. Desde aquel paraje divisaba gran parte de los edificios de este pueblo i veia que sobre ellos se alzaban como fantasmas blancas las torres de los templos: al instante me asaltó el recuerdo de Lima i por consiguiente el de mi vida pasada. Maldije de nuevo a los hombres i me resigné a sufrir hasta alcanzar la venganza que tanto ansiaba. Tales fueron los pensamientos que me ocuparon miéntras llegamos a un cuartel en donde nos dieron posada en la cuadra de los reclutas.

Al siguiente dia nos filiaron i nos vistieron como soldados, i esto me causó a mí mas gusto que a todos mis compañeros de infortunio. Con aquella ceremonia principiaba para mí una nueva vida, un porvenir mas halagüeño que el que habia tenido presente miéntras fuí tratado como criminal. Durante los pocos dias que permanecimos en Santiago, practiqué las mas esquisitas dilijencias para descubrir el paradero

de Lucía o de Laurencio, pero no pude obtener la menor noticia. Pensé entónces en abandonar furtivamente las filas, con el fin de buscarlos con toda libertad, i solo desistí de este propósito cuando consideré que mas me importaba lidiar contra los enemigos de mi patria i saciar en ellos mi sed de sangre, que perseguir a una mujer que me habia traicionado tan cruelmente. No podia, sin embargo, apartar su imájen de mi corazon; la adoraba con mas vehemencia a cada instante, porque ya me habia acostumbrado a sus caricias, porque ya habia sentido tiernamente correspondido un amor de toda mi vida...

En una de aquellas mañanas hermosas que suele haber en invierno, salió para el Sur la division militar a que yo pertenecia. La calle de nuestro tránsito estaba llena de jentes; por todos lados nos victoreaban, nos dirijian tiernos adioses i de algunos balcones nos arrojaban flores, como para presajiarnos nuestros triunfos: las músicas de la division mezclaban sus sonidos al bullicio popular i entusiasmaban el corazon. Yo marchaba con la mochila a la espalda i el fusil al hombro, pensando ver a cada paso a mi adorada Lucía entre las mujeres que lloraban o reian, viendo marchar a la guerra a sus camaradas; pero todo era solo una ilusion. Yo no tenia quien me llorara ni quien me dirijiese siquiera una mirada: era talvez de todos mis compañeros el único hombre desvalido, el único desgraciado, que en aquellos momentos no podia entregarme al entusiasmo que ardia en el pecho de todos.

Al pasar por cada uno de los pueblos del tránsito, se repetia la misma escena, i aprovechándome de los

pocos momentos que en ellos permanecíamos, me ocupaba siempre en buscar a Lucía, pero sin obtener jamás el menor dato.

Llegamos por fin a Talca, i entramos por las calles en medio de un pueblo numeroso que nos recibia con aclamaciones de entusiasmo, i allí nos incorporamos al ejército del jeneral Carrera. En pocos dias mas estábamos ya acampados en las cercanías de Chillan i sitiando esta ciudad.

Quiero pasar rápidamente sobre mi vida militar, porque ella pasó tambien sobre mí con la rapidez de un relámpago: de batalla en batalla, marchábamos entónces en una perpetua ajitacion i rodeados de todo jénero de privaciones. Mil veces he oido que el soldado es un vil instrumento que no piensa ni tiene voluntad, pero en aquellos tiempos no era así: todos conocíamos i amábamos la causa por que peleábamos, todos aborrecíamos de muerte a la España i a sus reyes, porque se nos habia hecho entender que nos hacian la guerra por esclavizarnos. De otro modo no habríamos arrostrado la muerte, sin mas interes ni esperanza que tener patria i libertad; habríamos pedido pan i dinero, en vez de sufrir el hambre i el frio i de mirar con avidez i con envidia al que tenia algo para llenar sus necesidades. ¡Ah! pasaron para mí aquellos dias de miseria gloriosa, i hoi no me quedan mas que las amarguras de un mendigo. Todos me desprecian i no habrá un hombre siquiera que sospeche que yo derramé mi sangre por la independencia: yo tambien los desprecio a todos, porque lo único que me ha dejado la esperiencia en el corazon es un odio verdadero al mundo. Las interminables des-

gracias a que me he visto condenado durante treinta años me han dado suficiente fuerza para arrostrarlo todo: estoi resignado a mi suerte i ni los peligros ni la injusticia de los hombres me harán bajar la frente. Pero volvamos a mi vida.

Cuando se habia vuelto a romper la guerra entre nosotros i las tropas del rei, despues de los tratados con Gainza, i se habia celebrado la paz entre los jenerales O'Higgins i Carrera, llegó la division a que yo pertenecia al pueblo de Rancagua, en donde procuró hacerse fuerte para resistir al enemigo, que marchaba confiadamente con nuevo jeneral i tropas de refresco a tomar posesion de la capital. Aquí vuelven a ligarse mis relaciones con la mujer que por tanto tiempo habia sido objeto único de mi amor i de mi venganza.

Amaneció el dia primero de octubre i nosotros estábamos alegres i con la confianza en el corazon, esperando que las tropas del rei se acercaran a las fortificaciones que se habian formado dentro de las calles de aquella ciudad. Apénas formábamos poco mas de mil hombres i no dudábamos de que venceríamos a los cinco mil que nos mandaba el tirano, porque éramos valientes i peleábamos por la independencia. Todos permanecíamos en nuestros puestos, los jefes recorrian las trincheras exhortándonos i recordándonos la causa que defendíamos; pero lo que mas nos entusiasmaba era el estruendo del ataque que a pocos pasos de allí se habia empeñado entre nuestras guerrillas i el enemigo que se acercaba. La mecha del cañon ardia sobre las trincheras, los soldados en silencio i sobre las armas nos mirábamos

como para inspirarnos confianza i valor; las calles estaban solas, i de cuando en cuando se veia atravesar de una casa a otra algun hombre o mujer que llevaban el pavor pintado en su semblante.

Al fin de algun tiempo de estar en esta situacion violenta, se rompió el fuego en medio de mil aclamaciones que se ahogaban con el estampido del cañon. En la tarde de aquel dia de gloria i de sangre era ya jeneral la batalla: se peleaba en las trincheras, en las calles, sobre los techos de las casas i hasta desde los árboles de los huertos, en cuyos ramajes estaban los guerreros, apiñados se hacia un fuego vivo i se combatia con arrojo: por todos puntos ardian las casas de la poblacion, i sus llamas producian un calor abrasador; una nube densa del humo del incendio i del combate pesaba sobre nosotros i nos desesperaba de sofocacion; no teniamos en todo el paraje que ocupábamos una gota de agua para apagar la sed. Al estruendo de las armas se unian los repiques de los campanarios que anunciaban victoria, los ayes de los moribundos i el clamoreo de los soldados i oficiales que se animaban a la pelea.

De repente el cielo nos manda una ráfaga de viento que despeja la atmósfera, nos hace ver la luz del sol i nos deja respirar en libertad. Un grito ronco de *viva el jeneral* se hace oir en la primera cuadra que corre desde la plaza por la calle de San Francisco hasta las trincheras en que yo me hallaba; el grito se redobla con entusiasmo i el jeneral O'Higgins se acerca a nosotros montado en un caballo brioso, i con su espada en mano: su semblante estaba tranquilo, pero severo, sus ojos arrojaban fuego. "Héroes

de Rancagua, nos dijo, reconoced por jefe de estas trincheras al capitan Millan, porque es uno de los pocos oficiales valientes que os quedan: los demas han muerto por la patria: imitad su ejemplo..... un momento mas de constancia i de valor nos dará la victoria sobre los esclavos de Fernando''.... Nosotros le oimos i dando vivas a la patria i al jeneral, volvimos a la pelea con mas ánimos: el jeneral permaneció con nosotros algunos momentos mas exhortándonos i dirijiéndonos; luego marchó a la plaza entre mil aclamaciones. Los soldados caian a su lado i él despreciaba las balas que cruzaban en todas direcciones.

Al dia siguiente peleábamos todavía con furor, pero los españoles habian ganado mucho terreno, i a veces llegaban hasta las mismas trincheras a buscar una muerte segura a trueque de tomárselas. En una de las salidas que hicimos por la calle de San Francisco a desalojar algunas partidas enemigas que se habian apoderado de las casas vecinas para atacarnos con mas seguridad, tuvimos un encuentro horrible, que fué uno de los mas heróicos de aquel dia.

Eramos poco mas o ménos veinticinco hombres los que salimos de la trinchera a batir una partida de enemigos que, derribando murallas, se habia apoderado de una casa próxima: a la primera descarga nuestra, se replegaron al patio i nos cargaron a la bayoneta; yo descargué mi fusil sobre el oficial que los mandaba, i al verle caer a mis piés, conocí que era Laurencio, el traidor. Me fuí sobre él gritándole: "a dónde está Lucía, dímelo ántes de morir," pero su respuesta fué una mirada aterradora i un suspiro ronco i profundo que exhaló con la vida..... Todos

los demas perecieron tambien a nuestras manos i volvimos a nuestro puesto para defender la trinchera. La venganza que Dios me habia preparado para aquel momento terrible acababa de desahogar mi corazon: sentí entónces la necesidad de vivir, i cada vez que me acercaba al parapeto para descargar sobre el enemigo, deseaba que no me tocara alguna de sus balas hasta despues de ver a Lucía, a esa mujer que hasta en medio de las zozobras de una batalla ocupaba mi corazon i me atraia con un poder májico.

En la tarde de aquel dia funesto, el jeneral O'Higgins abandonó la plaza i los españoles entraron en ella haciendo la mas espantosa carnicería: yo me refujié en un templo que estaba próximo a mi puesto, pero a pocos momentos me sacaron de allí con otros varios prisioneros i nos condujeron a la presencia del jeneral Osorio, i despues a una quinta inmediata a donde estaban los equipajes del ejército español. En el patio de esta casa habia varias mujeres que se ocupaban en vendar una herida que tenia en el brazo derecho un oficial realista. Cuando oí que llamaban a este hombre el coronel Lizones, me fijé en él, porque ese era el mismo apellido de aquel a quien dió muerte mi amigo Alonso en Lima, i ¡cuál seria mi sorpresa al ver que su fisonomía era idéntica a la de la víctima de nuestros estravíos!

Luego perdí de vista al coronel, porque nos encerraron en una bodega, a donde nos dejaron entregados a las angustias que necesariamente habia de producir en nuestros corazones nuestra triste condicion: yo me recliné sobre el suelo húmedo de aquel calabo-

zo, porque ya no tenia fuerzas para resistir la fatiga del cansancio i la desesperacion que se habia apoderado de mí.

Durante el dia siguiente degollaron en el mismo umbral de la puerta de nuestra prision a varios prisioneros de los que estaban conmigo: yo esperaba i aun deseaba la misma suerte. Llegó la segunda noche i el sueño que en todo ese tiempo me habia abandonado, vino entónces a restablecer mis fuerzas. Hacia mucho tiempo que dormia tranquilamente, cuando oí pronunciar mi nombre a una persona que me habia tomado la mano. Desperté, pero creí que era una ilusion: la luna entraba por la puerta que estaba abierta i a su luz ví que todo parecia en calma i que el centinela dormia profundamente. El que me habia despertado me estrechaba la mano i en silencio me conducia a fuera de la prision, pero yo me le resistia lijeramente porque sospechaba que aquello fuera un lazo que se me tendia. Salimos al patio i todavia me condujo a la arboleda sin decirme una palabra, i yo advertia que su mano temblaba i que su respiracion era ajitada.

Al llegar a una de las tapias, me dijo en voz baja: "huyamos por aquí, no temas, el centinela que tú has visto durmiendo nos ha favorecido, porque le he comprado; él mismo me designó el lugar en que estabas.

—Pero quién eres tú, que tanto muestras interesarte por mí?

—Alvaro! no me conoces! Ah te he ofendido tanto! pero no.... no te ofendí jamás! siempre te he amado!...

Estas palabras, pronunciadas con ardor, me hicieron

reconocer a Lucía; olvidé mi resentimiento i la estreché silenciosamente entre mis brazos; pero me duraba aun la emocion de las caricias i permanecíamos trémulos cuando me asaltó el recuerdo de mi agravio.

—¿Por qué me traicionaste, mujer ingrata, esclamé, por qué me has engañado? No huiré contigo jamas, nunca! Deseaba hallarte, solo para vengarme de tí!

—No seas cruel, Alvaro, soi inocente. Huyamos, cuando estés libre sabrás mis desgracias i me harás justicia.

—No, quién me asegura que esta no sea tambien una traicion? Te aborrezco.... Habla, vindícate, si quieres que te siga.

—Ya que te obstinas, óyeme i perdóname. En aquella noche fatal en que fugué con Laurencio de casa de mi tutor, creí que marchaba contigo hasta que la luz del dia vino a revelarme mi error; quise volver sobre mis pasos, pero Laurencio me aseguró que tú vendrias luego a reunirte con nosotros, i que si volvia a mi casa encontraria una muerte segura. De engaño en engaño, me condujo hasta Chillan, en donde se encontraba el ejército español en aquel tiempo, i se presentó al jeneral a dar cuenta de una comision que habia tenido durante su ausencia. Despues he sabido que este hombre era el espía que tenian los realistas para comunicarse con sus partidarios residentes en otros pueblos. Perdida ya la esperanza de volverte a hallar, porque Laurencio me notició que habias muerto, quise separarme de él, pero a dónde podria yo ir a encontrar el amparo que necesitaba; sola i desconocida en el mundo, no me quedaba otro refujio que permanecer al lado del único

hombre que tenia deber de protejerme, porque él me habia sacado de mi hogar i me habia hecho rendirme a sus deseos....! Si bien no le amaba yo, a lo ménos él era mi cómplice i manifestaba amarme. Despues del sitio de Chillan, le mandaron de guarnicion a la plaza de Colcura, yo le seguí, porque en aquel destierro iba a estar lejos de la guerra, lejos de un ejército, que era testigo de mi deshonra i de mis lágrimas. Allí permanecimos hasta hace un mes que recibió Laurencio la órden de juntarse a su batallon, i bien a mi pesar he vuelto a seguir sus pasos. Pero el cielo principia ya a compadecerse de mí! Laurencio murió ayer en la batalla i hoi te alcancé a ver a tí, mi pobre Alvaro, entre los prisioneros. Desde ese momento, no vacilé ni he descansado hasta preparar-lo todo para nuestra fuga; ahora seremos felices, ya no te separarás mas de mí, tú eres mi único apoyo, porque te amo como siempre.....

—Lucía, es verdad que has sido inocente hasta el momento de rendirte a ese hombre perverso que murió ayer a mis manos, porque Dios me le entregó para vengarme; pero ahora eres impura! Faltaste a los juramentos que me hiciste! Yo no puedo partir contigo.

—¡Alvaro, no me abandones!

—Tú me has buscado porque murió Laurencio, no porque me ames.

—¡Dios mio, por qué soi tan desgraciada! Alvaro, perdóname, yo te amo!....

La esplosion de un fusil i el silbido de una bala que pasó por mi oido interrumpió sus palabras. Nos quedamos pasmados, la alarma principió en la quinta, e inmediatamente fuimos conducidos a la presen-

cia del coronel Lizones, que era el jefe de mas graduacion que habitaba aquella casa.

El coronel se habia levantado de su cama envuelto en una capa de grana, i al oir que le decian que yo pretendia fugarme ausiliado por Lucía, esclamó furioso i señalándome a mí:—"Sarjento, haga usted que le tiren a ese insurjente cuatro balazos en el momento!...." Lucía se arrojó a sus pies pidiéndole mi perdon i él la escuchaba i la replicaba con una sonrisa de furor:—"ese hombre merece en tu corazon mas que yo, Lucía, i no puede quedar vivo." Esta le aseguraba lo contrario i le prostestaba amarle, porque al pretender salvarme habia sido guiada solamente por la gratitud: "ese pobre soldado, le decia, es inocente, yo le conocí en mi pueblo cuando era niña i le debí servicios, por eso queria ahora restituirle su libertad."

Ya estaba yo arrodillado esperando que los soldados prepararan las armas que me habian de dar la muerte, cuando oí estas terribles palabras: "Lucía, si consientes en ser mañana mismo mi esposa, se salvará el insurjente."—Sí, coronel, a ese precio consiento en ser su esposa de usted. Ya no resistiré mas.—"Soldados, gritó Lizones, llevad a ese hombre a su prision."—"No, repliqué, deseo morir, porque no debo consentir en el sacrificio de esa mujer que me pertenece..." Pero ya el coronel no me oia i los soldados me llevaron al calabozo por la fuerza. Yo gritaba frenético i procuraba desprenderme de sus manos, pero ellos me maltrataban i al fin me encerraron violentamente sin tenerme piedad.....

V.

Desde aquella escena terrible, estuve privado de mi juicio hasta muchos meses despues. Yo, que habia tenido valor para despreciar la muerte tantas veces en presencia del enemigo, no lo tuve para soportar la desgracia de verme despojar de mi Lucía en el momento mismo de haberla recobrado a fuerza de fatigas i padecimientos. Mi locura me valió la libertad: yo vagaba por las calles cubierto de andrajos, riéndome a veces i otras llorando, pero siempre sin hablar una palabra. Cuando tenia algun intervalo lúcido, consideraba todo el peso de mi desventura i me lastimaba el verme despreciado i aun vejado por todos!

Lucía habia partido al Perú con su esposo i yo habia perdido para siempre la esperanza de volver a verla siquiera. Pero la fuerza de mi infortunio calmaba poco a poco mis furores i me restituia lentamente a la razon.

Al cabo de dos años, logré enrolarme de marinero en un buque español que partia para el Callao; i despues de una navegacion penosa, llegué a Lima, en donde debia volver a ver a la mujer que tanto habia influido en mis desventuras.

Todavía vivia aquel amigo mio a quien debí el salvarme de la pena que sufrió Alonso ocho años ántes: a él me acojí de nuevo i volví a deberle mil favores.

La historia de mis desgracias le interesó en gran manera, i si yo hubiese seguido los saludables consejos con que pretendió volverme a mi estado primitivo i consolarme, no me hallaria ahora soportando la vejez entre las miserias de la indijencia.

El coronel Lizones, el cual supe entónces que no era el mismo rival de Alonso, sino su jemelo, se hallaba en aquella ciudad con Lucía i gozaba de todas las consideraciones a que se habia hecho acreedor por sus victorias en Chile i por su capacidad. Me arredraba la idea de amargar los dias de este hombre, despues de haber contribuido al asesinato de su hermano; i a pesar de mis crueles padecimientos, sin fijarme en que me habia visto reducido a servir a los hombres como esclavo i a sufrir todas las fatigas de un marinero, tan solo por volver a estrechar en mis brazos a una mujer, traté de refrenar mi pasion por ella i me resolví a permanecer con otro nombre por algun tiempo mas en Lima, con solo el objeto de verla una sola vez para consolarme. ¡Qué mas podia hacer yo, que durante toda mi vida habia sido desgraciado! yo, que siempre habia sido contrariado por una fatalidad ciega en mis deseos mas santos i puros, en mis esperanzas mas fundadas!....

Pero mi destino quiso hacerme tocar otra vez la felicidad para arrebatármela luego. Varias veces habia ya recibido el consuelo que deseaba, habia divisado a Lucía en sus balcones, i no me habia contentado con esto, como lo esperaba: sentia tambien necesidad de que ella me viese una vez sola i supiese que yo padecia todavía por amarla.

Un mártes santo por la mañana, pasaba por la calle

en que habitaba Lucía, una procesion suntuosa. La jente llenaba toda la carrera i la procesion marchaba con trabajo, abriéndose paso por entre la muchedumbre que se agolpaba silenciosa, a ver las imájenes que se llevaban en las andas. Yo me habia colocado al frente del balcon en que se hallaba Lucía, i en un momento en que se despejó el paraje que ocupaba, la ví fijar sus hermosos ojos en mí: se enrojeció su semblante i permaneció largo tiempo mirándome, como si dudara de lo que veia.

Cuando la procesion pasó, permanecíamos todavía en la misma actitud; i entónces ella, como reanimándose, me hizo una seña para que pasara a su habitacion. Marché trémulo a obedecerla, sin pensar en nada i como arrastrado por una fuerza superior e invisible. Llegué a su presencia, quise abrazarla, i al verla muda i séria me contuve; ella me tendió la mano, la estreché a mis lábios i permanecimos algunos momentos en silencio i llorando..... Nuestras lágrimas esplicaron en aquel momento el estado de nuestros corazones.

Al fin nos hablamos, pero no ya con la efusion de ternura que en otros tiempos; el matrimonio habia elevado entre ámbos un muro de hierro. Ella me manifestó que la unia a su esposo un sentimiento no ménos puro que el amor: la gratitud, i que estaba resuelta a respetarle, a serle fiel, como él le era amante. Pero yo me atreví a reconvenirla, a recordarle su amor, sus juramentos; le hablé de mis desgracias, de mi fidelidad; i ella, sin conmoverse, sin suspirar siquiera, respondió: — "Alvaro, por amarte, abandoné mis bienes i violé el asilo doméstico; por

amarte, sufrí todos los horrores de la guerra, sufrí la pérdida de mi honor i fuí desgraciada; por amarte, en fin, arrostré la muerte, i por salvar tu vida dí mi mano a un hombre que aborrecia; pero era un hombre honrado i virtuoso; déjame serle fiel, déjame cumplir mis deberes. Te he llamado, no para avivar esa pasion funesta que nos ha perdido, sino para servirte, para protejerte en este pueblo estraño en donde talvez no tienes quien te ampare."

Delirante i ciego de enojo entónces, la ultrajé sin piedad, lloré i aun me arrojé a sus plantas pidiéndole una vez sola su mano para estamparle un beso i separarme de allí para siempre; pero ella me rechazó con indignacion; la ingrata se habia olvidado del pobre soldado, porque su amor habia sido solo una de aquellas ilusiones caprichosas de la juventud de una mujer. Ahora se hallaba rica i elevada a un alto rango i ¡quién era yo para considerarme con derecho a su amor, para pedirle otra cosa que compasion! Pero su compasion me irritó i concebí en el momento la idea de terminar allí mismo una existencia aborrecida: tiré un puñal que llevaba sobre mi corazon, i ella dió voces, creyendo que yo atentaba contra su vida; acudieron en su ausilio, i uno de sus esclavos me hirió i me hizo rodar exánime a los piés de aquella maldita mujer!.... Esta mano mutilada es el recuerdo que me queda de aquel momento de ignominia i de desesperacion!....

Cuando el coronel volvió a su casa, habia sido yo conducido a la cárcel, pero sin sentidos; a pocas horas volví a la vida, mas no a la razon!.... Dejadme, señor, correr un velo sobre lo demas, porque no podria con-

taros mi vida de entónces, sin volver a la locura! Ah! pero mi locura era el delirio del amor exaltado por la rabia que dejan en el corazon los contrastes. Todos me despreciaban, todos me oprimian: doce años me mantuvieron en San Andres, encerrado en una jaula de hierro, porque no me consideraban sino como un loco; mi locura no inspiraba caridad a nadie, todo el mundo reia de verme delirando por la traicion de una mujer.

I en verdad que tenian razon, porque es mui débil el hombre que delira por lo que sucede a cada paso en esta sociedad de miserias! ¿No es verdad, señor, que es mui loco el hombre que delira por el desprecio de una mujer? El tiempo al fin curó mi mal i cuando recobré mi juicio i mi libertad, hallé mis cabellos encanecidos, me ví solo en el mundo, sin patria, sin amigos, sin familia! ¡Es cierto, tenian razon los hombres para reir de un loco que lo perdió todo por una mujer! Yo tambien me hubiera reido! ¿No es verdad que vos no me teneis lástima, señor? ...

Hace tres años que llegué aquí, despues de haber hecho por tierra el mismo camino que en otro tiempo para llegar a mi pueblo, i aun cuando siempre me acompaña la miseria i la desgracia, al fin estoi en mi patria: esto me consuela. La viuda de un antiguo camarada me ha acojido: con ella lloro a veces i parto el pan que me dan de limosna: ya veis, señor, que mendigo porque no puedo trabajar; soi viejo i mis locuras me hicieron perder el mejor tiempo i tambien una mano! Qué haré ahora sino mendigar i llorar!...."

Los sollozos ahogaron la voz del pobre viejo: yo tambien le acompañé en su llanto! Cuando le ví ya desahogado de la opresion de su corazon, le pregunté por Lucía; i él, con una carcajada satánica i unos ojos de relámpago, me respondió: "se fué a España, señor, con su marido: allá será feliz, miéntras yo soi un mendigo!...." I tomando su palo, marchó a paso acelerado. La luna estaba en la mitad del cielo i toda la naturaleza dormia en calma.....

Algunas veces despues le volví a ver, pero ya hace tiempo que no sé del pobre anciano: habrá muerto quizá, i Lucía habrá llegado sin duda a ser, por su marido, una de las damas de la nobleza de España.

EL ALFEREZ
ALONSO DIAZ DE GUZMAN.

I.

—Concluyamos, doña Ines, en este momento estoi resuelto a no continuar nuestras relaciones: vos podeis ser mas feliz con don Juan de Silva. Os dejaré para siempre, pediré al gobernador que vuelva a agregarme a los tercios del Maestre de campo Alvaro Nuñez de Pineda i me alejaré de Concepcion: no volveré a veros.

—No os comprendo, Alonso; ayer no mas me jurabais eterno amor i me pedíais esta entrevista para arreglar nuestras bodas. ¿Quereis burlaros de mí?

—Desconfio de vuestro padre: es imposible que consienta en nuestra union. ¿Un caballero del hábito de Santiago querrá unir su hija a un soldado que no tiene mas que su espada?

—¿Vos lo dudais? ¿Acaso con vuestra espada no os habeis conquistado un nombre? ¿Con ella no triunfásteis en los llanos de Puren, i arrancásteis del poder de los infieles nuestra bandera? ¿Quién no se honra hoi dia con vuestra amistad?

—No me atrevo a proponer este asunto a vuestro padre, Ines.

—Se lo propondrá el capitan don Miguel de Erauso; es vuestro protector, es mi amigo i no vacilará en prestarnos este servicio.

—Don Miguel os ama, Ines, i no podrá hacernos el sacrificio de su amor.

—Si tal fuese cierto, confiémosnos entónces de mi hermano don Basilio de Rojas, con quien tan estrecha amistad os liga.

—¡Ah! desgraciado de mí! vuestro hermano, Ines, vuestro hermano es un traidor!... ¡Decidme a dónde se halla, decídmelo, por Dios!...

—¡Por qué os enfureceis, Alonso mio! Calmaos, mi hermano es fiel amigo vuestro, no os ha hecho ofensa.

—¡Mi amigo! no: decidme, Ines, ¿don Basilio ama a Anjelina, es verdad?

—Sí, a lo ménos, lo parece.

—I Anjelina le adora, ¿no es verdad?

—Tambien es cierto, mal que os pese, Alonso: vos amais a Anjelina, vos sois el aleve. ¿Por qué me habeis engañado? Los celos os hacen delirar... ¡Dios mio!...

—¡Sí, los celos, vive Dios!... pero os juro que aborrezco a Anjelina, os lo juro, Ines, no lloreis...

Ines habia caido de rodillas, sin sentido, al pronunciar sus últimas palabras; don Alonso la sostenia i temblaba de furor. Una idea le asalta; medita, i luego deja a Ines reclinada sobre las flores del jardin en que se hallaban i huye precipitadamente, salvando las tapias que los separaban de la calle.

La luna brillaba en todo su esplendor i daba un matiz purpúreo a las graciosas nubecillas blancas que

flotaban en el horizonte. El bullicioso estrépito de las olas del mar i el ruido de las auras de la noche formaban una armonía misteriosa, que a veces interrumpian los prolongados y melancólicos ahullidos de los lobos marinos que retozan en las peñas de la playa.

La ciudad de Penco estaba quieta i silenciosa. Solo un hombre se divisaba atravesar sus calles con paso presuroso. Era el alferez Alonso Diaz que acababa de abandonar a su querida en un momento supremo, porque estaba dominado de un vértigo espantoso. Él habia concurrido a la cita, por cumplir su palábra de español, pero su corazon de jóven estaba sojuzgado por otra pasion furiosa, i no le era dado halagar siquiera la ternura de Ines, que le amaba con delirio. Largo rato habia batallado por desengañarla; pero ella no podia comprender su lenguaje, porque ya estaba acostumbrada a su amor i fascinada con la seguridad de poseerlo.

Repentinamente se detiene Alonso en las ventanas de una casa contigua a un cuartel: habia en ella gran concurrencia. Las voces de alegría se mezclaban a los dulces preludios de la guitarra, i el tañido de las castañuelas anunciaba que el baile iba a principiar.

Alonso escucha, acecha un momento, i lleno de despecho penetra a lo interior.

—Bien venido seas, alferez Diaz! esclaman todos, i unos le abrazan i otros le convidan a beber.

—Decidme, Alonso, gritó una voz, ¿no os gusta mas la zambra que la guerra?

—Si no fuera el auditor quien habla así, contestárale de otro modo, replicó Alonso con enfado.

—No os olvideis, Alonso, que tan bien esgrimo la

espada como la peñola; i que lo de auditor no me quita lo valiente: pero hoi se trata de divertirnos; no sea que nuestro historiador don Basilio de Rojas, que está presente en el fandango, como lo está siempre en la batalla, tenga que engañar a la posteridad diciendo que nosotros solo sabíamos pelear i no galantear. Venga un vaso para Alonso i otro para mí i bebamos por la preciosa Anjelina. Su salero me peta mas que un proceso.

Anjelina, que estaba entónces al lado de don Basilio en la mesa del juego, se levantó graciosamente i tomando otro vaso, acompañó al auditor i al alferez que bebian por ella. El auditor la toma de la mano i pide que se toque un fandango.

Los concurrentes rodean a los danzantes i con movimientos i gritos los animan i celebran.

Alonso se separa i toma el asiento que habia dejado Anjelina. Sus ojos de águila enrojecidos, su aire tétrico i reconcentrado, sus labios trémulos, su rostro pálido i descarnado, todo anunciaba el furor de que estaba poseido su corazon. Don Basilio le dirijió una mirada cariñosa i echándole sobre los hombros su brazo, continuó apostando a los dados. Alonso pareció mas sereno por un momento: pero volvió a enrojecerse de furia, cuando oyó que Anjelina llamaba la atencion de sus amigos diciéndoles:

—¡Qué os parece, caballeros, don Basilio abrazando a ese alferez, que mas tiene cara de mujer que de guerrero!

—Si son celos, Anjelina, replicó el historiador, retirando su brazo, ven acá i verás que sé abrazar de otro modo a las donosas.

Anjelina le contestó con un desden i se confundió entre la multitud de damas i militares que formaban la tertulia.

Alonso permaneció en silencio i pensativo.

Desde aquel incidente, no hubo tranquilidad para el jóven Rojas: sus miradas estaban fijas en Anjelina i jugaba sin atencion ni gusto. Poco mas permaneció en la mesa, i se levantó a buscar el lado de Anjelina, dejando su lugar al alferez, quien siguió jugando de la misma manera, sin fijarse en lo que hacia, por espiar los movimientos de los dos amantes.

Era ya tarde de la noche, el cansancio iba apagando el bullicio i venciendo al contento; pero don Basilio no dejaba de rogar i de ofrecer sus rendimientos a Anjelina, que se le mostraba cada vez mas desdeñosa.

Al fin álguien repara que una mujer tapada se asomaba solícita a las ventanas: todos se fijan, inquieren, conjeturan; cual la cree una vision, éste mira en ella al demonio disfrazado de viuda, aquel juzga que es el gobernador en persona, que los observa, i muchos quieren que sea una querida de alguno de los circunstantes. Esta opinion prevalece i principian las burlas i las bromas.

Alonso se levanta i con tono solemne i maligno esclama:

—Yo os juro, camaradas, que esa mujer es la querida de don Basilio de Rojas; una pobre mujer a quien engaña ese pérfido i cuyos hijos abandona por Anjelina.

Todos quedan estupefactos, don Basilio duda de lo que oye; pero, incorporándose, rompe el silencio:

—Alonso, no seas majadero: no jures una mentira.

—¡Juro una verdad, señores, es su querida!...

—¡¡Mientes como un cornudo, infame!!—I al decir estas palabras, las espadas de ámbos se cruzan. Las damas gritan, se alarman i huyen en tropel; algunos animan, otros quieren la paz, todos se mezclan, se confunden, suenan las armas i el estrépito de la riña crece por momentos.

Don Basilio cae con el pecho atravesado: todos cargan sobre Alonso; i el auditor don Francisco de Párraga le coje fuertemente por el cuello de la ropilla, diciéndole—*dáte al rei, asesino!* El capitan don Miguel de Erauso, que se habia levantado de la carpeta, se acerca a Alonso i le dice en vascuence que procure salvar la vida. El auditor estrecha i clama favor a la justicia; Alonso le tira un golpe de daga, que le atraviesa los carrillos, sin verse por eso libre de sus fuertes puños; tírale otra estocada i el auditor cae sin vida.

Alonso usa entónces de su espada i se abre paso entre todos los que le acosan, hasta la puerta, en donde le dejan solo; huye i toma seguridad en el convento de San Francisco, que estaba inmediato, dejando la consternacion i la muerte en aquel salon en que un momento ántes posaban el amor i la alegría.

II.

A la sazon estaba abierto el templo, i la campana llamaba a los fieles a la misa del alba. Alonso se introduce precipitado, encuentra al provincial rezando en el presbiterio, se echa a sus piés, le declara su situacion i le pide asilo. El anciano se levanta con gravedad majestuosa, e imponiéndole su manto, le díce:

—Que Dios te perdone, hijo mio, así como el patriarca te defiende de la justicia de los hombres.

I conduciéndole a su celda, se vuelve a su oracion.

Una hora despues, el convento estaba cercado por gran número de las tropas de la guarnicion; i los clarines anunciaban por las calles un bando en que don Alonso García Ramon, gobernador i capitan jeneral del reino i presidente de la Real Audiencia, prometia premio a quien entregase muerto o vivo al alferez Alonso Diaz Ramirez de Guzman; i prohibia, bajo severas penas, que se le diese embarcacion en ningun puerto, ni albergue en ninguna guarnicion, plaza ni presidio, por ser reo de muerte.

A esa hora se hallaba en su palacio el gobernador con su secretario el capitan don Miguel de Erauso, quien escribia i dictaba apresuradamente, interrumpiendo a cada momento su trabajo hondos suspiros que le ahogaban el pecho.

El gobernador se paseaba por la sala i daba repetidas órdenes con voz firme i amargo ceño.

Un oficial avisa desde la puerta que ya esperaban en la antesala todos los testigos i presos que se habian recojido. El trabajo se suspende, i don García se dirije a su secretario:

—¿A quién interrogarás primero, don Miguel?

—A quien vuesa merced me indique, señor. Para mí, que he sido testigo del hecho, no hai necesidad de interrogaciones: el alferez fué provocado i necesitó defenderse como hombre i como caballero.

—Tu amistad te engaña, don Miguel; el alferez ofendió primero al de Rojas, i éste no hizo mas que querer castigar un insulto.

—El de Rojas, señor, cortejaba a la dama de Alonso, miéntras que la suya le espiaba desde afuera. Si se ofendió de que el alferez denunciase el hecho, valiérale mas proceder como quien era, i no enredar la pendencia, que no es de caballeros el reñir entre las damas.

—Anjelina me ha jurado esta mañana que no solo no es la dama de Alonso Diaz, sino que ni tan siquiera ha cruzado jamas con él una palabra; i Anjelina no miente.

—Anjelina es una mujer liviana, señor.

—Repórtate, don Miguel, que tu cariño al alferez te torna deslenguado.

—Mucho hablais de mi amistad por Alonso, señor, i pienso que me honra el ser amigo con el mas valiente guerrero de nuestros tercios. ¿Quién tiene hazañas como las suyas? quién mas leal, quién mas bravo en la refriega! Mozo imberbe es todavía i cuenta

mas glorias que años. Aquí llegó soldado desvalido, como lo sabe vuesa merced, i si yo le tomé en mi compañía i bajo mi amparo, fué porque ademas de sus prendas, hallé que era de mi pueblo i conocia a mi familia. Si esto es una tacha, señor, pondré para borrarla mis largos servicios al rei nuestro amo...

Los ojos del capitan brillaron como de orgullo, i el gobernador, estrechándole la mano, puso fin al diálogo i dió principio a las indagaciones.

Miéntras esto sucedia, los claustros del convento presentaban otra escena: a lo lejos i hundido en un escaño se divisaba al provincial, su capucha calada i sus brazos cruzados sobre el pecho. Alonso estaba a sus pies de rodillas, sin armas i con la cabeza descubierta, confesando sus culpas con fervor.

Don Francisco de Rojas, caballero del hábito de Santiago, miraba al penitente con un aire de melancolía i rabia que daban a su cara una espresion misteriosa; pero sin moverse del poste en que se habia apoyado para esperar la terminacion del acto sagrado.

Alonso recibió la absolucion con su frente reclinada sobre el suelo, besó la manga del sacerdote i se levantó, dirijiéndose al templo con sus ojos humildemente cerrados.

El caballero le sale al encuentro i dándole súbitamente con la punta de su capa un golpe en la cara, esclamó:

—Ya sabeis, canalla, para qué os busco!

El primer movimiento de Alonso fué poner mano a la cinta, i hallándose sin armas, se arroja sobre don Francisco, como un tigre furioso, a devorarle. El provincial, que seguia sus pasos, le pone mansamente

la mano sobre la cabeza, preguntándole con voz suave:

—¿Qué hicísteis, mancebo, vuestro propósito?....

El alferez suelta su presa, enmudece, baja los ojos i tiembla de rabia i de dolor.....

Don Francisco, libre de su adversario, hace una profunda reverencia al prelado, i con voz trémula i balbuciente, perdon, padre mio, le dice, este perro es el asesino de mi hijo, el seductor de mi hija, i no puedo lavar mi afrenta sino con mi espada.

—¿Olvidais, señor, que este paraje en que estais, es la casa del Dios que perdona, que dá la paz i nos enseña la humildad?

—No, mi padre, pero sé que este hombre me debe su sangre i que puedo matarle en donde le halle: ya que su paternidad le ampara, señálenos campo i hora, que yo con mi palabra aseguro su libertad, i juro no ofender la santidad del claustro.

—Yo no me batiré con vos, replicó secamente Alonso.

—Porque sois un asesino cobarde! esclamó el caballero.

Alonso se enfurece de nuevo, pero el padre intima a don Francisco que se retire, i conduciendo al penitente al templo, se arrodilla con él i le enseña a pedir misericordia.....

Alonso tenia fijos en la imájen de la Vírjen sus ojos arrasados en lágrimas; las palabras del sacerdote herian su corazon i le llenaban de angustia: un crímen acababa de disipar para siempre la mas bella de sus ilusiones.....

III.

Era el 1º de octubre de 1612: la ciudad de Concepcion ostentaba uno de sus mejores dias. Penco o Concepcion, que era entónces la cabecera de la colonia, estaba situada en la rada que hoi lleva aquel nombre; i sus casas se estendian desde la playa del mar, en la que estaba situada una fortaleza, en el mismo sitio donde hoi se ven las murallas de la que se construyó mas tarde. Al costado sur de la plaza, que aun subsiste, estaba la catedral, i la manzana del frente, al norte, estaba ocupada por el cabildo, palacio del gobernador i el cuartel. Detras del palacio, arroyo de por medio, se hallaba el gran convento de San Francisco, que ocupaba una manzana entera. La poblacion era enteramente española.

Los habitantes, vestidos de gala, llenaban las calles que en aquella mañana se veian ornadas vistosamente con tapices de diversos colores. Un sol apacible de primavera i el aura embalsamada de los contornos, aumentaban el contento, como si la naturaleza misma hubiese querido concurrir a dar la bien venida al nuevo gobernador don Alonso de Rivera, que entraba en aquellos momentos rodeado de un brillante cortejo de oficiales, entre cuyos penachos i cimeras se hacia notar el modesto sombrero del jesuita Luis Valdivia, el cual traia en las manos, con gran reverencia, los

pliegos en que Felipe III proponia la paz al congreso araucano.

Los entusiastas vivas del pueblo se mezclaban al estruendo de la artillería i a los repiques de los campanarios en el instante en que el capitan jeneral recibia en la sala capitular los homenajes del Cabildo, cuando una mujer, cubierta de negro, se abre paso entre la muchedumbre i llega hasta los piés del nuevo gobernador pidiendo gracia.

—Para quién la pedís, hermosa señora, le dice don Alonso, alzándola del suelo cortesmente; i súbito se interpone el caballero de Rojas, quien, reprimiendo la cólera que le domina, aparta a la bella Inés, diciendo:

—¡La pide, señor, para el asesino de su hermano, para el asesino de mi hijo!....

El dolor ahoga la voz del anciano, i el silencio sucede por algunos momentos.

El gobernador promete que se hará justicia segun la lei del Rei i la de Dios, sin olvidar la intercesion de una dama honesta, que harta razon mostraba tener, cuando pedia perdon para el asesino de su hermano en una ocasion tan solemne.

El anciano Rojas se retiró llevándose a su hija i los regocijos públicos siguieron, contribuyendo no poco a entretener las conversaciones el lance que acababa de suceder en la sala del ayuntamiento.

Luego que terminó la ceremonia, el capitan don Miguel de Erauso, que habia sido ratificado en su puesto de secretario de guerra, instruia a don Alonso de Rivera en todos los pormenores del suceso ocurrido en casa de Anjelina i movia su ánimo en favor

del valeroso alferez, que aun permanecia asilado en San Francisco, aunque no en la rigorosa incomunicacion en que permaneció los seis meses que el gobernador don García habia mantenido las guardias que estableció en el convento.

Fué tanto el empeño que el secretario puso por conseguir la libertad de Alonso Diaz, que el capitan jeneral le prometió que pasado algun tiempo le remitiria agregado a los tercios del Tucuman, de donde él venia dejando amigos a quienes podia recomendar al alferez con gran provecho suyo, porque conocia mui de cerca al mancebo i le habia visto combatir a su lado muchas veces con heroismo.

—No debemos perder, decia el gobernador, a un soldado que tanto puede servir a la causa del rei i de la relijion!

El alferez en aquellos momentos estaba ignorante de lo que acerca de él pasaba, i solo, en su celda, se ocupaba en limpiar sus armas i en aderezar sus vestidos, como si se preparara para una funcion. A veces se le oia suspirar, i murmurando algunas palabras, suspendia su ocupacion i se ponia profundamente triste. Luego se arrodillaba, estrechaba fuertemente sus manos sobre el pecho i se veian sus hermosos ojos brillar con lágrimas de dolor. Otras veces empuñaba su espada, la miraba con aire marcial i se reia, como ajitado por el recuerdo de algun triunfo.

En uno de estos delirios se encontraba, a tiempo que el sol poniéndose, apenas daba un lijero tinte amarillo a los avellanos que hermoseaban el claustro, cuando el alferez don Juan de Silva se le presenta.

—Dios os guarde, Alonso, amigo.

—El os guarde, don Juan. ¿Habeis avanzado algo?

—Está todo perdido.

—¿Qué habeis hecho? decidme!

—Desesperado de no poder vencer la pertinacia de doña Ines, i conociendo que es imposible hacerla desatender los consejos de ese demonio de Anjelina, que no se aparta de su lado, desde que matásteis al hermano, me determiné a pedir su mano a don Francisco.

—Sin prepararle de antemano, sin esperar a que yo hablase con doña Ines.... Habeis hecho mal, don Juan, habeis destruido mi plan. Doña Ines habria sido vuestra, si no hubieseis precipitado las cosas.

—¡Qué demonio! Si se me presentó ocasion, cómo no habia de aprovecharla! Esta mañana visité a don Francisco; despues de cierto acontecimiento ocurrido en el Cabildo, de que luego os hablaré, halléle determinado a encerrar a doña Ines en un monasterio i aun tomó allí mismo algunas providencias para verificarlo. Habléle sumisamente i díjele que yo admitia a doña Ines por esposa, si él nos otorgaba su venia; pero me dió una negativa tan furiosa i terminante, que no poco pesar me costó reprimirme para rogarle lo mismo i apaciguarle. El me insulta, me veja i por fin me dice que la hija de un Rojas no puede unirse a un canalla, a un perro que desciende de judíos. Mi respuesta se la dí pronto, estampándole mi manopla en un carrillo, i el duelo quedó emplazado para esta noche a las once. Eso es todo.

—¡Qué habeis hecho, don Juan!.....

—Lo dicho: i vos tendreis que acompañarme al sitio, porque no tengo otro amigo que vos.

—Yo no puedo ser testigo de un duelo en que vá a batirse ese anciano a quien tanto debo.

—Si no os parece, no sea; yo me iré solo; que a otro no he de fiar mi lado.

—Reflexionad, don Juan, Ines me ama, a mí, al matador de su hermano; su anciano padre es desgrado por mí.... ¿Deberé yo ausiliar a su contrario?....

—Ya os dije que asi sea: no estoi ahora para responder a los argumentos del miedo. Vos me precipitásteis en esto, i yo os perdono aunque me abandoneis, asi como perdonaba a doña Ines el que os amase.

—Eso ménos, don Juan, mi pecho no conoció jamás el miedo, i de mí no se dirá que abandoné a un amigo en el peligro. ¡Fuerte es la prueba que voi a daros, pero os la daré, ¡Vive Dios!....

Escandecióse el rostro del jóven i don Juan le estrechó la mano, separándose de él i asegurándole que en su casa le aguardaba.

Una hora despues se veian en un estrecho cuarto, sin tapiz ni muebles, dos hombres sentados alrededor de una mesa de nogal i apurando una bota de un añejo, cuya fragancia trasminaba el aposento. Las oscilaciones del candil que los alumbraba imprimian un aire siniestro a sus fisonomías i retrataban sus formas en jigantescas dimensiones sobre la pared. El uno era corpulento i abundaba de salud; su frente abultada se dilataba hasta la mitad de la cabeza, por falta de cabello; pero a trueque de eso, tenia una barba espesa que sombreaba su roja i espaciosa cara, i el bigote le cubria enteramente la boca. El otro era un jóven de regular estatura, de aire macilento, pelo

negro i abundante, pero sin barba; ojos hermosos i de un mirar fogoso i atrevido, nariz corva i pulida boca; está con su codo apoyado en la mesa i la mano en la mejilla, enteramente contraido a la narracion que de sus hechos le hace el primero, cuyo nombre, como sabemos, es don Juan de Silva.

La noche era horriblemente tempestuosa. El mar ajitado mezclaba el prolongado estruendo de sus olas al estampido del trueno que se repetia cada momento con mas fragor: un viento caliente, anuncio infalible de la tempestad, zumbaba sordamente en los techos i los sacudia a manera de un terremoto. La oscuridad era tan densa que el mundo parecia perdido en un caos insondable i espantoso.

Son las diez: los dos alféreces se levantan, apuran el último trago que les quedaba en la bota, i salen con sus espadas i dagas. No se divisaba en las calles ni edificios alma viviente: la poblacion estaba en silencio, porque el repentino cambio del tiempo habia puesto fin a los regocijos de aquel dia.

Llegaron ámbos a un sitio próximo a la ribera del arroyo i allí pararon: Alonso propuso a su compañero que se pusiera cada uno su pañuelo atado al brazo, para no desconocerse en lo que pudiera ofrecerse, a causa de la oscuridad, i asi lo hicieron.

Largo trecho hacia que esperaban, cuando una voz, conocida por la de don Francisco de Rojas, dijo —¡don Juan de Silva!

Don Juan respondió—¡Aquí estoi!

Metieron ámbos mano a las espadas i se embistieron rabiosos, miéntras los dos testigos permanecian quietos en sus puestos. Fueron bregando sin que ninguno

cediera al otro, i la luz siniestra del relámpago brillaba en sus espadas i mostraba a cada combatiente la situacion de su adversario.

Un trueno revienta con fragor terrible casi sobre las cabezas de los que reñian, i al mismo tiempo un hondo quejido muestra a Diaz que su amigo estaba herido: púsose luego a su lado, i al punto el otro, al lado del caballero de Rojas: entónces el combate se hizo jeneral, sin que una de las dos parejas estorbase a la otra.

A poco andar, cayeron los dos primeros; i Alonso con su enemigo continuaron tirándose tajos con furor i con destreza. El uno dobla sus rodillas i suelta la espada diciendo:—¡Ah! traidor, que me habeis muerto!

Alonso, que era el vencedor, pregunta ¿quién sois vos?... i el moribundo responde:

—¡Don Miguel de Erauso!...

Los tres caidos pedian a voces confesion, i Alonso, atónito i casi sin sentido, corre a San Francisco, les envia dos relijiosos i se encierra en su celda. Los dos primeros espiraron en el acto i el secretario de guerra fué conducido a casa del gobernador.

Allí se le ofrecieron los ausilios del arte, e inmediatamente se dió principio a la sumaria para indagar quién era el que sobrevivia i someterle a la justicia. El capitan don Miguel lo declaró todo, ménos el nombre de su vencedor. El gobernador increpábale su reserva, pero nada pudo alcanzar.

Así hubiera permanecido libre Alonso, si en un momento de delirio, don Miguel, que porfiaba con el doctor Robledo por que le diese a beber vino, no hubiera esclamado:

—¡Mas cruel es usted, doctor, que el alferez Diaz, que me ha herido!

Luego murió, i el gobernador pasó la noche en vela, preparándose para hacer al otro dia la justicia que todos sus oficiales i los principales vecinos le pedian contra el desgraciado Alonso.

IV.

El cadalso está preparado en el centro de la plaza de Concepcion; las tropas lo rodean i un numeroso concurso vaga en silencio por los alrededores. El dia se avanza i el reo todavia no parece.

El gobernador se paseaba pensativo en el salon de su despacho, esperando el resultado de la tercera i última intimacion que habia hecho a frai Francisco de Otárola, provincial de la órden sérafica, para que entregase al reo Alonso Diaz, asilado en su convento. Al fin aparece el oficial mensajero, trayendo por respuesta una redonda negativa del provincial.

El gobernador se hace seguir de su guardia de piqueros i marcha al convento, resuelto a allanarlo para sacar por sus propias manos al reo. Llega, se manda abrir las puertas, le resisten; las hace derribar, penetra con espada en mano i encuentra a la comunidad que le cierra el paso con sus brazos cruzados sobre el pecho i la capucha calada; pretende abrirse paso i los frailes, con tono humilde, le intiman que no volverá a salir Su Merced ni sus tropas, si se atreven a violar su asilo.

En tanto, el provincial contiene al alferez Alonso, que, con espada en mano, quiere él solo impedir la entrada del gobernador; le insta, le ruega que se salve i que evite una profanacion de la santidad del claustro; i miéntras que su comunidad resiste humil

demente en la puerta, el santo prelado consigue, casi por fuerza, que Alonso escale las tapias del jardin i salte a la calle.

Despues de un largo altercado, el Capitan Jeneral, aconsejado por el jesuita Valdivia, se resuelve a respetar la inmunidad eclesiástica, tan consagrada por las leyes de entónces, i se retira confiado en la promesa que le hacen los franciscanos de que el reo será enjuiciado por sus trámites i segun los fueros de la Iglesia.

Alonso, perturbado en la calle, penetra en una casa cuyos departamentos le son desconocidos: vaga largo rato cautelándose, sin encontrar a nadie, i despues entra en una sala cuyas puertas i ventanas estaban entornadas. Una mujer cae exánime gritando ¡el asesino! i otra cubierta de luto se reclina sobre ella a prestarla ausilios.....

Alonso permanece en pié, helado, con una especie de pavor que jamas ha sentido, sin poder proferir una palabra: acaba de ver caer a Anjelina i miraba a la hermosa doña Ines, que tambien le ha reconocido.

A ese tiempo resonaban en la calle los clarines de los tercios que se retiraban de la plaza, i los gritos i algazara del pueblo que los acompañaba a sus cuarteles.

Vuelta en sí Anjelina, i despues de un profundo i significativo silencio, durante el cual permanecieron los tres mirándose de hito en hito, como espantados, Alonso se arroja a los piés de las dos damas, que estaban fuertemente abrazadas; i sollozando, con voz ahogada i balbuciente:

—¡Perdon, perdon, las dice, no para un criminal,

sino para.... para la mujer mas desgraciada que jamas la tierra sustentó!!...

—¡Mujer! repiten ámbas horrorizadas i retrocediendo como si huyeran de un espectro.

—Mujer, sí, la mas infeliz!....

En esta situacion permanecieron sin proferir mas palabras, hasta que doña Ines, rompiendo en amargo llanto, levantó al alferez del suelo en que yacia, preguntándole:

—¿Quién sois? decídmelo sin engaño.... no añadais el escarnio a mis tormentos!...

—¡Soi doña Catalina de Erauso, nacida de nobles padres en San Sebastian. Pasé mi niñez en un convento, de donde fugué a tiempo de profesar. Vagué por la España, en traje de hombre, hasta que la suerte me atrajo a estas rejiones, en donde fuí arrastrada por la fortuna a tomar la carrera de las armas. Vosotras conoceis mis hazañas i ahora sois las únicas depositarias de mi secreto.... Maté a vuestro hermano, doña Ines, porque le amaba con delirio i me sentia arrebatada por los celos: yo no podia hacerme amar de él, pero tampoco podia sufrir que entregase su corazon a otra. Por eso os engañé: vos me amasteis, me lo disteis a conocer, i yo no podia desecharos, porque habria perdido al ídolo de mi corazon. Un arrebato de los celos, un momento de vértigo me hizo cometer aquel crímen que lloraré toda mi vida.... ¡Perdonadme, doña Ines.... Vos sois la única que puede absolverme acá, para que Dios me perdone en el cielo: si vos me condenais, él tambien me condenará....

—¡I mi padre, mi anciano padre! interrumpió doña Ines.

—Yo no he muerto a vuestro padre: el honor, un compromiso me arrastró a ser testigo de su duelo, ¡que ojalá jamas lo hubiera sido! Allí encontré a un hombre, un hombre con quien debia batirme tambien, sin saber quién era; le dí la muerte batallando lealmente, pero ese hombre, doña Ines, ere mi hermano, mi protector!... el amigo que me habia favorecido sin conocerme.... ¿Quereis mayor espiacion? ¿No es este un castigo de Dios? Mil vidas daria por volverle la que le quité!..... el cadalso es poca afrenta, no es castigo para mí!!..... yo merezco mas..... yo no debí huir... Aquí, aquí, estoi!!...

I diciendo esto quiso correr hácia la puerta i cayó sin sentido.....

V.

Son las diez de la noche: la ciudad está en silencio i sus calles desiertas.

Tres mujeres se ven atravesar con paso ajitado i sin hacer ruido alguno. Pasan el arroyo que separa a San Francisco de la vereda del sur.

Al llegar a cierto paraje, donde se encuentran algunos avellanos silvestres que se empinan jigantescos, robustos e inmobles, una de ellas se arroja de rodillas a los piés de una de las otras.

—Aquí es, doña Ines, la dice, donde debeis darme vuestro pérdon!!...

Doña Ines la levanta i sollozando le responde: ¡Dios te perdone!...

En aquel sitio habian caido la noche anterior don Francisco de Rojas, don Juan de Silva i don Miguel de Erauso.

Las tres se arrodillan de nuevo: pasan algunos momentos durante los cuales el aura lleva algunos suspiros ardientes i varias palabras misteriosas, i las tres continúan su camino. Trasmontan la colina en que estaba la Hermita i desaparecen.

En las altas horas de la noche, se ven tres jinetes acercándose al Biobio, que en aquellos momentos está abundante i majestuoso por el flujo de la mar. Cruzan la ancha ribera i llegan a la orilla, en que las

aguas jugueteaban silenciosas. Eran las mismas mujeres que ántes habian salido de la ciudad.

Allí está un hombre con un caballo enjaezado i algunas armas en la mano. Una de las mujeres arroja su traje, se ciñe la espada i dando un abrazo mudo i tierno a cada una de sus compañeras, monta el corcel i se precipita a las ondas.

Las dos que quedan en la orilla miran con solicitud a la que se retira....

Ya, no se ve mas que un punto negro allá a lo lejos, en la superficie de las aguas, que reflejan las estrellas de los cielos.

El punto desaparece: no se oye mas que el murmurio de las corrientes que juguetean en las arenas. Las dos se postran i rezan....

Despues de una prolongada angustia, se oye en la ribera opuesta un tiro de arcabuz.

Esa señal significa que se ha salvado la *Monja Alferez.*

ROSA.

(Episodio histórico.)

I.

El once de febrero de 1817 la poblacion de Santiago estaba dominada de un estupor espantoso. La angustia i la esperanza, que por tantos dias habian ajitado los corazones, convertíanse entónces en una especie de mortal abatimiento que se retrataba en todos los semblantes. El ejército independiente acababa de descolgarse de los nevados Andes i amenazaba de muerte al ominoso poder español: de su triunfo pendia la libertad, la ventura de muchos, i la ruina de los que, por tanto tiempo, se habian señoreado en el pais; pero ni unos ni otros se atrevian a descubrir sus temores, porque solo el indicarlos podria haberles sido funesto.

La noche era triste: un calor sofocante oprimia la atmósfera, el cielo estaba cubierto de negros i espesos nubarrones que a trechos dejaban entrever tal cual estrella empañada con los vapores que vagaban por el aire. Un profundo silencio que ponia espanto en el corazon i que de vez en cuando era interrumpido por lejanos i tétricos ladridos, anunciaba que era jeneral la consternacion. La noche, en fin, era una

de aquellas en que el alma se oprime sin saber por qué, le falta un porvenir, una esperanza; todas las ilusiones ceden: no hai amigos, no hai amores, porque el escepticismo viene a secarlo todo con su duda cruel; no hai recuerdos, no hai imájenes, porque el alma entera está absorta en el presente, en esa realidad pesada, desconsolante con que sañuda la naturaleza nos impone silencio i nos entristece. Temblamos sin saber lo que hacemos, el zumbido de un insecto, el vuelo de una ave nocturna nos hiela de pavor i parecen presajiarnos un no sé qué de siniestro, de horrible...

Eran las diez, las calles estaban desiertas i oscuras; solo al pié de los balcones de un deforme edificio se descubria, envuelto en un ancho manto, un hombre que, a veces apoyado en la muralla i otras moviéndose lentamente, semejaba estar en acecho.

De repente hiere el aire el melodioso preludio de una guitarra, pulsada como con miedo, i luego una voz varonil, dulce i apagada deja entender estos acentos:

¿Qué es de tu fé, qué se ha hecho
El amor que me juraste,
Rosa bella?
Acaso alienta tu pecho
Otro amor i ya olvidaste
Mi querella?

¿No recuerdas, linda Rosa,
Que al separarnos jurabas,
Sollozando,
Amarme siempre, i donosa
Con un abrazo sellabas
Tu adios blando?

Como entónces te amo ahora,
Porque en mi pasada ausencia,
A mi lado,
Te soñaba encantadora,
Compartiendo la inclemencia
De mi hado.

Torna, pues, a tus amores
No deseches mi quebranto;
¡Qué muriera,
Si ultrajáras mis dolores,
Si desdeñáras mi llanto!
¡Hechicera!...

Pone fin a las endechas un lijero ruido en los balcones i un suave murmullo que, al parecer, decia:

—¡Cárlos, Cárlos! ¿Eres tú?

—Sí, Rosa mia, yo que vuelvo a verte, a unirme a tí para siempre!

—¡Para siempre! ¿No es una ilusion?

—No: hoi que vuelvo trayendo la libertad para mi patria i un corazon para tí, alma mia, tu padre se apiadará de nosotros: yo le serviré de apoyo para ante el gobierno independiente, i él me considerará como un marido digno de su hija.....

—¡Ah! no te engañes, Cárlos, que tu engaño es cruel! Mi padre es pertinaz, te aborrece porque defiendes la independencia, tus triunfos le desesperan de rabia.....

—Yo le venceré, si tú me amas; prométeme fidelidad, i podré reducirle.....

—Espera un instante, que en ese sitio estás en peligro!

El diálogo cesó. Despues de un tardío silencio, se

ve entrar al caballero del manto por una puerta escusada del edificio, la cual tras él volvió a cerrarse.

Pero la calle no queda sin movimiento; a poco rato se vislumbra un embozado que sale con tiento de la casa, desaparece veloz, i luego vuelve con fuerza armada, i ocupa las avenidas del edificio: voces confusas de alarma, de súplica, ruido de armas, varios pistoletazos en lo interior, turban por algunos momentos el silencio de la ciudad.

Una brisa fresca del sur habia despejado la atmósfera, las estrellas brillaban en todo su esplendor i la luna aparecia coronando las empinadas cumbres de los Andes; su luz, amortiguada i rojiza, contrastaba con la oscura sombra de las montañas i les daba apariencias jigantescas i siniestras.

El chirrido de los cerrojos de la cárcel i de sus ferradas puertas resonó en la plaza: un preso es introducido a sus calabozos.....

II.

A la una del dia doce, estaba sentado a la mesa con toda su familia el marques de Aviles. Uno de los empleados del gobierno real acaba de llegar.

—¿Qué nos dice de nuevo el señor asesor? pregunta el marques.

—Nada de bueno: los insurjentes trepaban esta mañana a las siete la cuesta de Chacabuco: nuestro ejército los espera de este lado, i en este momento se está decidiendo la suerte del reino, señor marques. Entre tanto, ¿V. S. no ha leido la *Gaceta del Rei?*

—No, léala usted i veamos.

—Trae la misma noticia que acabo de dar a V. S. i este párrafo importante.

El Asesor lee:

"Anoche ha sido aprehendido, en una casa respetable de esta ciudad, el coronel insurjente Cárlos del Rio. Se sabe de positivo que este facineroso ha sido el vencedor de nuestras avanzadas en la cordillera; i que juzgando el insolente San Martin que podia sacar gran ventaja de la audacia i sagacidad de este oficial, le ha mandado a Santiago con el objeto de ponerse de concierto con los traidores que se ocultan en esta ciudad. Pero la Providencia divina, que proteje la causa del Rei, nuestro señor, puso en manos del gobierno el hilo de esta trama infernal, i uno de los

mejores servidores de S. M. entregó anoche al insurjente, el cual se habia atrevido a violar el asilo de aquel señor con un objeto bien sacrílego. S. M. premiará a su debido tiempo tan importante servicio, i el traidor espiará hoi mismo su crímen en un patíbulo, a donde le seguirán sus cómplices....."

Aquí llegaba la lectura del Asesor, cuando Rosa, que estaba al lado de su padre el marques, cae desmayada, lanzando un grito de dolor. Todos se alarman, la marquesa da voces, el Asesor se turba, unos corren, otros llegan; solo el marques permanecia impasible, i diciendo al Asesor:

—No se fije usted en esta loca, yo he sido quien ha prestado al Rei ese servicio, yo hice aprehender aquí, en mi casa, a ese insurjente que me traia inquieta a Rosa de mucho tiempo atras; qué quiere usted! casi se criaron juntos! La frecuencia del trato, eh?..... El muchacho se inquietó con los insurjentes, yo le arrojé de mi presencia i hoi ha vuelto a hacer de las suyas!

Despues de algunos momentos, merced a los ausilios de la marquesa, Rosa vuelve en sí: sus hermosos ojos humedecidos, su color enrojecido, sus lábios trémulos, su cabellera desarreglada, sus vestidos alterados, todo retrata el dolor acerbo que desgarra su corazon: es un ánjel que llora, que pide compasion i que solo obtiene por respuesta una sonrisa fria, satánica!....

—¡Padre mio, dice arrodillada a los piés del marques, yo juro no unirme jamas a Cárlos, pero que él viva!.... Un sollozo ahoga su voz.

—Que él muera, replica el anciano friamente, porque es traidor a su Rei.

—¿No os he dado gusto, padre mio? ¿No me he sacrificado hasta ahora por respetaros? Me sacrificaré mas todavía, si es posible, pero que él viva!

—¡Vivirá i será tu esposo, si reniega de esa causa maldita de Dios que ha abrazado, si vuelve a las filas de su Rei... El anciano se conmovió al decir estas palabras.

Rosa se levanta con una gravedad majestuosa, i como dudando de lo que oye, fija en su padre una mirada profunda de dolor i de despecho, i concluye esclamando con acento firme:

—¡No, señor! quiero mas bien morir de dolor, i que Cárlos muera tambien con honra por su patria, por su causa: yo no le amaria deshonrado...

Desapareció. Un movimiento de espanto, como el que produce el rayo, ajitó a todos los circunstantes...

.....

Las tinieblas de la noche iban venciendo ya el crepúsculo, que hacia verlo todo incierto i vago.

Habia gran movimiento en el pueblo, el susto i el contento aparecian alternativamente en los semblantes, nadie sabe lo que hai, todos preguntan, se inquietan, corren, huyen; el tropel de los caballos i la algazara de los soldados de la guarnicion lo ponen todo en alarma. La jente se apiña en el palacio, el Presidente va a salir, no se sabe a dónde: allí están el Marques, la Marquesa, el Asesor i otros muchos de los principales.

Rosa aprovecha la turbacion jeneral, sale de su casa disfrazada con un gran pañolon: oye vivas a la patria, sabe luego que los independientes han triunfado en Chacabuco, i corre a la cárcel a salvar a su

querido: llega, ve todas las puertas abiertas, no halla guardias, todo está en silencio, los calabozos desiertos; corre despavorida, llama a Cárlos, solo le responde el eco de las ennegrecidas bóvedas. Penetra al fin en un patio: allí está Cárlos, el pecho cruelmente desgarrado, la cabeza inclinada i atado por los brazos a un poste del corredor... ¡Una hora ántes le habian asesinado los cobardes satélites del Rei!

Rosa toma entre sus manos aquella cabeza que conservaba todavia la bella espresion del alma noble, intelijente, del bizarro coronel; quiere animarla con su aliento... se hiela de horror... vacila i cae de rodillas... Una mano de fierro la levanta, era la del Marques que con voz trémula i los ojos llorosos le dice:

¡Respeta la voluntad de Dios!

III.

Era el 12 de febrero de 1818: el ruido de las campanas, las salvas de artillería, las músicas del ejército, los vivas del pueblo que llena las calles i plazas, todo anuncia que se está jurando la Independencia de Chile!

¡La patria es libre, gloria a los heroes que en cien batallas tremolaron victoriosos el tricolor! Prez i honra eterna a los que derramaron su sangre por la libertad i ventura de Chile!...

En el templo de las Capuchinas pasaba en ese instante otra escena bien diversa: las puertas estaban abiertas, los altares iluminados, algunos sacerdotes celebrando; una que otra mujer piadosa oraba. Las monjas entonaban el oficio de difuntos, su lúgubre campana heria el aire con sones plañideros. En el centro del coro se divisaba, al traves de los enrejados, un ataud...

Ese ataud contenia el cadáver de la hija del Marques de Aviles; estaba bella i pura como siempre, i su frente orlada con una guirnalda de rosas.

PEREGRINACION
DE UNA VINCHUCA.

Cuento de brujas.

(1858.)

I.

No sabré decir cómo, pero lo cierto es que cuando comencé a tener el uso de mis instintos antropófagos, vivia yo incrustada en una cómoda grieta de la bóveda de un arco del puente grande del Mapocho, que llaman comunmente el *Ojo seco.*

Allí vivia yo i crecia lánguida i seca, pues era tan escaso mi alimento, que no lograba una chupeteada, sino cuando alguna bestia descarriada pasaba pastando por aquellos antros, o cuando en verano iban a echar un sueño al frescor de la bóveda los pillos de la ciudad.

Pero de cuando en cuando llegaba por allí un jóven enjuto i moreno, que mas que sangre, tenia hiel en sus venas. Desdoblaba un cartapacio, borrajeaba en él como rascándolo con sus largas uñas, i haciendo jestos chispeantes; i entre tanto yo me le fijaba, despues de dar un revolido i de asegurar mi retirada, lo cual me era mui fácil, porque mi hombre amargo andaba siempre desnudo. Cuando acababa su tarea, sin hacer caso de mis picadas, desplegaba dos enormes alas de murciélago que le cubrian las espaldas i

emprendia su vuelo para afuera, al mismo tiempo que yo lanzaba el mio a la bóveda en busca de mi confortable dormitorio.

Una vez que ya habia estendido sus alas para salir, me hallé comprometida en su evolucion, de modo que no pude tomar mi fuga, pues sus anchas membranas me lo impidieron. El cruzó el espacio mas lijero que el rayo, i yo sin alientos para desprenderme, me hallé en un abrir i cerrar de ojos mui distante del puente de calicanto i a la orilla del ardiente cráter de un volcan en la cumbre de los Andes. Mi conductor habia llegado allí sin fatigarse, plegó sus alas, dejándome a mí prisionera en ellas, i como el condor que se lanza de cabeza sobre su presa, se precipitó en aquel abismo, atravesando raudo las nubes de humo espeso i las llamas flotantes que atravesaban en espiral aquellos profundos espacios del volcan.

Las llamas palidecieron hasta disiparse, las nubes se trocaron en vapores diáfanos, el espacio tomó dimenciones infinitas, iluminadas con una luz azuleja parecida al crepúsculo de una caverna. Estábamos en el limbo donde el Dante halló a los clásicos griegos i latinos, que yo no ví en aquel momento sino mui a lo léjos, i que reconocí en sus anchos mantos i cabezas crespas.

Mi naturaleza insectil habia cambiado completamente. Mis instintos se convertian en facultades intelectuales, como las que ahora gasto, i mis formas se hacian ya tan voluminosas, que mi ánjel conductor sentia mi peso i se daba algunos sacudones, como para desechar mi carga.

Despues de un lijero descanso, i luego de asegurar

mejor su cartapacio debajo del brazo, el ente volador emprendió su veloz caida por los inmensos círculos del infierno. Ya penetraba por el espacio cortando con sus alas emjambres espesos de demonios voltíjeros que le salian al paso maldiciéndolo i envolviéndolo; ya se lanzaba por entre procesiones sin fin de diablos andantes que hacian rimbombar los antros infernales con sus voces de trueno: ora atravesaba la floresta de los suicidas, desgajando ramas con sus alas i huyendo de ellos para no salpicarse con la sangre que manaban, ora se envolvia en torbellinos de fuego o en nubes de víboras que llenaban el espacio i ensordecian los aires con sus blasfemias.

Así volando i revoloteando, mi demonio dirijia imprecaciones a los condenados, les sacaba la espumosa lengua o les hacía visajes horribles acompañados de una carcajada aguda i destemplada que iba a confundirse con los ecos descompasados de aquella orjía espantosa; los arañaba o los rasgaba como astillas, cuando los habia a mano, o con las sierras aceradas de sus alas los partia i rebanaba como sandía por el medio, pero sin dejar de volar nunca i sin abandonar su tiznado cartapacio que, compuesto talvez de papel a prueba de fuego, salia intacto siempre de las llamas.

Al fin de tantas diabluras, llegamos, o diré mejor caimos, a un círculo estrecho, que no era mas que un horno inmenso, donde el aire hirviente penetraba por todos los poros, como si fuera una llama sin color. Allí habia multitud de seres que por sus analojía con mi conductor i por sus enormes alas juzgué mensajeros. Todos esperaban, unos tirados en el

fango ardiente del pavimento, otros sentados, aquellos arrimados a la bóveda del gran horno central, i éstos escribiendo todavía o narrándose sus viajes con estrepitosa i descomunal algazara.

Un momento mas tarde resonó una voz inmensa, estupenda, cavernosa i vibrante que decia: *Su Majestad imperial da audiencia a sus escojidos espías*; i las bóvedas del horno se disiparon como el humo. Una claridad rojiza iluminó todos los ámbitos i los espaciosos círculos que habíamos atravesado se vieron sobre nuestras cabezas, jirando alrededor de un eje enorme que descansaba, como en su base, sobre una cabeza como montaña. Era la cabeza de Luzbel, erguida, redonda, inmensa, llevando en su occipucio con garbo i gracia aquella enorme columna central, a manera de birrete. El Dante no habia mentido: Luzbel tenia en sus mandíbulas a Judas en un lado i a Cain en el otro, a quienes apénas se les veian fuera los garfios, que no uñas, de sus piés. Sin embargo su boca estaba risueña i como si estuviera mascando tabaco.

El silencio era infernal. Luzbel se sacó de la boca a sus dos víctimas, puso la una a la derecha i la otra a la izquierda del descomunal tintero que tenia por delante, i ámbos quedaron sentados sobre la mesa, como esas figuras caprichosas que se usan en los escritorios para aplastar papeles. Luzbel echó una salibada, como quien escupe con asco, i movió horizontalmente la mandíbula inferior, como para descansar de una posicion forzada. Despues de esta musaraña, Luzbel tocó una campanilla capaz de disputárselas en tamaño i sonoridad con la gran campana de San Pablo de Lóndres.

Un demonio se adelantó haciendo cortesías hasta llegar cerca de la mesa. Era un demonio jímio de piés a cabeza, pero con bigote i perilla, fraque abrochado i condecorado con la lejion de honor. Levantó de su pecho un lente que llevaba colgado, se lo incrustó en la cuenca del ojo derecho, i con la mayor finura desdobló su cartapacio. "El imperio progresa," fué su primera frase. "La libertad ya no existe," fué la segunda. "El contajio de su muerte ha contaminado al mundo entero," fué la tercera. La satisfaccion de Luzbel fué notable, i un aplauso inmenso resonó en todos los círculos infernales, aplauso que se prolongó en la *Cité* de los hornos i en el círculo de los que visten capas de plomo, hasta el estremo de obligar a Luzbel a dar otro espantoso campanillazo.

Restablecido el órden, continuó el jímio dando cuenta, i al terminar esclamó:—"Las ciencias i las letras dormitan, la relijion i el progreso material son los mejores apoyos del trono, las costumbres son las mismas i cada dia tienè mas actualidad aquel célebre pensamiento del Misántropo:

¡Eh, señora, hoi se elojia a todo bicho,
I el siglo para todos tiene un nicho!
¿Quién no posée ahora su gran mérito?
El verdadero honor es ya pretérito.
Al mas zurdo un elojio se le espeta,
I del sirviente el nombre anda en gaceta!

Por tanto, la cortesía i el beso continúan siendo las formas de la traicion." A estas palabras, Luzbel tomó a Judas con sus dos dedos i miéntras le daba una mascada para volverle a su lugar, los círculos

resonaron con el grito de "¡Gloria al apóstol del beso, Gloria a Judas Iscariote!"

Sucediéronse unos a otros los mensajeros, i repitiéronse los aplausos, i multiplicáronse las mascadas de Judas, que cada vez salia mas radiante de alegría, llevando en paciencia sus tribulaciones en cambio de la gloria que le cabia por ser el héroe de la traicion.

Despues de haber dado su mensaje todos los demonios condecorados con placas, cintas i cordones de formas diversas, le tocó su turno a otro que investia las formas de una ave de rapiña. Vestia frac de talle alto i de largas colas, sin corbata ni condecoracion, sin lente ni antiparras; pelo desgreñado, cara sucia i audaz, brazos i manos enormes. Mascaba tabaco i escupia, su hablar era gangoso i todo su talante era descompasado. "Sin novedad, dijo, siempre adelante; las instrucciones de *usted* producen su efecto." El *usted* trajo cierto descontento en la concurrencia i debió disonarle tambien a Luzbel, porque hizo un sonoro crujido de dientes parecido al crujir de una gran ciudad, cuando tiembla la tierra. El mensajero no se inmutó por eso i continuó: "Por eso ya no es libertad, sino licencia la que se goza en el pais de las estrellas: el individualismo o egoismo cobra cada dia mas vigor i tiende a suplantar a la justicia i a la razon. Cada cual tira para su raya i el gobierno para la de todos, cada cual mata al que le estorba i la nacion despabila a sus hermanas, cuando las pilla sólas. Asi van todos adelante, levantando a la codicia altares en que se sacrifican víctimas cuyos jemidos son ahogados por las voces de la libertad." El aplauso fué esta vez horrible, la floresta de los suici-

das se entrechocó, cual si fuera combatida por el huracan, los ahullidos subterraneos de los demonios de capas de plomo fueron espantosos, i Luzbel, que de paso se habia puestò entre las muelas a Cain, ajitaba sus mandíbulas al compas de su campanilla para poner órden en tan incomparable estruendo.

Cain era esta vez el héroe de la zahurda infernal, i su nombre volaba de boca en boca i de pico en pico, i él era proclamado el jénio de la América, como Judas lo habia sido el del viejo continente. Con la diferencia de que el humor de éste es mui distinto del de aquel, quien, como hombre de mundo, que ha vivido en una época en que su pueblo era el primero del universo, i que por su oficio i posicion social habia conocido todas las mañas de la sociedad, se regocijaba estremosamente cada vez que, por las noticias de los mensajeros, sabia los progresos que la humanidad hacia en la traicion, de que él se considera padre o fundador. Pero Cain, con aquella cortedad que es propia del hombre que ha vivido aislado, sin relaciones i en una vida salvaje como fué la de nuestros primeros padres, se avergonzaba al verse aplaudido i proclamado; i no comprendiendo el valor de los progresos que hacia en la humanidad su ejemplo, puesto que no tiene ni siquiera una idea remota de lo que es sociedad civilizada, no tenia sensibilidad sino para las masticaciones que le daba Satanás; i cuando este le volvió a su puesto sobre la mesa, quedó con una cara compunjida, que excitaba la risa de todos los demonios.

Despues del ave de rapiña, que se retiró a mascar su tabaco en un rincon, entró un demonio cojo vestido de jeneral, que andaba como un jayan. "En mi

patria, dijo, siempre se matan unos a otros sin piedad, merced a las sabias previsiones de *Su Alteza*, que supo enjendrar i atizar el odio de las castas, la codicia de muchos i la ambicion i necedad de los criollos." "Basta," le interrumpió Luzbel, "con pronunciar la fórmula *sin novedad*, podeis ahorraros el petulante discurso que habeis principiado;" i diciendo, se engulló a Cain, i los coros infernales repitieron su atroz algazara.

Otros mensajeros se sucedieron repitiendo simplemente la fórmula demoniàl enunciada por Satanas; pero uno de ellos, que vestia manto carmesí i bota fuerte, en lugar de aquella frase, esclamó en voz sonora:—"¡Huano i siempre Huano! El Dios de nuestros padres fué el Sol, que da calor i no abastece; pero el nuestro es el Huano, que aunque no da sino un olor que apesta, se convierte en oro i nos paga con usura nuestro culto. A tan bajo númen son sacrificadas todas las deidades de la filosofía i del cristianismo! En el Huano perecerán enterrados para siempre la Justicia i la Caridad, la Libertad i la Igualdad, todas las leyes, en fin, divinas i humanas, que no favorezcan su esplotacion i culto!" Una carcajada olímpica, que resonó en todos los ámbitos dei infierno, interrumpió al orador; carcajada inmensa, atronadora, espantosa, que hizo retemblar el firmamento infernal, i que repitieron los ecos de círculo en círculo, hasta el limbo de los clásicos, que tambien se rieron hasta apretarse los hijares. La cara de Cain fué bañada por una hilaridad estúpida, i el mismo Satanas mostró sus dientes tan grandes cada uno como la mas alta de las pirámides de Ejipto...

II.

Duraba todavia el estertor de tan enorme carcajada, cuando se acercó a la mesa mi conductor, cabisbajo, entecado i figurando en el rostro con sus movimientos una serenidad digna de un ministro de estado.

"Maldito seas Adel," esclamó Satanas. ¿De dónde apareces hoi despues de tan larga ausencia? No parece sino que tu residencia en el pais de los peluconnes te ha hecho adquirir los hábitos de tortuga de tus feligreses; i lo que todavia es mas infame, has descuidado tu tarea hasta dejar que ese reino comience a emanciparse de mi dominacion."

"Poderoso señor," contestó Adel, inclinándose humildemente, "bien sabeis que es mucha tarea para un diablo solo el tener que inspirar i dirijir aquel vasto reino, pues no me habeis concedido ni un familiar siquiera: por eso me atraso en daros cuenta. En cuanto a la emancipacion que temeis, os aseguro que no se intenta: el reino os pertenece, Poderoso Señor.

"I sin embargo, prosiguió Luzbel, "los tiempos de ahora no son los de ántes. No há mucho que allí se fusilaba, se desterraba i se aprisionaba con pretestos legales que salvaban las fórmulas i violaban la justicia, i hoi no hai nada de eso; diariamente se establecian sociedades misteriosas para esplotar los

el enemigo la moderna filosofía.

buenos sentimientos del pueblo i ligarlo por estos estímulos a nuestro poder, haciéndolo solidario con nuestra gran causa: i hoi no se establecen ya, ni se sigue con fervor la afiliacion de nuevos adeptos. Finalmente, tambien ha llegado a mi noticia que el amor al lujo, que la pereza, que la indeferencia por los principios de la mentirosa filosofía, i por lo que llaman interes jeneral, van en decadencia ruinosa, i que yo pierdo esos poderosos elementos de poder con que tan dilijentemente me habian servido en estos últimos siete años;" i al decir esto, Satanas dió un gran suspiro, cuya aspiracion le hinchó el abdómen, i cuyo resoplido llenó la atmósfera de un olor pestífero, que produjo un estornudo jeneral en todos los círculos del infierno i causó a Judas una tos perruna.

"Consolaos, poderoso señor, replicó Adel, todas esas diabólicas instituciones producen todavia su efecto, pues aunque hoi, por la variacion de los tiempos, no podemos hacer alarde de ellas, ni trabajar con el descaro que ántes, sino a la sordina, no por eso deja de seguir adelante la propaganda, mediante los esfuerzos subterraneos de nuestros adeptos. La superchería i el error que son las palancas del fanatismo, siempre están en boga, i aquellas instituciones, que yo fundé para dar fuerza a esas palancas, siguen ahora su curso normal, i es necesario dejarlas desarrollarse sin estrépito para no llamar la atencion de los discípulos de la moderna filosofía que pretende combatir nuestro imperio. Aparte de esto, si hoi no hai lujo, es porque hai pobreza, pero su amor está siempre en los corazones de todos; i si ántes se satisfacia con el trabajo, hoi busca su satisfaccion en las

camanduleras que se ponen en juego para apropiarse lo ajeno sin cometer un robo, lo cual es siempre mas diabólico que gastar lujo con lo que se gana lejítimamente. La pereza i la indiferencia son las mismas, sin que puedan argüir nada contra ellas los esfuerzos vanos que hacen nuestros enemigos por restablecer el imperio de la verdad en la política i en la sociedad: tengo la verdad en mi bolsillo i no lograrán sacarla a luz sus amigos ni con sus declamaciones, que los nuestros saben contestar con persecuciones i con peroratas bien aliñadas, ni con sus escritos, que solo tienen valor para ellos mismos i no para los nuestros. Qué importa que ahora resucite la prensa i haya mas publicaciones independientes que cuando nosotros los teníamos a todos en un zapato? Ese mismo movimiento apareció en 1848 i precisamente él fué el que repudrió mas vuestra ardiente bilis, que por un milagro vuestro trasladasteis al cerebro de nuestros amigos, para que resistieran con furia infernal, hasta hacerse fuertes a punta de balas i de cóndores. Entónces fué necesario saludar nuestro triunfo con los suplicios i persecuciones que echais de ménos: ello vendrá, poderoso señor, no hai que apurarse ni confundirse. Por ahora basta lo que se hace. ¿Qué mas quereis que los azotes dados por un gobernador de provincia a tres escritores que le insultaban sin cumplimiento i ásperamente en sus propias barbas, azotes dignos, duros i verdaderos pegados por mano del verdugo en las altas horas de la noche, sin juicio prévio i sin mas ni más que una órden dada por el sátrapa ofendido? Gloria sea dada a ese fiel discípulo de Verres."

Un movimiento de complacencia que hizo Luzbel con la cabeza, hizo trepidar la inmensa columna que sirve de eje a los círculos; el infierno todo retembló desde su quicio i la voz de Adel fué apagada por el *Gloria a Verres* que entonaron las lejiones infernales. Verres en persona apareció por los aires perseguido por un cardúmen de demonios que le azotaban con pencas que, de tanto menear, estaban ya en la hilaza.

Era de ver a Verres con su gran cabeza crespa i su cara cubierta de barbas híspidas i negras, volar i escabullirse en todas direcciones: su cuerpo tenia por el frente todas sus proporciones naturales, pero las partes traseras, donde daban los demonios azotadores, estaban desnudas de carne, i todos sus huesos blancos i ensangrentados podian contarse uno a uno.

Luzbel le dijo: "hoi es dia de gracia para tí, gran prefecto i tirano de Sicilia, ¿qué demandas?—"Carne para resistir a tanto azote, es lo que necesito; respondió el romano, las que me disteis cuando se celebraron las azotainas de Quiroga, ya han caido en pedazos como lo veis, sublime señor." I diciendo i haciendo, su cuerpo volvió a contornearse de carnes mórbidas, voluminosas i rosadas, i los flajelantes lanzaron un grito de alegría. "Bien mereces ser rejenerado, le dijo Satanas, pues tu sangre fecundiza siempre a la América; hoi aparece un nuevo *flajelófilo* en aquellas rejiones, que te glorifica."

"Pero que tiene mas gloria que cuantos han gustado la flajelomanía en el mundo de los vivos, añadió Adel, pues no sabeis todavia, poderoso señor, que el Sátrapa no se ha limitado a azotar, sino que ha

confesado su crímen para hacer alarde de él, i lo ha santificado invocando el amor filial i el amor conyugal, citando el evanjelio en su apoyo. Esta magnífica profanacion del libro santo, que a nadie hasta ahora se le habia ocurrido, i esa prostitucion de aquellos nobles sentimientos, han hallado eco entre todos nuestros amigos: los mas imbéciles han creido justificado el acto, proclamándolo así de palabra i por escrito, i los mas *amateurs* o flajelomaniacos se han regocijado, han comido i han bebido a la salud del azotador evanjélico, que violó las leyes divinas i humanas de puro amante i católico que era. Esto sobrepuja a todo lo conocido".....

El infierno todo lanzó un hosanna tremendo, i hasta los condenados de los hornos asomaron sus achicharradas cabezas para asociarse al triple i prolongado ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! Hurraaaaaa!!!! que resonó en los ángulos mas apartados del infernal imperio. Los azotadores de Verres comenzaron entónces a bailar unas folias portuguesas i a salmodiar entre visajes i ahullidos esta espantosa trova:

"I sonarán los azotes
En las carnes de Pedancio;
I sonarán para siempre,
I así seguirán sonando
Hasta pegar en los huesos,
I en los huesos bien pelados;
I por una eternidad,
Sonando se irán sonando;
I sonarán los azotes
En los huesos de Pedancio."

Fué tal el terror que estas palabras me causaron, que ya no tuve alientos para sostenerme en las espal-

das de Adel, i caí como aturdida en el fango ardiente. Mi caida puso fin al canto i a las folias. Adel, admirado, me levantó de las alas, que todavia conservaba alas en mis lomos, a pesar de las formas humanas que me habian nacido. Satanas preguntóme quién era, i complacido de mi historia, que le referí en pocas palabras entrecortadas, esclamó:

"Oh! maldita creacion de la fecunda sangre de Adel! Maldita seais! Serás en adelante su familiar, pero en tu cuerpo humano conservarás las alas para que puedas gozar de todas las prerogativas de los querubines infernales, i así ayudes mejor a tu padre i autor."

En el instante me sentí otra, i como la soberbia i la ambicion comenzaron a hervir en mi nuevo pecho, pedí a Satanas que me cambiara el sexo, pues me inclinaba mas a ser hombre que mujer.

"No, me replicó, serás mujer, porque tu principal mision es para las beatas, i asi podrás ocultar mejor tus alas con el anchuroso manton: anda i diríjelas, inspíralas i mándamelas en bandadas a mi reino, que aquí les he destinado un nuevo círculo para ellas solas;" i Luzbel me señaló con su dedo largo i seco, como la picana de un carretero, el círculo que les habia destinado.

I en efecto, era un nuevo barrio infernal, como el nuevo boulevard de Sebastopol, que se ha estrenado en Paris, aunque no tan cómodo ni elegante. Allí se veia a las beatas condenadas, que ni Virjilio ni el Dante pudieron ver en sus tiempos. Las ménos pecadoras estaban convertidas en plumas, que se consumian en las llamas i reaparecian, i volvian a consu-

mirse, hasta que hallaban a mano un diablo pegajoso enmelado o embetunado en cuyo cuerpo fijarse. Las mas pecadoras estaban convertidas en gatas, que se paseaban encerradas como tortugas en sus anchos mantos de plomo, arañándose i mayando, pero ciegas i sin oidos, i consumiéndose de curiosidad.

Miéntras yo las contemplaba, volvió a cerrarse la gran hornaza de Luzbel, todos volvieron a sus tareas de costumbre i yo con Adel volvimos a cumplir nuestro destino en este mundo; i para cumplirlo mejor i con lealtad, he querido ser franca refiriendo mi oríjen i las escenas que ocurrieron en mi primer instante.

DON GUILLERMO.

(1860.)

Quid Romæ faciam, mentirî nescio.
Juv.

I.

El Aguila.

Mui mal pintada era la que llenaba una gran enseña que estaba enclavada encima de una puerta de la calle de Cochrane, en Valparaiso; pero en su pechuga, i como guarecido por sus enormes alas, mostraba un escudo en forma de corazon azul tachonado de estrellas blancas, que bien decian que el dueño de la fonda de adentro era uno de esos orgullosos ciudadanos de la feliz rejion de América que riegan el San Lorenzo i el Mississippi.

En una tarde de invierno húmeda i nebulosa, trasminaba aquel caramanchel de un espresivo olor a café, que provocaba i atraia a cuantos marineros navegaban el lodo de aquellos andurriales. Yo, que habia lanzado en ese océano las enormes lanchas que llevaba por suecos, caí tambien en la tentacion i me zampucé en la ahoyada fonda, no sin que el umbral me descubriera la cabeza e hiciese rodar mi sombrero por el barro, pues aquella puerta estaba calculada para hombres bajos i de gorra de lana, i no para los que, aunque pigmeos, calzamos nuestras cabezas con un cubo de felpa.

Esto supuesto, imajinaos cuál no seria mi admiracion al ver en el recinto de la sala junto a una mesa a un enorme yankee plegado en tres dobleces sobre la silla que le servia de sustentáculo, i pendiente de una nariz colosal que podria haber servido de centro i arco a dos ojos del puente grande del Mapocho.

Lo primero que se me ocurrió, despues de mi sorpresa, fué preguntarme por dónde habria entrado allí aquel jigante. Pasé en revista puertas i ventanas, tragaluces, escotillas, todos los agujeros de la fonda; i se aumentó mas mi confusion cuando ví que por la mayor de aquellas avenidas, apénas cabia la nariz de mi hombre. Decididamente, le habian puesto allí para edificar la casa. Solo cuando se me vino esta reflexion, digna de Descartes, me tranquilicé, cual el porfiado matemático que no se tranquiliza, sino despues de haber resuelto un problema, haciendo un millon de garabatos.

Entónces pensé en acercarme a aquella maravilla para verla, oirla i palparla; i así como que no quiere la cosa, me senté a su mesa con gran confianza. Una mirada tranquila i llena del portentoso yankee me inundó todo entero. Quedé calado, es decir, conocido hasta el fondo: i le inspiré la misma simpatía que él habia despertado en mi corazon.

"Mozo, traiga usted café," esclamé casi asustado, i mi vecino, poniendo su enorme cachimba entre sus enormes lábios, volvió a mirarme con agrado, como si se alegrara de retirar su vista de los grotescos marineros que llenaban el recinto i espesaban la atmósfera con sus emanaciones tabacosas.

El no era marinero, visiblemente: su porte era

grave, semblante pálido i sereno, sonrisa natural en su boca, pelo a la Caracala, i su cuerpo antidiluviano envuelto en un hermoso sobretodo camaleon a la Benjamin Constant. Tenia delante su café casi agotado, i mas que destilada una botella que debió ser de jinebra, cuando se la pasaron llena.

El vapor embalsamado del café que me servian flotó entre nuestras caras, pero sin ocultarme su nariz; nos mirábamos al traves, i ámbos aspirándolo, esclamamos: ¡Que café! El con voz baja, sin duda por temor de hacer estallar los vidrios a soltarla entera, i yo en mi tiple usual. Estaba establecida la corriente eléctrica de la amistad con aquella sola esclamacion en que se habian encontrado nuestros bellos espíritus: nos comprendiamos; pero yo si que comenzaba a dudar de la solucion de mi problema i no acababa de comprender cómo habia entrado allí aquel hombre acompañado de su nariz i de su paltó.

—¡Qué buen café! me dijo, con un acento casi paternal.

—Excelente, le repliqué, i como estaba yo preocupado con mi problema, agreguéle esta pregunta—¿Ha entrado usted a tomarlo?

—Sí, señor, desde que salí, acostumbro entrar aquí todas las tardes a tomar este buen café. ¡Hacia tantos años, tan largos años que no lo tomaba! esclamó con acento dolorido.

—¿Usted sale? le pregunté yo sorprendido, ¿i entra a tomar este buen café?

—Sin duda, me replicó; desde el primer dia de mi salida, pasé en la tarde por aquí, por recorrer las calles, i el aroma de este café despertó mi antigua

aficion a tan rica bebida, i me entré sin titubear. Pedí café, i bebí cuanto me sirvieron. ¡Hacia tantos años que no gustaba este nectar celestial.....

—¿Por dónde entró usted?

—Por la misma puerta que usted, i sin perder el sombrero, como usted.

—¡Cosa estraña! Es tan baja esa puerta, i esta casa es tan estrecha que.....

—Sí, pero no hai estrechuras para quien ha vivido tantos años como yo bajo de tierra, dijo dando un suspiro de lo mas hondo de su pecho.

—Ya..... No le será difícil a usted entrar por cualquier parte, ¿no es esto? Pero ha entrado usted por allí? dije, señalándole la puerta.

El hombre volvió entónces a inundarme con una mirada, requirió su cachimba, cabalgó su pierna derecha sobre la izquierda, i como descontento de mi estupidez miró a otra parte.

—¿Es usted chileno? me preguntó mirándome de reojo.

—Neto, le respondí con orgullo.

—Se conoce, me dijo, lanzando una bocanada de humo, i escanciándose el concho de su cafetera en la taza. Volvió a suspirar, i despues de una pausa, que me tenia aterrado, tornó a mirarme con amor, i agregó: ¿Conoce usted los *restaurants* de la ciudad? Sabe usted dónde se sirva tan buen café con mas decencia i con ménos concurrencia de marineros?

—No, señor, pero es probable que en casa de Gui nodie se halle tan bueno como aquí.

—¿Será algun *restaurant* frances el que usted me nombra?

—Sí, caballero, el mejor, segun creo, de la ciudad.

—No me gusta; será farsa de café lo que allí sirven: prefiero tomarlo bajo el pabellon de las estrellas, aunque sea entre marineros; al fin estos son hombres que andan sin máscara, i que no están en escena, si no cuando se columpian en las gavias tomando o soltando rizos.

—No ha entrado usted nunca al café de Guinodie?

—No, sin duda, desde que salí no he entrado mas que aquí, i al hotel de Europa donde alojo.

—Sí, eso se comprende, el hotel de Europa es el que está en la plaza Municipal, uno de puerta mui grande i de patio, ¿no es así, caballero?

—Justo, ese es el hotel de Europa. Pero al parecer usted está preocupado, jóven, con las puertas anchas i las pequeñas. ¿Le ha causado mucha impresion el coscorron que se dió en el umbral de ésta al entrar? Serénese usted, nadie se fijó en eso, i aquí entre ingleses no tiene usted que temer. Nosotros no nos curamos de los golpes que cada hijo de vecino se da donde puede. Cada uno es dueño de golpearse cuando Dios le deja de su mano.

Este lenguaje me sorprendió. ¿Quién será este hombre? decia yo entre mí. Yo le he tomado por yankee al ver su estravagante figura, i sin embargo, él habla de Dios, cosas poco conciliables, a no ser que sea un yankee rico, que son los únicos que creen en Dios, porque necesitan ser ricos para pensar en tener una relijion. Ahora se hace el ingles, i eso es mas difícil de creer, porque un ingles no habla jamas el español, como este lo habla, a no ser que haya nacido en Jibraltar o en otra parte de la Península. ¿Quién será este hombre? Estas reflexiones me calentaban

la cabeza, i para salir de una vez de mis aprietos, hube de abordar de frente la dificultad.

—¿Es usted norte americano? le pregunté.

—Por afeccion i casi por principios, porque he pasado en Estados Unidos lo mejor de mi vida, ántes de venir a Valparaiso.

—¿Está usted aquí mucho tiempo há?

—No tengo cuenta del tiempo que hace. He sabido despues de mi salida que está corriendo el año 41, i solo ahora principio a contar fechas.

—¿Pero ha estado usted siempre en Valparaiso?

—Supongo que sí, porque fué aquí donde llegué de Inglaterra, mi patria: aunque el Valparaiso de hoi no es ni siquiera una sombra del Valparaiso que ví a mi llegada.

—¿Piensa usted permanecer aquí?

—No precisamente aquí, porque debo principiar desde mañana una eterna peregrinacion entre Valparaiso i Santiago.

Volví a callarme, confuso con semejantes respuestas. ¡Quién es este hombre, Dios mio! esclamaba en el fondo de mi alma. ¿Cómo podré descubrirlo? ¿De dónde ha salido? ¿Qué ocupacion tiene? Abismado estaba yo en mis reflexiones, cuando él se levantó pagó su puesto i salió despidiéndose de mí con una insinuante cortesía.

No quedé ménos asombrado, cuando advertí que no tenia la talla estraordinaria que yo le habia visto, sino un cuerpo airoso, elegante i de una altura no tan enor me. Su andar era grave, de paso largo i casi rápido Llegó a la puerta i la salvó con mas facilidad que yo dejándome abrumado bajo el peso de mi curiosidad.

II.

La segunda tarde.

La curiosidad suele ser una pasion en algunos, aunque siempre lo es en todas: la caja de Pandora fué abierta por pura curiosidad; la primera manzana que se gustó en el mundo fué comida tambien por pura curiosidad. Es verdad que fueron mujeres las que tales atentados cometieron; pero tambien es cierto que los hombres no les van en zaga; con la diferencia de que la historia no nos señala grandes crímenes cometidos por curiosidad, cuyo autor no sea una mujer. Testigo, el pecado de comer manzanas, que ha cundido desde la madre Eva, que dió el ejemplo, hasta nuestros dias, de un modo espantoso i con un contajio inevitable, que no perdona edad ni sexo.

No es tan peor que la curiosidad no produzca tales estragos cuando anima a los hombres: al fin no les pica a estos sino por esplorar i descubrir rejiones desconocidas, donde no pocas veces se pierden, como Sir John Franklin en las nieves polares, i tantos otros que en alas de la filosofía o en los lomos del Pegaso han ido a parar en las mas ardientes alturas de una cabeza caliente.

Como quiera que sea, la curiosidad es el instinto mas útil que tiene la especie humana: sin él no habriamos habitado este mundo del bien i del mal, i

habriamos tenido que podrirnos en la eterna primavera del paraiso terrenal; sin él careceriamos de tantos descubrimientos como han hecho los curiosos en los dominios del espíritu i en las rejiones del globo.

Ese instinto me disculpe, pues al dia siguiente de mi escena con aquel hombre tan curioso, yo no pensaba, ni veia, ni oia, ni hacia cosa alguna que no fuese para satisfacer la ardiente curiosidad con que tal ente me habia contajiado. En la tarde de ese dia llovia, como es uso en Valparaiso, de atravieso, i de arriba abajo, i aun de abajo para arriba, en fuerza de un huracan antojadizo que soplaba sin sujetarse a lei ni a regla ninguna: entónces no sirven zuecos ni paraguas, sino una buena resolucion para lanzarse en aquellas calles, que rivalizan con el mar por sus corrientes. Tuve esa resolucion, i a las cuatro estaba ya instalado en la misma mesa del Aguila, donde habia conocido al objeto de mi pasion.

La fonda estaba poco visitada, i el patron mascaba tabaco, apoyando toda su mole sobre sus propios brazos, que tenia cruzados i juntos sobre el mostrador, a cuyo respaldo estaba en pié. Miraba tristemente a la puerta, por donde entraban a veces en lugar de parroquianos, fuertes ramalazos de lluvia impelidos por el viento. Su mirada era fija i parada, como de ojos sin vida, su rostro era atezado, redondo i peludo, cruzados por una ancha boca de la cual arrojaba amenudo torrentes de zumo de tabaco mascado. Un gorro lacre de marinero coronaba aquel cuadro.

Pasada una hora comencé a desesperar de mi esperanza, i como habia bebido i pagado bastante café, me creí con derecho de interpelar al patron; i lo hice

mui afablemente, hablando del tiempo, tema obligado en todos los casos en que no hai que hablar, o en que uno necesita introducirse a platicar con otro. Mas el patron no me respondió: lo único que hizo fué mirarme con ese desprecio con que los ingleses o sus descendientes los yankees, miran a todos los que les hablan en español. Picado un poco mi amor propio, volví a levantar la voz, repitiendo en ingles lo que ántes habia dicho en español: el patron, entónces, soltó las amarras a sus ríjidas e inmóviles facciones, i tejió conversacion con la mayor familiaridad, como si estuviera con un antiguo conocido.

—Dígame usted ¿quién es ese hombre con quien tomé café ayer en esta mesa.

—¡Oh! ese es un hombre que ha venido varias veces a tomar café al Aguila.

—¿No le conoce usted?

—¡How! sí, mucho, hace dias que viene aquí, i todos mis parroquianos le han visto tomar café i jinebra.

—¿Cómo es su nombre?

—Mr. Livingston. ¡Oh! paga mui bien i bebe mucho, i paga siempre en onzas antiguas.

—¿Pudiera usted darme noticias de él?

—¡Oh! M. Livingston toma mucho café, parece un frances, pero paga mui bien.

—¿Mr. Livingston es ingles?

—¡Oh! Habla ingles mui bien.

—¿De dónde ha venido aquí?

—Viene del hotel de Europa, todos los dias a tomar café.

—¿Pero de dónde, de qué pais ha venido a Valparaiso?

—¡How! Mr. Livingston ha llegado mucho tiempo há; pero solo en estos últimos dias se ha hecho parroquiano del Aguila, por el buen café que aquí se sirve.

Cansado ya de interrogar a aquella mole tabacosa, i sin esperanzas de adelantar en mis investigaciones, determiné irme al mismo hotel de Europa, resolucion suprema, que me presentaba el camino mas corto para llegar a mi descubrimiento. Despedíme del patron, i eché a nadar hácia la plaza de la Municipalidad. El patio del hotel estaba inundado i su escala azotada por la lluvia; pero nada me arredró. Penetré por pasadizos oscuros i silenciosos hasta el hogar de la patrona, conducido por un muchacho de la casa.

Era aquella una francesa, con gorra por supuesto, i de formas ópticas mui raras, pues representaba ni mas ni ménos una de esas muñecas encaramadas en una bala, que se mueven en todas direcciones, segun el impulso. Sin poderme definir su aspecto i sin darme cuenta de sus lineas, porque la luz era mui opaca, me le fuí al abordaje inmediatamente, con la palabra: ella me recibió el ataque con una inundacion, con un diluvio de frases de todos calibres, que, aseguro, me aterró; i si mi curiosidad no hubiera sido tan grande, me habria dado por derrotado por aquella voz tiple, que salia de una larinje que no tendria ménos de setenta años de uso contínuo.

Al nombrarle a Mr. Livingston, ella, como si hubiese estado enamorada del ingles, suspiró con ternura, i entre esclamaciones i aspavientos me aseguró que habia partido esa misma mañana para Santiago,

sin mas ropa que su sobretodo i una frazada; i como se suelta la tarabilla, cuando principia a rodar la piedra del molino, ella se soltó diciendo: —"I mire usted, caballero, don Guillermo, que así se llama Mr. Livingston, no se ha ido como quien es, sino a pié, a pesar de que tiene bastante dinero para pagar todos los carruajes que quiera. Tomó su ropa al hombro i con su cara siempre risueña echó a andar, despues de pagar su cuenta en el hotel. Mr. Livingston es hombre mui estraordinario, habla con los espíritus, no duerme, se rie solo, se pasea a la media noche, se encierra de dia, no tiene equipaje, i sin embargo le sobra el dinero en su faltriquera; habla todas las lenguas, todo lo sabe, no tiene curiosidad por nada, cuenta muchas historias, pero no habla con todos. Solo a mí me abria su corazon, solo conmigo conversaba; ya se vé, hace tantos años que nos conocemos... Cuando yo llegué a Chile con mi Ferran, siendo yo todavia mui jóven, él era cajero de la casa de Monsieur Waddington, i fué uno de los primeros huéspedes que tuvimos en el hotel de Francia, que estableció Ferran. Entónces le conocí, le traté i fuimos grandes amigos. Un dia de esos se desapareció de repente, i no volví a verle mas hasta hace pocos dias que se apareció aquí. Yo le hice saber que me hallaba viuda, porque a Ferran se le ocurrió destaparse la cabeza de un pistoletazo; le conté mi historia, él me oyó no mas, i hoi se ha ido sin volver a conversar mas de estas cosas... La patrona dió un suspiro i yo me sentia mareado...

III.

El camino de Valparaiso.

No canto el polvo, no, que envuelve a los viajeros en un dia de verano, ni aquellos interminables lodos en que se atascan en un dia de julio. No, eso seria cantar al gobierno o a sus injenieros, que se recrean en remover durante el buen tiempo cuanta tierra hai en el camino, o en acarrearla por carretadas, para que haga bastante barro en el invierno. Cada loco con su tema: yo respeto la de nuestros tutores, i por eso debo acatar tambien su ciencia de componer carreteras i de construir ferrocarriles: a bien que el costo no sale de su bolsa, sino de los ataditos que el pobre hace en la punta de un mal pañuelo, para tener con que pagar peajes, barreras i sisas.

Mi cantar no es en sí bemol, como se necesitaria para espresar las angustias del triste caminante que tiene que dejarse despeñar por aquellas cuestas, haciendo esguinces a las carretas que se agolpan, gozando de la plena independencia de locomocion que les deja la lei para andar como quieran en los caminos, rabie quien rabiare.

Mi cantar es ménos sério, ménos triste, pues templo i modulo mi rabel para recordar a todos cuantos han atravesado el susodicho camino de Valparaiso una cosa que todos han visto, en la cual todos han

fijado su atencion, sobre la cual todos han discurrido a su modo por un momento, i la cual todos olvidan hasta que vuelven a verla otra vez.

Esa cosa es un hombre indefinible que marcha i marcha siempre a pié por las veredas del camino, haya sol o llueva a torrentes, haya lodo o tierra en que envolverse. El marcha siempre con paso igual i seguro, sin mirar a su alrededor, sin volver sus ojos a ninguna parte. Lleva la cabeza inclinada en ademan de ir absorto en un pensamiento terrible. Su tez es blanca, como la de los habitantes del norte de Europa, i sus lacias canas caen a confundirse con una barba blanca en que se divisan todavia los visos dorados de un cabello que fué rubio en otro tiempo. Su estatura elevada va un poco disimulada por una lijera inclinacion hácia adelante, i por una frazada que lleva colgada en el hombro. El largo i añoso poncho que le cubre deja ver a veces los faldones de un paletot, último recuerdo de una condicion perdida.

¿Quién es ese honbre? se preguntan todos los pasajeros que le encuentran o le alcanzan, i si la pregunta se dirije alguna vez al cochero o postillon, el pregunton observa que el postillon o el cochero se recata un poco, se sonrie como con miedo, i agrega un no sé, o cuando mas esplícito anda, dice que es un ingles que anda siempre por el camino, que no pára en ninguna parte, i que apénas llega a Santiago, vuelve a salir para Valparaiso, i en esta ciudad entra tomando la playa, i sale en seguida sin que nadie sepa a dónde se dirije.

Alguna vez se presenta al caminante la ocasion de dirijir la palabra a aquel hombre raro; entónces vé un

semblante apacible que se sonrie i unos ojos azules que miran con dulzura, pero no entiende las breves palabras que modula el peregrino, sin detener su paso rápido i firme. Si uno es bastante jeneroso para alargarle una moneda, el peregrino estiende la mano i la recibe, sin variar su actitud; i si el que ha usado esa jenerosidad, pudiera observar al peregrino mas adelante, le veria llegar a un rancho del camino, agasajar los perros, acariciar a los niños i dar la moneda que acaba de recibir a alguno de los pobres habitantes de la choza, siguiendo despues su camino con el mismo paso firme i seguro que traia.

Pero sea dicho en verdad: no hai jente ménos observadora ni mas indiferente que la que transita aquel camino. Si el transeunte es chileno, ya se sabe que no se le ha de dar nada de nada, que mira sin ver lo que va encontrando, i que si ve lo que mira, no surje en su ópaco espíritu ni una observacion, ni un pensamiento. Ni es mas observador si es estranjero: el ingles va despreciándolo todo i absorto en el negocio que le hace caminar: el yankee va despedazando el coche con su navaja, i mirando la comarca, se imajina como la *escuatriaria* si Chile se anexara a las estrellas: el frances va como una tarabilla i levantando el codo a cada instante para besar su botella; el aleman, va criticando cuanto mira; el español, contando andaluzadas o elojiando su península; i el italiano va cantando o platicando por boca i narices sobre la independencia de Italia.

Así es que el peregrino hace jeneralmente su camino como por un desierto; i tan seguro va de eso, que amenudo se rie solo i habla con los espíritus, sin

curarse de los transeuntes: él es el señor del camino, está allí como en su casa, i conversa con los duendes que le asisten como si no estuviera en público.

Mas no se ha escapado de mi curiosidad, pues aunque pertenezco a la mas honorable de aquellas nacionalidades, i tengo mucho de su característica indolencia, poseo tambien bastante necedad para preciarme de que no se me va ninguna, i no era posible que el perpetuo viajero se escapase a mi curiosidad.

Así sucedió que estando yo de paso en Casa Blanca, i estacionado en la puerta de la posada de don Duardo, como le dicen los cocheros, admirando con todas las fuerzas de mi espíritu los insondables barriales de las calles de aquel pueblo en un dia de invierno, pasó por allí el peregrino con su cabeza inclinada i meditabunda, con paso tranquilo i seguro, como si pisara en un pavimento de mármol. Mi primera mirada cayó de lleno sobre su nariz, que era bastante hermosa para llevarse la preferencia, i luego la recorrí por la vasta mole de su cuerpo, creyendo reconocer al mismísimo hombre que tanto me habia interesado en otro tiempo en la fonda del Aguila. Quise llamarle por su nombre, pero algo misterioso debió operarse en mi espíritu en ese momento, porque me sentí mudo i sobre todo me creí atraido tras de los pasos del peregrino como por una fuerza irresistible.

Dí las órdenes convenientes a mi conductor para que, si no volvia a encontrarme, entregase mi equipaje en Santiago, i tomé la direccion a esta ciudad a pié, siguiendo al viajero a cierta distancia. Al salir de las goteras del pueblo, cosa que conocí, no por la ausencia de tejados, sino porque disminuia el barrial,

apuré el paso, i llegando a una distancia conveniente de mi perseguido esclamé:

—Don Guillermo, óigame usted una palabra.

El viajero paró, i volviendo hácia mí con benevolencia, me dijo:—Yo tambien le he reconocido a usted, a pesar de que no le he visto sino una sola vez en la fonda del Aguila: ¿qué quiere usted?

—Hacer el camino con usted para conversar largo, mui largo, porque me muero de deseos de ser su amigo.....

—I de saber mi historia ¿no es esto? me interrumpió el peregrino sonriéndose.

No puedo negárselo. Le confesé mi interes, mi curiosidad, i le rogué que me abriese su corazon como a un amigo. Muchas fueron las condiciones que me puso, muchas las pruebas que me exijió de lealtad, muchas las preguntas que me hizo para comprender mi carácter; pero ello es que marchamos juntos, i tardamos tres dias en llegar a la capital, tres dias durante los cuales ví i oí las cosas mas asombrosas que jamas he visto i oido, tres dias durantes los cuales se trasformó cien veces Mr. Livingston, tres dias en fin en que yo fuí tambien a mi turno metamorfoseado a cada paso por mi compañero, i permanecí invisible para todo el mundo, hasta para mi cochero, que buscándome, me alcanzó i no me vió, dejándome abandonado en el camino.

Ahora, que me he humanizado de nuevo i que he recobrado mis facultades, voi a contar lo que oí i ví, por si hai curiosos, como yo, que deseen saber el síno de aquel hombre misterioso, o por si hai quien quiera leer cosas estupendas sin daño de nadie i sin peligro.

IV.

La Cueva del Chibato.

Para saber i contar i contar para saber que no há mucho tiempo habia al pié de un cerro de la ciudad de Valparaiso una cueva al parecer mui somera, pero que en realidad era honda como la eternidad. Esta cueva estaba situada en el centro de la poblacion i en un paraje que era de paso obligado para todos los transeuntes, pues nadie podia ir del Puerto al Almendral ni del Almendral al Puerto sin atravesar la estrecha garganta que formaba el cerro de la cueva con el mar, i sin mojarse a veces los pies en las olas que llegaban a estrellarse, en tiempos de crece, contra el morro.

Ahora ha variado todo eso, pues merced a la poderosa voluntad de un millonario, el morro fué recortado i la cueva tapiada i convertida en un sólido edificio de bóveda destinado a guardar los tesoros de un banco. Pero vamos hablando de los felices tiempos en que aquel Creso no habia cerrado todavia la cueva, para dejar en eterna prision lo que ella contenia. Entónces no habia la hermosa calle que hoi se ve allí, ni habia vecinos que habitasen los contornos, ni gas, ni aceite que alumbrase la oscuridad de las noches: así es que aquel paraje era peligroso a ciertas horas i no podia un cristiano arriesgarse a atravesarlo impunemente.

La poblacion entera de Valparaiso sabe que, en la época a que nos referimos, habia dado a la cueva su nombre i mucha celebridad cierto chibato monstruoso que por la noche salia de ella para atrapar a cuantos por allí pasaban. Es fama que nadie podia resistir a las fuerzas hercúleas de aquel feroz animal, i que todos los que caian en sus cuernos eran zampuzados en los antros de la cueva, donde los volvian *imbunches*, si no querian correr ciertos riesgos para llegar a desencantar a una dama que el chibo tenia encantada en lo mas apartado de su vivienda.

Los que se arrojaban a correr aquellos peligros tenian que combatir primero con una sierpe que se les subia por las piernas, i se les enroscaba en la cintura i en los brazos i en la garganta, i los besaba en la boca; despues tenian que habérselas con una tropa de carneros que los topaban, atajándoles el paso, hasta rendirlos; i si triunfaban en esta prueba, tenian que atravesar por entre cuervos que les sacaban los ojos, i por entre soldados que los pinchaban. De consiguente, ninguno acababa la tarea i todos se declaraban vencidos ántes de llegar a penetrar en el encanto. Entónces no les quedaba mas arbitrio para conservar la vida que dejarse *imbunchar* i resignarse a vivir para siempre como súbditos del famoso chibato, que dominaba allí con voluntad soberana i absoluta, como muchos sultanes de este mundo.

Es pues escusado decir que nadie volvia de la cueva a referirnos sus misteriosas peregrinaciones, i que todas esas historias que contaba el pueblo se sabian solo por revelacion o intuicion. Pero lo cierto es que casi no habia familia que no contase la pérdida de

algun pariente en la cueva, ni madre que no llorase a algun hijito robado i vuelto imbunche por el chibato, pues es de saber que éste no se limitaba a conquistar sus vasallos entre los transeuntes, sino que se estendia hasta robarse todos los niños mal parados que encontraba en la ciudad. I como Valparaiso es ciudad en donde hormiguean los niños i como hai tantos niños que tienen madres tan descuidadas, sí las tienen; i como para remate hai tantísimos niños que se distraen con cualquier friolera o que corren tras cualquier monada, aunque los imbunchen, el chibato hacia una abundante cosecha, de modo que si no le tapan la cueva, talvez tendria imbunchada a toda la poblacion a estas horas.

Fácil es imajinarse que el animal no se echaria por esas calles en su forma propia i natural a caza de muchachos; i así es la verdad, pues cuentan las buenas madres robadas, que son brujas i tambien de vez en cuando brujos machos, quienes roban chicos en la ciudad. Eso puede probarnos que el señor de la cueva tenia i tiene a su servicio algunas viejas, que precisamente han de serlo las brujas, que se ocupan en sonsacar muchachos; i sin duda tendrá tambien brujos jóvenes que sonsacan muchachitas para llevárselas a sus dominios. Pero seguramente esos fieles servidores que salian de la cueva no debieron entrar allí de otra parte, i sin duda fueron criados i nacidos en aquella rejion, o a lo ménos formados imbunches en edad temprana, para no tener inquietudes en el mundo esterior ni adherirse a partidos estraños ni a intereses ajenos de los de su poderoso señor.

V.

A picos pardos.

¿Quién no ha andado alguna vez a picos pardos? Confesémoslo llanamente: nadie deja de ser quien es ni deja de cumplir su síno en este mundo por haberse hecho gato alguna vez en su vida. Alejandro Magno no dejó de ser el mas célebre de los filibusteros de la antigüedad, ni sus capitanes dejaron de ser famosos guerreros por haberse andado a picos pardos, aquel con Taltestrida, reina de las Amazonas, i éstos con las trescientas damas que de tan largas distancias acarreó consigo aquella reina de puro enamorada. Ni Julio César ha dejado de trasmitirnos su gloriosa fama, a pesar de que se echaba tan a menudo a picos pardos, que llegó a ser el terror de los maridos romanos, i mereció que sus soldados le anunciasen de vuelta de sus triunfos, clamando:—*Romani, servate uxores, adducimus Calvum*, dicho que con su acostumbrada sabiduría nos recuerda el serio señor de Brantome.

Pero basta de erudiciones profanas, que no necesitamos de ellas para escusar a don Guillermo Livingston por haberse anublado alguna vez en aventuras nocturnas. Mr. Livingston, a quien ya conocemos de vista, era ántes de ser embrujado un hombre formal a las derechas. Cajero de una casa de comercio

de Valparaiso, tenia hácia sus veinticuatro años tanto aplomo como un hombre de ochenta. A las cuatro de la tarde terminaba sus tareas i se instalaba en el hotel de Francia, donde comia sin hablar con nadie i sin beber una gota de vino. Concluida esta segunda faena, se acampaba en el meson a platicar con madama Ferran i a tomar café hasta las ocho, hora en que se retiraba a su cuarto a leer i a dormir.

Pero un dia de esos hubo una linda almendralina que tuvo bastantes atractivos para arrancar algunas chispas eléctricas del helado corazon de nuestro conocido, i ya desde entónces se alteró un tanto su rijido método de vida. Madama Ferran fué quedando poco a poco privada de aquellas sabrosas conversaciones de la tardecita, i la arenosa calle del Almendral contó un paseante mas, que como todos hacia su vuelta al Puerto mas que de prisa al anochecer.

Andando el tiempo, se estrecharon tambien las relaciones de Mr. Livingston con la almendralina, i su amor llegó naturalmente i por sus pasos contados, al periodo de la cristalizacion, periodo crítico en el cual está espuesto un amante ingles, mas que ningun otro, a perder la chaveta. Afortunadamente nuestro amigo no alcanzó a perderla, pues no alcanzó a salir de sus casillas mas que una sola vez.

I esa fué con ocasion de una cita. La bella almendralina, a pesar de que se llamaba Julia, habia sido no solo parca, sino pertinaz en no conceder a su enamorado, no digamos un favor, ni tan siquiera un dedo de sus blancas manos, para consuelo. Esto habia traido mui intrigado a don Guillermo, pues habiendo aprendido en sus estudios históricos que el

emperador Severo habia perdonado a su infiel consorte solo porque se llamaba Julia, hallando mui natural que lo fuese una mujer de este nombre, el ingles comenzaba a dudar de la esperiencia del emperador, puesto que hallaba una Julia que parecia Lucrecia. Para salir de sus dudas i aprensiones, tomó la linea recta de todos los enamorados, procurándose una entrevista a la media noche. Durante muchos dias atacó en este sentido su inespugnable fortaleza, i al fin hubo de conseguir lo que tanto apetecia: Julia habia consentido en esperar a nuestro amigo en el huerto de su casa a las doce de una noche de verano, que para mayor fortuna era oscura.

Don Guillermo principió su tocador esa noche a las ocho, habiendo comprado en el dia por primera vez en su vida algunos perfumes que le costaron bien caros, tales como jabon de almendra, opiata i agua de la banda de cincuenta grados. A las once, despues de mil interrupciones, durante las cuales tuvo el enamorado brillantes ilusiones, ardientes soliloquios i no pocos ardientes suspiros, el tocador estaba concluido, i Mr. Livingston quedó de punta en blanco, aunque con fraque negro i guantes de castor verdes, que estaban mui en moda en el año de gracia de 1828.

Entónces Mr. Livingston pensó en su seguridad personal, sabiendo que no era mui prudente arriesgarse por aquellas calles oscuras a ninguna hora de la noche, sin llevar armas que aumentasen la fuerza del transeunte nocturno. Un par de cachorritos de bolsillo, bien cargados a bala, formaban el arsenal dèl ingles: no se conocia entónces la invencion de Colt, i era preciso limitarse a dos tiros, fiando lo demas a la Providencia.

Ya está nuestro aventurero en la calle a picos pardos. El corazon le latia con violencia i las piernas le flaqueaban, sin embargo de que no tenia que andar ménos de veinte cuadras para llegar al paraiso donde debia tentar a la primera Julia de este mundo que, en su concepto, habia necesitado de tentaciones.

Habia una profunda tranquilidad, i el triste silencio de la noche solo era interrumpido por el leve ruido que se prolongaba en toda la playa al impulso de la mansa resaca de un mar apacible. No se oia ni sentia nada en las calles, i don Guillermo pisaba despacito, como si hubiera temido alterar el sueño de la ciudad con el sonido de sus botas.

VI.

En la puerta del horno se quema el pan.

Nuestro ingles habia ya tomado viento. Desvanecidas las primeras impresiones que le causaran la soledad i el silencio de la calle, marchaba con rapidez i seguridad, como por un terreno conocido, i con la confianza, o mejor dicho, con el descuido que es natural en el que va entregado a su pensar.

En ese momento discurria Mr. Livingston que el emperador Severo podia haber tenido mucha razon, i se le hacia viva la parada; pues se imajinaba encontrar una Julia, que aunque no era como la romana, por no tener un marido emperador, podia ser de la propia naturaleza que aquel atribuia a todas las que responden a tan dulce nombre.

Cuando mas le halagaba esta ilusion, llegó a aquel paraje donde el mar estendia sus espumas casi hasta el cerro; i por no humedecerse las plantas o por conservar el lustre de sus botas, se inclinó a la derecha, rozándose con el morro de la Cueva del Chibato; i al darle vuelta, recibió en el pecho un golpe violento que le hizo saltar hácia atras como cuatro varas. Si Mr. Livingston hubiera sido ménos fuerte i no tan ájil, seguramente habria quedado tendido exánime, al recibir tan feroz topetada.

Un instante le bastó para recobrarse de la sorpresa

e incorporarse con un cachorro en cada mano, como valiente que era; pero tambien otro instante le bastó para quedar temblando de piés a cabeza, al verse frente a frente de un cabron enorme, que tenia el volúmen de un toro i los cuernos de un ciervo, i que miraba al ingles con dos ojazos como brasas que alumbraban todo el contorno. I así medio desatentado Mr. Livingston i maquinalmente le disparó sobre la ancha i coronada frente uno de sus cachorros: el golpe de la bala sobre el cráneo fué como el eco de la esplosion, pero instantaneamente tambien rebotó la bala contra don Guillermo, colándosele derecha en la boca, que la tenia entreabierta por la sorpresa. El ingles, dando una estupenda gargajeada, escupió con fuerza la bala, que fué a parar a los piés del chibo; pero al mismo tiempo vió que las facciones de éste se contraian con una risa atroz, de la cual no pudo dudar cuando sintió que de aquel hocico enorme salia un valido como carcajada.

Veinte topetadas como la primera habria aguantado el animoso jóven por no ser el blanco de tan tremebunda carcajada; pero no por eso sucumbió. Antes bien, su noble sangre le hirvió en el pecho, i con redoblado coraje le asestó otra vez en la frente su segundo balazo. El rebote de la bala tomó esta vez otro jiro, pues Mr. Livingston sintió que se le dormia la pelotilla en un ojo, i casi ciego con el golpe i la rabia, se arrojó sobre el cabron, i aferrándose de los cuernos con todas sus fuerzas, le dió una sacudida como para traerlo al suelo. El animal estuvo a punto de ceder, pues alcanzó a inclinar la cerviz; pero a su vez dió tambien un sacudon que hizo describir al

ingles una voltereta, formando en el aire con todo su cuerpo un círculo perfecto, cuyo centro estaba en las manos, que permanecieron aferradas a los cuernos, porque los guantes verdes le servian para ello maravillosamente.

Puestas otra vez sus plantas en suelo firme, don Guillermo volvió a la carga con mas fiereza para derribar a su adversario; pero entónces fueron mas impotentes sus fuerzas, porque fastidiado el chibo con tanta obstinacion, movió su cabeza con un poco mas de desenfado i tiró al enamorado jóven por los aires cuan largo era, haciéndole describir un arco que fué a terminar en la playa, en el instante mismo en que el mar la bañaba con una oleada hermosa i repleta.

El estirado cuerpo del ingles, estendidos brazos i piernas, hendió violentamente las aguas, i éstas, al retroceder mansamente a su centro, juguetearon sobre él, rizándose i formando gorgoritos, sin desquiciarle de la arena, donde se habia posado.

La linda imájen de Julia atravesó por la mente de Mr. Livingston como un vapor que se disipa, i un hondo suspiro que se exhaló de su pecho, parece que se habia llevado su último aliento, pues quedó inmóvil como un cadáver.

VII.

Nadie sabe para quién trabaja.

Ese es un adajio vulgar que encierra mas filosofía que la facultad designada con este nombre en la Universidad de Chile. No es esto decir que no sean mui filósofos sus miembros, pues a buen seguro que hartarian a desvergüenzas a cualquiera que se les atreviera, no siendo el gobierno, que cuando la autoridad hace o dice lo que quiere, no hai filosofías que se tengan, pues ella es mas filósofa que Aristóteles.

¿Quién no ha esclamado alguna vez herido con el cruel dolor de un desengaño:—¡Nadie sabe para quién trabaja! ¿Pero quién ha escarmentado jamas al ver pasar el fruto de sus sudores a otro, que viene con sus manos limpias a gozarlo? Ya se ve, es una lei natural la que nos hace aprovecharnos sin saber leer ni escribir de lo que otro nos deja sin comerlo ni beberlo, pero lei mui dispareja. Hai hijos de la dicha destinados a vivir del trabajo ajeno, pero a su lado estamos otros que sobre perder siempre lo que es nuestro, no nos hallamos nunca un centavo ajeno, ni encontramos jamas un zonzo que nos regale, o que pierda para nosotros lo que está de Dios que pierda para otros.

Este mundo es una gran colmena de abejas que melifican para otros; pero para muchos es tambien un

ancho redil de carneros que llevan el vellon para sus amos, i no hai pocos para quienes es un espacioso establo de bueyes que se pintan solos para arrastrar el arado en beneficio ajeno. Lo que Maron decia que les pasaba a todos esos animales, nos sucede literalmente a los cristianos. Allá a los que no tienen la fé de Cristo les pasa algo peor: testigos el Asia, el Africa i la Oceanía enteras, donde el hombre no puede volar como las abejas, ni balar libremente como los carneros, ni rumiar en tranquilo descanso como los bueyes. No dejaria, sin embargo, de sucedernos a nosotros eso mismo, si el poder de los que mandan fuese místico, o si los que hacen profesion de lo místico, fuesen mandones: donde quiera que la relijion es gobierno, o que el gobierno es el sacerdote, allí el hombre no solo está espuesto a llevar el vellon como los carneros, sino que, lo que es peor, si escapa de sus iguales, no escapa del amo comun, que a nombre de Dios le convierte en bestia harto ménos limpia i noble que las abejas, que los carneros i los bueyes del cantor de Arcadia.

Para aprovecharse de aquella dispareja lei de nuestra naturaleza, toda la dificultad consiste en hacerse zángano, sin parecerlo. Pero el zángano nace como el poeta i no se hace como el orador: la gran mayoría nace para abejas, i por eso es que no hai quien escarmiente al saber por esperiencia en cabeza propia que nadie sabe para quien trabaja. El que nació para trabajar tiene que criar hijas bonitas para el zángano, tiene que ahorrar i atesorar para el zángano, tiene que envejecer i gastar las fuerzas de sus miembros o los alientos de su espíritu para que goce el zángano.

I ¿es tal el imperio de esta lei, que a sabiendas el avaro vive en la miseria por guardar para los zánganos, el usurero aprieta la soga a los ahorcados para capitalizar para los zánganos, i el rico tonto se desvive i madruga i se fatiga de la noche a la mañana i de la mañana a la noche, tan solo para que gocen los zánganos que, despues de su muerte, van a dividirse la herencia.

¡Cómo ha de ser! El refran dice:—"Dios te dé ovejas e hijos para ellas;"—pero no dice:—"i lobos para comerlas," porque esto no hai necesidad de desearlo, pues lo que sobra son lobos en este mundo pecador.

Así le sucedió al interesante Mr. Livingston, segun lo supo mucho tiempo despues por un cura que encontró de paso para el otro mundo. Siguiendo la relacion de este santo varon, sucedió que a las once i media de aquella noche terrible, salió Julia haciéndose que andaba en puntillas i se encaminó a una higuera de su huerto, la cual daba frente a un portillo por donde debia entrar su desgraciado amante, a gozar de la entrevista que tanto le habia costado conseguir. Pero el cuarto de donde salió la hermosa Julia no quedaba solo: sentados allí en estrecho círculo cuchicheaban la mamá de la doncella, el cura de la parroquia i dos amigos de éste. Habia un complot. Se trataba de sorprender a la niña, que se haria la sorprendida, en el momento de abandonarse dulcemente en los brazos de su amante, que realmente iba a ser pillado en todo el rigor de la palabra, pues se trataba nada ménos que de cazarle, i casarle infraganti. La mamá habia tenido buen cuidado de ocultar el nombre herético del novio, por evitar los escrú-

pulos del señor cura; pero valiéndose del ascendiente que tenia en su ánimo, le habia persuadido de que la cosa era mui llana de hacer, i le habia asegurado la soltería del amante de Julia.

El perro de la casa, que era tan celoso como su ama vieja, dió unos cuantos ladridos al sentir ruido en la huerta, hasta que olfateó el perfumado ambiente de su ama niña; pero eso bastó para que se desgañitaran los perros de la vecindad, que siendo leales vasallos de un tio de Julia, callaron cuando tambien les dió en las narices el aroma de la familia.

—Así ladran los perros cuando sale a verme Julia, dijo entónces el hijo del tio, que a la sazon estaba en pié todavía picando un pliego de papel, donde iba a poner, entre corazones i flechas picadas, unos versos para su prima.

Decir i hacer, todo fué uno: el primo salió de su cuarto, apénas lo intentó; saltó la cerca de su huerto i estando en el vecino, creyó ver con los ojos del alma a su adorada Julia, levantando con la mano el mismo traje de muselina con que la habia visto en la tarde, para sacar con mas libertad un lindo pié calzado con zapatitos de cabritilla bordados i ligados a la mórbida pierna con atacados de cinta negra que subian cruzándose para arriba. Era el momento en que Julia llegaba a la higuera, temblando de emocion i sin oir ni ver nada de lo que pasaba.

Lo que no sabemos decir, porque la historia calla en este punto, es si el primo era el sostituto de don Guillermo en el corazon de Julia, o si estaba colocado mas alto. Lo cierto es que uno i otro la adoraban, i ella los amaba a ámbos, al uno por ser su primo

amor i al otro por ser su amor segundo, bien que la mamá no estaba por los primeros amores, porque, segun su esperiencia, se contraian sin cálculo i a riesgo de no tener en un matrimonio mas que pan i cebollas que comer.

Cuando ménos lo pensaba Julia, se halló entrelazada por los brazos de su primo, que entre sorprendido i enojado la reconvenia porque no le habia avisado que iba a salir. Julia callaba, porque no sabia qué responder; pero dando a su desagradable sorpresa todo el aire de una emocion amorosa, le hizo creer que iba a confesarse al dia siguiente, i que por el calor, habia salido a examinarse debajo de la higuera.

A esto se siguió un ardiente escopeteo de súplicas mutuas, la una porque la dejaran sola, i el otro porque le dieran una muestra mas de amor, aunque fuese a riesgo de aumentar el catálogo del exámen de conciencia. No habia remedio: Julia necesitaba terminar pronto aquella escena, ántes que llegase Mr. Livingston; i acababa de abrir sus brazos al primo, cuando cayeron sobre la pareja, como llovidos, la mamá, el cura i los testigos.

Allí fué Troya: ciega la mamá de entusiasmo al ver el acierto de sus planes, hizo su papel como lo tenia estudiado, sin conocer a su sobrino; i dando el último golpe maestro, declaró que aquello no se arreglaba sino con un casamiento incontinenti, porque el honor de su hija no podia quedar en peligro i descubierto ni un momento mas. No se queria otra cosa el primerizo de Julia; así es que sin vacilar respondió tres veces "sí quiero" a las tres preguntas sacramentales que el cura le habia dirijido ántes que escampase

el torbellino de reconvenciones de la tia. Julia estaba aturdida, pero como el cura contaba de antemano con su consentiminto, no atendió a sus respuestas balbucientes, i dió su bendicion, desahogando la relijiosa espansion de su corazon con un suspiro.

El cura quedaba satisfecho de poner con dos dedos una barrera insuperable al pecado mortal. Julia se desmayaba en los brazos de su novio. I la mamá, que acaba de reconocer a su sobrino en un cabeceo que tenia por maña i costumbre en todas circunstancias, corrió despavorida pidiendo luces a gritos.....

El cura, despues de muerto, no refirió mas de esta historia a Mr. Livingston; pero éste creia mui probable que, cuando las aguas del mar se entreabrieron para dar un lecho en las arenas a su cuerpo arrojado al aire por el Chibato de la cueva, Julia entreabria tambien sus sábanas para dar un lecho abrigado i muelle al marido que acababa de cazar a la media noche.

Todo puede suceder, porque nadie sabe para quien trabaja; pero como hai en este mundo una justicia que tarde o temprano nos mide con la misma vara que nosotros medimos, es de presumir que no se casara impunemente aquel primo, que tenia una maña tan sintomática, i que sin saber lo que pensaba el emperador Severo, casaba con una Julia medio desmayada, a la media noche i debajo de una higuera que ella habia elejido de árbol de la ciencia para otro Adan.

VIII.

El De profundis.

Pero, a propósito, ¿qué es de Mr. Livingston, a quien hemos dejado despatarrado en la playa despues de su descomunal pelea con la fiera de los cuernos?

¡Lo que son las mujeres, Dios mio! Qué admirable poder tienen para hacernos olvidar lo que mas nos interesa! Si el estudiante deja sus libros i muchas veces cuelga sus estudios por seguir un palmito de rosa; si el marido deja sus lares en completo abandono, arrastrado por unos ojos que le hacen comprender la sabiduría de la poligamia; i si hasta los viejos dejan a un lado la salvacion de su alma por perderla en una mujer que los aguanta, ¿qué mucho es que un narrador deje a su heroe estirado en el agua, miéntras da cuenta a sus oyentes de una Julia que se habia atravesado en su cuento?

Previa esta escusa, vamos ahora a ver como se encuentra tirado largo a largo don Guillermo, ya no en la playa, sino en el suelo de un De profundis, que no sabemos si es cuarto o cueva, o si es un sepulcro o un cajon de coche u otra cosa parecida. Es aquello una cavidad rectangular donde el cielo, las paredes i el suelo son de pura piedra azuleja, sin grieta, ni abertura, ni puerta, ni ventana. Por dónde ha entrado allí el cuerpo de nuestro amigo, no lo sabemos.

Por dónde entra ahora una vislumbre rojiza que alumbra la estancia, tampoco. ¿Qué sitio es aquel, a qué casa, palacio o cárcel pertenece? ménos. Pero ya que nada sabemos, observemos; pues la observacion es el principio del saber.

Mr. Livíngston parecia vivo: su cara estaba hácia arriba i sus facciones enérjicas i regulares tenian un tinte sañudo que revelaba ira. Su cuerpo hermoso i esbelto tenia el aplomo de una persona que duerme.

De repente levanta una pierna i la posa sobre la otra; estira un brazo, luego el otro, como desperezándose, i los cruza sobre el pecho a diferencia de Durandarte que, alargando uno de los suyos, decia: "paciencia, i barajar." Un hondo suspiro anuncia que ya vuelve en sí. Abre los ojos, discurre la vista por la estancia: se toca, se siente empapado i lleno de arena; busca su reloj, no lo halla; mete sus dedos al bolsillo del chaleco, no encuentra su dinero; requiere su meñique en busca de un anillo de oro que llevaba destinado a la cita, i ve que habia desaparecido. Todo le anunciaba que habia caido en poder de bandoleros i que lo del chibato, cuyo recuerdo se le avivó al instante, no era mas que una farsa de Caco.

La prudencia le aconsejó entónces un reconocimiento del sitio. Se levantó, lo vió i tocó todo, i se persuadió de que estaba en una hermeticidad de viva piedra, que no tenia salida alguna i aun le pareció ver escrito de color oscuro el terrible

Lasciate ogni speranza, voi che entrate.

Abrumado, confuso, sin poder darse cuenta de su situacion, se quedó en pié, estático, la vista fija, la

boca entreabierta i los brazos cruzados sobre el pecho. Pero Mr. Livingston estaba constipado, i fué repentinamente asaltado de un furioso estornudo que le hizo dar señas de vida. Instantaneamente se cuajó toda la roca de cabezas humanas que estornudaban a reventar. El ingles se espantó; aparta sus ojos de las murallas, mira al cielo i lo ve apiñado de cabezas estornudantes; baja la vista i ve el suelo cobijado de caras que todavia estornudan.

Don Guillermo cerró los ojos, recapacitó un poco, i juzgo que era juguete de una ilusion. Mas sereno, volvió a mirar, i advirtió que todas las caras le hacian guiñadas, visajes i muecas, i que le sacaban unas lenguas largas, húmedas i amoratadas. ¡Qué horror! Volvió a cerrar los ojos, i un momento mas de reflexion, le dió nuevo valor. Entónces meditó, apeló a todos sus recuerdos científicos i trató de indagar cuáles eran los medios naturales que podrian producir aquel fenómeno. El no queria consentir en que aquello fuese una cosa sobrenatural, ni abandonaba la presuncion de hallarse en una guarida de bandidos, que trataban de aterrorizarle despues de haberle robado. La calidad de la luz que le alumbraba i la singular arquitectura de aquel De profundis o caverna le sujirieron la idea de que cuanto veia era un efecto de óptica producido por algun hábil prestijiador que habria entre los ladrones.

La dificultad estaba esplicada. El ingles abrió entónces los ojos mui tranquilo, i casi risueño volvió a mirar las caras que siempre le sacaban la lengua i le visajeaban. Dió unos cuantos pasos, i le pareció que pisaba en carne viva. Se acercó a la muralla de en-

frente, i dirijiéndose a la cara mas atroz que le pareció, trató de apretarle las narices, pero la cara le tiró un tarascon, haciendo una horrible contraccion de enojo; los dientes se chocaron como las muezas de una tenaza, i Mr. Livingston vió que habia escapado sus dedos merced a su lijereza. Esta realidad que destruia su esplicacion científica, le contrarió i le enfureció de tal modo, que dando a fondo un trompis a toda fuerza contra la cara que le hacia frente, se hizo pedazos el puño en la roca, como si no existiera aquel tapiz de cabezas humanas que veian sus ojos.

Mas su furia, no tanto por el dolor, se convirtió en nuevo espanto, cuanto porque observó que al dar su trompis, todas las cabezas habian achatado i estirado sus narices hácia la boca i habian echado barbas largas i cuernos retorcidos, convirtiéndose en cabrones de todos colores i aspectos. Aquellos cuernos se tocaban, eran una realidad visible como la que presenta a la simple vista cualquier animal cornudo. No habia remedio. Falto ya de ciencia i de coraje, nuestro heroe se declaró vencido, con el dolor de no poder repetir el dicho de Francisco I en Pavia, dicho que tantos otros repiten aunque no venga al caso, i que habria sido una blasfemia en esta ocasion, porque no era mui digno de un ingles el dejarse vencer por chibos, ni mui honroso para un amante rendido el caer agobiado bajo un diluvio de cuernos.

Don Guillermo se sentó en el suelo, entrelazó sus manos delante de sus rodillas, inclinó la cabeza como para ocultar su impotencia, i esperó resignado lo que sucediera.

IX.

Comienza a aclarar.

El corazon humano es mui leal, no hai duda; pero no sabemos por qué el de Mr. Livingston palpitó al recuerdo de Julia, cuando su dueño habia quedado poco ménos que en cuclillas, al aspecto de tantos cuernos. A esa hora talvez la bella almendralina, imposibilitada ya para tomar el velo de monja, i durmiendo en el brazo izquierdo de su primo i marido, soñaba con el inglés, pagando el primer tributo a la infidelidad conyugal. ¡Pero quién es dueño de un ensueño! Ni quién es árbitro de los augurios del porvenir! El cuadro que se representaba a los ojos del amante abandonado podia coincidir con el que pasaba por la imajinacion dormida de la infiel querida; pero si era una amenaza para el marido, bien podia ser tambien un emblema de lo que sucedia al amante. Talvez aquello no era otra cosa que una espresion de la doble infidelidad de Julia, que traicionando a un querido, soñaba con traicionar tambien al otro. En todo caso, ello no seria mas que una corroboracion de la teoría del emperador romano sobre las Julias.

Mr. Livingston estaba realmente abatido. Amaba de buena fé, aunque no habria querido casarse de buenas a primeras. Al fin era comerciante i sabia

que no se debia comprar sin muestras, sino cuando la especie es mui barata i no cuesta tanto como la libertad de un soltero. En eso meditaba, i no sabiendo si habia hecho bien o mal, desahogó su incertidumbre, sacudiendo la cabeza i dando un suspiro. No tan pronto abrió los ojos, cuando vió que se adelantaba hácia él un hombre de fraque negro como él, que marchando hendia la roca de la muralla como si fuera una nube o una sútil neblina.

Era el recien venido un hombre de regular estatura, flaco i nervudo, de pelo de color incierto por las canas que se le entreveraban, i de patilla angosta i mas canosa que la cabeza. Sus ojos grandes daban a su cara un aspecto agradable i risueño. Estregándose las manos como con gusto, le dijo con familiaridad:

—¿Cómo va, don Guillermo?

—¿Quién es usted? contestó éste sorprendido de hallar allí quien le conociera.

—Soi un escribano, añadió el otro sonriéndose.

—¿Qué tiene que hacer conmigo i en este sitio un escribano?

—Es que va a venir el juez del crímen a interrogar a usted.

—¡El juez del crímen! A mí, que no soi delincuente! Que soi por el contrario víctima de un atentado atroz!

—No se asuste usted... Estos tienen la costumbre de entregar al juez del crímen a todos los que caen en sus manos. Pero ya se reformará eso: están pensando en someter a consejo de guerra a todos los que son de otro color. Ya eso será mas llano i ménos molesto para nosotros, porque un fiscal militar no

tiene mas que atender a su formulario, para sacar culpable al interrogado, i sea o no inocente, pone su conclusion fiscal pidiendo que se le pase por las armas.

—¿Pero, por Dios, de qué se trata? esclamó Mr. Livingston desesperado al oir hablar de procesos i acusaciones.

—Tranquilícese usted, le dijo amablemente el escribano; sométase a todo lo que le manden, hágase el leso no mas, i verá como lo pasa bien. Cuando me atraparon a mí, quisieron hacerme imbunche para que hiciera mi noviciado, pero yo me allané a todo, i luego me dieron el mismo puesto de escribano que tenia allá en el mundo.

Estupefacto Mr. Livingston, preguntó con voz ronca de terror.—¡I qué! Acaso no estamos en el mundo?

—No, en el de allá arriba, no. En el de aquí abajo, sí; respondio el escribano.

—Luego estoi en una cueva de ladrones, esclamó el ingles; ya lo creia yo al encontrarme sin mi dinero ni mis alhajas.

—No, no son ladrones. Le han quitado a usted eso, porque los jenios están mui necesitados. ¿No ve usted que tienen que hacer tantos gastos? Antes están pensando ahora en aumentar los derechos de importacion, en ponerlos a la exportacion de la plata i demas productos del pais, i aun en restablecer la bula de la Santa Cruzada para aumentar las entradas, porque de otro modo es imposible conservar el órden.

Al oir esta respuesta del escribano, don Guillermo

quedó mas confuso que cuando se desengañó de que las cabezas i caras que le burlaban no eran efecto de la óptica. Se calló aterrado, i el escribano le miró con compasion.

Despues de una larga pieza de silencio, miró al curial como implorando una esplicacion, i preguntándole adonde estaban.....

El escribano le comprendió i le dijo:

—Estamos no se adónde, don Guillermo, pero dicen que este pueblo es el de los jenios de la colonia, que se han refujiado aquí desde la revolucion de la independencia, i que desde aquí trabajan por inspirar a los de arriba, por conquistar prosélitos i por hacer la contrarevolucion para reconquistar su poder. Yo no sé lo que haya en esto de cierto; yo veo todo lo que se hace aquí, i sé que es una pura picardía; pero.....

—¡I cómo no huye usted! le interrumpió el ingles sublevado en lo mas noble de su corazon, al oir aquel lenguaje.

—Es imposible. Esto no tiene salida.

—Por qué no resiste usted, por qué se somete a servir a la iniquidad!...

—Qué quiere usted, don Guillermo, si le pagan bien a uno, i uno es pobre. No hai mas que aguantar.

Nuestro amigo vió que esa era la filosofía de todos en el mundo de donde venia, i comprendió que en aquel mundo subterráneo se encontraba con conocidos. El escribano era hablador, como muchos de su oficio; se revelaba sin embozo, i censuraba sin cautela a sus soberanos, como muchos empleados públicos vituperan al gobierno de que dependen, sin perjuicio de votar por él en las elecciones i de obe-

decerlo ciegamente en los mismos actos que le vituperan. Su filosofía es la del escribano: que quiera usted, somos pobres i nos pagan! ¡Como si la pobreza autorizara la maldad!

Pero con todo, Mr. Livingston no podia todavía atar los hilos que recojia. Lo que le descubria la afable locuacidad del interlocutor, quedaba oscurecido por la redundancia. Era necesario hacerlo que tuviese mas precision en sus respuestas.

—Por fin, insistió el ingles, ¿en qué pais estamos?

—En el pais de *Espelunco*, replicó el escribano con alguna solemnidad, voz que se deriva de la latina *Spelunca*, que significa *Cueva*. Aquí se usa mucho el latin, pues para ser buen Espelunco, es nceesario siquiera poder leer los salmos del santo rei profeta i asistir a maitines.

—¡Cómo! ¿Se usan tambien esas cosas por acá?

—Sí, señor, todo lo que vá en derrota por allá arriba tiene aquí su refujio, principalmente la relijion.

—¡Hum! I dígame usted, qué papel hace aquí ese chibato que me ha atacado a mí esta noche, i qué son esa multitud de cabrones que habia en estas murallas cuando usted entró?

—Ese chibato es el diablo, i los que se asomaban por aquí son sus ayudantes, que jeneralmente sirven de público en este tribunal para preparar el ánimo de los neófitos.

—¿Cómo se compadece esa asistencia de los demonios con las cosas relijiosas de que usted me habla?

—¡Oh! Eso es mui fácil de comprender. Como aquí se sirve a Dios, trabajando para que triunfe el espíritu antiguo tan atacado por la revolucion, es sin

duda lícito poner en juego al diablo i todas las cosas, porque todo depende en este mundo i el otro de Dios. Fuera de que el diablo no hace aquí nada que no sea bueno: su oficio es reclutar jente, como le ha reclutado a usted, i luego abatirles la soberbia para que se rindan por el terror. Hai muchos dóciles como yo, que al instante nos allanamos a servir la causa. Hai otros mas renitentes, porque no han nacido con vocacion para ser Espeluncos: a esos se les somete al procedimiento de imbuncharlos, lo mismo que a los chicos que se pescan, a los cuales se les hace imbunches para contar despues con mas seguridad con sus servicios.

—Tenga usted la bondad de esplicarme ese procedimiento i su objeto.

—*Imbunchar* se llama coserle al paciente con hilo fuerte i buena aguja todos los agujeros, salidas i entradas de su cuerpo, teniéndole así cierto tiempo de noviciado, privado de los cuatro sentidos mas peligrosos, que son ver, oir, oler i gustar, hasta que, olvidado del uso de esos sentidos, se le puede imprimir el carácter e inclinaciones de un buen Espelunco. El tacto esterno se le deja libre, porque hai una tradicion entre los Jenios de la colonia, segun la cual no podrá desencantar a la libertad del encanto en que ellos la tienen, sino el hombre que sea capaz de vencer sin fuego ni hierro i sin el empleo de sus fuerzas corporales a cuatro monstruos que la guardan. Por aquí verá usted que no hai peligro en dejar a los neófitos el uso de sus manos, brazos i piernas.....

La palabra del escribano fué interrumpida por la repentina aparicion en la estancia de todas las cabezas cornudas que se habian ántes ocultado.

X.

El interrogatorio.

Aquellas palabras i la variacion de escena hicieron creer a don Guillermo que soñaba. Cuando el entendimiento por sí solo no puede darse razon de un fenómeno, se rinde al prestijio del misterio i cree en lo sobrenatural; pero hai hombres, como nuestro ingles, que por educacion i por carácter rechazan toda intervencion sobrenatural en las cosas de esta vida, i cuando no comprenden un hecho porque sus luces no les alcanzan o porque su corazon no ayuda al juicio, lo llaman ensueño o lo creen una ilusion del arte. Era esa la situacion de don Guillermo en los momentos en que el juez del crímen se acercaba a él hendiendo la roca, como la habia hendido el escribano, cual si fuera una neblina.

Era de aspecto serio el nuevo personaje, de cara pelada i llena, de ojos capotudos i despreciativos, i de boca que anunciaba soberbia en sus pliegues. Tenia este hombre un aire glacial i por su sequedad i sus maneras parecia como hecho a propósito para el oficio.

—¿Promete usted decir verdad en todo lo que se le pregunte? fué lo primero que dijo, clavando una mirada amenazadora en don Guillermo; i habiendo

éste respondido afirmativamente, agregó: está bien pero tenga entendido que si no declara la verdad, le hago azotar por mano del verdugo.

A semejante amenaza, se enrojeció el rostro del ingles i sus ojos brotaron fuego; pero reprimiendo su furor, se limitó a observar que él era súbdito de S. M. la reina de la Gran Bretaña.

Esta palabra pronunciada con noble orgullo hizo a los demonios que presenciaban el acto mirarse i sonreirse complacidos, como si entre ellos i los hijos de la poderosa Albion hubiera alguna simpatía.

El juez, haciendo un mohin de desprecio, agregó:

—No hai Gran Bretaña que valga, le azoto a usted si no declara o si me anda con insolencias. Diga usted, ¿quiere seguir aquí su jiro de comercio, con tal de que sirva relijiosamente a la causa del órden, como sus paisanos, i combata enérjicamente todas las innovaciones que se hacen en nombre de la libertad i todas las pretensiones que se dirijen contra el espíritu antiguo de nuestra madre patria?

—No, respondió secamente don Guillermo.

—¿Cree usted en la libertad?

—Sí.

—¿Cree usted en la república?

—Sí.

—¿Seria usted capaz de servir a estas ilusiones perniciosas i de sacrificar a ellas sus intereses de comerciante?

—Sí, i mil veces sí?

—Que se le peguen cincuenta azotes, dijo el juez, dirijiéndose bruscamente al escribano.

—¿Por qué? preguntó Mr. Livingston.

—Porque miente, dijo el juez: un ingles como usted no puede pensar así.

—Un ingles imbécil, concedo, agregó don Guillermo: el que solo piensa hacer dinero, puede sacrificar a su negocio la libertad i el bienestar de sus semejantes; pero el ingles que ama el nombre de su patria, hará en cualquiera parte del mundo lo que sus antepasados hicieron para conquistar la libertad de que goza la jeneracion presente, i sacrificará sus intereses por alcanzar que la humanidad entera conquiste lo que la Gran Bretaña desea, o por lo ménos lo que ésta tiene ya conquistado.

Tan enérjica respuesta hizo al juez refocilarse en su silla, al escribano rascarse la frente, i a los cabrones de la muralla repiquetear con sus cuernos por efecto de un movimiento horizontal de duda o compasion que hicieron con la cabeza.

I mirando de hito en hito a don Guillermo, el juez le preguntó:

—¿Entónces dice usted la verdad?

—Nunca digo sino la verdad pura, fué la respuesta.

—¡Luego es usted leso! le dijo el juez como sorprendido.

—Segun i conforme: yo llamo zonzos a los que ocultan la verdad o mienten, no a los que dicen la verdad, porque en la verdad no hai peligro, ni el decirla trae los males de que va aparejada la mentira, dijo el ingles con aplomo.

—Usted es un iluso, replicó el juez sonriéndose malignamente; no tiene mundo, no es hombre práctico ni positivo. ¿No sabe usted que está en un pais donde nadie puede vivir sino en el órden, i que viene

de un pueblo como el que está arriba, donde basta hacerse el abogado o el secuaz de lo atrasado i del espíritu de órden antiguo para abrirse paso a la fortuna, al poder i a todo lo que hai de grande en la realidad de las cosas prácticas?

—Puede ser así, dijo un poco despechado don Guillermo, pero yo no especulo con la mentira, ni quiero elevarme en alas de una ambicion innoble, atropellando los fueros de la verdad i de la justicia.

—Decididamente usted es un leso, esclamó el juez, a no ser que sea uno de esos locos de atar que traen el caletre trastornado por las ideas revolucionarias, i que pretenden reformar el mundo, haciéndole olvidar la relijion i renegar de la obediencia pasiva a sus tutores naturales, sin cuyos bienes no hai órden ni sociedad posibles. Contra esos locos obra nuestro poder, i miéntras tengan este sagrado asilo los jenios del pasado, habrá esperanzas de que no cundan las ideas nuevas i de que se rehabiliten con todo su esplendor en América el espíritu i las costumbres de los afortunados tiempos de la colonia. Milagrosamente tenemos ardientes servidores en el pais, cuyas entrañas habitamos, i no hai peligro de que los locos de la libertad logren desencantarla del poder de la *Mentira*, de la *Ignorancia*, del *Fanatismo* i de la *Ambicion*, que son los cuatro poderosos monstruos que la guardan, devorando a cuantos tienen la locura de encarárseles i de combatir con ellos.

—Yo deseo hacerlo, replicó con entereza i vivacidad don Guillermo, i sin hierro ni fuego venceré a esos monstruos, i les arrebataré su presa.

El togado i el golilla se rieron con desprecio, los

demonios estiraron sus cabezas para mirar al ingles como a una cosa curiosa, i éste quedó impasible i sereno, como el que revela naturalmente i sin esfuerzo lo que pasa en su conciencia.

El juez entónces, tomando un aire serio i ceñudo i ahuecando la voz, dijo:—Yo conozco la especie de locura que usted padece, pero como cuantos han venido con ella a estas rejiones, han curado milagrosamente con una simple costura, le condeno a usted a sufrirla, con la calidad de que cuando se canse de ser *imbunche* i se sienta domado i dispuesto a servir a nuestra causa, avise para que se le descosa. Pero si hai en usted una tenacidad sobre natural que le mantenga firme en su locura, a pesar del *imbunchaje* de un año, irá usted a probar si puede desencantar a su diosa.

Un balido jeneral de las cabezas circunstantes sirvió de aplauso a esta sentencia definitiva. El juez i el escribano se eclipsaron en la roca, i una mano poderosa que apareció de lo alto pegada a un brazo colosal, agarró del cogote a don Guillermo i desapareció con su presa.

XI.

Los imbunches.

¡Feliz mil veces el que nace con alma de cántaro! Para ese, el coser i hacer albardas todo es dar puntadas; i no ha menester de que a él le peguen ninguna para ajustarle a un molde. El que tiene el alma vacía se amolda a todas las ideas, o mejor dicho, recibe en su vacuidad cuanto le derraman. ¿Qué mas le da que el mundo marche al oriente que al poniente, que triunfe Dios o Lucifer, que el hombre viva en libertad o muera en la esclavitud? Para él todo es uno, porque en este número se encierra toda su filosofía.

En la Cueva del Chibato no se hacia imbunches a esa clase de hombres, porque los jenios del pasado encuentran en ellos su mejor cosecha. La gran mayoría de los seres humanos nace para la esclavitud, o por lo ménos para servir de pasto o de sosten a los tiranos. ¡Qué amarga es esta verdad! Qué terrible! Qué ofensiva al orgullo del hombre! ¿Pero se puede acaso dudar de ella en presencia de los millones que viven sometidos a la voluntad de un déspota, i de los millares de servidores, santificadores i cantores que halla el despotismo donde quiera que el infierno lo vomite?

Deciamos pues que contra esa gran mayoría no

ejercian su poder los jenios de Espelunco, sino contra los rebeldes que naciendo un poco mas alumbrados, se enamoran de la libertad i sirven a su triunfo. Pero como entre éstos hai variantes, como en todas las plantas de una misma familia, sucede que muchos de los que no nacen para esclavos, son palomos a nativitate, porque tienen la condicion de seguir al primero que les hace *pió, pió, pió* i les arroja algunas migajas. Admirable poder del hambre sobre la naturaleza, poder que modifica hasta los instintos de la organizacion. Para éstos no habia en el pais de Espelunco ni costuras, ni suplicios, sino migajas i buen grano, pues los palomos tienen alas para trasmigrar de rama en rama en busca de su alimento.

Las costuras se reservaban solo para los espíritus fuertes, para aquellos que conciben la verdad, que la aman i la proclaman, que la sirven i se hacen crucificar por ella.

En esto estaban perfectamente de acuerdo los usos de la Cueva con los del mundo que habitamos. Alguien ha dicho con mucho acierto que en todos tiempos se ha sacrificado i quemado a los pocos hombres que han sabido alguna cosa i que han sido bastante locos para dejar desbordar sus almas i para revelar al pueblo sus sentimientos i sus miras; i no hai nada de estraño en ello, puesto que en todos los tiempos los sacrificadores i los quemadores no han podido sostener su autoridad sino a la sombra de la mentira.

El buen corazon revela la verdad a los ignorantes, i la ciencia descubre a los sabios la razon de las cosas; pero como el poder de los reyes i de los presidentes

no tiene corazon, o si lo tiene, lo tiene malo i corrompido; i como anda siempre atras de la ciencia, ha sucedido siempre que los amantes de la verdad i de la razon han sido despreciados i sacrificados como locos o perturbadores del órden de cosas que se apoya en la mentira i en el mal. No parece sino que los gobiernos tuviesen constantemente a su oreja un Mefistófeles que les estuviera gritando a toda hora:—"Despreciad la razon i la ciencia, esas fuerzas supremas del hombre; dejad al espíritu de la mentira que os afiance en sus obras de ilusiones i de encantamentos;"—pues vemos en todas partes i en todos tiempos, que los que mandan se esfuerzan por sostener el error, cerrando los ojos a la luz de la ciencia que les descubre la verdad i que les revela la injusticia de sus leyes i de sus actos. ¡Ai del que tiene espíritu fuerte para proclamar la verdad! La persecucion i el sacrificio son su lote, i si tiene bastante fortuna para escapar con vida, el desencanto i el cansancio completan la obra, agotando su fé, inhabilitándole para siempre: son raros los que salvan de ese naufrajio.

Ese es el mundo; pero en Espelunco se habia perfeccionado el sistema: allí se habia sostituido la aguja a los medios ordinarios de persecucion usados por el despotismo vulgar. La aguja, este antiquísimo instrumentillo, que en los tiempos modernos ha sido tan perfeccionado, servia a los jénios del pasado para secuestrar completamente, para anular a los hombres animosos que no nacieron para la esclavitud, ni para ceder al hambre como los palomos. ¡Cuánto ganarian los gobiernos si adoptaran ese plan! Anulando a los amigos de la verdad i de la justicia, anularian tam-

bien la libertad; secuestrándolos, no en una cárcel, sino en la sociedad misma, inhabilitándolos por medio del desprecio i del olvido, convirtiéndolos en verdaderos párias, los desarmarian i se ahorrarian de sacrificarlos pomposamente en un destierro, en un calabozo o en un patíbulo. Allá en la Cueva se hacia esto fácilmente imbuńchando a los rebeldes: acá, al aire libre, se puede tambien imbuncharlos, sin coserlos, pues basta agotarles el espíritu por medio de una perpétua hostilidad.

No sino, cosed a un infeliz mortal todas sus avenidas, todas sus entradas i salidas. Mantenedle así algun tiempo contrariado en todos sus instintos naturales, en todos los usos i costumbres que su organizacion le imprime, i vereis cómo su espíritu se agota, su fé se disipa, sus fuerzas se aniquilan. Esa era la suerte a que estaba sentenciado nuestro valiente don Guillermo, i los demonios, ayudantes de la justicia ordinaria de aquel pais embrujado, le habian arrancado del De Profundis en que fué interrogado para conducirle al barrio de los imbunches.

XII.

Tambien hai brujas hechiceras.

¡Qué órden tan admirable reinaba en el pais de Espelunco! Allí estaba el modelo del buen gobierno, no a lo Felipe II, que era lo que en otro tiempo se llamaba buen gobierno, sino del buen gobierno a la moda, que consiste en esclavizar al pueblo i en apretarlo hasta hacerle saltar la sangre i las lágrimas a nombre de la libertad en el órden i de los progresos i felicidad universal. Bien decia Mefistófeles: "La civilizacion que pule al mundo se ha estendido hasta el diablo: no se trata hoi de cuernos, de cola, ni de garras..... A ejemplo de los jóvenes, he adoptado, desde muchos años há, la moda de las pantorrillas postizas."

Tal ha hecho el despotismo civilizado. Es preciso ser mui torpe para despotizar hoi como el rei Bomba, para presentarse al pueblo con cuernos, garras i cola, o con otras deformidades o adefecios a la laya, cuando se puede dominar tan bien a la sombra de una palabrota, como:—"El imperio es la paz;" "Viva la federacion, mueran los salvajes unitarios;" "El principio de autoridad;" "La libertad en el órden i el órden en la libertad;" o de no, gritando como los moros que invadian la España:—"Viva la relijion, vamos robando."

Los Jenios comprendian bien i hacian mejor su tarea. El barrio de los imbunches era un gran seminario donde se preparaban buenos ciudadanos, pacíficos, modestos i mansos, como bueyes. A los tontos no hai necesidad de prepararlos, a los egoistas tampoco, a los ignorantes ménos, a los palomos basta arrojarles migajas; pero a los que nacen con el espíritu chispeante, es necesario apagárselo, i para ello era un escelente medio el imbuncharlos. Allí estaban los imbunches, inermes e inertes, andando a tientas i a topetones, bajo la direccion de las brujas que los cosian i que los dirijian en sus pasos dentro de aquel limbo de preparacion. Mejores directores no podian haber hallado los Jenios, si es que condicion de las brujas sea el ser engañadoras, embusteras, rabiosas, envidiosas, cobardes i aleves.

Cuando Mr. Livingston cayó allí arrojado por los demonios, torbellinos de brujas se revolvian a flor de tierra tirando hebras de hilo de una madeja sin cuento que se disputaban, se quitaban, arrojaban i enredaban; otras enhebraban convulsivamente sus agujas, i algunas las esgrimian en ademan de dar puntadas, haciendo visajes horrendos. Todas chillaban como micos, ahullaban como perros, mayaban como gatos, i gritaban i silbaban i pifiaban.

Un enjambre de brujas se echó sobre don Guillermo, cuando le vieron caer como llovido i en la misma situacion en que debió hallarse el padre Adan, cuando se halló de repente en el paraiso, estupefacto, abismado i sin alientos para tener malicia, ni pudor, ni virtud, ni esperanza, ni fé, ni caridad. Ese interregno del alma, esa evaporacion del espíritu producida por

el espanto, realzó la belleza natural del ingles, bañándole de un candor apacible, de una inocencia inefable, como la que forma auréola al niño hermoso que descansa desnudo en el regazo de su madre.

Las brujas se lo arrebataron i disputaron con una algazara propia de moros encarnizados en un combate: cual le tomaba en sus brazos, ésta le hacia saltar por el aire, aquella le peloteaba, la de mas allá volaba con él bien aferrado, hasta que una turba la alcanzaba i se lo quitaba para volar con él en direccion opuesta. Todas preparaban sus agujas, algunas le tiraban sus puntadas i todas se enredaban i estorbaban por coserle las primeras.

Pero una bruja hermosa, que tambien las hai; bruja que no merecia el nombre de tal, sino el de hechicera, porque cautivaba con sus ojos que habian robado algo a la esmeralda, porque prestijiaba con sus movimientos graciosos, i con una cabellera castaño claro capaz de enredar el alma como una mosca en la telaraña, se apodera de repente del neófito. La caterva la sigue con furor, pero ella con sus hechizos, con sus untos o sus polvos, no se sabe cómo, se convierte, i metamorfosea al ingles en un abrir i cerrar de ojos, en pájaro, i ámbos a dos tienden el vuelo, dejando el torbellino de brujas viejas i de brujas niñas revolcándose de rabia. Muchas repitieron la misma metamórfosis, pero aunque hubieran volado como el halcon, ya no era posible alcanzar a la bella pareja que se remontaba i se perdia de vista.

XIII.

Lucero.

Mr. Livingston hacia de pájaro a las mil maravillas. Volaba i mas volaba al lado de su pareja, sin abrir siquiera el pico para preguntarle a donde le llevaba o para darle las gracias por su salvacion. Talvez dudaba él de poseer el habla o temia desencantar a su salvadora dando un gorjeo como el cuervo, o algun graznido como el pavon de Juno. No se habia ensayado en todas las costumbres de su nuevo estado i aceptaba su papel de pájaro volátil simplemente con toda la buena fé de un ingles honrado, i por eso no se atrevia siquiera a pensar. Fuera de esto, la novedad del encanto i el placer de dar un vuelo le traian arrobado; i en verdad que no era para ménos: verse cortando raudo los aires, dulcemente mecido por un par de alas que se balancean, es una delicia inefable que absorbe el pensamiento i apaga la gratitud i todos los sentimientos que sirven de lazo entre los hombres que andamos. Los pájaros no deben sentir, ni deben tener vigor para pensar cuando van ejecutando una operacion tan estupenda como es el volar. Sin duda esa es la razon por que no se les ve hacer las funciones serias de la animalidad, sino cuando se asimilan al hombre usando de sus dos piernas.

Así lo juzgó despues don Guillermo, cuando recordó que viendo el mundo de Espelunco, allá a lo léjos, mecerse en su atmósfera inflamada, no recibió con esa vista mas impresion que si viera a Júpiter por el tubo de un telescopio; i de aquí concluyó que para pensar, discurrir i sentir como hombre, era necesario tener la forma humana, i que fuera de esta forma el pensamiento i la sensacion cambian de naturaleza.

Otra cosa fué cuando ámbos pájaros, poniendo fin a su vuelo, posaron en tierra sus pies humanos, viéndose convertidos instantaneamente en hombre i mujer situados a la puerta de un inmenso edificio. Ambos se miraron primero con curiosidad, despues con ardor, i sintiendo un simultaneo latido en el corazon, se abrazaron i se estrecharon como dos amantes antiguos que se encuentran despues de una larga ausencia.

Al primer respiro que desahogó su pecho, Mr. Livingston, mirando con avidez a su pareja i asaltado por un recuerdo, le tomó la mano cariñosamente, i le dijo:

—Anjel mio, mi salvadora, quién eres, dime; tú no eres Julia ¿no es cierto?

—No, yo soi Lucero, respondió la hechicera: así me llaman las tias, desde que me trajeron del mundo i me enseñaron su oficio.

—¿Cuánto tiempo há que estas aquí?

—Desde el primer año de mi edad, fui robada de mi casa. No he conocido a mis padres i cuento ya veinte años de vida, veinte años que han sido para mí veinte siglos, i que serán una eternidad mas, si un hombre que me ame no me desencanta.

—¿Qué es necesario para desencantarte? Yo te amo; no, no, te adoro, te has hecho dueño de mi alma. ¿Qué he de hacer para salvarte, Lucero de mi vida?

—¡Ah! se necesita mucho! ¡Un gran sacrificio! El que me ame ha de peregrinar veinte años sin cesar entre dos grandes ciudades de mi patria, para hallar, al fin de tres mil viajes que ha de hacer en los veinte años sin que le falte ni sobre tiempo, el talisman del PATRIOTISMO que se ha perdido en una de esas ciudades. El dia del hallazgo será dia de gloria, de contento, de paz i de fraternidad; i yo podré volver a ejercer en mi patria mis funciones, pues soi el hada del noble sentimiento perdido. El hombre que acometa tan alta empresa ha de tener un corazon formado para el amor, i no para el odio, profundas convicciones, ardiente fé en el porvenir i perseverancia incontrastable.....

—Si no es necesario mas, yo soi ese hombre, esclamó con entusiasmo Mr. Livingston: ponme encamino i fia en mí, Lucero, si no se necesita otra cosa.

—Sí, hai algo mas: el hombre de que hablamos ha de pronunciar de cierto modo en cada una de las dos ciudades tres palabras sacramentales, cuantas veces llegue al término de un viaje.....

—Decídmelas, interrumpió con viveza don Guillermo.

—No, tratemos primero de tu salvacion; despues debo probarte, i cuando tenga en tí plena confianza, sabrás esas palabras.

—¿I cómo vas a salvarme?

—Voi a pedir a los Jenios tu libertad.

—¿Qué no sabes que estoi sentenciado? Los Jenios me forzarán a cumplir mi condena, a no ser que me permitan cumplir la promesa que he hecho de desencantar a la Libertad, venciendo sin hierro ni fuego a los cuatro monstruos que la aprisionan.

Una sonrisa inefable iluminó el bello semblante de Lucero, i luego, con la ternura que inspira a una persona esperimentada la candorosa inesperiencia de un niño, tomó las dos manos de su amante i con dulzura le dijo:

—No, piensa primeramente en hallar el Patriotismo perdido; despues esa virtud celeste, por sí sola, completará la obra de vencer sin hierro ni fuego a aquellos monstruos.

—Entónces es indudable, replicó Mr. Livingston, que los Jenios me someterán a la sentencia que sobre mí pesa.

—Tampoco, no lo temas, le dijo Lucero; los Jenios practican aqui lo que inspiran a sus adeptos de allá arriba: aquí la voluntad que forma las leyes está sobre las leyes, i éstas no se dictan sino para los indiferentes i para aplicarlas sin piedad a los enemigos; pero para los que las hacen i sus amigos son una regla elástica que se alarga i se encoje como conviene, conservando su forma. Un medianero rara vez deja de alcanzar lo que se desea, cuando pone en juego ciertas influencias: su empeño se convierte en interpretacion, cuando hai necesidad de salvar las formas, o simplemente en mandato, cuando la lei no se opone abiertamente. Asi caen las leyes i las sentencias, i así caerá la que te condena, cuando yo haga valer mis

relaciones i el interes que hai en tenerme siempre grata para que no anhele volver al imperio que me corresponde como hada del patriotismo.

—Soi tuyo, Lucero de mi alma; me entrego con amor a tu poder i sabiduría. Sálvame, que yo te pagaré con un imenso amor; i aunque emplée toda mi vida en salvarte, moriré contento, si tú mantienes en mi ancianidad el fuego de mi corazon.

—No, tu alma i tu corazon no envejecerán, si te alienta mi amor; i aun cuando el tiempo blanquée tu cabeza i desgaste el vigor de tu cuerpo, yo le volveré su juventud i su hermosura con el primer abrazo que té dé allá en el mundo.

XIV.

El alcázar de los Jenios.

¡Ai desgraciado del que nace feo! ha esclamado algun poeta dominado del númen de la verdad, mas que del estro de la poesía; i en realidad que no es una ilusion poética la desgracia que trae consigo la fealdad. ¿Qué feo inspiró jamas un amor a primera vista? El feo que logra ser amado, lo consigue siempre a fuerza de mañas, o de bondad de corazon, o de injenio: por eso las mujeres que se ven conquistadas por un feo se escusan amenudo con un—"pero si es tan bueno!"—u ocultan su vergüenza bajo el prestijio de la habilidad o del talento de su feo. ¡Mas qué será, Dios mio, del que ademas de tener la fealdad en su cara, tiene la pobreza en el corazon i menguado el entendimieñto! A ese solo puede salvarle el capricho femenil, i si no sabe esplotarlo o si no es capaz de aprovecharse de las estravagancias de una mujer, no le queda otro mundo que la celda de un convento, ni otro amor que el de Dios.

Al fin esto es algo: peor es entregarse como Calivan al amor del diablo. ¡I sin embargo, hai tantos Calivanes en este mundo, que sin ser hijos de la bruja Sycorax, tienen una intelijencia grosera, un natural ruin i una figura humana con todos los instintos i deformidades de la figura bruta! ¡Para esos,

la maldicion del hombre i de la mujer! El que nace Calivan i no tiene la virtud de la conformidad, i en lugar de hacerse bueno, cultiva la envidia, i se enardece con el odio i el egoismo, es un monstruo que no merece tan siquiera los caprichos de una bella ni las estravagancias de una fea, porque la mujer que se dejase conquistar por él, no podria disculparse con un—"pero si es tan hábil!"

Afortunadamente no se hallaba don Guillermo clasificado en ninguna de estas categorías de la fealdad, como fácilmente se habrá colejido al verle enamorar con sola su presencia a una hechicera tan encantadora por sus gracias como por sus artes. I aquel amor era como todos los que se decifran a primera vista: él i ella se habian leido el corazon el uno al otro, i se habian intimado i casi cristalizado, como si llevaran largos dias de buen trato i de dares i tomares.

Hallábanse los enamorados a las puertas de un inmenso edificio, que era el alcázar de los Jenios, cuando se cambiaron sus últimas promesas. Lucero penetró en el alcázar seguida de su pájaro, el cual no tenia ya ni la forma de tal, ni la del padre Adan en que habia sido cazado: era el mismo hermoso don Guillermo que solia ver en su meson Madama Ferran por las tardes, con la diferencia de que su rostro estaba ahora radiante con las luces del amor i de la esperanza, i no sombreado por las dudas que en otro tiempo le inspiraba Julia.

Lucero se perdió en aquella atmósfera crepuscular que ocupaba los antros del alcázar, dejando a Mr. Livingston en un punto de apoyo desde donde podia

descubrirlo todo. No habia allí salones, ni apartamientos, ni murallas, ni bóvedas, ni suelo: era un espacio inconmensurable, infinito, sin luz, porque no eran sus habitantes los Jenios de la luz, i tenuemente alumbrado por un claror parecido al de la incierta luna bajo la enramada de una encina, como el que alumbraba el infierno cuando el poeta lo visitó. Sombras diáfanas pero opacas circulaban lentamente, unas verticales, otras inclinadas, éstas recostadas muellemente en el ambiente, i muchas como hendiendo el aire para subir o descender: eran los Jenios, i los habia de todas dimensiones i figuras, pero conservando siempre aquella forma que los pintores dan al alma, cuando la representan desprendiéndose del cuerpo que muere. Voces metálicas, sonoras, vibrantes, como las que arranca una pasion ardiente, surjian de todas partes, al parecer en confusion.

Pero esa confusion era aparente: cuando don Guillermo fué recobrando el imperio de su discernimiento i el uso de sus sentidos, libre ya del estupor que le habia causado la novedad i estrañeza del espectáculo, observó que en todo reinaba un órden admirable, i que los Jenios, poseedores del portentoso poder de abrazar aquella inmensidad con una mirada, con su voz, con su atencion, se comprendian sin estorbo, i se ocupaban familiarmente de sus tareas sublimes. La intelijencia humana del ingles no alcanzaba a descifrar otra cosa, sino que desde aquel centro inconmensurable partia la inspiracion para el mundo profano; pero no podia esplicarse cómo, ni podia distinguir a los mensajeros que trasmitian los apotegmas con que resonaban los antros. A juzgar como puede

hacerlo un mortal, se trataba allí de muchos puntos simultaneamente.

En algunos círculos se ocupaban al parecer en dictar la Constitucion política de un pueblo, pues se oia vibrar una o muchas voces que esclamaban:

"Aquella es la mejor de las constituciones políticas, que mas fácilmente puede ser desobedecida i burlada por los que mandan, mediante una sábia interpretacion, o merced a alguna cláusula que destruya las garantías que ella concede."

"Los abusos de la autoridad son santos, o por lo ménos inocentes, cuando se trata de evitar el uso de la libertad i los abusos de los que obedecen."

"La fuerza del poder no debe buscarse en la opinion ni en el concurso de los intereses de todos, sino en las armas i en los tesoros; pues la resistencia a las pasiones ajenas i a los intereses ajenos es la mejor política de los que mandan."

En otras partes se oian proclamaciones que parecian consejos:

"No hai leyes buenas, se decia, si son malos los hombres encargados de aplicarlas: corromped el corazon de los hombres i no tendreis que temer de las reformas."

"Enseñad a esperarlo todo de la voluntad de los que mandan, i así acostumbrareis a los hombres a respetar la autoridad en las personas que la ejercen i no en las leyes."

"Haced a los hombres desleales, disimulados e hipócritas, egoistas, orgullosos e intolerantes, i así tendreis defensores contra toda novedad que hiera el sistema actual de vida."

"Entristeced al pueblo, quitadle todas las ocasiones en que pueda holgarse su espíritu, con el pretesto de atacar los vicios i de evitar la corrupcion, i así lograreis inspirarle aquellas virtudes.

"Protejed i fomentad la relijion, como aliada del poder, porque miéntras mas relijioso es el pueblo, mejor podrán vuestros aliados ayudaros a conservar el órden."

Mas allá se oia que se trataba de prescribir el escudo de armas de una nacion, pues una voz sonora esclamaba de este modo:

"El emblema de un gran pueblo que está bajo nuestros auspicios, no debe componerse del árbol de la libertad ni de los Andes i el sol. Es necesario que los símbolos sean mas adecuados, i si se han de buscar en la naturaleza, debe elejirse una ave de rapiña i un cuadrúpedo montaraz, huraño i tan inútil, que ni siquiera haya sido visto por los hombres: orladas esas criaturas por dos ramas de laurel entrelazadas, formarán un verdadero jeroglífico de ese pueblo....."

Una luz mas viva ajitó el aire i Lucero, radiante i veloz, apareció a los ojos del ingles, que, atónito i abismado, contemplaba i oia con toda su alma lo que pasaba i se decia. Los ojos claros de la hada i su semblante abierto i espresivo, derramaron el consuelo i la esperanza en el corazon de su enamorado.

—Ya estás libre, le dijo, pero necesitas llenar una condicion de ceremonia.

—¿Cuál es? Ordena, Lucero, i serás obedecida.

—Los Jenios te conceden su indulto, pero debes solicitarlo en una representacion respetuosa, en que implores perdon.

Una sombra siniestra cubrió la frente de Mr. Livingston, que bajó los ojos como pesaroso i triste.

—¿Qué te sucede, esclamo Lucero, dudas?

—No dudo, dijo él siempre mustio; pero de qué imploraré perdon? Cuál es mi culpa? ¡Hai mucho de indigno en la víctima que pide perdon a quien oprime sin razon i sin mas lei que la de la fuerza!

Lucero se entristeció, pero reanimándose súbitamente, replicó:

—Una gracia se pide siempre al poderoso.

—En verdad, observó Mr. Livingston, pero yo no creo que deba de pedir gracias, cuando me hallo en el caso de reclamar justicia; i cuando no tengo quien me la haga, ni puedo valerme por mí propio, me resigno a mi suerte, ántes que implorar favor, porque un favor solo ha de pedirse o recibirse, cuando es grato deberlo.

—Comprendo tu dignidad, le dijo Lucero, oprimiéndolo cariñosamente con su brazo; i no solo la comprendo, sino que te amo ya demasiado para que pueda imponerte un sacrificio ni contrariar tus sentimientos. Pero si no te libertas por este medio, tienes que arrostrar grandes peligros para conseguirlo con una fuga: yo te acompañaré, porque nuestra causa es comun, i padeceré contigo. Vamos!

—¡Imposible! Tampoco debo yo imponerte a tí sacrificios, déjame solo.....

—Me los impones sin ofenderme, i yo los acepto con amor i con la esperanza de que traerá tu libertad mi triunfo. Déjame el placer de ser tu guia, tu salvadora, que él es mas grande que las penas que tenga que sufrir por tí. ¡Vamos! ¡Adelante!

XV.

Digresiones.

No sabemos cuanto tiempo habia pasado desde que don Guillermo fué trasportado como cuerpo muerto de la playa del Pacífico a los antros de la Cueva del Chibato, ni cuanto va trascurriendo desde que emprendió su fuga con Lucero desde los umbrales del Alcázar de los Jenios en busca de su libertad. Si, como creian los antiguos, el espacio i el tiempo no son mas que simples relaciones de los seres; o si el tiempo, como creen otros, no es mas que la determinacion de la duracion hecha por el entendimiento i revestida de formas por la imajinacion, de todos modos, no podemos saber cómo consideraban esas cosas los habitantes de Espelunco, pues ni conocemos asertivamente sus relaciones, ni tenemos datos sobre el modo cómo contaban la duracion. Lo mas probable es que no les hubiese alcanzado la correccion Gregoriana, por católicos que fuesen, i que, por consiguiente, sus meses i sus años fuesen mui diferentes de los nuestros. ¿Quién sabe si aquel año de noviciado que hacian sufrir a los imbunches no era un siglo? ¡Ya se ve que eso no habria sido tan malo, pues hai espíritus tan tenaces que no se doman jamas! Testigo aquel porfiado prisionero de Chillon, de quien nos cuenta Byron, i a quien no le bastaron ocho años de argolla

para dejar de ser republicano; i tambien aquel otro viejo empecinado a quien no abatieron diez i seis años de silencio forzado, ni tres de reclusion rezando los salmos penitenciales, para que dejase de hacer alarde de sus herejías, esclamando *e pur si muove*, cuando se levantó del sitio en que le puso arrodillado la santa Inquisicion para que abjurase sus errores. ¡Rara condicion la de algunos hombres que no saben jamas amoldarse a las circunstancias para pasarlo bien, i que prefieren sacrificarse por una quimera de esas que se llaman teorías o utopias! Bien merecido tienen su mal, i ellos solos lo sufran, con la maldicion del diablo i la befa de la jente sensata que sabe vivir. Nosotros los hombres prácticos, los vividores, como se decia al estilo antiguo, no debemos incomodarnos por mejorar el mundo: si somos súbditos, bien nos viene el obedecer i callar, porque donde manda capitan no manda marinero, i porque al fin i al postre no hai nada mejor que el gobierno; i si por fortuna somos mandones o estamos en peligro de serlo, ahí está nuestro modelo, el ladino Sancho, que cuando se las soñaba en el reino de Micomicon, esclamaba: "¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá mas que cargar con ellos i traerlos a España, donde los podré vender i a donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar un título o algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormíos, i no tengais injenio ni habilidad para disponer de las cosas, i para vender treinta o diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios que los he de volar, chico con grande, o como pudiere, i que por negros que sean, los he de volver

blancos o amarillos: llegaos, que me mamo el dedo!" Así han dejado a los pueblos, mamándoselo algunos ex-presidentes i ministros americanos que se han ido a vivir descansados todos los dias de su vida a Europa, i a gozar de los frutos de su injenio, que no lo tuvieron ménos grande que Sancho. ¿Hai mas que imitarlos? ¡Bueno es el mundo i bien se está San Pedro en Roma!

Otra cosa que ignoramos es el cómo la hermosa Lucero inició a su querido en sus hechicerías, enseñándole a metamorfosear su figura instantaneamente, a volar por lo alto como pájaro, a arrastrarse como culebra por lo bajo i a resbalarse como pez entre las manos. Ya se ve que todo eso i mucho mas era preciso a quien tenia que andar asendereado i perseguido en un pais donde la policía estaba servida por brujos capaces de dar caza al mismo Cojuelo, si hubiese ido a incomodar i a alterar el órden. Semejante policía no cabeceaba ni roncaba, cuando estaba de servicio, ni incomodaba con pitos ni gritos a los vecinos que la pagaban, ni mostraba su valor sableando a los inermes i estropeando a los beodos, ni probaba su vijilancia dejando robar a los ladrones, sin prenderlos, i aprisionando o espiando a los enemigos de la autoridad que no hacen daño. No, aquello era otra cosa, i don Guillermo tenia mucha necesidad de las artes de su dulce amiga para escapar del peligro de las agujas, de que ya le habia salvado una vez.

¡Ah! cuánto dieran algunos de por acá para alcanzar a poseer esas artes diabólicas! Pero es el caso que debe haber mucho de cierto en lo que pensaba de nosotros el padre Malebranche, cuando sostenia que el alma

no obraba de manera alguna sobre el cuerpo, i que Dios es el único que obra sobre el alma i sobre el cuerpo: así es que, por mas que uno desée volverse perro para amar i no sentir, o moscon para fastidiar al prójimo, jamas lo consigue, porque Dios no quiere, i porque el cuerpo solo puede acordar sus movimientos al pensamiento mediante la accion divina. No queda mas recurso que un pacto con el diablo. ¿Pero esto quién lo consigue, ni quién puede verle la cara a ese ánjel? Desde que él acabó sus tareas en el mundo, se jubiló i desapareció para siempre: hoi ya ni se acuerda de nosotros. Estuvo tanto tiempo enseñándonos i nos enseñó tanto, que viendo que en maldades i necedades podiamos darle lecciones, se estregó las manos complacido i se retiró a descansar. Solo allá, de tarde en tarde, cuando aparece un Fausto en el mundo, cosa que no se ha visto mas que una vez, i en Alemania, suele darle el padre viejo permiso para venir a acompañarle.

Ahora hai quien evoca los espíritus i tiene comercio con ellos, pero ese es un negocio absolutamente yankee que no se puede hacer en todas partes ni por todos. Santos i notabilísimos varones ha habido que lo han tomado a lo sério, i aun han lanzado contra los que lo hacen anatemas i escomuniones. ¡Pero quién tiene la fé o las creederas que estos santos necesitan tener! Los yankees de los espíritus se han de estar riendo de esas creederas, como se rien de los que les compran los jamones i moscadas de madera que venden tan barato.

Como quiera que sea, si no hai cuerpo que no tenga su espíritu, en ese grande i admirable órden de la

naturaleza, lo cierto es que hai muchos humanos que al parecer no tienen el suyo, a no ser que lo tengan tan escondido como las rocas o los árboles. Pero tanto el arte de evocar esos espíritus ocultos, como las demas artes diabólicas, no se pueden aprender fácilmente en el estado actual de cosas. Desde que la filosofía ha dado al traste con la fé, los brujos han ido a esconderse en los antros de la tierra, i quien no tenga la fortuna de Mr. Livingston, no puede ponerse al habla con ellos ni aprender sus hechizos.

Mas, en obsequio de la verdad i en honor de nuestro héroe, debe reconocerse que lo de brujo no disminuyó en un ápice sus instintos de buen ingles, pues lo primero que hizo en el pais de su peregrinacion, fué instruirse del estado en que se hallaban las garantías del *habeas corpus*, ya que tanto le interesaba conservar el suyo. Pero halló que en materia de prisiones, aquello era una atrocidad, porque sobre estar habitualmente presas, como en un convento, aquellas jentes, sucedia que no habia brujo ni bruja, como quien dice perro ni gato, que no tuviese la facultad de mandar a la cárcel i aun de condenar a muerte a cualquiera estante o habitante, aunque no fuese mas que por verle mala cara. La seguridad individual no era allí conocida, sino por los servidores de los Jenios, que, al fin como de la carda, estaban exentos de los percances que ellos eran encargados de hacer sufrir a los demas. El ingles se asustó de ver que el *habeas corpus* estaba suspenso sin ceremonia, i nunca perdió el susto por mas que procuraba imitar a los paisanos suyos que por allí encontraba enteramente conformes i contentos con esa inseguridad; pero no advertia que

esos eran tambien de la carda, miéntras que él habia desechado las propuestas de afiliacion que en otro tiempo le hizo el juez del crímen de Espelunco.

Pero en cuanto a libertad de pensamiento, era eso otra cosa: los Jenios dejaban la libertad de pensar i la de hablar por lo bajo cuanto se quisiera, con tal que no se pasara de la conversacion privada; i era libre el chismeo i el cuchicheo hasta lo infinito i se podia hasta soplar a la oreja un *venticello* de aquellos cuya fuerza describia don Basilio tan sabiamente. No, en ese punto estaban todos a sus anchas i contentos, i hasta se les dejaba campo abierto para hacerse oradores públicos, si querian, pues no se prohibia el hablar a gritos ni a los histriones, ni a los predicadores, ni a los panejiristas del gobierno de los Jenios, siempre que en todas esas loas fuesen estos loados i no enlodados.

La misma libertad existia para el pensamiento escrito: ¡gracias a Dios, existia la libertad de imprenta! La censura estaba rigorosamente abolida para ántes i despues del parto: la autoridad no censuraba ántes de la publicacion lo que parian los escritores, pero tampoco permitia publicar ningun parto que la censurase a ella. La lei era pareja i por consiguiente justa, pues cuando un gobierno no censura previamente las obras, tiene justicia para no permitir la publicacion de escritos en que lo censuren a él o a sus amigos. ¡Qué cosa mas racional! Pero sobre ser justo este plan, produce ademas una ventaja inapreciable, tal es la de que no pueden aparecer otras publicaciones que las que la autoridad fomenta o tolera; i si alguna de estas saca a veces los piés del plato,

hai razon para que las otras i la autoridad se le vayan encima, las primeras con el peso de la injuria i la calumnia, i la segunda con su pesantez específica i cuantitativa, para castigarla i anonadarla, pues que faltó al pacto i perturbó el órden.

Mas don Guillermo, ingles al cabo, no comprendia esta libertad de imprenta i se imajinaba que mas bien era una libertad de mentir por escrito con patente autorizada, pues observaba que los escritores eran verdaderos prestijiadores que embaucaban a sus lectores, variando el sentido de las cosas, adulterando los hechos, i convirtiendo en liebres todos los gatos. Segun él, habia una perfecta contradiccion entre los hechos que tocaba en la sociedad i los artículos que leia en la prensa; pues miéntras que en aquella todo era malo, atrasado i podrido, para esta no habia gobierno mas justo i liberal, ni mejor administrador, ni pueblo que hiciera mas progresos ni que fuese mas afortunado que el de Espelunco.

Solo un ingles puede tener la estravagancia de no conocer que hai un derecho natural tan sagrado como el de la defensa propia, i es el del propio elojio. Los ingleses no conocen cuánto cinismo i perversidad hai en revelar nuestros vicios, i en descubrir nuestras lacras, pues ellos hallan mui natural i puesto en razon el censurar a sus gobiernos i el criticar sus vicios sociales. ¡Qué falta de patriotismo tan imperdonable! ¡Qué ingratitud! Maldecir de su propia madre, acusando sus vicios, i atacar a su gobierno descubriendo sus pasteles, son verdaderos parricidios que merecen el terrible consorcio del jimio, del gallo i la culebra. Pero los ingleses no solo cometen esos

crímenes diariamente, sino que asilan en su tierra a todos los perseguidos i les dejan ámplia libertad para que maldigan de sus gobiernos i desacrediten a su patria, revelando al mundo lo que como buenos patriotas debian callar, basta que se trate de los suyos, pues entre buenos hermanos todo debe quedar en casa. No hai emigrado en Inglaterra que no haya gozado de esa libertad de desacreditar: los españoles de Fernando VII, los franceses de Napoleon, los napolitanos del rei Bomba i hasta los arjentinos de Rosas. ¡Qué mucho, si los malos se dan la mano i se protejen! Pues esos mismos emigrados cometen cuando pueden en sus paises los mismos crímenes, echando sin vergüenza a la estampa sus vicios sociales, i celebrando a los escritores que lo hacen hasta elevarlos a la categoría de clásicos! ¿No han hecho eso los españoles con su Larra i los franceses con una caterva de escritores parricidas? ¿No han elevado estátuas a Voltaire, a Cervantes i a otros maldicientes de este jaez? ¿I los ingleses no se llenan la boca con los nombres del dean Swift i del cura Sterne, dos sacerdotes protestantes tan deslenguados i sarcásticos contra las costumbres de su tiempo, como el benedictino Rabelais?

Pues esa perversidad era lo que echaba de ménos el ingles entre los virtuosos habitantes de la Cueva, quienes, si como criaturas frájiles, tenian sus defectos, como buenos cristianos se los disimulaban, i como buenos patriotas los callaban para no desacreditar su Cueva ni a sus amos.

Viciado por la educacion el criterio de don Guillermo, i agriado su ánimo por la persecucion de que

era víctima, no podian ser acertados los juicios que se formaba del pais que recorria; i haciendo abstraccion de ellos, para salvar nuestra responsabilidad, asi como de las cuestiones de tiempo i modo que pueden suscitarse sobre la duracion de su peregrinacion en la Cueva i sobre su aprendizaje de las artes diabólicas, sigamos sus pasos hasta el punto donde le encontramos al principio, i basta de digresiones.

XVI.

Primer cuadro.

—*Grandes voces.* ¡No hai que salir! De aquí no nos moverémos! Estamos en paz! aquí no hai riñas ni bulla! Afuera los brujos! Muera la policía!

—*Un jefe.* Sí saldrán! No se permiten reuniones! Afuera, afuera!

Suenan los sablazos. Un gran grupo de hombres sin armas se echa sobre los sableadores, que retroceden.

—*Algunas voces de estranjeros.* ¡Por aquí, por aquí! Viva la autoridad! Favor a la lei! Rodeadlos, tomadlos presos...!

Reforzados los brujos por los estranjeros, dispersan el gran grupo en fracciones que huyen, i aprehenden a varios hombres que amarran i conducen a la prision. Los ausiliadores quedan en el mismo sitio i dos jóvenes, al parecer estranjeros tambien, se acercan i les hablan en lengua estraña.

—*Varias voces.* Tienen razon esos pobres diablos. Estaban quietos i no daban motivo.

—*Uno de los jóvenes.* ¿Entónces, por qué ayudasteis a perseguirlos.

—*Una voz.* Porque es necesario apoyar a la autoridad.

—*El otro jóven.* ¿Aunque no tenga razon?

—*Otra voz.* Ciertamente.

—*Primer jóven.* Habria sido mejor no mezclarse. Nosotros debemos prescindir i mantener neutralidad en todos los asuntos del pais.

—*Otra voz.* Ménos cuando se altera el órden i se pone en peligro nuestra propiedad.

—*Segundo jóven.* Podemos defender nuestra propiedad, no hai duda; pero cuando se halle atacada. La lei i el gobierno nos protejen, i es preciso confiar en esa proteccion, ántes de anticiparnos a su accion. Si con el pretesto de evitar un peligro, nos creemos autorizados para tomar parte en las cuestiones intestinas, podrémos equivocarnos mui a menudo i nos espondrémos a atacar a nuestra vez el derecho de otros.

—*Otra voz.* No importa: lo que nos conviene es la estabilidad del que manda, sea quien fuere, i cualquiera que sea su conducta. Nosotros no debemos mezclarnos en las cuestiones intestinas para averiguar quién tiene razon o a qué lado está la justicia; pero sí debemos en todas circunstancias apoyar a la autoridad, reforzar el poder, aunque sea el de Lucifer, porque eso es lo que conviene a nuestros intereses.

—*Otra voz. ¡All right!* No discutamos al aire: vamos!

Los dos jóvenes se separaron i siguieron hasta entreverarse en los grupos de jente del pueblo que llenan una espaciosa calle, i que marchan cabizbajos en una misma direccion.

—*Un hombre.* ¡Buen dar, amigos, que no podamos divertirnos onde nos dé la regalada gana!

—*Otro.* Ni cuando ni como querimos, sino como quieren los brujos.

—*Un viejo.* Toa la via ha sio lo mesmo: no hai mas que aguantar. Para morir nacimos i para sufrir vivimos.

—*Una vieja.* Como los burros: en eso nos parecimos i en la paciencia. Bienaventurados los que lloran.

—*Un mozo.* Porque llorarán siempre.

—*La vieja.* Bienaventurados los que han hambre i sed de la justicia porque ellos serán hartos.

—*El mozo.* Para allá me las guardes. Somos pocos todavia; cuando seamos hartos se nos quitará la sed.

—*El hombre.* No hai mas que ir al garito: allí sí que es permitido divertirse.

—*El otro.* I caer en el garlito! Qué se ha de hacer!

—*Uño de los jóvenes.* ¿Por qué no les permiten divertirse a donde ustedes quieran.

—*El viejo.* Así está mandao, señor.

—*El jóven* ¿Quién lo manda?

—*La vieja.* ¡Quien puede! Aquí manda no quien quiere, sino quien puede.

—*El otro jóven.* ¿Quién es el gobernador de esta ciudad?

—*Un hombre.* ¡Quién sabe! Yo no lo conozco ni sé quién es.

—*Varias voces.* Ni yo tampoco. Yo ménos.

—*La vieja.* Yo no conozco mas que a algunos de los brujos que cuidan del órden.

—*El mismo jóven.* ¿Pero sabrán ustedes por qué les permiten ir al garito i no a otra taberna?

El mozo. ¡Miren qué gracia! Porque si allí pierde uno la plata que le adelantan, tiene que quedar obligao a servir!

—*El mismo jóven.* ¿En qué?

—*La vieja.* ¡Pregunton es el jutre!

—*El hombre.* En ir afuera a trer niños.

—*El otro.* I hombres que hacer imbunches.

—*El viejo.* Para aumentar los vasallos.

Una vocería interrumpe el diálogo: es orijinada por una riña que se traba entre varios grupos. Todo se conmueve: los niños silban, las mujeres chillan i los hombres gritan, se revuelven, se entreveran, se golpean. Ayes i blasfemias se perciben en medio de la grita. Algunos hombres ensangrentados huyen. El tumulto se aplaca poco a poco; pero la policía no parece. Solo quedan hombres jadeantes i de miradas atroces. Algunos arreglan sus vestidos, otros rien a carcajadas, i no pocos hai sérios i tristes.

Los jóvenes que se habian visto envueltos en el torbellino, reconocen que han sido despojados por manos diestras de los adminículos que guardaban sus faltriqueras. Pero continúan mezclados con los grupos i siguen la marcha, anudando su diálogo, o mas bien empezando otro, porque sus interlocutores han desaparecido.

—*Primer jóven.* ¿Por qué ha sido la riña?

—*Una mujer.* Porque un hombre quiso vengarse de otro.

—*El segundo jóven.* Contadnos eso.

—*Un hombre.* ¡Con cuánto lo manda!

—*Primer jóven.* Lo suplicamos: no tendriamos con qué mandarlo. Nos han dejado los bolsillos pelados.

Una carcajada universal estalló al oir esta gracia.

—*Otro hombre.* ¡Chuparse el deo no mas! Otra risotada acompañada de rechifla casi hizo avergon-

zarse a los preguntones. Una mujer comprendió la situacion de los jóvenes i se interesó por ellos, esclamando:

—Yo les contaré, pero vamos andando. Todos se pusieron en marcha. A los lados de los jóvenes caminaban mujeres i niños que los miraban con curiosidad. A alguna distancia iban hombres silenciosos que los miraban de reojo.

—*La mujer.* No era naa, sino que un hombre habia jurao que otro se la habia de penar; lo encontró agora, i le metió el belduque.

Los amigos salieron a la defensa i se formó el pleito.

—*El segundo jóven.* ¿Qué le habia hecho el otro?

—*La mujer.* Le habia levantao el testimonio de que era desertor, i por eso le habian pegado muchos palos i lo habian tenio preso hasta agora.

—*El primer jóven.* ¿I le habian tomado preso por el falso testimonio?

—*La mujer.* No, señor, aquí agarran jente para que sirva, i así lo habian tomao.

—*Otra mujer.* Pero como cualquiera puede libertarse, dando un tanto en plata, éste iba a dar lo que le tocase, i entónces el otro, que es un testimoniero, lo acusó en falso,

—*El primer jóven.* ¿Por qué fuerzan así a la jente?

—*Un hombre de atras.* Porque somos pobres, i para el pobre no hai mas que zanja i horca.

—*El mismo jóven.* Se reclama.....

—*Una voz.* ¡A quién!

—*Otra voz.* ¡Contra quién!

—*Muchas voces.* ¡Para el pobre no hai justicia!

—*Uno de los jóvenes al otro.* Silencio, mas cautela, porque aunque éstos no conocen a la autoridad, sino que la aborrecen, nunca falta entre ellos algun traidor que la busca para denunciar estas conversaciones, pues saben que esos denuncios se pagan jenerosamente.

Estas palabras no fueron oidas mas que por el otro jóven. El silencio sucedió por algunos momentos. Un silbido trajo otros, una palabra lanzada al aire provocó otras, i sin embargo de que todos marchaban en paz, comenzaron a elevarse algunos terrones i piedrecitas que caian perpendicularmente sobre los jóvenes.

Así continuaron hasta que fueron desapareciendo casi todos por la puerta de una fonda, dentro de la cual habia gran ruido i movimiento.

Los dos jóvenes que habian entrado tambien tranquilamente, sin hacer caso de las provocaciones, se instalaron en una mesa que estaba sola; pero los circunstantes no podian reconocer en ellos a los que les habian hecho compañía por la calle, pues eran enteramente distintos en fisonomía.

—*Uno de los jóvenes al otro.* ¿Observas a algunos de esos hombres que entran a aquel caramanchel i salen de allí contando dinero?

—*El otro jóven.* Si, he visto a varios. ¿Se dá acaso dinero en ese cubichete?

—Nó, se presta, con la condicion de devolverlo ántes de salir de este sitio. El que recibe se pone a probar fortuna en el juego, i si pierde, tiene que pagar el préstamo con su persona.

—¿Cómo así?

—Quedando obligado a servir en todo lo que lo

ocupen los Jenios, principalmente en perseguir i cazar mas hombres en el mundo para aumentar el número de los que aquí sufren.

—¿No acaban de quejársenos esos mismos porque no se les hace justicia? ¿No deploran su situacion, mostrando su odio contra la opresion que sufren? ¿Cómo es entónces que lo olvidan todo por satisfacer un vicio, i venden su misma libertad?.....

—¿No comprendes que todas esas contradicciones i esas miserias son efecto puro de la ignorancia? Esos hombres no conocen el poder de los Jenios, sino por el mal que les hace; i, sin embargo, olvidan ese mal, por dar rienda a su egoismo, i sirven lo mismo que aborrecen.

—¡La ignorancia!

—Sí: observa la verdad de lo que te he dicho ya. Aquellos monstruos que encantan i aprisionan a la libertad, no son sino una alegoría de la verdad. Esos monstruos existen en la sociedad, son la sociedad misma, porque en ella están la ignorancia, la mentira, el fanatismo i la ambicion: circulan en su sangre. Recuerda lo que has visto, observa lo que ves. ¿No viste ya la ambicion entronizada, trabajando por sostener su imperio? No viste ya la mentira infiltrada en la prensa i en la sociedad? Ve ahora la ignorancia encarnada en el pueblo mismo: observa mas i la irás encontrando en todas partes entrelazada fuertemente, de un modo indisoluble, con la mentira i el fanatismo. ¿Comprendes ahora cómo es que esos monstruos no pueden ser combatidos ni vencidos con el hierro i el fuego? Comprendes que para vencerlos por la fuerza seria preciso decapitar a la sociedad entera?

—Sí, Lucero: tú me iluminas, pero abates mi espíritu con tan terribles verdades, que me dan a conocer que la libertad no puede salvarse de sus enemigos, que la libertad es imposible!....

—No, Guillermo: la libertad no es imposible! ¿Por qué desesperas? La libertad es la justicia misma i existe en la naturaleza del hombre. Es cierto que ella aborrece la violencia, porque su triunfo no es la fuerza; pero aunque lentamente, tarde o temprano, se abre paso ayudada por la ilustracion que mata la ignorancia, alumbrada por la verdad que ahuyenta la mentira. Cuando la accion de estos ajentes es dirijida por el patriotismo, ese amor celestial, esa caridad fecunda, que armoniza nuestro interes con el de todos i que enjendra la noble ambicion de enaltecer la patria que nos dió el ser, entónces no se hace esperar el triunfo de la justicia; de la justicia que, inspirando seguridad a todos, derrama en la sociedad la confianza, la tranquilidad i el contento, que dan dignidad al hombre i brillo a las naciones. ¡Ese es el imperio de la libertad!

XVII.

Segundo cuadro.

De noche ya, van entrando en una ciudad, opaca i silenciosa, un viejo i un jóven. El primero tiene narices para dar i prestar, i el segundo, aunque niño todavía, muestra unos ojos celestes, tan poderosos ardientes, como si fuera mujer. Sí, porque los hombres, aunque tengan ojos hermosos, jamas los tienen poderosos como las mujeres.

Entran ámbos a una casa que estaba iluminada i concurrida.

—¿Hai posada para dos viajeros? preguntó el viejo.

—Como no, le respondieron, i para mas tambien: entren ustedes al salon: por aquí, inter se les prepara un cuarto. ¿Con dos camas, no es esto? Porque ustedes no deben ser la pareja de macho i hembra que acaba de venir a buscar la policía.....

Estas palabras fueron dichas por el fondista adentro del gran salon, donde habia muchos parroquianos. Todos levantaron la cabeza hácia la puerta por donde entraban los viajeros, i muchos se miraron entre sí, como de intelijencia mutua.

El niño que acompañaba al viejo, haciéndose mas indiscreto que el fondista, replicaba a éste:

—Pierda usted cuidado: traes de la misma pareja

andamos nosotros, porque somos ajentes secretos, como muchos de estos señores que están aquí.

El fondista se descubrió i saludó a los recien venidos, cosa que no habia hecho ántes, porque no les habia adivinado la autoridad. Ellos, por su parte, tomaron asiento mui familiarmente alrededor de la mesa a donde estaban los demas velando un tazon, o mas bien, abismados en la llama de un tazon de ponche.

—¡Loado sea Dios! dijo uno cuando se estinguió la llama.

—¡Cómo tarda eso en quemarse! dijo otro.

—Esto es siendo espíritu, agregó un tercero. ¡Cuánto tardaria el cuerpo de un hereje cuando se usaba la hoguera!

El viejo, como si hubiera tenido algo de hereje, esclamó conmovido:

—¡Afortunadamente, hoi no se quema a nadie!

—Quienes pierden con eso, replicó el niño, son los mirones. ¿Qué mas le da al que muere que le maten a fuego de leña o de fusil, a hierro de cuchillo o a soga? Todo es morir: la muerte es la que espanta, la que encanece todos los cabellos en una noche, no el instrumento.

Todos callaron, como aterrados por la locuacidad del niño, quien, sin ser invitado, se sirvió ponche i continuó.—El hombre necesita matar a su semejante, porque solo la muerte sacia su orgullo: si hubiera un dolor mas supremo que la muerte, el poder del hombre no se saciaria con ella, i la muerte dejaria de ser pena capital, quedando al nivel de cualquiera otra de esas penas que no satisfacen. En otro tiempo la reli-

jion servia de pretesto para quemar, porque no se hallaban bastantes delincuentes en el órden ordinario. Felipe II, ese corazon seco, que solo estaba apasionado de su autoridad, i que castigaba con la muerte cualquiera contradiccion a su poder, no teniendo rebeldes que ahorcar, fué a buscar en las hogueras de la inquisicion, una satisfaccion a su orgullo: por eso la fomentó i por eso esclamaba que mas queria no tener ningun vasallo, que tenerlos herejes. Desacreditado aquel pretesto, la autoridad ocupó el lugar de la relijion: hoi no se usa de la hoguera para castigar la opinion relijiosa; pero se usan muchos jéneros de muerte para castigar las opiniones políticas. ¡I se dice que han mejorado las costumbres!

—A mí poco me importa que se empeoren, esclamó uno de los circunstantes, escanciándose una buena parte de la ponchera. Todos imitaron su ejemplo, i otro, mirando el fondo de su vaso despues de haberlo apurado, agregó:

—¡Quisiera Dios mostrarme mi porvenir en el asiento de este vaso!

—Eso es lo que interesa, i no la mejora de las costumbres, dijeron varios con algazara.

—Por eso hacen ustedes bien en mirar el concho, agregó el viejo, porque el vaso suele decirlo todo cuando se llena i se vacia repetidas veces.

—En lo que hacen mal, observó el niño, es en pedir a Dios que muestre el porvenir. Dios no se ocupa en eso, ni tiene para qué pensar en el porvenir de bribones como nosotros. ¿Quieren ustedes que yo evoque al Diablo para que nos cuente nuestro horóscopo?

—Sí, sí, repitieron todos; veamos cómo.....

El niño trazó encima de la mesa, con una varita que sacó de su ropa, dos triángulos inversos, i dijo: esta es la cruz de Salomon. Despues hizo tres círculos concéntricos a la cruz, i puso sobre ésta la ponchera. Vació una botella de ron, allegó la luz i revolvió con la varita, recitando entre dientes un conjuro. De repente surjió una hermosa llama de fondo azul i flancos amarillentos, que dió a todos los semblantes un color lívido i cadavérico: las luces de la sala se apagaron solas, i las sombras de los que rodeaban la mesa, se retrataron tremulosas i jigantescas en las murallas.

Todos miraban de hito en hito la llama i con unas caras ávidas i desconcertadas. El viejo solo tenia un aire tranquilo i meditabundo.

En el centro de la llama comenzó a delinearse un objeto. Todos se apiñaron, devorando con los ojos la figura, hasta que apareció bien perceptible en el puro azul de la luz una máscara roja, de cuya ancha boca salian siete lenguas, i cuyos costados estaban guarnecidos de multitud de orejas.

—¡Qué es eso! ¿Quién es ese? preguntaron varios precipitadamente.

—¡Todos! respondió el niño.

—No, no, no; ese no puede ser el porvenir de todos, gritaron muchos. Toda la vida no hemos de estar escuchando, chismeando i mintiendo; esta es una carrera como cualesquiera otra. Nuestro horóscopo no es ese.

—No, es el presente, replicó el hechicero: cada cual verá su horóscopo en su vaso. Apronte cada uno el suyo, voi a servir para que bebamos.

—Empecemos por el principio, esclamó uno, el primero toca al mas anciano. Despues continuarémos a la redonda: vamos, número uno; i señaló al viejo.

Este alargó impasible su vaso. La máscara habia desaparecido, i la llama del tazon borbollaba formando jirones, círculos i tirabuzones, como impulsada por un fuego activo. El niño llenó el vaso que se le presentaba, cayendo el licor como si hubiera sido de rubíes derretidos, i coronando los bordes una ténue llamarada azul, que poco a poco fué condensándose i mostrando una figura.

Era un viejo de estatura elevada, pero inclinado hácia adelante. Parecia absorto con un pensamiento terrible. Sus lacias canas bajaban hasta confundirse con su blanca barba. Tenia un ancho sombrero, cargaba sobre su hombro una manta, i llevaba un largo bordon en la mano derecha

Todos miraban con curiosidad, pero el asombro se pintó en los semblantes, cuando vieron que el viejo se trasformaba en un hermoso jóven que dando la mano a una mujer radiante de belleza, se elevaba con ella hasta confundirse en una estrella vivísima que iluminó por un momento la estancia, dejando a los circunstantes deslumbrados.

—¿Qué es eso? preguntaron varios.

El niño respondió con una sonrisa, i el viejo dijo secamente que él comprendia su horóscopo, i no tenia para qué revelarlo.

—¡Número dos! gritaron todos, i el que se sentaba al costado del viejo alargó su vaso. La misma operacion se repitió, pero la llama dibujó otra figura, que no fué comprendida a primera vista, i que despues

de examinada apareció ser una banda o faja bicolor enredada en un baston.

Hubo un silencio profundo. Todos miraban la figura i cavilaban, hasta que álguien dijo con énfasis: "¡Eso significa poder, autoridad, mando!"—I una carcajada universal estalló como eco de esas palabras.

Varios.—¡Hombre! Tú con poder! Tú mandatario! A los cincuenta años de vicios, de pereza i de miserias! Cómo puede ser cierto este horóscopo! Ja, ja, jaaa!

Número 2.—Vamos por partes, mis amigos: ¿acaso no estoi yo en carrera como ustedes? No puedo llegar adonde ustedes se proponen? ¿Qué mas tienen ustedes que yo? La mayor o menor edad, no importa; aunque han dado en creer que los jóvenes son mejores para el mando porque son mas enérjicos, cuando no son mas que atolondrados. Puesto en el caso yo, probaria que solo en mi edad se encuentra la verdadera enerjía, i demostraria que hai *siúticos* capaces de mucho!

Uno.—¿Eso quién lo duda? Pero tú debes tener *pé* líquida, porque hai *siúticos* i *psiúticos*...

Otro.—No toquemos esas cuestiones de nobleza!

Varios.—¡Qué bestia! Qué tiene que ver con esto la nobleza?

Número 2.—Ahora no hai mas nobleza que la del vicio o el talento. La nobleza de pergamino está en derrota. Cualquier hombre como yo puede elevarse i hacer fortuna por el trabajo.

Todos.—Ja, ja, ja, jaa! En qué trabajas tú! Ni tú! ni tú tampoco!

Uno.—¡Ni nadie! ¿Quién de nosotros sabe hacer

nada? ¿Quién quiere trabajar? Vamos claro: cuando se nos ofrece una mayordomía, la desechamos por el poco sueldo i mucho trabajo. No aprendemos oficio, porque es indigno de nosotros, aunque nuestros padres hayan sido zapateros. Ni queremos trabajar bajo la dependencia de otros, porque hemos nacido para patrones. Pero lo que hai de cierto en todo esto es que no sabemos hacer nada, que no queremos hacer nada, i que solo aspiramos a tener fortuna por medios cómodos, por caminos fáciles, sin trabajo, aunque sea a costa de la honradez i de la decencia.....

Varios.—¡Cierto! ¡Es verdad! Bueno ha estado el sermon! Qué se repita! Número 2 tiene la palabra.

Número 2.—Entendámosnos: cuando yo he hablado de trabajo, es porque he tomado la palabra en su sentido mas lato. Todos trabajamos: el que entre nosotros sobresale por su talento o educacion tiene la breva segura, es verdad, con solo alistarse entre los servidores de la buena causa, pero sin embargo no deja de tener que trabajar. El que no posee aquellas ventajas, como yo, debe trabajar el doble, primero para congraciarse con los que mandan, a fin de conseguir un destino, i despues para acreditarse de buen servidor. ¡Cuánto no tendré yo que hacer todavia para poner mi crédito a la altura en que debe estar el de un candidato al mando político de un pueblo! Yo trabajaré en ello, no hai duda, alcanzaré lo que otros muchos: por eso he dicho que un hombre como nosotros puede elevarse por el trabajo. Estas ajencias en que andamos, son un trabajo como cualesquiera otros. ¡I para qué habriamos de tener este cargo, sino hubiéramos de subir! Valdria mas entónces seguir la

carrera de la virtud, que aunque no conduce a los puestos públicos ni a la fortuna, nos llevaria siquiera al cielo, aunque tarde. Si queremos lo positivo, lo mas pronto i bueno en este mundo pecador, es necesario sacarle el quilo al vicio, i para esto es necesario trabajar. ¿Me entienden ustedes? Me he esplicado? ¡Caballeros! El siútico deja de serlo, cuando mejora su traza, cuando cambia su tipo, que es puramente transitorio; i para esto es necesario trabajar, no en tareas manuales, que son pesadas i duras; ni en faenas serviles, que son indignas de nuestras aspiraciones; en algo mas grande i de pronto lucro!

Uno.—¿Pero en qué, si no tenemos una profesion ni talentos, ni cabeza para nada?

Número 2.—¡Vean qué bruto! ¿Qué no sabes que la maldad i el vicio han sido siempre necesarios al sosten de las grandes causas? Un jeneral en campaña necesita de los espías para triunfar; la inquisicion fomentaba i pagaba a los delatores; el nepotismo necesita de muchos ajentes: esto sin contar el interes individual, que tambien echa mano mui amenudo de los servicios de un bribon. ¿Para qué necesitamos de profesiones ni de talentos? Yo tengo el talento de la maldad, i eso me basta.....

Muchos.—¡Es claro! Es evidente! Tiene mucha razon! Has hablado como un libro! Vamos a otra cosa! Número 3, número 3!

Este puso su vaso. La llama de su líquido representó al instante un grupo informe, que poco a poco fué aclarándose i dibujando charreteras, espadas i trofeos militares.

Nueva algazara de risas, hurras i esclamaciones..

—Señores, pido la palabra, gritó uno: el niño nos embroma: no dudo yo de que un calavera sin oficio ni beneficio tenga talento para distinguirse de algun modo, aunque sea un triste ajente de maldades, i que a fuerza de constancia llegue a ennoblecerse i a procurarse un destino que le eleve a la majistratura i a los honores: ese tunante de Número 2 puede llegar a ser gobernador de alguna ínsula, aunque no tenga otro talento que el del vicio, porque yo, como Sancho Panza, he visto ir mas de dos asnos a los gobiernos; i que llevasen a éste no seria cosa nueva. Pero que este otro salvaje pueda llegar a los honores militares, *nequaquam*: eso no me entra a mí, porque para ascender en la milicia, cuando no se tiene valor, se necesita siquiera no ser un tonto como Número 3.

Número 3.—Nadie es tonto para su negocio, amigo; i yo tengo para mí que el niño no nos engaña i que mi horóscopo puede ser cierto; pues aunque no soi militar, ni ganas tengo de serlo, no estoi léjos de llegar a ser coronel de milicias siquiera. Todo está no mas en que al diablo se le antoje, pues si yo me doi maña para meter bulla a tiempo, i para acreditarme de buen servidor, aunque no sea mas que de correveidile o de patrullero en épocas de bochinche, no está léjos que me emplumen i que salga cierto mi porvenir.

El niño.—Lo que está escrito, está escrito: yo no quito ni pongo rei. El diablo es quien les predice a ustedes la buena ventura; pero si no lo creen, asunto concluido.

Todos.—No, no, siga usted, hasta ver el porvenir de todos.

El niño.—No es posible, la llama casi no arde ya, solo hai para tres, i acabemos.

Los tres números siguientes ponen sus vasos: la llama del cuarto representa una pluma negra, grande i gruesa; la del quinto, una soga, i la del sesto, otra pluma mas chica jaspeada de blanco i negro. Todos se paralizan sin comprender lo que ven. Un rato de silencio....

Uno.—Lo de la soga está claro: éste va a parar en verdugo o va a morir ahorcado.

Otro.—¡Sin duda! I bien lo merece. Pero qué quiere decir esa pluma de jote i esa otra de pavo?...

Número 4.—Que seremos escritores con el tiempo i la voluntad de Dios.

Otro.—Solo así, obrando Dios un milagro, pueden ustedes ser escritores.

Número 6.—Hombre, no seremos escritores de pluma de acero, ni de pluma bien cortada; pero, por qué no lo hemos de ser de pluma de jote o de pavo? La cosa no es difícil. Yo por ejemplo me siento con vocacion para cronista o para corresponsal de un diario....

Número 4.—I yo para historiador....

Número 6.—Ustedes son desconfiados i mas que todo intolerantes: si supieran que Rousseau empezó a escribir a los cuarenta años de edad, no estrañarian que nuestro porvenir sea el de escritores, porvenir que sin duda es el de mas fácil realizacion. ¿Qué se necesita para ser escritor? Nada mas que voluntad, porque el papel i plumas abundan, i las palabras sobran. ¿Qué mas hai que poner por escrito lo mismo que hablamos? Si yo fuera diarista, escribiria contra los abogados, contra los literatos i contra los que pre-

tenden monopolizar las plumas que Dios ha dado a todos los pájaros de este mundo i que ha hecho del dominio comun, como el aire i la luz. Escribiria....

Número 5.—¡No sigas, hombre! Qué habias de escribir tú, cuando no sabes ni ortografía, ni siquiera tienes buena letra! Para escribir, se necesita tener alguna educacion.

Número 4.—Tú estás chafado, porque te ha salido una soga en tu llama. No eres voto. Si te hubiera salido una pluma, comprenderias, como nosotros, que no se necesita saber escribir para ser corresponsal o cronista de un diario: así se principia la carrera, i uno comienza a hacerse espectable, vistiéndose al efecto de negro, andando con paso sério i con cara *feira* por la calle. ¿Qué educacion ni ortografía se necesita para alabar a la autoridad por angas o por mangas, para dar cuenta de las muertes repentinas, de los albañales o pantanos, de los ascensos civiles i militares, i de todas las demas porquerías, calumnias, mentiras i adulaciones al poder con que se llena la prensa diaria? ¡Al fin, para ser historiador, como yo deseo, se necesita algo mas! Pero tambien se puede salir del paso con solo parlotear un poco, sobre todo si se escribe para el otro mundo, es decir, para América. Cuando yo sea escritor, enseñaré a los americanos que "la principal mision del partido conservador de esos paises, es la de restablecer, en la civilizacion i en la sociabilidad, el espíritu español para combatir el espíritu socialista de la civilizacion francesa;" no el espíritu español actual, porque la España tambien está fuera del buen camino, sino el de la España del tiempo de la colonia. Yo haré ver a aquellas pobres

jentes que al meterse a improvisar repúblicas con las reminiscencias del contrato social i el ejemplo del réjimen anglo-americano, se han olvidado de una sola cosa, i es que para constituir *democracias* se necesitan *pueblos!*

El viejo.—¡Bravo! No tiene usted mas que escribir lo que dice i ya está realizado su horóscopo. Pero no olvide de decirles a los americanos que aunque sus pueblos no eran educados para la democracia, cuando establecieron sus repúblicas, eran, sin embargo, buenos, dóciles i bien intencionados; que con esto tenian bastante para principiar, porque siempre se ha de principiar por algo; i que si en los cuarenta años que llevan de vida política, no los hubieran corrompido i estraviado, pervirtiendo su espíritu, desmoralizándolos, i acostumbrándolos a ver en las formas republicanas una farsa i en el poder un negocio de granjería, ya estarian mui adelantados en la carrera pública, mui acostumbrados a su sistema republicano, porque no hai nada que eduque mejor i con mas prontitud al pueblo que la práctica leal i real de sus derechos. Para constituir democracias, se necesitan pueblos, es verdad, pero mas que todo se necesita que los que las constituyen sean honrados i comprendan con amor la forma. Si los norte americanos, en lugar de sus Washington i Jefferson, hubieran tenido los mandones que han deshonrado a la América española, sus pueblos no habrian servido tampoco para la democracia ni para gobierno alguno.

Número 4.—¡Eso no! Es usted un animal! No diré yo semejantes disparates, porque perderia mi carrera. Diré al contrario que los americanos han hecho mui

bien en corromperse, en pervertir i desacreditar la forma republicana, en llegar a ser ingobernables por su falta de fé, de patriotismo i de principios fijos, porque eso es lo que conviene para el triunfo de la reaccion del espíritu antiguo de la colonia: así seré premiado, laureado, encumbrado a los mas altos puestos. I tú, número 6, si llegas a realizar tu vocacion de cronista, no salgas de este tema, que así serás grande!

Número 6.—I alcanzarémos, hijo, a poseer la gloria mas brillante de estos tiempos, la gloria literaria!....

Número 2. — ¡Error craso! no es la gloria literaria la mas brillante: es la del mando!

Número 3. — ¡Mentira insolente! Es la gloria militar! ¿Qué puede compararse a la aureola deslumbrante del guerrero?

Uno. — Eso es cuando es guerrero, cuando el militar tiene el talento de la destruccion i el valor de una fiera, pero no cuando es un cobarde i una bestia como tú!

Número 3. — ¡Qué engaño! Ese talento i ese valor se suplen, amigo mio, con un poco de maña: si encuentro a tiro a una tropa de enemigos indefensos, me los como, aunque sean mis hermanos; o si se presenta la ocasion de hacer una delacion, la hago aunque arda Troya. En uno i otro caso gano grados i honores, i no necesito talento para destruir, ni valor para pelear. Mas hace un tonto con un poco de trapacería a tiempo, que un cuerdo con su talento. Sobre todo, hijos de mi alma, tengamos confianza i audacia, que la fortuna ha de fortalecernos a todos, pues que del pueblo salen i han salido siempre los grandes hombres!

El viejo. --Sí, pero cuando el pueblo es ignorante i sus hijos son corrompidos i egoistas, en lugar de dar grandes hombres, da grandes malvados.....

La ponchera voló por la cabeza del viejo a estas últimas palabras, estinguiéndose la débil llama que aun le quedaba. La oscuridad fué profunda. Las blasfemias i gritos fueron aterrantes. Las puertas del salon estallaron súbitamente, i la policía se presentó intimando silencio.....

El niño. — Por aquí, Guillermo.....

El viejo. — Sálvame, Lucero.....

Ambos se escurrieron como sombras por la oscuridad, i dejaron a la policía i a sus ajentes secretos ocupados en un prolijo rejistro de la fonda.

XVIII.

Huye, que solo aquel que huye escapa.

Puestos en salvo i en la calle los dos fujitivos, Lucero declaró que era indispensable que ámbos se separasen para distraer la atencion de la policía, que naturalmente debia fijarse en todas las parejas que encontrara, puesto que era una pareja lo que buscaba.

El ingles recibió con pesar esta órden i aun se atrevió a objetarla con la consideracion de que era mucho peor que aprendiesen a uno solo. Pero Lucero le convenció, ménos con argumentos, que con el ascendiente que sobre él tenia, i le persuadió a separarse.

Si tú caes, le decia, quedo yo libre para trabajar en tu salvacion. Pero si a mí me toca esa mala suerte. tú debes solo pensar en hallar la salida de la Cueva para ir al mundo a emprender la peregrinacion que ha de salvarme. Harias mal en emplear aquí tu tiempo para arrancarme de mi cautiverio: no lo conseguirias; i aunque tuvieras la felicidad de romper mis prisiones, no podrias desencantarme miéntras aquí permanecieras. Haz lo que te digo, sigue fielmente mis instrucciones, si no has de volverme a ver en estos lugares; no dejes nunca de tenerme sobre tu corazon. Si perdieras mi recuerdo, no solo serias ingrato para mi amor, sino traidor a tus convicciones

i a la santa causa que has jurado. Vete i no olvides un momento ni mis consejos ni mi amor.

Dijo, i ámbos se estrecharon mudamente, confundiéndose en un espíritu sus dos almas en aquel momento de efusion íntima i completa. Despues, cada uno caminaba en opuestas direcciones al punto de reunion que se habian señalado, pero por un movimiento eléctrico i simultáneo, los dos volvian a mirarse de cuando en cuando i a suspirar, hasta que se perdieron de vista.

Hicieron bien: las calles estaban atestadas de brujos que acechaban i que se aprontaban listos para lanzarse sobre la primera pareja que hubieran husmeado. La policía de aquel lugar estaba montada a la francesa, es decir, no porque anduviese a caballo, que eso habria sido a la chilena, sino porque sus ajentes eran invisibles: no gastaban uniforme, ni porte, ni armas militares, ni corrian, ni pitaban, ni gritaban, ni miraban a lo turnio por las calles; sino que eran mansos i vestian i andaban como todos i entre todos.

Don Guillermo apresuró su paso, i en pocos minutos llegó al lugar de la cita, que estaba fuera de la ciudad.

Entretanto la poblacion estaba como si le hubieran tocado a rebato: todos corrian, pero a esconderse, porque uno de los jefes de los brujos, estimulado por su propio miedo, i no por el de nadie, habia desplegado una enerjía estraordinaria para perseguir i aprehender a todos los vivientes, como suelen hacer los cazadores de jilgueros, que por tomar uno de uña blanca, arrastran con todos los que se acercan

a la trampa. I en efecto que el tal jefe hacia mui bien, porque solamente con un arrastre semejante podia alcanzar a cojer algo de lo que deseaba. Asi lo comprendieron los estranjeros de Espelunco, que no los nacionales, siempre tardíos e injustos para apreciar el mérito de sus compatricios, pues aquellos con esa imparcialidad que es natural en todos los traficantes, votaron una accion de gracias en favor del distinguido jefe, haciéndose los ecos de la poblacion entera. Eso se llama hacer justicia a tiempo. Un soberano premia con decoraciones i títulos a sus beneméritos servidores: asi el pueblo debe premiar a los que se han distinguido en su servicio, aunque sea apaleándolo, decian los estranjeros con ese aplomo que Dios les ha dado. Pero no fué esto todo: los autores de tan bello pensamiento tuvieron ademas la habilidad de asociar a su manifestacion a los mismos que habian sufrido en aquella batida del jefe, o a los que la habian reprobado, lo cual no era dificil de lograr en aquel pais, que como inculto que era, abundaba en imbéciles, pues tales bichos tienen de comun con el poleo, eso de multiplicarse en las tierras incultas hasta el estremo de infestarlas. Contra la imbecilidad no hai mas remedio que la cultura: la imbecilidad es el verdadero pecado orijinal de la humanidad, la fuente de todos los vicios i errores, de todas las faltas i crímenes, pues que todo eso tiene su asiento en la flaqueza de espíritu, que es el patrimonio comun del hombre, i que no se corrije sino a fuerza de educacion i de cultivo.

La noche estaba fria, pues aunque primavera en aquel pais, era ya una de esas altas horas en que la

tierra comienza a despedir vapores húmedos que destemplan la atmósfera, i afectan el sistema nervioso de los que no están recojidos en su cama. Don Guillermo se sentia enteramente crispado por un calofrio mortal, i trató de guarecerse en el alfeizar de una enorme puerta que vislumbró cerca. Pero allí seguia tiritando, a pesar de que estaba resguardado; i entónces comenzó a comprender que su calofrio partia del corazon. En efecto Lucero tardaba mucho ya para que su enamorado no estuviera rodeado de temores i aprehensiones, que le hacian afluir a borbollones la sangre al corazon, helándole las estremidades i la superficie.

¿Qué hacer? pensaba el ingles: si voi a buscarla, me espongo a que ella venga, i no encontrándome en el sitio, se alarme i vuelva al pueblo en busca mia. Todo parece ya en silencio. ¿Habrá terminado la San Bartolomé que los brujos han representado esta noche? ¡Ah! ¡Qué va a ser de mí si pierdo a mi Lucero! Esa mujer es el complemento de mi ser: su corazon es parte de mi corazon, su intelijencia es la luz de mi intelijencia, su vida es mi vida. No, con esa mujer no se cumplirá jamas en mí aquella eterna lei que hace que el corazon aborrezca hoi lo que ayer deseaba con fervor. Esa lei se ha hecho para el curso ordinario de la vida humana, i en esa lei está el principio de actividad que lleva al hombre siempre tras de lo mejor, en pos de la perfeccion. Pero cuando uno ha encontrado esa perfeccion i la siente en todo su ser, el corazon late satisfecho i no se cansa ni sacia jamas con la felicidad.

I tenia razon de sobra Mr. Livingston, porque hai

ocasiones, aunque raras, en que dos seres se complementan como un tornillo con su tuerca; de modo que si llegan a encontrarse i a concertarse, quedan como en su centro, como queda el tornillo cuando se le ajusta la tuerca, i el corazon deja de volar tras de las ilusiones que lo arrebatan, cuando todavia no ha encontrado otro corazon que lo complete.

Esa era su situacion respecto de Lucero, i hé allí la razon por qué tiritaba con solo la aprehension de perder a su hechicera.

En estos i en otros pensamientos converjentes al quicio sobre que rodaban todas las ideas de nuestro ingles, fueron pasándose las horas, hasta que los primeros albores de la mañana comenzaron a desprenderse de las montañas i a inundar el valle. Los pajarillos, desperezándose i sacudiendo su plumaje, lanzaban las primeras notas del armonioso concierto con que saludaban el alba. La brisa embalsamada ajitaba los follajes, i las flores, como sensibles a su aliento, se elevaban para alcanzarla, sacudiendo las gotas de aljófar que durante la noche habian inclinado sus córolas hácia el suelo. Ruidos indefinibles se alzaban por todas partes, porque la naturaleza toda comenzaba a despertar.

Don Guillermo estaba arrobado, porque esas grandes escenas de la naturaleza tienen el poder de arrebatarnos la atencion i de hacernos olvidar aun los pensamientos que dan aliento a nuestra existencia. Todo renace, decia él, todo se renueva cuando la naturaleza sacude el sueño de la noche. ¿Qué es el hombre en ese cuadro portentoso que se reproduce sin cesar siempre bello, siempre fresco i nuevo? No

es mas que esa flor, no es mas que ese árbol, que esa avecilla: ínfima parte de un todo infinito, detalle insignificante, elemento perecedero i frájil, que no se renueva i que solo aparece por algunos instantes a embellecer un punto del inmenso cuadro de la naturaleza, que no perece jamas, i que se muestra cada vez mas jóven, lozana i brillante!.....

Pensamientos son estos capaces de quitar el frío a cualquier cristiano; pero como don Guillermo era protestante, no se le alcanzaba que el rei de la creacion, destinado por Dios para la vida eterna, no puede ni debe ser considerado como una avecilla destinada a ser comida en estofado, o como una flor, que si llega a tener buen fin no es otro que el de perecer disecada en el álbum de un enamorado. El hombre, aunque pecador, debe ser mas respetado: basta que todo le pertenezca en este mundo i el otro, segun lo ha dicho no sé que santo. Don Guillermo pensaba en aquellas herejías naturalmente, i por eso no perdia el frío que le tenia yerto i sin accion.

Súbitamente se abre de par en par la puerta en que estaba apoyado, i por poco hubo de caer, al sentirse flaquear en cuerpo i alma, pues qué a mas del espanto natural que esto le producia, perdia el punto de apoyo que habia hallado en la puerta cerrada.

Una especie de hombre fué lo que vió detras Mr. Livingston, cuando volvió sus ojos espantados, i luego otro, i otro mas, todos vestidos uniformemente i con aire i actitud iguales.

—Recóbrese, hermano, le dijo uno de ellos, i pase adelante, si se le ofrece algo.

—Gracias, replicó el ingles medio aturdido, debo permanecer aquí.

—Es inútil, agregó otro, porque la persona a quien usted espera no vendrá. Anoche ha sido aprehendida, a poco de separarse de usted, i usted mismo lo habria sido, si no hubiese salido tan pronto de la ciudad.

Don Guillermo ocultó su rostro en sus dos manos, como para esconder la impresion dolorosa que le causaron estas palabras. Quedó irresoluto, perplejo, temiendo que aquello fuese otra prision donde se le hacia entrar con buenos modos para que no se alarmase. Casi estuvo a punto de echar a correr para salvarse, pero vió que no tenia para donde. El valle era allí estrechísimo i cerrado por altos cerros, que describian en su curso el estremo de una elipse, cuya parte abierta se prolongaba por el lado donde estaba situada la ciudad. ¿Será este el término de la Cueva, pensaba entre sí Mr. Livingston, o será la entrada?

Los personajes que tenia al frente le miraban como adivinándole sus pensamientos. Entre usted le dijo uno, talvez estaria usted mas seguro entre nosotros que aquí afuera; no tema usted nada, que estamos dispuestos a ampararle.

Mal de su grado hubo de corresponder el ingles a tan bondadosa oferta, i siguió los pasos de sus nuevos protectores que le conducian en silencio.

XIX.

Vida contemplativa.

Nada mas propio de un amante desgraciado que meterse en un convento: testigo de ello la célebre poetisa cubana que cuando enviudó por primera vez se retiró a las monjas i no salió de ellas, sino cuando le volvió el estro del consuelo i se reconcilió con el mundo. Otros muchos testigos podrian citarse en apoyo de esa verdad; pero para qué se necesita mas testimonio que el de una mujer que por sí sola equivale a un rejimiento. El dolor, con ser la lei primordial de nuestra flaca naturaleza, es sin embargo siempre una cosa nueva para nosotros, siempre nos toma desprevenidos, i nunca, a pesar de su frecuencia, nos produce efectos análogos, sino bien diferentes i aun contradictorios. En unos desarrolla la sociabilidad hasta el punto de confundir sus efectos con el miedo, porque el dolorido no puede quedarse solo un momento, i halla su alivio en la compañía de otro ser que le comprenda; pero en los enamorados, el dolor desarrolla la mas seca misantropía, los hace ariscos i fieros, insociables i fastidiosos, hasta que pára con ellos en algun convento, como en busca de arrepentimiento, o les inspira el saludable deseo de suicidarse, como para libertar a la especie humana de un ente inútil. Todo eso es natural i sucede porque debe

suceder: luego no debemos condenarlo; ni tampoco debemos admirarnos de que nuestro héroe se hubiese hallado tan bien i tan a sus anchas en aquella especie de convento donde le dejamos entrando, que pasados algunos dias, ya no pensaba en salir, porque solo allí podia llorar con libertad la pérdida de su Lucero. I afortunadamente lloraba, que así pudo salvarse de la enfermedad propia de los de su raza, que se suicidan hasta por libertarse del trabajo de abrocharse los pantalones. ¡Qué sábia es la naturaleza! Solamente a los ingleses les ha regalado esa enfermedad que se llama esplin, porque solo ellos son los mas orgullosos de los hombres, i por tanto los que mas necesitan de un mal que les haga comprender que son tan miserables como los demas humanos. Así nos ha dado tambien a los españoles la manía de gobernar demasiado, porque precisamente somos los mortales mas ingobernables, cuando tenemos libertad, acostumbrados por tantos siglos como estabamos a ser arreados a látigo en todo i para todo Este mal de nuestra casta ha sujerido a algunos sábios el dislate de que no somos aptos para el sistema republicano ni para ejercer nuestros derechos: con la misma lójica podriamos discurrir que el esplin hace a los ingleses incapaces para la cocina, i esto no seria tan erróneo, porque todavia no se ha visto entre los ingleses ni un Botargus, ni un Brillat Savarin, ni un Soyer.

Pero don Guillermo no pasaba todo su tiempo en llorar, que al fin los ojos son una brillante porcion de la humanidad, i naturalmente cumplen tambien con la lei de cansarse de hacer siempre una misma

cosa. Largos i frecuentes ratos empleaba en sabrosas i sábias conversaciones con sus albergadores, pero sin llegar jamas a comprenderlos a derechas. Al principio tomólos por escribas i fariseos por lo doctos i leguleyos que eran, i tambien por ciertos ribetes de hipócritas que les hallaba; pero luego varió de parecer i los calificó decididamente de Esenios. No era mui versado el ingles en materias de cultos, ni mucho ménos en conocer órdenes relijiosas, pues todo su saber no pasaba en el asunto de ciertas reminiscencias bíblicas; pero creia encontrar en sus huéspedes los mismos principios i sistema que aquella secta judía profesaba. Hacian vida comun, sin comunidad de bienes; se trataban como hermanos i tenian su espíritu de cuerpo, sin fraternidad; creian en la inmortalidad del alma, pero negaban absolutamente el libre arbitro, como los Esenios, pues sostenian que todos nuestros actos i pensamientos son el resultado necesario de un órden superior que no comprendemos ni podemos variar; practicaban el celibato, pero sin negar ni desconocer las ventajas del matrimonio, sino solo por motivos de pureza, a diferencia de aquel mozo de perros de que nos habla Victor Hugo, que habia renunciado a varios matrimonios ventajosos, i se habia consagrado a cuidar perros, por la sencilla razon de que estos tienen solo siete especies de rabia i la mujer mil.

Como quiera que fuese, los Esenios de la Cueva, ya que por tales los tomó quien pudo observarlos de cerca, eran allí una potencia, en cuanto no se movia una paja sin su voluntad en todos aquellos contornos: ellos dirijian las conciencias i las opiniones, o mas

bien eran los dueños del pensamiento, porque presentándose como ministros de Dios i como intérpretes de su divina voluntad, su palabra era la lei, i su persona merecia una especie de adoracion, como que era el reflejo del poder eterno en cuanto repartian a su arbitrio la bienaventuranza o la perdicion. I para que su analojía con los Esenios antiguos fuese mas perfecta, tenian el mismo talento organizador, pues por medio de asociaciones piadosas, reglamentaban la caridad en su práctica, el sentimiento relijioso en todas las formas imajinables, hasta las de la idolatría, i todos los demas sentimientos i deberes, i aun los usos, trajes, maneras i modales, proporcionándose así un ejército de devotos que no les costaba un centavo, i consiguiendo por medio del ascendiente relijioso mucho mas que cuanto pudo alcanzar Pedro el Grande con todo su poder, cuando se propuso domesticar a los rusos. De esta manera les pertenecia a ellos, mucho mas que a los Jenios, la sociedad entera de Espelunco, i si habia jentes en quienes no tenia mucho prestijio el poder de los Esenios, esas jentes, sin embargo se sometian a él por no aparecer como rebeldes, i conservar su buen crédito, o por no chocar lo que en su lenguaje llamaban preocupaciones del vulgo, i que, a pesar de creerlas tales, acataban i reverenciaban como verdades, como justas i sábias creencias.

Don Guillermo, hombre poco vividor, nada práctico, como hemos podido ya conocerlo, no podia estar en paz con las jentes que por indolencia soportaban i aun aprobaban lo que su conciencia rechazaba i su juicio condenaba como malo. A él no le causaba estrañeza que los Esenios no se contuvieran en el ver-

dadero límite de su ministerio, i que arrastrados por la facilidad de conquistar poder, fuesen hasta sojuzgar la razon i pervertir el buen sentido con supercherías i mentiras: al fin en eso no hacian ni mas ni ménos que lo que hace todo ambicioso sin nobleza i i todo el que especula con el engaño. Pero lo que no podia soportar era que hombres que se daban el aire de tales, reconociendo aquella invasion i condenándola en secreto, se abstuviesen de elevar su voz i su poder contra ella i la tolerasen con indiferencia o con respeto, ya por indolencia, ya por no poner en peligro su nombre o su quietud. En esto pensaba como ingles de educacion i honradez, pues que en su pais son mui raras esas transacciones de la indolencia i del egoismo con la maldad o el error, o a lo ménos no son tan frecuentes como en los pueblos de nuestra projenie, i tal suponemos al de la Cueva, donde la indolencia raya en imbecilidad i el egoismo en crímen.

Estas i otras observaciones de nuestro héroe casi son capaces de hacernos creer que los habitantes de la Cueva eran medio porros, pues vivian embaucados, imbunchados i estraviados en todos sus actos i pensamientos i a todas horas. Don Guillermo, que habia conocido al pueblo i a los hijos del pueblo cuando corria la caravana con Lucero, estaba últimamente entre los Esenios colocado mui ventajosamente para tratar i conocer a la flor i nata de aquella sociedad, i hallaba que no era ella ménos que el pueblo pobre la víctima de la ignorancia, de la mentira, del fanatismo i de la ambicion. En todas las clases notaba la misma indolencia, el mismo egoismo,

el mismo descontento i malestar moral; la misma falta de principios, la misma carencia de amor i de fé por alguna idea o sistema, i por fin, la misma ansiedad por algo nuevo, por algo que variase la situacion social entera: i en nada contribuia la fé relijiosa para consolar ese eterno dolor, porque en realidad no existia tan siquiera esa fé, i lo que se tomaba por tal no era otra cosa que miedo a la vida eterna en unos, especulacion en muchos, i en los mas, principalmente en las mujeres, necesidad de un principio, de un sentimiento, de algo en que ocupar la actividad humana que no hallaba en aquella sociedad muerta para todo lo bueno i lo grande ni empleo, ni estímulo, ni asiento.

Es cierto, decia entre sí don Guillermo: si las jentes de allá arriba son como éstas, no pueden ni con mucho tener el sentimiento del patriotismo. ¿Qué atractivo para el espíritu, qué goce para el corazon pueden hallar en nna sociedad semejante? Fuera de los afectos domésticos, no hai nada que ligue al individuo con la patria, nada que halague siquiera su orgullo nacional; i fuera de los goces íntimos, el corazon no encuentra ni gloria que lo haga palpitar, ni grandeza que lo atraiga, ni belleza moral que despierte su amor hácia la patria, ni goces ni bienestar que lo adhieran al lugar de su residencia. El hombre se apega a las cosas por el sentimiento, i cuando la sociedad que nos da el ser no tiene medios de insinuarse en nuestros corazones, i por el contrario, nos hace pesada la vida, no puede ni debe contar con nuestro amor. Apostaria que no hai un habitante de Espelunco que no desee ser estranjero!.....

El trato con Lucero habia hecho filósofo a Mr. Livingston, i el retiro del claustro en que vivia, el silencio de sus parques i jardines, i mas que todo las penas que le atormentaban, le hacian meditar i moralizar a menudo, i aprovechar las lecciones de la esperiencia; es cosa sabida i mui repetida que los viajes i las desgracias enseñan mas que una biblioteca.

Pero habia una cosa que le hacia perder sus ínfulas de filósofo i le hacia reir en medio de su dolor, i era la pretension que tenian algunos caballeros de los que frecuentaban su asilo de querer hallar un remedio a aquellos males sociales en la monarquía o en el gobierno de un rei. No estaban contentos con la oligarquía de los Jénios, i querian un solo dueño, una familia consagrada que les diera gobernantes de casta, a modo de los aficionados a las riñas de gallos que buscan el pollo fino i lo cultivan desde que es huevo hasta que tiene estacas que afilarle, con la diferencia de que los galleros se comen en cazuela los pollos que salen malos, miéntras que los monarquistas son comidos vivos por el rei de casta que sale bribon.

Don Guillermo no discutia con estos políticos, sin embargo de que departia a menudo con ellos, paseándose en los jardines o descansando en los hogares de los Esenios. Ni como discutir con hombres que leian los escritos de algunos españoles a quienes se les ha ocurrido justificar las crueldades de don Pedro el colorin, porque con ellas se proponia dar unidad a la autoridad real, o rehabilitar a Felipe II, porque tambien se proponia otras grandes cosas, como si el fin justificase todos los medios, o como si esos gran-

dos fines no hubieran podido conseguirse sino con enterrar hombres vivos i con quemar en la hoguera, perseguir i espatriar a jeneraciones enteras. Naturalmente esos políticos debian estar enamorados de los gobiernos fuertes, i llamar a Felipe, con cierto obispo electo de acá arriba, el pio, humano i liberal monarca, justificándole porque otra reina herética mató mas cristianos, como si un bandido pudiera escusarse con presentar otro mas bandido que él. Con su pan se lo coman, decia entre sí el ingles: si éstos creen que porque hai grandes naciones bajo el gobierno monárquico, deben esa grandeza a la monarquía i no a una antigua i vasta civilizacion i a otras causas benéficas que se han desarrollado a pesar de esta forma de gobierno, yo les daria que viniesen a remover con veinte yuntas de reyes los hondos males que aquejan este pais. No, no es el despotismo de uno o de muchos, cualquiera que sea su forma, el que puede estinguir la ignorancia, desterrar la mentira, atajar los avances del fanatismo i evitar los estravíos de la ambicion en una sociedad, sino el gobierno que, naciendo del pueblo, respeta su oríjen i corresponde al pueblo, protejiendo sus derechos, haciéndole justicia, sirviéndole con amor, i cimentando su autoridad en el interes comun, en la union de las opiniones, en la fraternidad que surje naturalmente de la concordia i armonía de todas las aspiraciones.

Algun egoismo habia al parecer en esta reserva de Mr. Livingston, pero aun sin atenerse al refran que dice: en el pais a donde fueres haz lo que vieres, él necesitaba mucha circunspeccion para no chocar a los que le retenian en un asilo tan seguro, del cual

no se atrevia a fugar, miéntras no tuviese siquiera algun conocimiento de la topografía de aquella comarca, para dirijirse en busca de la salida de la Cueva.

¡Terrible situacion la de nuestro amigo! Era víctima del amor como Abelardo, un Abelardo prisionero, sin saber donde, como Monte-Cristo; un Monte-Cristo pobre como Aman; un Aman lleno de paciencia i de esperanza, como Job; un Job dispuesto a sacrificarse por salvar a un pueblo como Marco Curcio. ¿Qué va a ser de él? ¿Cuándo podrá salvarse? ¿Cuál será el premio de tanto sufrimiento?

XX.

Tercer cuadro.

Era una tardecita de invierno, i el sol habia traspuesto los montes vecinos, dejando los parques i jardines de los Esenios iluminados con los últimos reflejos que todavía inundaban la bóveda celeste. Pero la oscuridad invadia ya las grutas i cenadores, los bosquecillos i los laberintos de aquella deliciosa mansion. Un aire sutil penetraba por los ramajes i enfriaba el ambiente.

Don Guillermo, que meditaba o penaba solitario en aquellos sitios, se retiró a los claustros, sintiendo la necesidad de abrigo. Allí notó un movimiento desusado: multitud de notables de la ciudad llenaban los corredores, i secreteaban como tratando sobre algun gran acontecimiento. Poco a poco fueron desapareciendo, pues entreverados con los Esenios, entraban a un salon reservado, i cerraban tras de sí la puerta.

El ingles quiso mostrarse desentendido de todo i ganó otro claustro, tomando una galería en alto que corria al costado del salon i que estaba ya oculta entre las sombras de la noche. Allí se puso a pasear a lo largo i cabizbajo, sin tener en su mente idea fija ninguna: estaba en una de aquellas situaciones en que suele uno encontrarse cuando se propone averi-

guar un misterio i no halla por donde principiar, ni tiene luz alguna que le dé entrada a la cuestion que quiere resolver. Pero habiéndose acordado ya su vista con la oscuridad del sitio, al poco rato de estar allí, divisó un bulto que le sorprendió, i que estaba inmóvil cerca de una puertecita aislada que habia como única abertura del largo paño de muralla que formaba aquel corredor. Aproximóse a él, i vió claramente que era un viejecillo pequeño, enjuto, de mala pinta, narigon i de ojos grandes que relampagueaban en la oscuridad, como los del tigre. Una conmocion involuntaria le heló la sangre i le hizo dar un chasquido en el corazon.

El viejo, sonriéndose i en una jerga poco inteligible, le preguntó:

—¿Has perdido tú un rosario?

—No, respondió don Guillermo un poco amostazado.

—Ahí está uno colgado en el tirador de esa puerta, le dijo el viejo, i si tú lo quitaras i lo arrojaras bien léjos, me harias un gran servicio.

El ingles, lleno de sospechas, se acercó a la puerta, pasando por detras de su interlocutor, por precaucion, i notó que ademas el viejo tenia en sus espaldas una enorme joroba. Descolgó el rosario, i conoció, en el tacto, que era de cuentas de Jerusalen i que tenia en su estremo una cruz i un corazon pequeño de paño, que sin duda contenia alguna reliquia. Al volverse al viejo, como señalándole el rosario, notó, item mas, que el hombrecillo era cojo, pues dió un paso hácia atras con una pierna tiesa e inflexible que parecia de palo.

—¿Crees tú en la virtud de ese sartal católico, apostólico, romano? le preguntó el viejo.

—No, dijo el protestante, porque no creo que nuestro Señor lo haya autorizado, ni en las sagradas escrituras se encuentra nada que lo autorice.

—Arrójalo, entónces.

—Será mejor colocarlo en esta baranda, replicó el ingles, acercándose a la de los balcones del corredor; basta que haya aquí una cruz.

—Lo mismo dá; pero allá, bien léjos, añadió con sonrisa el viejo i haciendo chispear sus ojos: ese talismán no me dejaba abrir la puerta. Me has hecho un favor, porque me interesa mucho asistir de tapado a la conferencia que hai adentro de esa sala. ¿Quieres tú asistir tambien?

Don Guillermo no queria otra cosa, pero dudando aceptar la invitacion que le hacia un desconocido, que no le habia sido presentado, le dijo:

—No sé si deba, pues no sé con quién hablo, aunque me trata de tú.....

—¡Hum! esclamó el viejo, escrúpulos de ingles! I resbalando hácia atras su pierna de palo, hizo un esguince en forma de cortesía, i añadió accionando con su mano derecha: Tengo el honor.... Soi el señor Asmodeo, interventor en todos los negocios humanos, i que ya una vez, hace tres años, tuvo que ver contigo, hijo mio.

Otro tiriton volvió a retirarle la sangre de las estremidades al ingles, al oir esta peregrina presentacion. Se quedó estático, i miéntras tanto el viejo se acercó a la puerta, la tocó con dos dedos para abrirla de par en par sin ruido, i volviendo a repetir su cortesía con el cuerpo i la mano derecha, le dijo:

—*Come in, Come along*, conmigo.....

Don Guillermo titubeó; estuvo a pique de arrancar. Pero luego tuvo una corazonada, i siguió a su cortés compañero, entrando a una tribuna alta i balcónada que daba vista al interior de una sala espaciosa i de murallas altas, sin adorno arquitectónico de ninguna clase.

El viejito se sentó en un taburete de los que allí habia, puso su pierna buena sobre la mala, sacó de su bolsillo una ancha cartera roja, cuyo lápiz revisó, i apoyando su barba en el puño cerrado de su derecha, inundó la sala con sus ojos grandes i redondos, que lanzaban rayos siniestros i que se armonizaban con una perpetua sonrisa que pendia de sus finísimos lábios.

Allá, en el fondo del salon, se divisaba una larga mesa cubierta con tapete verde i rodeada de sillones del mismo color, en los cuales estaban como incrustados los Esenios i los caballeros. A lo largo de la mesa corrian en hileras veinte blandones de metal con sendas hachas de cera verde coronadas por una llama azulada, que despedia reflejos inciertos i que apénas aclaraba los ángulos i la bóveda del salon.

¡Miren qué cuadro! dijo Asmodeo. ¡Miren qué caras! Ninguno de los convidados tiene ni lo negro de la uña del padre Schwartz, pero no por eso dejarán de ir a hacer tertulia en los infiernos a este reverendo inventor de la pólvora. Unos son panzones, otros enjutos; unos viejos, otros mozos; unos soberbios, otros humildes; pero de todos ellos no se puede hacer un buen demonio. I diciendo esto, comenzó a escribir en su cartera, con mano convulsa, pero lijera, veloz, rápida, como si fuera movida por vapor; i sin dejar la operacion, preguntó a don Guillermo: ¿Qué dices tú de esto, hijo?

Mr. Livingston se iba familiarizando con un viejo tan afable, lijero i gracioso; i tomándole por un instante por taquígrafo de algun diario como el TIMES, le correspondió con esta otra pregunta:

—¿Toma usted apuntes para publicar esta sesion?

—¡Qué disparate, le replicó el viejo con una mirada que avergonzó al ingles. ¿Me has visto cara de chorlito o de escritor que es lo mismo? Mira, en este pais no hai ente inverosímil de esos que estás mirando que no sepa hacer su negocio mejor que los escritores, pues estos nenes cifran toda su dicha en verse reproducidos por la estampa, i por tal de publicar sus ideas en urdiembre, se despestañan i gastan su dinero, tiempo i salud, a sabiendas de que nadie los lee, ni entre ellos mismos, porque nadie sabe leer, aunque algunos sepan decorar. ¡Con qué! ¿Me ves pinta de pertenecer a esa especie de locos? Vamos atendiendo a la sesion: allá tienes un tonel que habla.

I en efecto, un señor casi cuadrado, que se divisaba de frente, llevaba la palabra en ese momento. "Yo vivo retirado del mundo i pensando solamente en estar bien con Dios; pero no por esto me liberto de vejaciones atroces. No hago mal a nadie....."

—Pero tampoco haces bien, refunfuñaba entre dientes Asmodeo, rasguñando, que no escribiendo en su cartera; ni eres capaz de dar un grano de trigo al gallo de la pasion, porque piensas que con solo rezar por tu alma cumples con el que está allá arriba.

"Yo, agregaba otro de los notables, he consultado con mi conciencia mui detenidamente i hallo que la resistencia es un deber."

—Así puedes hallarte sábio en tu conciencia, gru-

ñia Asmodeo, porque tú te la formas a tu paladar, pues la conciencia no es sino la opinion que cada cual se forma segun sus creencias, errores, gustos e inclinaciones.

Otro convidado tomó la palabra, protestando que él no pensaba mas que en sus negocios, sin mezclarse en nada, i que, sin embargo, sufria mucho en su persona e intereses.

Pero Asmodeo le acotaba:—Piensas en tus negocios, pero mucho mas en los ajenos, porque tienes los instintos de la sanguijuela, a pesar de tu figura de tábano.

"Yo, esclamaba, uno, hago todo el bien que puedo;" porque estás cansado de hacer mal i temes a la muerte, añadia el viejo siempre tomando notas.

"¡Para qué cansarnos, señores! gritó con énfasis otro. ¿Quiénes mas acreedores a respeto i consideracion que nosotros, que siempre hemos apoyado el poder i permanecido devotos a nuestra relijion?

—Sí, dijo Asmodeo riéndose, la devocion es vuestro fuerte. Sois devotos al poder porque os gusta gobernar o porque sacais siempre piltrafas de estar bajo el ala del poderoso; i sois devotos a la relijion de puro miedo al infierno, porque os imajinais saldar con golpes de pecho vuestra larga cuenta con el diablo, i no por amor a Dios ni a su lei, que no conoceis ni por las tapas. En el fondo no teneis mas que egoismo i presuncion, indolencia i orgullo.

—¿I es posible, preguntó el ingles, que todos sean tan malos?

—No, replicó Asmodeo, hai tambien buenos, i con esos no hablo, porque están en minoría, i se limitan

a llorar i deplorar la corrupcion jeneral. Allá en el cielo se duerme mucho, amigo, o se pasa el tiempo mui bien entretenido, pues nunca se acuerdan de las cosas de acá abajo i dejan a los buenos sin proteccion, i a los malos sin atajo: por eso es que nuestra cosecha es siempre mejor i mas abundante que la del padre viejo, i por eso es que mas gobernamos nosotros en el mundo que el Dios de los buenos.

En ese momento tomaba la palabra uno de los Ecenios, encantando con su dulce semblante i sus suaves ademanes a la concurrencia; pero arrancando al viejito algunas esclamaciones, como éstas: ¡Brigand! Bribon! Rascal! Impostore! Conspirador! Traditore!

"Confiando nosotros, decia aquel, en el parecer que uniformemente han mostrado todos estos respetables señores, hemos tomado algunas medidas preventivas. Entre otras, por ejemplo, hace tiempo que retenemos aquí a un estranjero que era perseguido con una hechicera que le acompañaba en su fuga. Una noche en que hubo de ser aprehendido, pudimos obrar de modo que lo fuese su compañera, i él quedase libre i asilado entre nosotros." (Esto es contigo, dijo Asmodeo al ingles). "Este hombre puede servirnos mucho. Estando a nuestra disposicion i en nuestra casa misma la salida de la Cueva, porque nosotros dirijimos la inspiracion de los Jénios al mundo, i mantenemos la comunicacion con esas rejiones, podemos facilitarle la salida con la condicion de que nos procure el auxilio de los de afuera para derrocar a los Jénios i establecer nuestro poder." (Don Guillermo no respiraba: no era mas que orejas para oír i ojos para mirar). "Este hombre necesita

vengarse de su larga peregrinacion en la Cueva, se afiliará con entusiasmo a nuestro servicio. Nosotros poseemos la clave del sistema sobrenatural de que los Jenios se valen para influir en las cosas humanas, pero no tenemos la fuerza necesaria para derrocarlos, para ocupar su lugar i ejercer su poder. Apelemos a la alianza con los hombres que en el otro mundo profesan nuestra doctrina. Pero para llevar a cabo el plan, es necesario que podamos disponer de un caudal, que lo formemos entre todos"...

El discurso fué interrumpido por los regüeldos de un notable a quien le habia dado flato.

—¡Fuit Illium! dijo Asmodeo, ardió Troya, i se echó a reir convulsivamente.

El enfermo se habia levantado de su asiento, i con él casi todos los concurrentes. Algunos de ellos, ganando la sombra de los otros, se acercaban a la puerta mui disimulados i desfilaban para afuera. Otros se ponian en corrillos a conversar por lo bajo con gran seriedad; aquellos se paseaban, i muchos, contajiados por el flato, comenzaron a sentirse indispuestos. En un cuarto de hora mas, habiendo ya mui pocos concurrentes, el senescal de los Esenios creyó prudente aplazar la reunion para otro dia, i el salon quedó desierto i a oscuras. La reunion habia terminado sin acuerdo ninguno, sin resultado, repentinamente, como termina la sesion de una cámara, cuando se ve en apuros un ministro que dispone de la campanilla. Talvez los Esenios i sus afiliados no tenian hábitos parlamentarios, o talvez entre estos últimos habia costumbre de salvar un compromiso o de conjurar un peligro, recurriendo al flato.

Como quiera que sea, los dos espectadores de este espectáculo se habian quedado en la tribuna, el uno riéndose i refunfuñando, i el otro estupefacto, como una estátua de piedra, i casi en ayunas del contenido i significacion de lo que acababa de ver.

XXI.

En donde se ve que no es malo salir como se ha entrado.

¿En qué piensas, Guillermo? decia Asmodeo un momento despues a su compañero, sacudiéndole de un brazo; i este alumbrado en medio de aquellas tinieblas por los dos carbunclos que usaba por ojos el otro, tomó un asiento, como fatigado i siguió pensando, puesto un dedo en la sien i la vista fija en el suelo.

—¿Piensas quedarte aquí? No puede ser porque voi a cerrar la puerta, agregó el viejo.

—No, al contrario, dijo el ingles: pienso en irme ahora mismo. ¿Cómo ha podido escapárseme la salida de la Cueva, puesto que está en esta misma casa, que tanto he recorrido i examinado. ¿Qué misterio es este? Miente acaso el Esenio que acaba de hacer esa revelacion?

—Dice la verdad, replicó Asmodeo, i tú debes haber pasado mil veces por esa salida sin reconocerla: está al fin del parque mas inmediato. ¿Pero por qué no esperas a que te nombren embajador?

—¡Si hubiese de ser para que todos cayeran, esperaria. ¡Mas, la salida! Dios mio!!...

—Cuidado con esas esclamaciones, si quieres hallar la salida.

—¿Por qué? ¿Podria señalármela usted?

—Es claro que sí. Favor por favor: tú me has abierto la puerta de esta tribuna; yo te abriré la otra. Pero necesitas, no solamente el valor que tenias cuando entraste a la Cueva, sino otro tanto mas: vas a atravesar un camino espantoso. Yo te acompañaria, porque solo no saldrás jamas. Sí, te acompañaré con una condicion...

—No admito condiciones: fio en mi valor i en mi porvenir.

—Corriente. Voi solamente a ponerte en la puerta; favor por favor i estamos a mano. Vamos.

—Vamos pronto.

I salieron de la tribuna, cerrándose tras de ellos suavemente la puerta. Bajaron de la galería, tomaron un cláustro, se introdujeron por un pasadizo, pasaron una puerta, otra mas i despues otra; todavia un callejon i salieron a un parque cuyos frondosos árboles dormian en silencio, sin que la mas lijera brisa ajitase su follaje. El silencio era profundo; solo se oia el golpe de la pierna coja de Asmodeo en el suelo limpio i endurecido de la avenida de árboles que habian tomado. El viejo marchaba a paso redoblado adelante, i el ingles tenia que apurar el suyo para no quedar atras.

Al fin de la avenida, se esplanaba el lugar, pues terminaba la arboleda i solo tenian a su frente un cerro elevadísimo que parecia tocar las estrellas con su cumbre. Mr. Livingston veia levantarse sombras vaporosas por todos lados, i comprimió sus ojos con la mano, para persuadirse de que esos fantamas eran una ilusion de su vista. Pero cuando volvió a mirar, los halló mas cerca, i no pudo ménos de esclamar:

—¡Estamos perdidos, nos han rodeado los Esenios!

—No hai cuidado, son mis espíritus, que me hacen los honores de ordenanza, esclamó el viejo, al momento de llegar a tocar una enorme roca que se avanzaba del cerro, como centinela. Aquí está la puerta: busca un boton que debe estar ahí.

Don Guillermo recorrió su mano durante algunos minutos en el paraje que se le indicaba i halló un punto redondeado que le pareció de fierro.

—Aquí está, dijo conmovido.

—Apriétalo, le replicó Asmodeo; i el peñasco dió una media vuelta sobre su eje, a la presion violenta que el ingles hizo en el boton, dejando en su base una abertura oscura i renegrida, larga i angosta, que seguia en su curso la curva de la figura de la roca.

—Entra, agregó Asmodeo, i buenas noches; hasta mas ver.

El ingles intentó darle la mano en muestra de agradecimiento, pero él le volvió su joroba mirando hácia el parque i silbando despacito un aire de Roberto el Diablo.

Bajó Mr. Livingston lleno de emocion, i adentro sintió una atmósfera tibia i seca que le paralizó.

—Adelante, derecho, sin titubear, valor!... le gritó de afuera Asmodeo.

El obedeció, i sintiendo el suelo firme i parejo bajo su planta, echó a andar con rapidez. Despues de algun tiempo de marcha no interrumpida, notó que la oscuridad no era tan profunda ni el silencio tan continuado, pues que algunos ruidos indefinibles herian su oido. Pensó en Lucero, suspiró por ella con dolor i con esperanza, i recordó la descripcion que en otro

tiempo le habia hecho del camino de la salida i las instrucciones que le habia dado. Pronto debo encontrar, dijo entre sí, al monstruo de la ignorancia.

Un rujido espantoso aturdió a don Guillerno, pero no conmovió su corazon. Sintió que le repelian con violencia, i fijando con toda intensidad su vista, vió delante de sí que la bóveda de la caverna habia desaparecido, i que marchaba por una angostura aclarada por una vislumbre opaca que dejaba ver a uno i otro lado elevadísimas murallas de roca. A pocos pasos mas, ya no pudo andar sintiendo sus piés enlazados como por un anillo de hierro. Cruzó ámbas manos sobre el pecho i esperó. El anillo de hierro subia lentamente, pero mas bien eran nuevos anillos los que le abrazaban las piernas, puesto que mas arriba del primero que le ligó los piés, sentia otro i otros que se le enroscaban i apretaban, produciéndole una impresion de hielo que le daba un frio mortal a pesar de sentirse empapado de sudor. Un jadeo silbante i áspero, como el del boa constrictor, llegaba a sus oidos, i sentia un hálito pestífero, cuando los anillos le subian ya hasta la cintura.

El peso de los anillos casi le doblaba, i al mover sus brazos para balancearse i equilibrarse, sintió con ellos la cabeza enorme de la serpiente que le envolvia i tocó la forma i la morvidez glacial de su cuerpo. Entónces los levantó hácia arriba para que en ellos se enroscase el monstruo i preservar su cuello de la estrangulacion. Así sucedió, i aquella serpiente atroz dobló sobre el codo del brazo derecho su cabeza de un pié de largo, con ojos de áscuas, de boca abierta i de lengua de saeta que movia horizontalmente con

velocidad, i la colocó cerca de la cara del animoso ingles.

"¡La luz de la JUSTICIA, el ardor del PATRIOTISMO i el poder de la DEMOCRACIA disipan las tinieblas, i aniquilan la ignorancia!" dijo el héroe con voz trémula i pausada.

La serpiente dió un silbo parecido al que hace la tempestad en la jarcia de un navío, i se desplomó al suelo...

El héroe quedó invóvil algunos instantes i repitiendo—Justicia, Patriotismo, Democracia, emprendió su marcha rápida i segura hácia adelante.

Una luz viva i rosada inundaba entónces aquel estrecho sendero por donde apénas cabian cuatro hombres de frente. A uno i otro lado se notaba la superficie desigual i ondulada de la montaña, que al parecer habia sufrido un rajamiento obrado por un cataclismo, como se ve en la angostura de Chañarcillo i en las gargantas del Caspio. Los ángulos i demas formas salientes de un lado correspondian a las hendiduras i curvas del otro; i el perfil de ámbas líneas culminantes era igual, i ese perfil se divisaba a una elevacion prodijiosa.

Mr. Livingston abarcó de una mirada la fisonomía del lugar, i siguió las ondulaciones del camino, sin saber lo que habia detras del punto que le interceptaba la vista. Pero marchaba con valor i confianza, a pesar de que todavia sentia helada su sangre, húmeda su frente, i se miraba las manos como si fueran de mármol.

A medida que avanzaba, notó que la vereda se ensanchaba, pero que la luz disminuia i se ponia de

un tinte incierto que estraviaba la vista i hacia vacilar la cabeza. Trató de sobreponerse a aquel prestijio i redobló su paso; pero al dar vuelta una curba de la montaña, se halló con tres caminos. Paróse dudoso i casi se aflijió: no sabia cuál de esos caminos debia tomar, i habia perdido la direccion del rumbo que traia.

Una mujer bellísima se presenta en el punto que hacia centro a los caminos. Vestia ropas lucientes i ricas, tachonadas de máscaras i lenguas rojas, mostraba solo una pierna por la abertura de su túnica talar, porque la otra le cojeaba; i llevaba en la mano un haz de pajas ardiendo, i cuyas llamas deslumbraban i perturbaban la vista del viajero.

—¿A dónde vas? le preguntó con una sonrisa que descubria una boca negra i oscura.

—En busca del Patriotismo, respondió con severidad don Guillermo.

—¿Para qué? ¿Con qué fin?

—Porque esa virtud nos traerá la luz de la Justicia i el poder de la Democracia, que hacen triunfar la verdad i matan la mentira!

—¡Marchad! dijo ella i se estinguió repentinamente la llama del haz de pajas, despidiendo humo renegrido i hediondo.

—¿Cuál es el camino? preguntó el viajero.

—El de la derecha...

—¿I por qué no el de la izquierda?

—El que querais, dijo la bella, i dió vuelta las espaldas, ocultando con el manto su pierna coja.

Pero el ingles miró con vista fija i cierta, i distinguió bien que el camino del centro estaba iluminado,

miéntras que los otros eran oscuros, diferencia que ántes no habia notado, porque su vista vacilaba i la llama del haz de pajas la estraviaba. Entónces tomó con denuedo la senda iluminada, miéntras que la Mentira se perdia en las sinuosidades lóbregas del camino de la derecha, i se oia el gárrulo sonido que hacia al andar con sus vestidos.

La luz fué mas viva i dorada por algun tiempo i la angostura mas ancha i derecha, pero allá a lo léjos se divisaba una columna negra que cerraba el camino en toda su altura, como si fuera su término. Así anduvo el viajero una inmensa distancia, hasta que vió distintamente que la columna no era un cuerpo perpendicular, como le habia parecido, sino una abertura profunda, que indicaba que el camino continuaba oscuro como una caverna, estrecho i sinuoso. Por un instante sintió que el corazon se le oprimia, pero un rayo de su mente le representó la imájen de Lucero i cayó sobre su corazon, desahogándolo i dándole contento.

¡Adelante! dijo, i penetró en las tinieblas. Pero al punto tropezó en un estorbo, i una voz gutural, ronca i desapacible como la que salé de un pecho enfermo, esclamó:—"Cuidado con mi pierna, que es la mala, mi buen Guillermo! Eres valiente i sagaz. ¡Bravo! Has dado pruebas mas espléndidas que las que dió en su mocedad nuestro hijo Napoleon el Grande. ¡Eres mas grande tú! ¡Eres un Wellington! I a proposito, ¿sabes que ese diantre de viejo se conserva todavia en todos sus brios i comiendo uvas como un viñatero?"

Mr. Livingston habia reconocido al mismo Asmo-

deo, su compañero en la tribuna, que estaba allí sentado en el suelo i que le miraba con sus ojos redondos i ardientes.

—¿Qué hace usted aquí? le preguntó sorprendido.

—Hijo, le respondió, me adelanté a tí luego que te ví triunfar de la sierpe, pues te habia seguido desde la entrada, i aquí me he puesto a esperarte.

—¿Para qué?

—Para aconsejarte que no sigas adelante. Me das lástima, i me intereso por un valiente como tú.

—Estoi decidido: yo no vuelvo a la Cueva, suceda lo que sucediere.

—¡Ah, tú no sabes lo que te espera!

—Pero usted lo sabe i me lo dirá.

—Me gusta tu confianza. Pues, hijo, aquí, en esta noche de mar en tempestad en que vas a entrar, te encontrarás con una bandada, no, con una turba, ménos: con una atmósfera de cuervos voraces que te harán pedazos i para quienes no valdrán los conjuros que te ha enseñado Lucero.

—Yo venceré, pasaré adelante.

—Lo creo, tu te volverás águila, porque puedes hacerlo i pelearás, hasta salir desplumado. Pero mas adelante i en el término de la salida, no te valdrá ninguna brujería, ningun ensalmo, ningun valor. Allí el suelo está erizado de bayonetas, al estremo de no haber donde pueda pisar un mosquito; i la atmósfera está cruzada en todas direcciones de balas de todos los calibres imajinables, que te matarian aunque te volvieras pulga. Hijo, yo te lo digo con esperiencia: con los cuervos i los soldados que manejan aquellas armas no hai medio, pues que los unos

pican i los otros matan todo lo que no les pertenece. Lo mejor es no hacerles frente, no luchar con ellos a la descubierta, i dejarlos que solos entre sí se piquen i se destrozen, porque cuando tienen enemigos que combatir, se unen i se hermanan respectivamente a las mil maravillas.

—Es cierto que yo no debo combatir ni resistir.

—Ya, pero tampoco debes siquiera presentarte a esos monstruos en ningun caso. Un hombre cuerdo no lo hace jamas. Lo que importa es huir bien léjos de ellos, dejarlos aislados, solos, que se devoren en su propio fuego.

—¿Qué hacer entónces?

Asmodeo se quedó pensativo un rato. Luego continuó:—Hombre, yo te salvaria, pero no puedo hacer nada de valde, i tu no admites condiciones. ¿Me darias tu alma?

—La tengo dada a Lucero.

—Para dirijirla solamente, para ser tu padre espiritual.

—Lucero me dirije.

—¡Qué diablos!... Pero me ayudarias allá en el mundo en algunas cosas que yo te encargaria de vez en cuando?

—Eso sí, con tal de que no me estraviase de mi principal mision.

—¡No hai temor! Yo tengo hecho ya el ánimo a ver triunfar la democracia. Los hombres son hombres siempre, i tanto me da pescarlos en China como en Inglaterra, en Turquía como en la Union Norte Americana. Vamos, manos a la obra.

El viejecillo se levantó, i dando una cabriola, vol-

vió las espaldas al ingles. Súbitamente se desprendieron de su joroba dos enormes alas de murciélago, que desplegó con natural donaire. En la articulacion superior de esas alas aparecieron dos pequeños cuernos rosados que las coronaban graciosamente.

—Ya está, esclamó, échate sobre mí i aférrate de esos cuernecitos. Cuernos de cabron fueron los que te simbraron a la playa del mar cuando entraste a la Cueva, i cuernos de murciélago son los que te sacan para lanzarte a la ceja de la cordillera. Lo mismo da, i saldrás como has entrado. Dijo i partió volando hácia arriba como una bomba arrojada por el mortero.

El vuelo fué atroz, violento, mas veloz que el huracan, mas impetuoso que el rayo. Don Guillermo, aferrado de los cuernos i tendido en las espaldas de Asmodeo, sentia silbar el aire en sus oidos, veia precipitarse como una ilusion las montañas hácia abajo, i un vértigo doloroso le quitó el sentido. El instinto o mas bien la crispatura de sus nervios, le mantuvo asido a los cuernos.

Asmodeo llegó arriba i sentó airoso su planta. Sacudió el cuerpo i tiró su carga al suelo. El ingles estaba exánime, lívido, sin pulso. El viejo le echó una mirada al soslayo, sonriéndose; i haciendo una castañeta con ámbas manos, ahuecó su boca dándole el sonido burlesco de un calabazo, i se desprendió a la Cueva como un águila sobre su presa...

XXII.

1841.

El sol estabà en su zenit, i desprendia a torrentes sobre la tierra esa luz caliente, confortante, clara, nítida, espléndida con que nos regala en un dia de junio, cuando el suelo está ennegrecido por la lluvia, i los árboles en esqueleto nos presentan su triste desnudez.

La bóveda celeste ostentaba toda su pureza, ni un vapor la empañaba, i su limpio azúl relucia mas, en vez de atenuarse, con el esplendor del sol. La vista podia dilatarse i penetrar hastas las últimas ondas de aquel éter dulcísimo que azula nuestro cielo en un dia de invierno.

Ese calor vivificante obró en los miembros ateridos de nuestro héroe, que vuelto en sí, recobra todo su vigor i se pone en pié. Estaba en la cumbre de una montaña, a cuyo pié se estendia manso, inmenso i portentoso el oceáno: allá a lo léjos se divisaba una franja de espuma blanca como la nieve, describiendo el mismo curso de la base de las colinas, que formaban una estensa bahía. En el fondo aparecian como columnas flotantes algunos buques que surcaban las olas, i otros se veian de costado ostentando todo el lujo de sus velas, como las gaviotas que se columpian en sus alas desplegadas. Al pié de la

montaña se elevaban columnas de humo, i en los últimos declives se distinguian casas apiñadas, cuyos techos de diversos colores estaban limpios como despues de un aguacero.

Don Guillermo suspiró con efusion inefable i sintió que las lágrimas se le agolpaban i le eclipsaban la vista. Se arrodilló i oró.....

Despues de pasada esta primera impresion consagrada a Dios, reconoció que estaba en una senda que se prolongaba por toda la ceja de la montaña i descendia al mar.

—¡Este es el camino de Carretas, dijo, no hai duda! Allí está Valparaiso!!!....

I corrió como un niño hácia abajo, lanzando gritos de alegría i ajitando sus brazos de contento. Despues de largo tiempo, se sintió fatigado; paró, se sentó en una peña, i desde allí descubrieron sus ojos una ciudad estensa, cuyas calles se prolongaban a la orilla del mar, formadas por edificios elegantes, limpios i de variados colores. Sintió el bullicio, i en las casas que faldeaban las colinas mas próximas, vió el movimiento de los habitantes.

—¡No, esclamó tristemente, no, Valparaiso no es ese, no es tan grande, no es así! ¡Adónde estoi!

Mucho rato estuvo absorto, pero sin pensar en nada; i al fin su vigorosa intelijencia despertó.

Se puso en marcha de nuevo, pero pausadamente i aun con tristeza. Asi comenzó a penetrar por entre las primeras casas, i no siéndole estraño el tipo de las jentes que encontraba, paró enfrente de unas mujeres que cosian tomando sol a la puerta de una habitacion.

—¿Qué barrio es este, niñas? les preguntó en buen español?

—El cerro de Carretas, señor, le respondieron con afabilidad.

—Gracias, dijo, i siguió su camino.

—Mira, ¡qué gringo tan buen mozo! oyó que decia una mujer,

—¡Qué pálido! De dónde vendrá? decia otra.

Don Guillermo iba mas tranquilo, i su continente era ya el de un hombre que ha sufrido grandes desgracias, mas calmado.

El sol descendia tras de la punta de Curaumilla, cuando el ingles bajaba las últimas laderas de la quebrada del Arrayan i penetraba por callejuelas estrechas i barriosas.

Despues de algunos minutos desembocaba a la plaza Municipal i se dirijia sin vacilar a la calle de la Planchada. Multitud de jentes cruzaban en todas direcciones, pero nadie se dignaba echar una mirada sobre el viajero. Entre tanto él los miraba a todos i a cada momento creia encontrar a algun antiguo conocido; el corazon le palpitaba con violencia, la cabeza se le reventaba i sentia vahidos que le hacian sudar, las piernas le flaqueaban: tal era la fuerza de su emocion al verse salvo en los mismos sitios donde ántes soñó venturas.

De repente i casi maquinalmente, paró en el hotel de Francia, en cuya ancha puerta habia unos franceses con sendos i poco fragantes puros en la boca, hablando todos a un tiempo, *sans façon*, como si estuvieran en casa. El ingles entró derecho, i ellos, haciéndole paso, le miraron de alto a abajo, no sin

fijarse en el hermoso sobretodo que le cubria su elevado cuerpo, hasta mas abajo de las rodillas.

En el patio se presentó un mozo, i Mr. Livingston se dirijió a él preguntándole por madama Ferran.

—Ya no está aquí, señor, le dijo aquel, tiene ahora el hotel de Europa.

—¿A dónde?

—En la plaza Municipal, a la entrada de la calle de los Alamos.....

Mr. Livingston dió media vuelta i desanduvo su camino, volviendo a llamar la atencion de los franceses de la puerta, que le tomaron entónces por capitan de buque.

Llegó a la casa señalada, i apénas entró al patio sintió que madama Ferran llenaba todos los ámbitos de la casa con su voz sonora, dando órdenes desde los altos. Subió la escala, siguió el rumbo de la voz, i llegó hasta la persona que la producia. La voz paró un momento, pero luego se desató como una catarata. La servidumbre entera se puso en movimiento. Corrian luces por todas partes, tronaban los pisos entablados con las carreras, tropezaban los mozos llevando ropas de cama, bandejas, cubiertos i uno de ellos se despeñó escala abajo, impulsado por madama Ferran que le mandaba a la cocina.

Un cuarto de hora despues todo estaba tranquilo.

Pasados algunos dias, en una tarde húmeda i nebulosa, Mr. Livingston estaba tomando café en el Aguila i sucedia lo que se refirió al principio.

XXIII.

1860.

Pronto se enterarán diez i nueve años contados desde aquella tarde. Mr. Livingston habrá hecho hasta entónces dos mil ochocientos cincuenta viajes entre Santiago i Valparaiso, i habrá repetido en cada una de esas ciudades mil cuatrocientas cincuenta veces tres palabras misteriosas.

¿I nosotros qué hemos hecho? Nada. ¡Un solo viaje! ¿Para atras o para adelante? Ese es el problema. Los descontentos, que son muchos, dicen que para atras. Los contentos, que son pocos, dicen que para adelante. Mr. Livingston, que nos ve con ojos serenos, talvez creerá que principiamos a andar cuando él emprendió su peregrinacion, pero que a pocos pasos que dimos tropezamos i nos caimos de cabeza en un abismo.

¿Pero cuáles serán esas tres palabras sacramentales que el ingles pronunciará todavia ciento cincuenta veces hasta enterar sus veinte años de peregrinacion? ¿Serán las mismas que pronunciaba al salir de la Cueva—JUSTICIA, PATRIOTISMO, DEMOCRACIA? No lo sabemos; puede ser que sean, si es cierto que el amor a la patria, cuando es puro i verdadero, estimula al patriota a practicar la justicia i a buscar la felicidad de la patria en el triunfo de la democracia.

Lo que es indudable, porque Lucero lo dijo, es que el dia en que se halle el patriotismo perdido, será dia de gloria, de contento, de paz i de fraternidad.

Entónces talvez se aclarará el problema ántes indicado, i sabremos si hemos vivido hácia atras, como Quevedo; si hemos ido adelante como la tortuga, o si hemos estado en un abismo como suelen estar los zapos entumecidos i sin accion en las entrañas de la tierra.

Mr. Livingston viaja todavia. Su constancia es un ejemplo. Hoi se le ve ya estenuado de fatiga, flaco i andrajoso. Su color se ha atezado, sus ojos se han apagado. La melancolía mas profunda se pinta en su semblante. ¿Acaso desespera de hallar lo que busca? Morirá ántes de ese dia de gloria que le anunció Lucero?.....

Hace mui pocos dias que un coche paraba en el camino de Valparaiso, i un ingles de figura respetable sacaba medio cuerpo por la portezuela para llamar a don Guillermo. Este se acercó triste, mirando al suelo, i saludó. El del coche le paso su mano estendida i cubierta de monedas; el peregrino tomó una sola.

—¿Cuál es su nombre? le preguntó aquel en ingles.

—*Pagan* (peegan), respondió éste i saludando siguió su camino.....

¿Por qué ese otro nombre? Cuál es el verdadero?

Como quiera que sea, Livingston o Pagan, él es digno de las bendiciones del cielo.

Postdata.

Esa fué la última vez que vimos a nuestro héroe. El nombre de *Pagan* que habia tomado simbolizaba su idolatría, i la espresion inefable de su rostro perfilado i trasparente indicaba cuán ardiente era la fé que tenia en su ídolo.

Yo participaba de su fé, i hubo momentos en que me aluciné, creyendo que él habia triunfado, llenando su mision. ¡Engaño cruel! En 1868 he sabido que el pobre loco habia muerto despeñado en una cuesta del camino de Valparaiso por una carreta, ántes de completar sus tres mil viajes sagrados! El talisman del patriotismo quedó siempre encantado i Lucero perdida en las tinieblas. Lo que yo creia un triunfo no habia sido otra cosa que el claror deslumbrante del haz de pajas de la Mentira!

¡Funesta desgracia! El héroe habia vencido a la Ignorancia i a la Mentira con una firmeza incontrastable, i se habia salvado del poder de la Ambicion i del Fanatismo con un valor de todos los diablos. ¡Trabajo perdido! Su admirable constancia no alcanzó a desencantar al Patriotismo, i la verdad, la justicia i la democracia quedarán todavía en los abismos, hasta que las levante de allí otro héroe que no muere jamas, que tiene mas firmeza i mas valor que un hombre solo; otro héroe que ha atravesado los siglos luchando por aquellos bienes, a quien los griegos llamaban *Demos*, talvez por lo que tiene de demonio, i a quien nosotros llamamos *Pueblo*, en nuestro lenguaje moderno.

DIDÁCTICA.

EL

LIBRO DE ORO DE LAS ESCUELAS.

OBRA APROBADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

—

SESTA EDICION

CON UN APENDICE

SOBRE

EL

PROGRESO MORAL.

INFORME

i aprobacion universitaria.

Santiago, diciembre 12 *de* 1862.

Señor Decano:

Habiendo estudiado con toda detencion el opúsculo titulado *El Libro de Oro de las Escuelas*, compuesto por el señor don José Victorino Lastarria, tengo el gusto de informar a V. S. sobre su mérito, para cumplir con el encargo con que se sirvió honrarme en oficio del 4 de octubre del presente año.

Para mejor intelijencia de lo que voi a esponer, se me permitirá hacer una observacion jeneral, i es que he abrigado siempre la conviccion de que los sábios mas competentes i de reconocida autoridad, los sacerdotes de la ciencia i los depositarios de todo saber, cuando se limitan tan solo a presentar en obras eruditas a sus correlijionarios los resultados mas interesantes de sus investigaciones i descubrimientos científicos, lo cual, sin duda, tiene mucho atractivo, dando a la vez mucho brillo i realce al nombre del autor, no llenan su elevada mision sino a medias. Pues miéntras cumplen una parte de ella, abandonan completa-

mente la otra, que no es de ménos importancia ni de ménos utilidad, aunque talvez les obligue a un trabajo mas ingrato i fastidioso, i aunque no contribuya en nada a aumentar su reputacion literaria. Precisamente hablo de la composicion de buenos testos para la enseñanza i educacion de la juventud, i de libros populares de lectura para poner al alcance de todos las verdades sublimes i los conocimientos útiles de que tratan las diferentes ciencias. No siendo así, en el órden social las ciencias serian plantas verdaderamente parásitas i cosas de puro lujo para divertir o distraer a unos cuantos curiosos, i los que las cultivan serian unos parásitos, aunque no perjudiciales, pero que el Estado no tendrá el menor interes en protejer i favorecer.

No obstante, es mui reducido el número de las notabilidades literarias que, a mas de eruditas composiciones, se ocupan tambien en trabajos de la espresada clase. Mui al contrario, la mayor parte de ellas descuida i desprecia lastimosamente la ocupacion en tales trabajos, considerándolas como indigna de su alta reputacion, o mirándola como profanacion de la ciencia misma, i dejándola así por lo comun a manos de jentes que no son siempre bastante competentes en la materia, ni libres de preocupaciones, presunciones i miras personales. De allí proviene esa multitud de pretendidos testos para la enseñanza de todo lo que se ofrece, i ese sinnúmero de titulados libros populares que tratan de todas las ciencias humanas i divinas, escritos los unos i los otros por autores sin ciencia ni conciencia, i publicados por editores especuladores por lucro; libros que han llegado a ser aho-

ra para las naciones modernas, el azote i baldon de la literatura pedagójica i popular, multiplicándose, por desgracia, de dia en dia, presentando superficialidades i trivialidades mezcladas con errores i disparates de toda clase, i aumentando la ignorancia, presuncion i vanidad de los inespertos lectores ofuscados.

Ese mal tan terrible ha tomado ya demasiado cuerpo, para que se pueda curar simplemente por medio de reprobacion, prohibicion e interdicto. Para atajarlo desde luego i para acabar con él cuanto ántes, no hai mas que un solo espediente mui eficaz, i consiste en que los sábios mas distinguidos, las autoridades científicas, se comprometan a publicar tambien obras destinadas con especialidad para el aprendizaje de los distintos ramos en los establecimientos de educacion, i para la lectura de todos aquellos que quieran instruirse sobre las materias mas importantes. Proporcionando este gran bien al público, los mas afamados sábios, no solo no se desprestijiarian, sino ántes por el contrario, se harian doblemente acreedores al mayor aprecio de todos.

Pensando de esta manera, señor Vice-Decano, no estrañará usted que no pueda ménos de aplaudir lo que se ha propuesto el señor don José Victorino Lastarria, empeñando su pluma en componer obras destinadas para ilustrar al pueblo, i de dar los parabienes al ilustre autor del *Libro de Oro de las Escuelas:* opúsculo que, a mi juicio, reune todos los méritos que deben asegurarle siempre un lugar distinguido en la literatura pedagójica i popular.

Se compone el mencionado opúsculo de dos partes

distintas. La primera de ellas, que forma la *Introduccion* (páj. 9—67), es una memoria *sobre el objeto de la educacion social*, leida ante la *Sociedad popular de instruccion primaria de Santiago* i reproducida por el autor que, con mucha razon, la cree mui útil a los preceptores. Pues en ella vienen espuestas con claridad sus doctrinas sobre el objeto que debe proponerse la educacion social, doctrinas fundadas en los mas sanos principios de la moral i probadas de la manera mas concluyente. No me atrevo a dar un resúmen de ellas por temor de desvirtuarlas en mi esposicion; sino para que pueda formarse una idea aproximativa de su mérito, me limitaré solo a copiar testualmente unas cuantas proposiciones que dejan ver el pensamiento fundamental desarrollado por el autor en esa *Introduccion* "*La educacion social*, dice en las páj. 13 i " 14, esto es, la educacion que debe habilitar al indi- " viduo como miembro de una Sociedad no puede " tener otro objeto, otro propósito que la *perfeccion* " *moral* de ese individuo. La perfeccion moral del " hombre solo se puede alcanzar: 1º Instruyendo la " intelijencia con el conocimiento de lo *justo* i *verda-* " *dero:* 2º Inspirando en el corazon el amor de lo *justo* " i *verdadero:* 3.º Habituando al individuo a practicar " en todo lo *justo* i *verdadero.* Bien se deja ver que " para llenar una tarea semejante es necesario tomar " al individuo social desde que nace, poco ménos. " Mas, iniciad a los padres, i principalmente a la mu- " jer, en esa triple ciencia i así la tarea será llenada " sin costo ni esfuerzo." Agrega poco despues en la páj. 11: "Esa trinidad salvadora de la *nocion*, el *amor* " i la *práctica* de lo justo i verdadero, que sacó (el

" escolar) al salir de la escuela, en su intelijencia i su
" corazon, va a ser su guia, su criterio, su tutora en
" todos los actos de la vida."

En la segunda parte, (pájs. 69 —122) del referido opúsculo, el señor Lastarria presenta un *Catecismo para la instruccion popular*, que el autor, estimulado por la aprobacion de la respetable Sociedad ántes mencionada, conforme a los deseos de ésta, ha trabajado sobre las mismas doctrinas que acaba de esponer e ilustrar en la *Introduccion* que le precede. La materia sobre que versan las nueve lecciones en que está dividido ese *Catecismo* son las siguientes: la 1ª trata del *hombre* i la 2ª *de su perfeccion moral;* la 3ª abraza los *deberes del hombre para con Dios* i la 4ª los *deberes del hombre para consigo mismo;* en la 5ª se desarrolla la idea *de la libertad* i en la 6ª la *de la lei*, así como la relacion que hai entre *la lei* i la *libertad;* en la 7ª se esplica *la organizacion del Estado*, en la 8ª se enseñan *los deberes del hombre para con sus semejantes*, i en la 9ª *los deberes del hombre para con la creacion.* Ese *Catecismo*, para facilitar la comprension de su contenido i para ausiliar la memoria, viene acompañado de un *programa* correspondiente (pájs. 123—128.)

El método que se sigue al enseñar las indicadas materias es excelente i adecuado para todas las intelijencias; i asi mismo el lenguaje usado en toda la obra se distingue por su claridad, precision i elegancia, como lo es de esperar de un escritor de primer órden, sin dejar de ser jamas bastante popular, lo cual no consiguen siempre tales escritores, quienes pecan mui amenudo en sus pretendidos escritos

populares, ya por un estilo mui sublime, recargado de términos propios de las ciencias o artes, o ya por un lenguaje demasiado vulgar, i hasta pueril.

Por las razones que tengo el honor de esponer, opino, señor Vice-Decano, que *El Libro de Oro de las Escuelas*, del señor don José Victorino Lastarria, es mui idóneo para testo de lectura en las escuelas, así como tambien para ocupar un lugar en las bibliotecas populares, como lo solicita su editor propietario don José Santos Valenzuela.—Dios guarde a VS.

DR. JUSTO FLORIAN LOBECK.

Al señor Vice-Decano de la Facultad de Humanidades.

Santiago, marzo 13 *de* 1863.

Conforme a lo acordado por el Consejo en sesion de 7 del actual, se aprueba para que sirva de texto de lectura en las escuelas el opúsculo titulado: *El Libro de Oro de las Escuelas*, escrito por don José Victorino Lastarria.—Anótese.

BELLO,
Rector.

Miguel Luis Amunátegui,
Secretario Jeneral.

ADVERTENCIA.

En setiembre de 1857, leí ante la Sociedad popular de instruccion primaria de Santiago, un escrito sobre el *Objeto de la educacion social*, i estimulado por la aprobacion de aquella benéfica Sociedad, contraje el compromiso de trabajar sobre las mismas doctrinas un catecismo para la instruccion popular. Aunque tarde, cumplo ahora mi promesa, publicando el catecismo; i le pongo como introduccion aquel escrito, porque me parece que será mui útil a los preceptores.

Santiago, abril 5 de 1862.

OTRA.

En esta edicion, he creido deber agregar a la *introduccion* un apéndice sobre el *Progreso Moral*, a fin de dar a los maestros de escuela ideas precisas de la sociedad i de las leyes de su desarrollo. Es necesario que los maestros de la niñez tengan ideas positivas i no ilusorias, exactas i no erróneas, para que sus discípulos lleven la buena simiente, i se salven de la incertidumbre i del escepticismo que pierden hoi a los pueblos.

Valparaiso, noviembre 11 de 1868.

INTRODUCCION.

Objeto de la educacion social.

Nullum est jam dictum quod
non sit dictum prius.....
TERENT.

I.

La humanidad, asociada en diversas porciones, tiene como base de su asociacion ciertas *ideas fundamentales*, cuyo conjunto forma la armonía de todas las facultades del ser intelijente.

El conjunto de esas ideas fundamentales abraza todos los intereses de la sociedad. Por eso es que estos intereses se clasifican fácil i sencillamente en el órden de esas ideas fundamentales; i por eso es tambien que cada una de estas ideas tiene naturalmente un teatro, una esfera en que se desarrolla, mediante la actividad del hombre.

De aquí procede que cada idea fundamental por sí misma es una esfera de actividad humana. Por ejemplo, la idea fundamental de la *justicia* tiene su esfera de actividad en lo que se llama *Estado;* la idea fundamental de la *relijion* tiene su esfera de actividad en la *Iglesia;* las ideas fundamentales de la *indus-*

tria, del *comercio*, tienen sus respectivas esferas en cada uno de los centros en que se desarrollan estos grandes intereses denominados Industria, Comercio. Finalmente, las ideas fundamentales de la *moralidad* i de la *educacion* tienen tambien sus esferas respectivas de actividad en las asociaciones en que se prosiguen i desarrollan.

Hé ahí el mecanismo de la sociedad: ideas fundamentales i asociaciones peculiares i propias para desarrollarlas en todas sus fases i proseguirlas hasta sus últimos fines. Cualquiera otra idea sobre la constitucion de la sociedad humana distinta de esta, es falsa.

No porque haya en las sociedades algunas de esas ideas fundamentales sin esfera propia de actividad, i como arrimadas al abrigo de otras, se crea que no es exacta esta teoría que está apoyada en la observacion. La perfeccion social tiende a la emancipacion de cada una de las ideas fundamentales, i a medida que las naciones progresan, se ve que esas ideas adquieren su verdadera constitucion peculiar i se independizan de la tutela en que el atraso las mantenia. Ved sino lo que ha sucedido ya con la industria i el comercio en las naciones de primer órden, i lo que está sucediendo con la moralidad i la educacion.

No hace mucho que el comercio estaba en la Gran Bretaña al abrigo del Estado, quien lo dirijia i lo reglamentaba, i aun lo esplotaba en cuanto era posible a su naturaleza. Hoi el comercio es allí un poder, un interes supremo que se rije por sí mismo, que impone sus leyes, que influye por su propia virtud en las demas esferas sociales i que modera los instintos invasores del Estado. Antes el comercio sufria en

silencio la condicion a que una guerra lo sometia: ahora no es lo mismo. ¿No lo visteis en 1842 decidiendo, con el peso de su interes, la grave cuestion del Oregon? ¿No lo acabais de ver ahora influyendo en la diplomacia, como árbitro de la paz, para conseguir que el Estado transijiese amigablemente las casi insolubles dificultades en que se han hallado la Gran Bretaña i la federacion Norte Americana, dificultades que cincuenta años atras habrian atraido sin duda una guerra desastrosa?

Así era la educacion. Fué un tiempo en que ella era administrada por los ministros de la relijion, sus únicos depositarios. Mas tarde la Iglesia compartió con el Estado su tarea. ¿I no habeis visto sublevarse en Francia la gran cuestion de la libertad de la enseñanza? ¿Qué otra cosa era esa cuestion, sino la reclamacion formal que la sociedad hacia de esa idea fundamental para darle una existencia propia en la esfera que le pertenecia, i emanciparla de las leyes a que el Estado i la Iglesia ántes la sometian? Mirad cómo se ha operado eso mismo en los Estados Unidos del Norte. Allí la educacion es ya un negocio de la sociedad i no del Estado, ni de la Iglesia: la educacion tiene su esfera que le es propia, i en ella se mantiene, se dirije i se desarrolla. El Estado no hace mas que facilitarle, como facilita a las demas ideas fundamentales, las condiciones de su desarrollo.

Mas tarde sucederá lo mismo entre nosotros: hoi la educacion es un negocio del Estado i casi no puede existir sin la ayuda poderosa de éste. Mas tarde se constituirá en su esfera propia, i entónces deberá su vida i su desarrollo a la actividad social, i no a la

accion del Estado, la cual quedará limitada a facilitarle las condiciones necesarias a su independencia i progreso: entónces vendrá la organizacion especial de la educacion i las contribuciones especiales i sociales para su sosten.

Acaba de aparecer el primer síntoma de esta nueva era en Chile, desde que la sociedad espontáneamente se ha puesto al servicio de esta idea fundamental, organizando para promoverla reuniones populares, con el nombre de *sociedad de instruccion primaria*. Síntoma benéfico que el Estado no debe combatir, sino ayudar en todo sentido, pero sin desnaturalizarlo i sin tomar otra parte en esta accion de la sociedad que la mui necesaria para impulsarla i llevarla hasta sus últimos resultados, sin quitarle su carácter popular.

Una de las cuestiones mas sérias que surjen de esta situacion, que, sin agravio podemos considerar incipiente, puesto que todavia no hai en ella ni sobre ella ideas fijas, es la del objeto que debe proponerse la educacion social. Hé aquí la cuestion que yo me propongo abordar.

II.

La educacion social, esto es, la educacion que debe habilitar al individuo, como miembro de una sociedad, no puede tener otro objeto, otro propósito que la *perfeccion moral* de ese individuo, es decir, el desarrollo de todas su facultades.

La *Moral* no es otra cosa que la espresion de las relaciones necesarias del hombre: así es que la perfeccion moral abraza el alma humana en todo su ejercicio, es decir, en sus tres manifestaciones funcionales de espíritu, corazon i carácter; o sea consejo, impulso i ejecucion, que tambien se llaman intelijencia, sentimiento i actividad.

La moral es una sola, una misma en todas partes; pero como su fundamento está en la nocion de lo justo i verdadero, i esta nocion puede ser oscura, errónea, falsificada, segun las civilizaciones, las creencias i los intereses dominantes en distintás épocas i en difirentes paises, ha sucedido i sucede que las relaciones necesarias entre los hombres han tenido bases diferentes i aun contrarias. De aquí procede que la perfeccion moral, el progreso moral, ha estado siempre en razon directa de la exactitud de aquella nocion: luego, es necesario purificar la nocion de lo justo i verdadero, para purificar las costumbres.

Las tres manifestaciones funcionales del alma hu-

mana son solidarias i representan íntegramente la accion cerebral, cualesquiera que sean sus denominaciones, ya se las llame intelijencia, corazon i actividad, ya se les atribuya oríjen i esencia diferentes. Su conjunto forma al hombre, i al tratar de las relaciones del hombre, esto es, de la moral, no pueden separarse las facultades afectivas, o los instintos, de las facultades intelectuales i de facultades prácticas.

La perfeccion moral del hombre solo puede alcanzarse:

1.° Instruyendo la intelijencia con el conocimiento de lo *justo* i *verdadero*.

2.° Inspirando al corazon el amor de lo *justo* i *verdadero*.

3.° Habituando al individuo a practicar en todo lo *justo* i *verdadero*.

Bien se deja ver que para llenar una tarea semejante, es necesario tomar al individuo social desde que nace, poco ménos. Mas, iniciad a los padres, i principalmente a la mujer, en esa triple ciencia, i así la tarea será llenada sin costo ni esfuerzo.

Ya que la sociedad no puede penetrar en el hogar doméstico, i tiene que limitarse a tomar al niño en las puertas de la escuela, es necesario que desde allí le conduzca al conocimiento, al amor i a la práctica de lo *justo* i *verdadero*. Es necesario que en la escuela, en este segundo hogar doméstico del hombre, todo, todo conspire a aquellos fines: los rudimentos de la instruccion primaria, las esterioridades que rodean al niño, las palabras que oye, las maneras de los que con él alternan. ¿De qué sirven la lectura, escritura i nociones del cálculo que el escolar aprende, si al

mismo tiempo que las aprende no hace su educacion social en los libros que lee i copia, en las conversaciones que oye i sostiene con sus maestros i sus condiscípulos, i aun en los objetos que palpa o ve miéntras permanece en el sitio de su aprendizaje?

Talvez mañana cuando ese escolar se retire para entrar en el mundo, no tendrá ya ocasiones de leer o escribir, absorbido enteramente por las ocupaciones materiales de que va a sacar su subsistencia. Entónces es precisamente cuando esa trinidad salvadora de la *nocion*, el *amor* i la *práctica* de lo justo i verdadero, que sacó al salir de la escuela, en su intelijencia i su corazon, va a ser su guia, su criterio, su tutora en todos los actos de su vida.

La instruccion primaria, pues, no es completa, no es social, sino comprende la educacion moral del individuo, aunque no sea mas que en sus elementos, habilitándole para adquirirla mejor i en mayor escala en el mundo, para que pueda dirijirse i dirijir a los suyos en el camino de la vida. De esto depende casi el porvenir del hombre i de la sociedad, porque, como decia aquella alma del Purgatorio al Dante, es preciso confesar que la *mala direccion* ha perdido al mundo, i no la corrupcion de vuestras costumbres.

Non natura che in vol sia corrutta.

No basta saber leer i escribir. En Prusia todo el mundo sabe, i lo que es mas admirable, en el Paraguai tambien; i sin embargo, ya veis cuán lejos están esos pueblos de la verdad i de la justicia. ¡Tan cierto es que la sociedad puede ser ignorante i esclava del despotismo, aunque sepa leer i escribir!

III.

La nocion de lo justo i verdadero en moral es mui simple, i como en sí misma es una verdad, es fácil inspirar el amor por ella, porque el corazon ama mui naturalmente la verdad. Esta nocion es ademas tan clara, que puede servir i sirve realmente de base a todas las demas ideas que el hombre puede adquirir en adelante, ya sea con el estudio, ya sea con el simple trato del mundo.

Tomad al hombre tal como es en su propia naturaleza, i hallareis que en todos sus pensamientos i en todos sus actos solo se toca con Dios, consigo mismo, con los demas hombres i con las demas cosas de la creacion. De aquí procede que todos los deberes del hombre se pueden clasificar en este órden:

1º Deberes para con Dios.
2º Deberes para consigo mismo.
3º Deberes para con sus semejantes.
4º Deberes para con las cosas creadas.

Para adquirir la nocion de lo justo i verdadero en todas estas relaciones del hombre, investigad un poco, i hallareis:

Que lo que el hombre debe a Dios es—*Adoracion.*

Que lo que se debe a sí mismo es—*Probidad.*

Que lo que debe a sus semejantes es—*Caridad i Justicia.*

Que lo que debe a la creacion es—*Respeto por la posicion natural de las cosas creadas.*

He ahí las virtudes cardinales de la moral, virtudes que son el foco de todas las demas virtudes morales: i se llaman virtudes, porque, a causa de los malos instintos de nuestra naturaleza, el hombre tiene siempre que poner algun pequeño esfuerzo de su parte para amar i practicar lo que esos deberes le imponen. Definid, pues, con precision esos deberes; administrad al niño o al adulto una idea exacta de esas virtudes, haced que las comprenda en toda su sencilla fuerza, i vereis cómo las ama i las asocia, las asimila a su ser, de modo que en el resto de su vida no las olvida ni las abandona.

No olvidemos, empero, que cada uno de aquellos cuatro órdenes de relaciones en que el hombre se halla colocado por su naturaleza, tiene una base sobre la cual respectivamente se hallan fundadas esas relaciones. De este modo:

La base de nuestras relaciones con Dios es la *Relijion.*

La base de las relaciones del hombre consigo mismo es la *Libertad.*

La base de sus relaciones con los demas hombres es la *Igualdad.*

La base de sus relaciones con la creacion es la *Propiedad.*

Así, pues, nuestra *adoracion de Dios* supone precisamente una *Relijion.*

La *probidad,* que es el compendio de nuestros deberes para con nosotros mismos, supone la idea de nuestra *Libertad,* que es la que caracteriza al ser intelijente.

La *caridad* i *justicia* que constituyen nuestras relaciones con nuestros semejantes, suponen la idea de la *Igualdad.*

I el respeto que debemos a las cosas creadas, segun el órden de la creacion, tiene por base la *Propiedad.*

La necesidad de definir i comprender bien ciertas ideas, sobre las cuales reposan las prácticas sociales, es mui esencial en pueblos novicios, como los nuestros, en esas prácticas: en pueblos cuya vida social tiende a rejenerarse, amoldándose a principios que ántes les eran desconocidos. Es necesario comprender esos principios en toda su exactitud i pureza, a fin de que la vida social no se estravie por el error: purificad la intelijencia, que es la fuente de las costumbres, si quereis que las costumbres sean sanas i puras. Los pueblos ingleses, por ejemplo, practican la libertad sin definirla, sin que a nadie se le ocurra dificultad alguna acerca del sentido de esta palabra; pero no sucede así a los pueblos llamados latinos, para quienes la libertad es una novedad i en donde la falta de un sentido fijo de esta palabra ha hecho creer a muchos "que la libertad es una quimera, como el ave Fénix, de que todos hablan, sin que nadie la haya visto." Esta es la razon por que esos pueblos latinos son ahora mas teoristas i los ingleses mas prácticos: la filosofía está en la vida práctica de éstos, miéntras que entre nosotros está solo en los libros.

IV.

Deberes del hombre para con Dios.

La adoracion a Dios es una necesidad impuesta al hombre por su naturaleza. A medida que se desarrollan las facultades del hombre, él reconoce que su poder humano es limitado, porque no puede ni crear, ni gobernar a su arbitrio las cosas que le rodean. De aquí la idea de una causa superior en la creacion, de un principio autor i regulador de la naturaleza. Ese principio es Dios. La intelijencia del hombre lo concibe, i la conciencia misma de su impotencia i debilidad le hace buscar en ese principio su apoyo, su amparo, su consuelo. Entónces la idea concebida por la intelijencia se refleja en el corazon. Hé aquí la *Relijion*, es decir, "la union del hombre, por medio "del espíritu i del corazon, con el Ser Supremo, "causa primitiva que sostiene el universo i lo go- "bierna segun las leyes que su sabiduría le ha trazado (1)."

La revelacion esterna de esa íntima i dulce union del hombre con Dios, es lo que constituye el *culto*, i

(1) En la esposicion de estas i otras doctrinas, prefiero copiar a a otros autores, en obsequio de la precision, que talvez no podria conservar en un escrito de esta clase, si yo las espusiera de otro modo. Valga esta advertencia para ahorrarme citas.

la asociacion del hombre relijioso con el hombre relijioso, es decir, la *Iglesia*, es la esfera en que aquella idea fundamental recibe su desarrollo, mediante la actividad humana. Dejemos a la Iglesia la enseñanza de los dogmas i del culto, que complementan la lei fundamental de la relijion: pero que la escuela primaria inculque esta idea i la haga amar.

La relijion es la fuente de un sin número de ideas i de actos en nuestra vida; es el compendio de nuestros deberes para con Dios, i cuando el hombre no se siente unido a su Creador, esas ideas se convierten en errores, esos actos se estravian de lo justo. El hombre irrelijioso es un peligro viviente para sí mismo i para la sociedad: como individuo, él necesita de la relijion para elevar su espíritu, para rehabilitar sus fuerzas, para buscar en las leyes de Dios la regularidad de sus actos i su propio consuelo: como miembro de una sociedad, él tiene necesidad de la relijion para cultivar ese vínculo de fraternidad con sus semejantes.

Tal es el interes del hombre social: cuando ese interes se reconoce, la razon viene por sí sola a presentar un fuerte apoyo a la fé. El hombre cree, porque su razon se lo aconseja i su interes se lo exije. Contra la razon unida de ese modo al interes individual i al interes social, la duda no puede nada; el *escepticismo*, esto es, la negacion de toda creencia, ese mal de los tiempos modernos, que nace del choque que recibe la independencia del espíritu, cuando se le manda creer por fuerza, deja de existir, deja de ser sensible.

Cuando se concibe la relijion como una idea fundamental que tiene su asiento en la intelijencia i el

corazon, esto es, en la razon i el sentimiento del hombre, tampoco es temible el *fanatismo*, que es otro estremo talvez mas pernicioso que el escepticismo. El escepticismo, que es la duda, puede hacer al hombre inmoral: el fanatismo, que es la exajeracion del celo relijioso, da a su espíritu "una exaltacion febril que le hace traspasar los límites de los medios ordinarios que la razon nos sujiere para acreditar i sostener nuestras ideas."

Concebid así la idea fundamental de la relijion, dad esa base de verdad i de justicia al espíritu, i entónces el hombre relijioso hallará, en su culto i en su iglesia, un raudal en que templar los dolores a que está sujeta su débil naturaleza.

V.

Deberes del hombre para consigo mismo.

Todo lo que el hombre se debe a sí mismo se encierra en la *probidad* u *honradez*, en esta virtud que consiste en el hábito de hacer constantemente el bien. El hombre está destinado en la tierra a realizar su bien natural, i este bien solo puede hallarlo en el desenvolvimiento completo de sus facultades i en su aplicacion a todas las cosas, conforme al órden jeneral del universo i a la naturaleza de cada cosa en particular. Tal es su fin en el mundo, fin cuyo cumplimiento conduce naturalmente a la vida eterna, porque no se obtienen las promesas de Dios sino cumpliendo i respetando sus leyes; esas leyes que nos imponen el desarrollo de nuestras facultades, i que condenan cualquiera aplicacion de estas facultades que no sea conforme con el órden jeneral i con la naturaleza de la cosa a que hacemos la aplicacion.

Todos los *deberes morales* del hombre se fundan, pues, en el cumplimiento de este fin, principiando por los deberes que tiene para consigo mismo, que se encierran en la *probidad*. El hombre debe practicar el bien, no por su interes personal, sino porque es bien en sí mismo, esto es, porque la accion que lo produce es conforme a la relacion en que se halla con el órden jeneral de la naturaleza. El bien del hombre

no es, como lo supone el *egoismo*, un patrimonio esclusivo suyo e independiente del órden natural con que está en relacion: cuando se rompe esa relacion, el bien no es puro, i cuando no hai *pureza* en los móviles de nuestras acciones, no hai *moralidad*.

Con todo, es una lei de nuestra naturaleza que el bien que resulta de obrar así nos aprovecha particularmente a nosotros. Por esto es que la probidad o el hábito de obrar el bien consulta nuestro propio beneficio, porque nos atrae la estimacion, el respeto i todas las ventajas que logra jeneralmente el hombre probo o recto. La probidad, que tiene su base en la rectitud del ánimo i su práctica en la pureza de nuestras acciones, asocia, pues, nuestro interes individual con el interes de los demas hombres, i en esta union ofrece una verdadera garantía para el bien jeneral. El hombre debe abstenerse de hacer mal, porque así procura su propio bien: el amor de sí mismo i su buena reputacion están empeñados en esto. "No obre mal quien bien espere," dice el adajio, i en ese dicho vulgar se encierra toda la filosofía de los deberes del hombre para consigo mismo.

Dicen los filósofos que el deber capital del hombre para consigo mismo, es el *amor de sí mismo*, que le aconseja la *templanza*, *la sobriedad*, la *castidad* i el *trabajo*, para la conservacion de su cuerpo; i para la elevacion de su alma el *conocimiento de la verdad* i el *amor de la virtud* o de todos sus deberes morales. En horabuena, todas esas virtudes se compendian en la probidad.

Si el amor de sí mismo se exajera, se convierte en egoismo, en soberbia, en vanidad; si ese amor se

estravia por el aliciente de los placeres, el hombre se hace gloton, ébrio, lujurioso i perezoso; si abandona su alma al error, a la ignorancia, i no cultiva en su corazon el amor al deber, en todos estos casos peca contra la probidad, se hace un mal a sí mismo, lo hace a los demas, dejando de hacer el bien o dejando de cumplir sus deberes; pierde su reputacion, i en lugar de ser un hombre probo i recto, un hombre honrado, se convierte en un miserable que todos desprecian i rechazan.

Por eso es que la probidad u honradez, es la primera virtud que el hombre debe aprender, el primer deber que ha de cumplir respecto de sí mismo, por su propio beneficio, por su propia dignidad; i la manera mas segura de practicarlo, está en el hábito de meditar siempre de antemano el resultado de nuestras acciones, hábito que se conoce con el nombre de *prudencia*, i que es una de las facultades prácticas o activas de que está dotado el hombre.

Hemos dicho que la base de estos deberes del hombre para consigo mismo es la *libertad*, porque el hombre que comprende i practica la libertad cumple con la primera lei a que está sujeta su propia naturaleza, i sin violencia ni cálculo, se hace recto i puro, ejercita la virtud que se llama probidad.

El hombre está dotado de la *voluntad*, facultad que consiste en querer o no querer, en determinarse a hacer o a no hacer alguna cosa. La voluntad es en su oríjen una manifestacion de nuestros instintos, esto es, de las cualidades afectivas de que estamos dotados, las cuales espresan una accion espontánea, un impulso vivo i rápido hácia un objeto cualquiera; pero en

su ejercicio está rejida por nuestras facultades intelectuales i principalmente por la meditacion inductiva i la deductiva. En los brutos, la voluntad es la simple manifestacion de los instintos naturales, sin que la reflexion intelectual entre en esa direccion, sino es de una manera mui débil o imperceptible para nosotros. Tal es la causa de nuestra superioridad moral, i por eso la voluntad tiene en nosotros el carácter de una facultad, en cuanto sus actos, que se llaman nuestras *voliciones*, no son simplemente impulsos irreflexivos de nuestros instintos, sino determinaciones de nuestra meditacion, o de todas nuestras facultades intelectuales. Si así no fuera, no existiria en el hombre el *libre albedrío*, cuya existencia han negado los que consideran nuestras voliciones como impulsos irreflexivos de nuestros instintos, sin participacion alguna de nuestra intelijencia, i por consiguiente, como actos fatales i necesarios.

La voluntad es, pues, una facultad, o mas bien, un resultado complejo de nuestras facultades instintivas e intelectuales, i por eso es *libre*, o en otros términos, está limitada, reglada en su práctica i ejercicio por la *libertad*, que es el carácter distintivo del hombre. La intelijencia contempla i medita ántes de determinarse i de obrar, i todas estas operaciones son *libres*, esto es, se practican siempre sin sujetarse a otra cosa que al juicio que el hombre forma sobre lo que conviene a su existencia i al desarrollo de su ser, conforme a su naturaleza i al órden jeneral del universo.

Esto es lo que comprueba la observacion, i cualquiera puede verificar estas leyes a que está sujeto el hombre con solo meditar un poco. Los instintos de-

terminan el primer impulso, i la intelijencia lo dirije casi simultáneamente, produciéndose lo que se llama un acto de la voluntad; pero la intelijencia en esta operacion, que en la mayor parte de los casos es rápida, busca lo que es mas conforme a las condiciones de nuestro bien. La eleccion de esas condiciones i su uso, constituyen un poder que es peculiar del hombre, que le es característico, i que se representa en el lenguaje con la palabra *libertad.* Por eso decimos que el hombre es libre por su naturaleza, porque tiene ese poder de elejir i de emplear las condiciones de su existencia i desarrollo, de un modo ámplio i completo en todas las esferas de su actividad; i de aquí procede tambien que su voluntad debe estar reglada por ese poder llamado libertad.

La libertad no es, pues, una abstraccion metafísica, como no lo es la voluntad ni su mecanismo; es algo mui real i efectivo en el hombre, algo mui jenérico, que se descubre en todos sus procedimientos mentales i físicos, en todos sus actos, porque no hai uno solo de éstos que no vaya encaminado a su fin natural, es decir, a las condiciones de su existencia i del desarrollo de su ser, que es la perfeccion. Esta libertad moral o intelectual es la que se convierte en la vida práctica en el uso o posesion de nuestros derechos.

VI.

Mas, es preciso reconocer que no hai en el lenguaje moderno una palabra mas vaga que la palabra *libertad*, pues que a fuerza de definirla, el error i los intereses mezquinos han hecho de ella un término acomodaticio a diversos i contradictorios intereses; i por su ambigüedad ha llegado a inspirar dudas, sospechas i aun temores.

Los antiguos habian hecho de la libertad una divinidad, hija de Júpiter i de Juno; i el pueblo romano, por medio de contribuciones voluntarias, le erijió un gran templo sobre el monte Aventino, en donde la representaban en traje de ciudadano, teniendo en una mano un cetro roto, en la otra una lanza coronada del gorro que se ponia a los esclavos cuando eran libertados, i a sus piés un gato, como que es un animal enemigo de toda restriccion. (1)

En los tiempos modernos, la libertad volvió a ser un ídolo durante los primeros años de la revolucion de 1789, en Francia: se le consagraron árboles i estátuas que fueron objeto del entusiasmo popular i de los preceptos de las leyes, i aun se le consagraron fiestas, en que la diosa era representada por

(1) Tambien la representaban como una mujer con traje de ciudadano, con el gorro en la cabeza i las tablas de la lei en la mano, mostrándolas al pueblo.

una mujer viviente que se prestaba a divinizarse.

Pero en esas fórmulas de la idolatría antigua i moderna existia una idea, la de soberanía. Los romanos significaban con el nombre de la diosa del Aventino lo contrario de la *esclavitud*, es decir, la *soberanía*. El ciudadano era libre, porque era soberano, porque ejercia los derechos políticos de que carecia el esclavo. La libertad no tenia otro sentido en las repúblicas de Grecia i de Roma: así es que cuando los romanos delegaron su soberanía en el emperador, se hicieron esclavos; i no conservaron la ciudadanía sino en el nombre. De la misma manera los franceses, entendiendo la libertad a la romana, segun las doctrinas de Rousseau i Mably, haciéndola consistir en la soberanía del pueblo, simbolizaban con el árbol de la libertad i las estátuas de la diosa, colocadas donde ántes existian las de sus reyes, lo contrario de la monarquía, que era el sistema que querian destruir; pues que, bajo la monarquía absoluta carecia el pueblo de derechos, miéntras que la revolucion los conquistaba para todos.

En la Edad Media, la libertad solo habia sido el patrimonio de los señores de la tierra. Unicamente los barones feudales eran soberanos, i por consiguiente libres; ellos solos tenian derechos. Los pecheros o vasallos eran esclavos o siervos: no eran soberanos.

Al lado de estas ilusiones de la fantasía popular, los filósofos se han empeñado en estudiar la libertad, no en su carácter de divinidad, ni tampoco en su carácter práctico, sino solamente en su aspecto de una *Facultad del alma humana*. En este sentido cada cual la ha definido segun sus convicciones o segun sus

intereses. Seria imposible recordar todas esas definiciones, i aun seria inútil, puesto que algunas de ellas solo han prevalecido como las mas aceptables i corrientes, bien que todas ellas son falsas o erróneas.

Los que dicen que la libertad es la *facultad de hacer o no hacer algo*, limitan la libertad a los hechos, sin fijarse en su aspecto moral; i al mismo tiempo la estienden a la omision, es decir al caso en que nos abstenemos de hacer algo. La libertad no se reduce únicamente a los hechos, porque se estiende al pensamiento, i como ella es siempre positiva i práctica, no es exacto decir que existe la libertad cuando no hacemos nada. Por otra parte, si la libertad fuese la facultad de hacer o no hacer, se podria entender que en ella estaba comprendido el poder de hacer mal. Eso no: el hombre es libre para todo, ménos para hacer lo que la razon condena como malo. Cuando se obra el mal, no se práctica la libertad. Lo que se señala mas propiamente con esta definicion es la *voluntad*: esta sí que es una facultad compleja del alma, i en virtud de ella sí que se hace o no se hace algo; pero sin olvidar que su ejercicio está reglado, como acabamos de decir, por la libertad.

Los que dicen que la libertad es la *facultad de hacer lo que la lei no prohibe*, tambien cometen un error funesto. Eso es suponer que la libertad es la obra de la lei, de los caprichos o errores de un lejislador i no de la naturaleza misma del hombre. Segun tal definicion, la libertad deja de ser un elemento absoluto i constitutivo de nuestra naturaleza, i pasa a ser un don accidental i relativo, que depende enteramente de la voluntad humana: de esto resultaria que en

aquellos paises en que el hombre i todas sus facultades, su vida, su honor, su propiedad, están al arbitrio de un déspota feroz, como en Marruecos, por ejemplo, el hombre tiene libertad, porque al fin tiene la *facultad de hacer lo que no le prohibe la lei*, que es el capricho del déspota. Semejante conclusion es espantosa, la libertad es harto mas elevada; ella no es la obra del hombre, ni de sus leyes escritas, sino la obra de Dios, que la ha hecho un elemento de nuestra naturaleza, como lo es el alma, como lo es la palabra, como lo es el cuerpo. La lei escrita se limita a reconocerla, a formularla, a asegurarla, pero no puede negarla, ni crearla, ni destruirla.

La pretension de hacer de la libertad una creacion de la lei escrita ha hecho sostener a otros que aquella consiste en el *albedrío ilimitado* del hombre, que es necesario limitar por las leyes, a fin de que la libertad de cada uno pueda coexistir con la libertad de todos. Este sistema sujeta la libertad a un mecanismo que puede ser tan vário i caprichoso, como lo son las leyes de los infinitos pueblos que ocupan el globo; i supone falsamente que el hombre puede existir fuera de la sociedad o ántes de la sociedad, para poder ejercitar ese *arbitrio ilimitado* que se le atribuye. Es cierto que el hombre hace el mal, i que cuando deja sin freno su arbitrio, siguiendo solamente el impulso de sus instintos, se desboca como el bruto que no tiene lei ni Dios; pero eso mismo nos prueba que el albedrío humano no puede existir ni ha existido nunca de un modo *ilimitado*, puesto que el hombre ha salido de las manos de su Creador sujeto a leyes inmutables, que hacen que ese arbitrio sea *libre*, perb

no ilimitado: libre para proceder conforme al órden natural, pero no desenfrenado para violar ese órden i convertir la dignidad humana en la ruindad de una bestia. La libertad existe por sí sola i coexiste consigo misma, en cuanto la practican todos los hombres simultaneamente. Las leyes son necesarias para correjir o castigar lo que el hombre hace fuera de la libertad, i no para limitar o correjir esta libertad, que está limitada i correjida en la conciencia misma del hombre, puesto que ésta le dice bien alto que cuando ofende el derecho ajeno, no obra con *libertad*, sino con *perversidad*.

Hai otra definicion de la libertad, que sin tener los graves defectos de las anteriores, es tambien inexacta. *La libertad*, se dice, es la *facultad que tenemos de tomar posesion de nosotros mismos, de detenernos a fin de deliberar, de determinarnos a consecuencia de una deliberacion i de obrar a consecuencia de una determinacion.*

Esta definicion podria convenir a la libertad moral o intelectual, si fuera mas exacta, pero de ninguna manera cuadra a la libertad práctica. La facultad de deliberar, la de determinarnos a hacer una cosa, i la de obrar o hacer lo que hemos determinado, pueden realizarse sin que tenga que ver en ello la libertad práctica, sino la libertad moral, o lo que se llama libre albedrío, esto es, las facultades intelectuales de que está dotado el hombre, dirijiendo los impulsos de su voluntad. El esclavo puede deliberar, puede determinarse en virtud de su deliberacion, i puede tomar o no la azada, mover o no la máquina que le está confiada para su trabajo, i en esto ejercerá su libre albedrío; i sin embargo no tiene libertad, porque no

puede usar de sus derechos de hombre para consultar las condiciones de su existencia i de su perfeccion. Mas la definicion es inexacta, aun aplicada al libre albedrío, o libertad moral, porque olvida el principal carácter de esta facultad activa del alma, que no puede ni debe tener otra aplicacion que la de consultar i cumplir las condiciones de nuestra existencia i desarrollo, conforme al órden jeneral del universo i de cada cosa en particular. "Todo tiende al equilibrio en el mundo moral, como en el mundo físico: la virtud es el equilibrio de las afecciones, la razon es el equilibrio de las facultades, el órden es el equilibrio de las fuerzas." Cuanto se haga en contrario será un estravío, un abuso de la libertad moral, pero no es esta libertad. El asesino que delibera, que se determina, i que asesta el golpe a su víctima, puede haber puesto, en esas operaciones de su alma, en ejercicio sus facultades intelectuales, pero no obra en la esfera de su libertad moral. Por otra parte, esas operaciones de deliberar, de determinarse i de obrar pueden ser o no simultáneas, pero en ningun caso, ni en su conjunto, ni separadamente, constituyen por sí mismas lo que se llama *libertad* en la vida práctica.

VII.

La *libertad* no es pues una *diosa*, i, considerada como una *facultad* del alma, no es una facultad intelectual, ni una cualidad o facultad afectiva: para ser diosa, le faltan todos los atributos de la divinidad, i para ser facultad intelectual o afectiva, le faltan el tipo especial i el carácter que tienen estas propiedades del espíritu humano, pues ni es una facultad primordial que se refiera a la concepcion de las cosas, ni es un impulso espontáneo del sentimiento. La libertad moral, considerada como facultad, es mas propiamente un poder complejo, una facultad activa que el alma ejercita, poniendo en accion sus instintos i sus facultades intelectules.

Los romanos, al erijirle altares, no la consideraron como facultad del alma, sino como un hecho, que constituia cierta condicion o estado del hombre en sociedad: a esa condicion fué la que ellos llamaron *libertad*, en contraposicion a otra condicion social contraria, que se llamaba *esclavitud* (1). Su error es-

(1) Por eso algunos de los filósofos negaron la existencia de la libertad, porque a sus ojos todos eran esclavos: otros la hacian consistir en no ser esclavo de las pasiones. Horacio decia: *Tu mihi qui imperitas, aliis servis miser; atque duceris, ut nervis alienis mobile lignum*; lib. 11, sat. VII.—Séneca esclama en la Epist. 1.ª, *Vici, non Persas, sed averitiam et ambitionem, et metum mortis, qui victorem gentium vicit.*

taba en limitar esa condicion a la ciudadanía política, haciéndola consistir en la facultad de ejercer los derechos de la soberanía popular, i no en la posesion de los derechos individuales. Tal fué tambien el error de la revolucion francesa. Del mismo modo erraron los hombres de la edad media, haciendo consistir la libertad en la soberanía de los señores. Unos i otros no vieron que, si la libertad práctica es un hecho, no pertenece esclusivamente a la sociedad, ni consiste esclusivamente en la soberanía, sino que es tambien un hecho en la vida práctica de los individuos. El hombre tiene derechos, que son otras tantas condiciones de su existencia i de su perfeccion; i cuando no se respetan en él esas condiciones, se destruye su libertad, por mas que el pueblo sea soberano, como en Roma, o por mas que los propietarios i señores feudales lo sean, como en la Europa de la Edad Media. La libertad práctica es pues un hecho, una condicion de la vida humana en todas las situaciones; i teniendo su oríjen i base en la libertad moral, es inherente a la naturaleza del hombre en jeneral i de cada hombre en particular.

Los filósofos i los pueblos que se han apartado de este modo de considerar la libertad, han errado por eso; i su error principal ha consistido en considerarla como una *facultad*, pues se han visto precisados o a confundirla con la voluntad, o a limitarla a una esfera estrecha de accion en que no se comprende toda la estension de la libertad.

La libertad es un hecho como lo es la independencia de las naciones. Se dice que la independencia consiste en que las naciones tengan una autoridad

constituida que las dirija i represente; i no seria propio decir que la independencia es una facultad, puesto que aquel hecho supone la existencia, no solamente de una facultad, sino de todas las facultades o poderes que son necesarios para gobernarse i representarse ante las demas naciones. Así es tambien la libertad, un poder complejo i de hecho, que consiste en el *uso de nuestros derechos*, porque solo es libre el hombre que puede usarlos; i mal podria sostenerse que ella es una facultad simple del alma, puesto que el hombre, al usar un derecho, puede poner en ejercicio todas o muchas facultades de las que está dotado su espíritu.

El ser intelijente existe en el mundo mediante ciertas condiciones indispensables a su vida i perfeccion, condiciones que dependen de la voluntad de los demas hombres, i que se fundan en las relaciones que todos tienen entre sí. Esas condiciones son nuestros derechos, i su conjunto es lo que se llama simplemente *Derecho*.

Esta palabra, en su sentido primitivo, segun observa un filósofo, significa la relacion de rectitud que existe en las cosas que se hallan colocadas a continuacion unas de otras, en línea; i en un sentido mas lato se aplica a las relaciones humanas, en cuanto a la rectitud i órden que entre ellas existe o debe de existir. De aquí viene el decir que un hombre tiene *deresho* de exijir de otro alguna cosa, cuando esa cosa es una condicion de la vida i perfeccion del que la exije, i por consiguiente una obligacion del que la presta, en cuyo caso hai entre uno i otro individuo esa relacion de rectitud i órden que en el lenguaje

vulgar se llama derecho. Por consiguiente, hai propiedad en llamar *derecho* al conjunto de todas esas condiciones de nuestra vida i perfeccion que dependen de la voluntad ajena, i cuyo carácter es la rectitud.

Así se dice que el niño tiene derecho de ser alimentado i educado, porque la alimentacion es condicion de su vida, i la educacion lo es de su desarrollo i perfeccion. Se dice que el hombre tiene derecho a que se respete su persona, a que no se le quite el fruto de su trabajo, a que no se le impida su comunicacion por medio de la palabra escrita o hablada, porque esas cosas son condiciones de su vida i desarrollo natural.

Así, pues, cuando sostenemos que la libertad es el *uso del derecho*, no hablamos de una facultad, sino de un poder que ejercitamos, de un hecho que realizamos, cuando usamos o ponemos en accion las condiciones de nuestra existencia de hombres i de nuestra perfeccion humana; hablamos de un elemento constitutivo de nuestra personalidad, porque no podemos concebir al ser intelijente sin derechos, ni podemos imajinarnos que él exista sin usar esos derechos, sin practicar esas cosas, que son condiciones sin las cuales no puede vivir ni desarrollarse. Asi como el derecho es un elemento constitutivo de nuestro ser, tambien lo es la libertad, que no es mas que el uso, la realizacion del derecho.

VIII.

Este modo de considerar la libertad hace inútiles todas las objeciones que se oponen contra las definiciones dadas por los filósofos.

Cuando se establece que la libertad es el uso del derecho, se sanciona tambien el respeto a la autoridad, i se cierra la puerta a los desórdenes i peligros a que nos conducen los que sostienen que ella es la *facultad de hacer o no hacer*. El derecho es una idea fundamental de la sociedad, representada por la autoridad del Estado, que es el encargado de realizar ese principio, esa idea fundamental. Por consiguiente, seria un absurdo suponer que la sociedad o el individuo pueden existir fuera del derecho: la sociedad sin el Estado, esto es, sin la autoridad encargada de realizar el principio del derecho, no es posible. La sociedad seria entónces algo ménos que una horda salvaje, en que cada cual podria *hacer o no hacer*, aunque hiciese el mal o dejase de hacer el bien. Desde que deja de existir el principio del derecho, para la sociedad o el individuo, deja de existir la libertad, porque consistiendo ésta en el uso del derecho, la sociedad i el individuo no obrarian con libertad, obrando fuera del derecho o violando las condiciones de su propia existencia i de su perfeccion. Esa seria una situacion nunca vista, pues siendo contraria a la naturaleza huma-

na, jamas ha existido el fenómeno de una sociedad sin autoridad o de un individuo sin las condiciones de existencia i desarrollo a que están sujetos todos los hombres. Aun las tribus salvajes tienen un caudillo o *cacique* que hace respetar en ellas, aunque imperfectamente, el derecho. En este estado primitivo, la razon no ha estudiado todavía las relaciones del hombre, ni el principio del derecho, pero el jérmen de éste existe en ella, porque es inherente a la naturaleza del hombre, i es representado de un modo análogo a la barbarie en que el hombre se halla. El habitante de la tribu es ménos libre que el de una sociedad constituida, porque carece de los medios que la sociedad bien organizada nos presta para hacer respetar las condiciones de nuestra vida i perfeccion; pero no por eso es ménos cierto que aquel ente desgraciado tiene derechos que usar, aunque esté su libertad limitada al uso escaso que hace de esos derechos. Cuando la tribu o sus miembros violan esas condiciones, obran fuera de la libertad i contra la libertad; así como obraria el ciudadano de una sociedad bien constituida, que, creyendo que la libertad es la facultad de hacer o no hacer, de seguir o no los impulsos de sus instintos i su albedrío, sin sujecion al principio del derecho, se entregase al robo i al asesinato, sin reconocer mas lei que la fuerza.

No, semejante situacion preternatural no puede ser la de la libertad, porque ésta consiste en el uso del derecho, i el derecho no autoriza jamas lo contrario a la perfeccion humana; el derecho no es la voluntad desenfrenada, no es el arbitrio ilimitado, no es el empleo de la fuerza. Semejantes absurdos solo pueden

deducirse del error que hace de la libertad una facultad, un poder ilimitado, para elejir entre dos actos contrarios el que mejor nos parezca. Este error hace que se confunda la libertad con la licencia. El hombre puede elejir entre dos actos, no segun su interes, su egoismo o su utilidad esclusiva, sino segun la justicia, puesto que su conciencia está sujeta al derecho o a la justicia, i no al capricho. Si elije i obra lo injusto, no practica la libertad sino la licencia, la perversidad, pues la libertad no puede estenderse mas allá del derecho, porque es parte esencial de éste, como que no consiste en otra cosa que en el uso del derecho.

No se diga por esto que la libertad queda anulada, desde que el hombre no puede apartarse del derecho, porque no es posible llamar libertad lo que el hombre hace contra la justicia. Establecer que el derecho destruya la libertad, es tan absurdo como creer que el hombre carece de voluntad para determinarse, tan solo porque tiene que sujetar a la razon sus determinaciones. "*No puede ser bueno lo que no es justo* (*Nihil honestum esse posset quod justitia vacat*, Cic.) decian los antiguos, i este apotegma que nos ha llegado respetado hasta nuestros dias, nos prueba que jamas se ha considerado como acto de libertad lo que es injusto. En el círculo del derecho, el hombre es libre, fuera del derecho no hai libertad; de modo que el derecho no anula ni niega la libertad, sino que únicamente la deslinda de la licencia. Allí principia la licencia donde acaba el derecho.

Decir que el que obra con licencia, con perversidad, haciendo lo que quiere, lo que le conviene, aun-

que sea perturbando o violando las condiciones de la vida i perfeccion de los demas, obra con derecho, es avanzar un absurdo funesto. Eso seria suponer que el derecho estaba al servicio del albedrío o antojo de los hombres, que el derecho era el uso de la libertad. No, el derecho, esto es, el conjunto de las condiciones voluntarias de que dependen nuestra vida i su desarrollo, no está al arbitrio humano: es harto mas elevado, es la obra de Dios, como lo es el ser inteligente, i no puede estar a la merced de los caprichos de éste ni de su egoismo. El derecho es la norma del albedrío: por eso es que definimos la libertad diciendo, que es el uso del derecho. En este sentido, la *libertad* es el *derecho*, puesto que es su uso, pero el derecho no es la libertad, porque aquel es el *principio* i ésta su *realizacion*, la práctica de ese principio.

Por otra parte, aceptando esta definicion de libertad, no se la hace depender de las leyes escritas, como los que creen que es la facultad de hacer lo que la lei no prohibe; ni hai necesidad de suponer que las leyes sean necesarias para limitar o moderar la libertad.

Las leyes humanas son posteriores al derecho, pues el derecho existe i existia ántes de todas las leyes de las naciones, "como los manantiales de las aguas ántes que los arroyos" segun la espresion feliz de un escritor. Así es que la tarea del lejislador se reduce a traducir en fórmulas escritas los principios jenerales señalados por la recta razon, para combinarlos con los hechos sociales i ajustar a esos principios las relaciones humanas. Cuando en el desempeño de esa tarea sagrada, se mezclan el error o los intereses egoistas, las leyes no son conformes al derecho, i no sién-

dolo, nos privan en todo o en parte del uso de ciertos derechos naturales, es decir de nuestra libertad.

Por eso es que hai Estados en que el pueblo goza de mas libertad que en otros. En este último caso, la libertad está coartada i no existe en lo relativo a los derechos, cuyo uso no permiten las leyes. Por consiguiente, no se puede entónces creer que la libertad exista, porque el habitante de este pueblo puede hacer lo que la lei no le prohibe, pues que la lei, al prohibirle algo de lo que el derecho le permite, le ha privado de su libertad en ese algo. Pongamos por ejemplo los Estados en que los hombres no tienen las garantías de seguridad personal de que se goza en Inglaterra; en que no tienen, como en este pais, el derecho de tributar a Dios el culto a que pertenecen, el de comunicarse ampliamente por medio de la palabra escrita o hablada, el de asociarse para todos los fines sociales, el de concurrir con su voto a la eleccion de sus representantes en el gobierno. En esos Estados hai ménos libertad que en Inglaterra, porque no se puede usar de todos esos derechos; i cuando en ellos se pide mas justicia, mas libertad no se hace otra cosa que pedir el uso de esos derechos que las leyes escritas no conceden o limitan. En esos Estados el hombre es, pues, menos libre que en Inglaterra, porque usa de ménos derechos, i las leyes necesitan reformarse conforme a los principios jenerales del derecho, para ser buenas, para ser justas, respetando todas aquellas condiciones de la vida i de la perfeccion de sus súbditos.

De aquí se infiere que la libertad, siendo el uso del derecho, coexiste con éste i es anterior a las leyes

escritas. Se deduce mas, que estando la libertad circunscrita al derecho i siendo una misma cosa con éste, puesto que es su uso, no hai necesidad de leyes para limitarla o moderarla. Habria necesidad de hacer esto, si la libertad fuese el albedrío ilimitado, si ella consistiese en hacer o no hacer, en elejir sin regla entre dos actos contrarios el que mejor nos cuadrase, i si en consecuencia de esto, el hombre tuviese que renunciar parte de tan ilimitada libertada para vivir en sociedad. Enhorabuena, entónces se comprenderia la necesidad de leyes escritas para moderar i limitar la libertad, para conseguir que el derecho de un hombre pudiese coexistir con el derecho de los demas, para sujetar a un criterio ese albedrío ilimitado. Pero eso es suponer que hai un estado anterior a la sociedad, en cuyo estado el hombre es una bestia, sin Dios ni lei, entregado a sus instintos brutales; i que al constituir una sociedad con semejantes salvajes, se va a crear el derecho i la libertad, se va a inventar la razon i la conciencia. No, esa suposicion es absurda i temeraria: la razon i la conciencia, el derecho i la libertad existen con el hombre desde que éste salió de manos de su Creador; no son la obra de la lei humana, como no lo es tampoco la sociedad, ni la lei es necesaria para otra cosa que para formular ese derecho i asegurar su uso, que es la libertad.

Cuando la lei escrita se ciñe a su mision, esto es, a formular el derecho, a combinar los principios jenerales con los hechos sociales, no limita la libertad, sino que la reconoce. Las condiciones bajo las cuales la libertad de cada uno puede coexistir con la libertad de todos, están en la naturaleza humana; son ellas

las que constituyen el derecho inherente a la naturaleza del hombre, i son la obra del Autor de esta naturaleza, i no la del lejislador de un pueblo. Las leyes escritas que formulan esas condiciones, que las consignan en el código de una nacion, no pueden limitar la libertad. Si la limitaran, no podria ser de otro modo que desconociendo esas condiciones, negando algun derecho, contrariando alguno de los principios de la recta razon, i entónces lo que limitarian seria el derecho mismo i no solamente la libertad, que es imposible considerar separada del derecho.

La libertad está naturalmente limitada por el derecho, puesto que es el uso de éste i no puede pasar mas allá. Si la lei se ciñe a declarar el derecho, no pone a la libertad mas límite que el que éste le señala. Por eso seria absurdo decir que la lei escrita, o el derecho civil, puede limitar la libertad con justicia, supuesto que la justicia desapareceria desde que la lei escrita contrariase el derecho natural. Que esto sucede a menudo, es indudable; pero tambien lo es que el hombre puede juzgar las leyes i deducir de sus juicios el verdadero derecho. "Se podria prohibir la espresion de estos juicios, dice un escritor, pero no por eso dejaria el hombre de hacerlos interiormente. Este hecho prueba que el hombre no considera la lei existente como la última espresion de la justicia, sino que somete voluntariamente o con intencion, todo lo que existe al juicio de su razon. En definitiva, solo a su razon obedece el hombre libremente, porque miéntras no mira las leyes como justificadas por la razon, no se somete a ellas, sino por la fuerza o por necesidad social."

Siendo tan íntima la union de la libertad con el derecho, como lo es la union del cuerpo con el alma, es evidente que la libertad no es solo un medio de alcanzar los fines sociales o el progreso de la sociedad, puesto que el derecho tampoco es un medio, sino uno de los fines naturales del hombre i de la sociedad.

El desarrollo del principio del derecho i la justicia, su aplicacion a nuestras relaciones, es un fin social que corresponde al Estado realizar. Si la libertad no es otra cosa que el uso de ese principio en todas sus faces, es claro que la libertad es tambien, como el derecho, un fin natural del hombre i de la sociedad, i no solamente un medio. Los que la han considerado solo como un medio i no como principio fundamental, ni como fin natural del hombre, son los que la miran como una facultad del alma, parecida a la voluntad; i en este sentido dicen que, como las demas facultades humanas, es un medio de alcanzar la perfeccion del hombre. No, la perfeccion del hombre i de la sociedad estriba en gran parte en la realizacion del derecho, esto es, en que sean respetadas i practicadas todas las condiciones de la existencia i del desarrollo social. Lo que se alcanza entónces con la práctica de esas condiciones, es la práctica de la libertad, puesto que ésta no es mas que el uso de esas condiciones o derechos del hombre i de la sociedad. Por eso es que la libertad es uno de los fines sociales, que se alcanza cuando las leyes dejan espedito el uso de todos los derechos de que la naturaleza ha dotado al ser intelijente.

Veamos ahora como la libertad es la base de los deberes morales del hombre. Lo es, porque su volun-

tad, es decir, su facultad de querer o no querer, debe estar arreglada en la práctica a la libertad, esto es, al uso del derecho. I hé aquí precisamente una de las diferencias del hombre con el bruto. La voluntad es el patrimonio de todos los seres animados, pero el bruto quiere o no quiere, dominado por sus sensaciones, miéntras que el hombre sujeta su voluntad a la reflexion i a la conciencia, porque solo puede querer lo lícito, lo justo. Por esto el bruto no es libre, i el hombre sí lo es; pues para aquel no existen esas condiciones voluntarias de que depende la vida i el desarrollo de éste, condiciones que debe respetar en todo acto de su voluntad.

De esta manera se ve que siendo voluntarios los deberes morales del hombre, i siendo por su naturaleza distintos de los deberes de derecho, en cuanto no tienen la condicionalidad de éstos, el hombre no obstante, tiene que sujetarse al derecho al determinarse o no a hacer alguna cosa, porque no podria ejercitar su voluntad de un modo contrario al uso del derecho, es decir, contrario a la libertad. Esto es mui obvio cuando se trata de los deberes del hombre para con sus semejantes, puesto que al practicarlos debe obrar siempre conforme a la *justicia*, que es su base, i por consiguiente conforme al derecho.

Pero aplicad la doctrina a los deberes del hombre para consigo mismo, i vereis como la libertad es su verdadera base. ¿Usará el hombre su libertad cuando obra con egoismo o con necedad? No, porque obra contra una condicion de su perfeccion, que consiste en moderar el amor propio para ser estimado i apreciado por los demas. ¿Usará de su libertad el hombre

que por darse gusto ciegamente, se hace gloton, ébrio, lujurioso, perezoso? No, lo que hace entónces es una maldad, porque viola las condiciones de su existencia i perfeccion, que se llaman templanza, sobriedad, castidad, trabajo.

Por consiguiente, si el hombre está dotado de una facultad moral que se llama voluntad, es solamente para querer lo bueno, lo lícito, lo justo, esto es, lo que sea conforme al desarrollo de todas sus facultades, en lo cual consiste su perfeccion; porque el derecho, es decir, las condiciones de su existencia i de su perfeccion humana, limitan de ese modo aquella facultad. Esa voluntad es libre solo en cuanto usa su derecho, que es como si dijéramos, solo en cuanto practica la libertad, que es el uso del derecho. En esta esfera, que es la de la libertad, el hombre puede querer o no querer, determinarse o no determinarse a hacer algo, pero fuera de ese terreno no puede querer arbitrariamente, porque entónces carece de libertad, esto es, no tiene derecho ninguno que usar.

Ved, pues, cómo la libertad bien comprendida es la base, la regla mas segura de nuestros deberes morales, i cómo descansa en su práctica i ejercicio la probidad u honradez. Esto nos esplica por qué el esclavo no puede ser probo u honrado: cuando el hombre no es libre porque no tiene derechos que ejercitar, la moralidad desaparece, los deberes se pervierten, i si alguna vez en ese estado desgraciado se encuentra una naturaleza noble que triunfe, i que a pesar de la carencia de libertad, desarrolle sus instintos morales, sucede un fenómeno, un caso estraordinario que admiramos i que nos revela la excelencia de nuestro ser.

IX.

Deberes del hombre para con sus semejantes.

Caridad i *justicia* hemos dicho que debe el hombre a sus semejantes en la sociedad, i no hai un deber de esta especie que no se halle comprendido en esas dos palabras.

Pero la caridad es propiamente la fórmula de todos esos deberes, porque todas las relaciones del hombre, principiando por las que la naturaleza le impuso con los autores de sus dias, con sus hermanos i parientes, hasta las que tiene con los estraños, todas se resúmen en la caridad, que es él amor, vínculo universal con que Dios nos ha ligado a él i a nuestros prójimos, a quienes nos aconseja amar como a nosotros mismos. Por eso decia tan sabiamente el Apóstol, que el reinado de la caridad no acabaria jamas, que ella es paciente, suave i nunca envidiosa; que no conoce el orgullo, ni la ambicion, ni la codicia; que es desinteresada; que no es suspicaz ni se alegra del mal ajeno; que ama la verdad, que es sincera, que tiene confianza para esperar, i fortaleza para sostenerse.

La caridad, en fin, es la espresion de nuestros instintos de adhesion, de veneracion i de benevolencia o amor social, instintos naturales que todos poseemos i que son la base de nuestra sociabilidad.

Todas las virtudes privadas i sociales tienen su asiento en la caridad. El odio i todos los sentimientos que se le parecen, como la impaciencia, la soberbia, el orgullo, la envidia, la ambicion, la codicia, son los peores consejeros de nuestras acciones. Todo lo que el hombre piensa i obra movido por esos sentimientos odiosos, es contrario a la caridad, i por consiguiente es un mal.

Hai tres poderosos enemigos de la perfeccion social, la ignorancia, la mentira i la ambicion; i precisamente son la causa de las desgracias que pesan sobre la humanidad, porque su accion corruptora obra primero sobre la caridad, sobre esta base de todas nuestras relaciones: la ignorancia prepara el campo de las tinieblas al triunfo de la mentira i al trono de la ambicion: la caridad se abate i con ella sucumben todas las virtudes.

Por eso se ve que la caridad no es solo amor i benevolencia para nuestros semejantes, sino tambien amor a la verdad i a la justicia, que son las dos antorchas luminosas que disipan las tinieblas de la ignorancia i abren paso a la humanidad para triunfar sobre la mentira.

La caridad se practica para con nuestros semejantes,—amando la verdad i practicando la *justicia* en todas nuestras relaciones con ellos:

Practicando la *beneficencia*,
Practicando la *induljencia*,
Practicando la *tolerancia*.

X.

Justicia.—Hé aquí una virtud que se define vulgarmente diciendo que es el hábito de dar a cada cual lo que es suyo. Mas no basta dar a cada cual lo que es suyo: es necesario ademas respetar a todos su derecho. Si el derecho es, segun dijimos, todo lo que puede estimarse como una condicion necesaria de la vida i del desarrollo del ser intelijente, es claro que la justicia consiste en respetar esas condiciones, aunque no se trate de darlas o suministrarlas. Por consiguiente, si obro contra la independencia personal de un individuo, contra el uso de sus facultades físicas, morales e intelectuales, contra su reputacion, tranquilidad o propiedad, obro con injusticia, porque todas esas cosas son condiciones indispensables de su vida i de su perfeccion. Se ve, pues, que la justicia es inherente a la naturaleza humana, porque tiene su fundamento en ella i se descubre por la razon. Por lo mismo, la justicia como virtud moral i como acto social, es anterior a toda lei escrita, i no es en la lei escrita donde debe buscarse su oríjen. Puede haber leyes que sin embargo de obligar al individuo, como miembro de la asociacion civil o del Estado, sean contrarias a la justicia, porque ataquen o perturben las condiciones de la vida i de la perfeccion del hombre o de la sociedad. La justicia entónces no se

podria hallar en esas leyes: los actos emanados de ellas serian legales, pero no justos. El hombre estaria obligado a respetarlas, porque el respeto a las leyes, cualquiera que sea su carácter, es tambien una condicion de la estabilidad social, pero la justicia reclamaria la reforma de esas leyes, i el hombre pecaria contra la moral si se pusiera al servicio de ellas en sostenerlas.

La justicia, aunque diferente de la caridad, toma de ella su mayor brillo, porque sin caridad, sin amor, no se puede adquirir el hábito de respetar en cada individuo lo que es una condicion necesaria de su existencia i desarrollo.

Beneficencia.—Esta virtud es la caridad misma puesta en accion, i consiste en contribuir con beneficios al alivio de las miserias de nuestros semejantes.

La *Induljencia* es así mismo un acto de la caridad, que se practica sufriendo con paciencia i perdonando con jenerosidad las flaquezas de nuestros prójimos.

La *tolerancia*, en fin, es otra manera de obrar i practicar la caridad, i consiste en tratar i respetar con amor las opiniones ajenas.

Por la beneficencia, la caridad está mui léjos del egoismo, de la codicia i del sórdido interes, i se duele del mal ajeno; por la induljencia, desecha la envidia, la suspicacia, la impaciencia i ejercita la fortaleza; i por la tolerancia, es suave i huye del orgullo i de la ambicion. De este modo la beneficencia, la induljencia i la tolerancia son las tres gracias de la caridad, que brillan simbolizando en su dulce union todas las cualidades que el Apóstol atribuye a la caridad.

En la *justicia* están compendiados los deberes con

que el hombre está ligado a sus semejantes, porque esos deberes son condiciones de la existencia i de la perfeccion de los demas.

En la *caridad* están enlazadas, como en un ramillete, las tres grandes virtudes que el individuo debe practicar respecto de sus semejantes, para cumplir con la lei de amor, que su naturaleza le impone, i contribuir por su parte a la gran armonía del universo moral.

La beneficencia, la induljencia i la tolerancia tienen, pues, su fundamento en el amor. Nada puede haber forzado en ellas, nada de condicional o de derecho; i por esto no son elementos de justicia, sino de la caridad, que nos aconseja socorrer a nuestros semejantes, perdonar sus faltas i respetar sus opiniones, para que de este modo nuestras relaciones sociales se ejerciten en paz i fraternidad, i la sociedad no sea un campo de lucha, ni centro de odios o antipatías.

Ademas, hemos dicho ántes que la caridad i la justicia en que se encierran todos nuestros deberes para con los demas hombres, tienen por base la *igualdad*, i es necesario comprender bien esta base para que podamos practicar con pureza la caridad i la justicia.

La palabra *igualdad* ha llegado a perder tambien su verdadero sentido, como la palabra *libertad*, a causa de los errores que sobre ella han acumulado la ignorancia i las pasiones.

La igualdad en moral no es propiamente un derecho, sino una cualidad del derecho; cualidad que consiste en *la identidad con que todos los hombres, sin escep-*

cion, han recibido de la naturaleza un mismo derecho al goce de su vida i al desarrollo de todas sus facultades físicas, morales e intelectuales.

Cuando decimos que el hombre es libre, es porque todos los hombres tienen *libertad*, es decir, tienen *el uso de sus derechos.* Cuando decimos que todos los hombres son iguales, es porque todos ellos han recibido de la naturaleza *iguales e idénticos derechos.*

Se ve, pues, que la igualdad no se refiere a la condicion ni a las circunstancias en que individualmente se halla colocado cada hombre en la sociedad. Sin embargo de estar dotados todos de unos mismos derechos por la naturaleza, esa condicion i esas circunstancias son desiguales entre sí i varian tanto como las fisonomías humanas: no todos tienen una inteligencia igualmente fuerte, ni una corazon igualmente sensible, ni unas mismas inclinaciones, ni unos mismos gustos, ni fuerzas físicas iguales. Estos diversos tipos son como los diversos matices de una flor: todos ellos contribuyen a la armonía i belleza del conjunto. Puestas en accion esas distintas cualidades, se desarrollan los hombres de un modo desigual, segun la particularidad de su carácter: de aquí procede la *desigualdad* de condiciones i de circunstancias en riquezas, en talentos i en posicion social; desigualdad que es invencible, porque es natural, i la cual no es una contradiccion con la *igualdad* de derecho, que la misma naturaleza da a todos *al goce de su vida, al desarrollo de sus facultades, al uso de sus derechos civiles i políticos, i, en fin, a que no haya escepciones ni privilejios, que escluyan a los unos de lo que se concede a los otros en identidad de circunstancias.*

Tal es la lei natural que el hombre debe respetar i cumplir al ejercer, para con sus semejantes, la caridad i la justicia: a todos debe el mismo amor, bajo las formas de beneficencia, induljencia i tolerancia, i a todos debe suministrar, en cuanto esté de su parte, las condiciones de su vida i perfeccion, segun las circunstancias i posicion en que cada cual se encuentre. El pobre debe la misma caridad i justicia al rico, que el rico al pobre; el sabio al ignorante, como éste a aquel, i así todos a cada uno, i cada cual a los demas.

XI.

De todas estas manifestaciones de la caridad, es la mas importante la *tolerancia*, porque de ella depende absolutamente el triunfo de la verdad, de la justicia. La beneficencia se refiere a un círculo estrecho, al de los indijentes; la induljencia es puramente accidental, porque solo se refiere a los casos en que tenemos un agravio que perdonar; pero la tolerancia es de un uso continuo i constante en todas nuestras relaciones, porque a cada paso de nuestra vida hallamos opiniones que chocan, juicios que nos parecen estraviados, errores triunfantes que debemos combatir.

La tolerancia no es una virtud que se refiera esclusivamente a nuestras propias opiniones, como han dicho los interesados en desconocer el carácter de esta manifestacion de la caridad. Bien puede haber hombres, i los encontramos a cada instante, que no tengan la pretension de inculcar por fuerza, de imponer a los otros sus opiniones propias; i sin embargo de eso, tales hombres pueden ser intolerantes con las opiniones ajenas. El que trata de imponer por fuerza sus opiniones, no peca tanto contra la tolerancia cuanto contra la justicia, porque no se puede emplear la fuerza con ese objeto, sin atacar la independencia de los demas hombres. Mahoma, que confió a la cimitarra la difusion de su doctrina, no es intolerante

por eso, sino que es un bárbaro que viola con su orgullo la justicia. Es intolerante, porque no admite las opiniones ajenas, i desecha toda discusion. Hai, pues, en su proceder un crímen contra la justicia i una falta contra la tolerancia. Jesucristo, que confió a la palabra el triunfo del Evanjelio, respetó la justicia; i como la palabra no es la fuerza, sino que conduce a la discusion pacífica, aconsejó tambien la tolerancia, porque no se puede disuadir de un error ni persuadir de una verdad, sin respetar la opinion que se trata de vencer.

La tolerancia se refiere, pues, principalmente a las opiniones ajenas, porque consiste su práctica en respetarlas, no en violentarlas, para poder emplear contra ellas, cuando son erroneas, los medios de persuacion solamente; medios que no podrian producir su efecto desde que con violencia o con burlas, irritásemos el amor propio de los que abrigan esas opiniones erroneas. La verdad huye de la violencia i del ridículo, i la armonía social desaparece en presencia de esos dos enemigos de la verdad. ¿Cómo podria haber paz entre los hombres, cómo vencer los amaños de la mentira, cómo llevar la luz a las tinieblas de la ignorancia, si no principiamos por tratar con mansedumbre i solo con las armas de la razon los errores que debemos combatir?

Mas no olvidemos que la mentira saca partido de todo: hai muchos casos en que la perversidad misma se acoje a la tolerancia para reclamar en su favor los respetos que no le son debidos. La tolerancia solo se puede practicar con las opiniones, nunca con el vicio o el crímen. Estamos obligados a compadecer al cri-

minal, a aconsejar al vicioso; pero debemos odiar el crímen i el vicio, en vez de tolerarlos. Si la ambicion traza un plan perverso, i para reclamar en su favor la tolerancia, lo disfraza con el nombre de un sistema de ideas o de opiniones, la tolerancia debe serle negada, porque la caridad cede entónces su lugar a la justicia. Mas para proceder así, no debemos confiarnos mucho en nuestro propio juicio: es necesario entónces estudiar la verdad con despreocupacion, consultarla en la historia i en el juicio de los hombres sabios. Supongamos que la crápula, la corrupcion de costumbres, aparece disfrazada con los emblemas de una creencia relijiosa, i que a merced de esa invocacion se hace lo que la decencia no permite en sociedad. Supongamos que con el mismo pretesto se propala una doctrina que no tenga mas propósito que servir a la ambicion, aniquilando la libertad de la intelijencia i convirtiendo en virtudes la delacion, la traicion, la infidelidad, la mentira, i todo lo que hai de contrario a la probidad, a la caridad i a la justicia. ¿Deberiamos tolerancia a semejantes planes criminales o viciosos? De ninguna manera: en lugar de respeto, debemos emplear contra ellos toda nuestra indignacion i todo nuestro poder para estirparlos.

Tal es la tolerancia bien entendida, virtud preciosa por los bienes que produce, pero que no debe jamas servir a las malas pasiones, porque la caridad, que es su fuente, no es el amor de lo malo, sino el amor de la humanidad, de la verdad i de la justicia, como emanaciones de Dios.

XII.

Deberes del hombre para con la creacion.

Hemos dicho que el fin o destino del hombre consiste, segun su propia naturaleza, en el completo desarrollo de todas sus facultades i en su aplicacion a todas las cosas, conforme al órden jeneral de la creacion i de la naturaleza de cada cosa en particular. Tal manera de apreciar el destino del hombre se funda en que éste se halla, por la superioridad de su naturaleza, en relacion con todas las cosas creadas; la consideracion de esta verdad ha hecho a los sabios reconocer que el hombre "tiene la mision, el deber "de desenvolverse en estas relaciones universales, de "penetrar con su intelijencia en todos los órdenes de "las cosas, para engrandecer sus miras, elevar sus "sentimientos i someter por la razon todas las fuer"zas de la naturaleza, con el objeto de emplearlas en "facilitar su desenvolvimiento i aumentar la suma de "su bien o de su felicidad."

De aquí nace el derecho que el hombre tiene para obtener por medio de la aplicacion de sus facultades, las cosas del mundo esterior, que contribuyen a la satisfaccion de sus necesidades; i para disponer de ellas a su voluntad, bajo la proteccion de las leyes i segun las formas establecidas por éstas; derecho que

se llama de *propiedad* i que sirve de base a nuestras relaciones con la creacion.

De consiguiente, si el hombre puede apropiarse las cosas que el derecho le permite hacer suyas, no es para tratarlas caprichosamente, ni por consideracion a su egoismo o a su propia persona, sino conforme al órden jeneral, i tratando cada cosa segun su particular naturaleza i en el lugar que le corresponde en ese órden de la creacion. De este modo el hombre cumple con la mas alta de sus prerogativas, que consiste en elevarse a la moralidad, practicando el bien, no por su interes privado, sino porque es conforme al órden jeneral, cuya relacion debe desenvolver i respetar.

Por no haberse reconocido esta verdad de la moral universal, sucede que el hombre se cree comunmente autorizado, no solo para servirse de las cosas del mundo esterior, en cuanto satisfacen su necesidades, sino para destruirlas tambien i violar con su uso caprichoso los destinos de la naturaleza. Es verdad que las cosas inertes carecen de derechos i de moralidad, pero no por eso dejan de pertenecer al órden de la creacion, en el cual contribuyen a formar la gran armonía que brilla en el universo. Si en los fines a que ellas están destinadas por su naturaleza peculiar, no son útiles a un hombre, pueden serlo mas tarde a él mismo u a otros de sus semejantes; de modo que aun cuando el individuo que las desnaturaliza no peca contra el derecho, obra sí contra la moral, que le aconseja respetar esa naturaleza i no hacer un daño que es contrario al desarrollo de su relacion con el órden universal.

La verdad de esta teoría se comprende con mas claridad si de las cosas inertes pasamos a aplicarla al mundo sensible. Los animales tienen tambien su bien peculiar, porque gozan de sensibilidad; i aunque ese bien se limita a la satisfaccion de los impulsos de su naturaleza, casi podria asegurarse que él es una condicion de su existencia animal, que el hombre no puede violar arbitrariamente, sino solo cuando su naturaleza, superior a la del bruto, le da el derecho de servirse de él para llenar algunas de las condiciones de su existencia i de su perfeccion de hombre. Fuera de estos casos, no es lícito al hombre contrariar la naturaleza animal; causándole dolores, privaciones o males que por no ser orijinados por el ejercicio de un verdadero derecho del hombre, son inútiles crueldades que a ningun bien conducen.

Es cierto que el animal no tiene derechos, que aun su bien sensible, que es una condicion de su existencia, no constituye un derecho; porque el bruto no puede practicar la justicia ni con el hombre ni con los seres de su especie, para cumplir o exijir una condicion de derecho. Pero tambien es cierto que el hombre no debe violar ese bien por motivos independientes de la justicia, como son, la cólera, la crueldad, el capricho o cualquier otro impulso apasionado, porque entónces se degrada, i si su corazon no está corrompido, le advierte que hace un mal injustificable, latiendo de compasion en presencia de ese mal.

Hé aquí el fundamento de esas leyes i de esas asociaciones que se han formado en la Gran Bretaña i en otros pueblos civilizados para defender a los

animales de tratamientos crueles i de ataques innecesarios contra su sensibilidad. En esos paises se ha reconocido ese principio de la moral universal, sancionando de hecho que el hombre tiene deberes que cumplir respecto de la creacion i de los seres que forman su armonioso conjunto. Por esto ha dicho mui bien un filósofo: "Precisamente porque el hombre no se ve limitado en su intelijencia, ni en sus sentimientos, ni en su voluntad a la esfera de su individualidad, es por lo que no debe tampoco obrar por motivos puramente personales, individuales, egoistas. Puesto que concibe un órden jeneral de cosas, debe obrar conforme a este órden jeneral de cosas, i tratar a cada ser, a su semejante, i a los otros seres animados, como conviene a su naturaleza, que es un elemento del órden jeneral."

XIII.

Tales son las bases de la moral universal, que contienen en sí el tipo de lo justo i verdadero. Cuando se comprenden bien esos altos principios, cuando se aman i respetan como la espresion pura de la verdad, cuando se practican como regla infalible de la justicia, el hombre social se eleva a la virtud. ¡Feliz el pueblo que haga reposar en ellas la educacion de sus hijos, poniendo al servicio de este fin los rudimentos de la instruccion primaria! Solo así puede ser social la educacion, solo así puede ser provechosa a los que reciben las primeras luces de la instruccion. Las primeras letras forman el pórtico de la civilizacion: los que llegan a ellas sin servirse de su luz para educar el alma i el corazon, se quedan estacionados allí, como los viajeros que han llegado tarde i que se sientan a descansar a las puertas del templo, mirándolas con dolor cerradas, para emprender su vuelta despues de tomar alientos. Los que aprovechan aquella luz para ir mas adelante, esos son los viajeros que han llegado oportunamente a la fiesta, i que penetran en el templo llenos de regocijo, para hallar en él consuelo i felicidad. ¡Qué no se quede, pues, el pueblo a las puertas de la civilizacion: hagamos que penetre adentro, enseñándole a valerse de la luz de la instruccion para educar su espíritu i su corazon!

Esta es la única manera de triunfar sobre la ignorancia, la mentira i la ambicion, contra quienes son impotentes las letras cuando no sirven de base a una verdadera educacion social. En la exaltacion de esos sanos principios está la verdadera gloria de la civilizacion i el progreso de las sociedades modernas. Por eso tienen tanta verdad estas palabras elocuentes que el nuevo Presidente de la Nueva Granada ha pronunciado al tomar posesion de su majistratura: "La sub-
" version de los principios fundamentales del órden
" político i social, no tiene mas antídoto que el
" esfuerzo individual de todas las personas probas e
" ilustradas: maestros de la moral, institutores prima-
" rios, catedráticos, escritores públicos, defienda cada
" uno con vigor los *principios sanos* i combata los
" errores; procure cada hombre de bien, en su condi-
" cion privada, difundir i dar apoyo a los primeros i
" rechazar los segundos, i la *verdad triunfará*....."

APÉNDICE.

El progreso moral.

I.

La palabra *progreso* ha tenido tambien durante mucho tiempo un sentido vago en nuestro lenguaje, i épocas ha habído en Chile en las cuales ella ha pasado como una palabra vana, tan peligrosa para el órden, como la palabra libertad. Hoi se acepta corrientemente como la espresion de una idea de adelantamiento i de perfeccion.

Mas es necesario que el maestro de escuela tenga de esa palabra un concepto fijo que trasmitir a sus hijos en espíritu; i aunque en la *Introduccion* que precede, le hemos demostrado que aquella perfeccion humana, que el bien del hombre consiste en el desarrollo íntegro i completo de todas sus facultades, i esto le basta para comprender la idea de progreso, no obstante es útil que tratemos de poner en claro las leyes a que obedece el progreso moral, para que su concepcion sea mas luminosa.

Para el estudio de esas leyes, es necesario tomar por guia la observacion. "No es con el ausilio de la metafísica, ni con las investigaciones expeculativas, sino mas bien por medio de la historia de los hechos i la en-

señanza de la esperiencia, como conviene tratar la cuestion del progreso, que conocemos i afirmamos por la íntima conciencia que él deja en nosotros de su propia existencia. Puesto que el movimiento pertenece a todos los seres, i puesto que este movimiento es la representacion de su espontaneidad, es evidente que hai i que habrá siempre una marcha acelerada o contenida, circular o curva, rectilínea o trunca, que señala la evolucion humana. Pero para darse una cuenta exacta i cabal del valor de este movimiento progresivo, es preciso no interponer prematuramente, en medio de los elementos que se estudian, un ideal cualquiera, un *criterio* imajinario, cuya indiscreta intervencion podria perturbar el resultado de la investigacion e impedirnos establecer con seguridad i oportunidad las conclusiones que espresan la nocion del progreso."

El progreso moral no es todo ese movimiento, no es toda la evolucion social de la humanidad, sino una parte de tal movimiento. El progreso social completo es mui complejo, pues se opera en todas las esferas de la actividad humana, no de un modo paralelo, igual en todas ellas, sino de un modo que guarda proporcion con el desenvolvimiento de las ideas fundamentales sobre que descansa la sociedad i las cuales sirven de base a aquellas esferas de la actividad social.

Estas ideas fundamentales son, como sabemos, las que representan cada uno de los fines principales en que se subdivide el fin jeneral del hombre i de la sociedad; es decir, las que representan el fin moral, el relijioso, el político, llamado tambien civil o jurí-

dico, el científico, el artístico, el industrial i el comercial. El hombre i la sociedad prosiguen en cada una de esas ideas fundamentales el fin de su naturaleza, ese fin que se llama el *bien* o la *felicidad jeneral*, el *interes de todos*, la *utilidad comun*, i el cual no consiste en otra cosa que en el desarrollo de sus facultades i de sus relaciones con el órden jeneral de los seres del universo.

El progreso social es, pues, el movimiento de la sociedad en todos esos fines principales simultáneamente.

Estas consideraciones parecen metafísicas, solamente porque nos falta la costumbre de observar i de estudiar la sociedad. Nos formamos una idea confusa de la sociedad, porque no la contemplamos sino concretamente, en globo, como contemplamos un árbol, un edificio; pero si nos demoramos un momento a estudiar sus detalles, la confusion desaparece, i entónces el cuerpo social se nos presenta en todos los elementos que lo componen, i vemos claramente que esos elementos no son otra cosa que otras tantas sociedades particulares equivalentes a los fines principales en que se divide el fin de la sociedad. Así la idea que presentamos de la sociedad no es una abstraccion metafísica, no es una entidad ideal, arbitraria i antojadiza, sino una imájen de la realidad.

Esta idea verdadera i precisa de la sociedad nos revela pues que lo que se llama progreso social es el movimiento completo de la sociedad en todos los fines que forman lo que puede llamarse su interes colectivo.

Esa idea de la sociedad nos revela todavia otra

cosa, i es que una lei propia de la existencia humana nos impulsa a verificar todos los arreglos sociales de modo que sirvan a su objeto, el cual consiste en el progreso social. En otros términos, "los arreglos sociales deben de ser conformes al interes colectivo del jénero humano, que exije la conservacion, el acrecentamiento i la duracion de la vida." Todo arreglo social que no obedece a esta lei es reaccionario i por consiguiente contrario al progreso social.

II.

La existencia o conservacion de la sociedad, i su perfeccion o progreso obedecen a ciertas leyes, o procedimientos, o influencias, que son propias de su naturaleza; así como la materia orgánica, un árbol por ejemplo, se produce, se conserva i se desarrolla en virtud tambien de ciertas leyes o influencias que le son propias. La diferencia está en que las leyes del mundo material son fatales, porque lo dominan o gobiernan sin que él pueda dirijirlas; en tanto que las leyes de la sociedad humana siguen o no su curso, se obedecen o se contrarian, segun ese poder de que está dotado el hombre para elejir i emplear las condiciones de su existencia i desarrollo, en todas las esferas de su actividad, poder que, como sabemos, constituye la *Libertad moral.*

Ese poder complejo, esa facultad activa del alma, se llama libre albedrío o simplemente libertad, en el sentido de *libertad moral* o intelectual, la cual se diferencia de la libertad práctica, como lo hemos dicho ántes; i en virtud de él es que el hombre obedece o contraria las leyes de su naturaleza moral, segun las nociones verdaderas o falsas que modifican el impulso de sus instintos, o su voluntad. En una palabra, la sucesion de causas i de efectos que constituye la existencia de tales leyes no se opera sin la participacion

del hombre, porque teniendo éste una parte mui efectiva en su destino, la accion de aquellas causas se verifica en virtud de los actos espontáneos de la voluntad, i es enteramente el resultado de la actividad humana.

Se ve, pues, claramente que esta actividad, que no es otra cosa que el ejercicio de la libertad moral, obedece al impulso de los instintos i al de la razon: así es que las leyes que rijen el movimiento progresivo de la humanidad tienen diversa aplicacion, o se desenvuelven de distintos modos, segun el impulso que recibe la voluntad del *sentimiento* i segun la direccion que a ese impulso da la *intelijencia*, poniendo en ejercicio la libertad moral, produciendo la actividad. El sentimiento i la intelijencia, que son las dos fuerzas o facultades fundamentales de la actividad del hombre, tienen caracteres diferentes, porque el primero es una fuerza de recepcion, de asimilacion i de adhesion, miéntras que la segunda es una facultad de invencion i de produccion. Por consiguiente ámbas desempeñan diferentes funciones en la vida social: el sentimiento es, por su carácter, estacionario, es el *elemento conservador* en la vida humana i resiste a separarse de los objetos que han llegado a serle familiares; miéntras que la intelijencia es el *elemento innovador* i *progresivo*, i trabaja constantemente por la mejora de la condicion humana.

Estas dos fuerzas son las leyes que mantienen la existencia de la sociedad i dirijen su desarrollo, son los motores del movimiento de la humanidad, las influencias que reglan i determinan su procedimiento. Pero, aunque obran simultáneamente, no obran

siempre del mismo modo, ni con igual eficacia en todas las esferas de la actividad humana. En las esferas en que la actividad prosigue el desarrollo de los fines relijioso, moral i jurídico o político, la intelijencia, que es la fuerza o facultad directiva, marcha entrabada por el sentimiento, que es la fuerza motriz, porque las ideas fundamentales de la relijion, de la moral i del derecho sacan su vigor o tienen su fuente mas inmediata en los instintos sociales. No asi en las esferas en que la actividad prosigue los fines científico, artístico, industrial i comercial, porque en ellas intelijencia lleva siempre la direccion i apaga la fuerza del sentimiento, operando el progreso con rapidez, con ménos embarazos; pues las ideas fundamentales de la ciencia i de las artes no tienen conexion eficaz con el sentimiento estacionario, i las de la industria i el comercio, aunque procedan de los instintos egoistas, no viven sino del progreso i del movimiento innovador.

Como quiera que sea, en todas esas esferas de la actividad humana, la intelijencia dirije el movimiento, con mas o ménos lentitud, con mas o ménos eficacia. Por eso ha podido Augusto Comte establecer que la sociedad humana reposa sobre un sistema de creencias fundamentales, que solo la facultad especulativa, como él llama a la intelijencia, puede suministrar, i que una vez suministradas, dirijen nuestros demas impulsos en su manera de buscar su satisfaccion. Nadie ha podido negar ni desconocer esta verdad.

Si algun filósofo, alucinado por la preponderancia que tienen a menudo las influencias del sentimiento en la lucha tenaz que este mantiene con la

intelijencia en las rejiones de la moral, de la relijion i de la política, ha podido creer que las ideas no gobiernan ni trastornan al mundo, i que el mundo es gobernado i trastornado por los sentimientos, al ménos no ha podido dejar de reconocer que las ideas son siempre las que sirven de guia a los sentimientos. Stuart Mill, refutando esta pretension i restableciendo la verdadera teoría, ha dicho estas profundas razones:

"Aunque sea cierto que las pasiones i los intereses de los hombres dicten muchas veces sus creencias, o mas bien, decidan de su eleccion entre dos o tres creencias que, en un momento dado, el estado de la intelijencia humana hace posibles, sin embargo esta causa de perturbacion está limitada a la *moral*, a la *relijion* i a la *política*. En las demas rejiones, es solo el movimiento intelectual la raiz de todos los grandes cambios en los negocios humanos. No son las emociones i las pasiones del hombre las que han descubierto el movimiento de la tierra, o las que han encontrado las pruebas de su antigüedad, ni las que han desacreditado la escolástica e inaugurado la esploracion de la naturaleza, ni las que han inventado la imprenta, el papel o la brújula. Sin embargo, la Reforma, las revoluciones Inglesa i Francesa i los cambios morales i sociales mas considerables que están por venir son las consecuencias directas de estos descubrimientos i de otros semejantes. La alquimia misma i la astrolojía no obtuvieron crédito porque los hombres tuvieran sed de oro i estuviesen impacientes de escrutar el porvenir, pues estos deseos tienen hoi tanta fuerza como entónces, sino porque la alquimia i la astrolojía eran concepciones naturales de un

grado particular de desarrollo progresivo de los conocimientos humanos, i en consecuencia determinaron en equella época los medios particulares, mediante los cuales las pasiones, que siempre han existido, buscaron su satisfaccion. Decir que las creencias intelectuales de los hombres no determinan su conducta, equivale a decir que el buque es movido por el vapor i no por el piloto. El vapor es en verdad la fuerza motriz, pero abandonada a sí misma, el piloto no podria hacer avanzar el buque una sola pulgada: son la voluntad del piloto i la ciencia del piloto las que deciden de la direccion en que el buque debe moverse i debe ir".

Tales son pues las leyes que sigue el progreso social, i tal es la manera como obran al dirijir ese movimiento de la humanidad en todas las esferas de su actividad, produciendo siempre una marcha hácia adelante, acelerada o contenida, circular o curva, rectilínea o trunca; pero siempre una marcha. Concretemos ahora nuestros estudios al *progreso moral*, que es nuestro tema.

III.

Al hablar del progreso moral, no podemos prescindir de las ideas fundamentales de la relijion i del derecho: el progreso moral sigue paralelamente con el relijioso i el político. La moral es la espresion de las relaciones necesarias de los hombres, i comprende naturalmente en sus dominios nuestras relaciones relijiosas i políticas o jurídicas.

Fuera de esto, la moral, la relijion i la política tienen otro punto de analojía, cual es el de que las leyes que rijen el progreso social obran en estas tres esferas de una misma manera, miéntras que en las demas su proceder es distinto, por cuanto tiene en estas una accion mas efectiva la intelijencia, la cual no marcha, como en aquellas, tan embarazada i aun contrariada por el sentimiento.

Repetirémos aqui lo que enseñabámos hace veinte i cinco años. "En la infancia de las sociedades predomina el sentimiento, i estas se dirijen jeneralmente por los instintos i las pasiones, sin que la intelijencia tenga mas fuerza que la necesaria para servir a las afecciones, inventando una organizacion social propia a satisfacerlas. Pero en este mismo ejercicio se ilustra poco a poco la intelijencia, i, adquiriendo la suficiente enerjía para encaminar las pasiones, se ocupa en modificar la organizacion social, con arre-

glo a los principios del bien i la justicia: las resistencias que encuentra en esta nueva accion, a veces son tenaces; mas al fin la lucha comunica a la sociedad un nuevo espíritu que le da fuerza para combatir constantemente por la supremacia de la razon i de la libertad, como elementos principales en la organizacion de la vida humana.

"Las costumbres, los hábitos que ha contraido el pueblo sirven siempre de punto de apoyo al sentimiento, que a fuer de conservador se opone a la accion de la intelijencia. Las costumbres son en gran parte el resultado de las opiniones o preocupaciones que se difunden en cierta época sobre la vida, sobre las relaciones del hombre con sus semejantes, con el mundo i con la divinidad; i el sentimiento obra en el hombre de modo que le adhiere a ellas i le identifica con su existencia, por mas que, a causa de lo erroneo de las opiniones, sean tambien falsas las costumbres, i no pocas veces atroces. Mas afortunadamente la intelijencia puede correjirlas, purificando su fuente, i por eso es que la cultura de las costumbres viene constantemente como consecuencia del desenvolvimiento de las ideas, i se verifica por leyes análogas a las que rijen la cultura intelectual de la sociedad.

"De aquí procede la influencia recíproca de las costumbres en las leyes i de estas en aquellas, porque si bien es efectivo que las leyes que se establecen en una época llevan en sí mas o ménos marcado el sello de las costumbres reinantes, es tambien evidente que si esas leyes se forman segun las nuevas ideas de justicia, i en razon de los principios de la verdadera po-

lítica, modifican a su vez las costumbres de la sociedad, aunque sea de un modo lento e insensible. Así se puede establecer que, aun cuando el principio conservador sea el mas fuerte en esta lucha, el elemento racional i progresivo influye en las instituciones sociales, i cada triunfo que obtiene liberta a la sociedad de alguna de las trabas que se oponen a su marcha natural."

Esta lucha sorda, lenta i abrumadora, desesperante a veces, entre las dos leyes del progreso moral, estas reacciones de la intelijencia i del sentimiento, están comprobadas en la historia de la humanidad, que muestra visiblemente cómo obran sobre la vida i la moralidad del hombre i de las naciones las conquistas que hace la intelijencia. El progreso moral es pues la obra de la libertad del alma, de ese poder moral, que dirijido por la luz de la razon, modifica i dirije a su turno los impulsos del sentimiento, buscando el apoyo de nuestras relaciones en la verdad i satisfaciendo las condiciones de la existencia i de la perfeccion humanas.

Es pues falsa la idea que se han formado algunos filósofos del *Progreso* humano, suponiendo que es una evolucion necesaria de la naturaleza humana, en que no tiene participacion la libertad. Mas falsa es aun la idea de que cada jeneracion tiene una especialidad innata, i que está destinada por la divinidad a ensanchar de cierto modo su vida física i moral. Estas ideas desconocen la actividad humana i niegan la libertad, de modo que para aceptarlas, es preciso comenzar por creer que el hombre i la sociedad no tienen parte alguna en su destino, i que en vez de ser

libres para realizar sus fines, son la obra de causas fatales, i se desarrollan, como la materia orgánica, en virtud de leyes que no conocen ni pueden dirijir.

No, la humanidad se puede dar cuenta de su desarrollo, i conocer la situacion que ocupa en la escala del progreso; puede apreciar i juzgar sus hechos independientemente de toda causa absoluta i de toda ilusion. La ciencia i la historia le ayudan en este procedimiento, i le dan el criterio justo para aprobar i aceptar tales accidentes, tales influencias, tales actos consumados, tales medios de realizar sus aspiraciones; i juntamente para condenar todos los hechos, todas las preocupaciones, todas las perversidades que se hayan opuesto o que se opongan al triunfo de la verdad i de la justicia: tal es la nocion del progreso positivo.

Cada jeneracion, segun esta idea del progreso positivo, es responsable de sus hechos, porque cada una tiene el deber de completar la esperiencia de las anteriores, de correjir las ideas en el crisol de la verdad, sin aceptar ciegamente los errores i los crímenes de sus antepasados; porque solamente de este modo puede desarrollar todas sus facultades, para cumplir su destino, i llevar al máximun de su intensidad la vida social i la individual. Agusto Comte ha dicho con profunda sabiduría que cada edad es en su momento el punto de partida i el punto de apoyo de la edad siguiente, verificando el pasado i preparando el porvenir, i comprendiéndolos ámbos en una solidariedad hereditaria.

IV.

Este gran pensador de nuestro siglo, en cuyas manos la filosofía de la historia ha llegado a ser una verdadera ciencia, ha comprobado históricamente la evidencia de aquella verdad. El observa con justicia que el progreso intelectual de los hombres es el que determina la evolucion de la humanidad. No se puede dudar de que la manera jeneral como ellos conciben el universo debe necesariamente comunicar su carácter a todas las demas concepciones de detalle que forma el espíritu en la vida práctica: luego, la sucesion natural de las teorías que el hombre se forma sobre el universo, es el hecho determinante de su historia intelectual. I como esta sucesion natural de dichas teorías revela tres faces, la teolójica, la metafísica i la positiva segun lo comprueba la historia de todos los pueblos, es evidente que la humanidad ha marchado i marcha aun rijiendo i resolviendo todos sus problemas sociales, todos sus procedimientos, todos sus actos colectivos e individuales, segun las ideas teolójicas, las metafísicas i las positivas que constituyen un modo de pensar en las diversas épocas de su historia. De consiguiente hai un hecho decisivo en la evolucion de la humanidad, el cual es el tránsito del jénero humano por cada una de aquellas tres faces, en cuyo tránsito se comprenden, por supuesto,

todas las modificaciones sucesivas que produce en el modo de pensar teolójico la influencia naciente de las otras dos fases, metafísica i positiva. Ademas, al traves de la historia se nota simultáneamente que, en la rejion puramente temporal i práctica de las cosas, se opera un movimiento paralelo, que consiste en la declinacion gradual de la vida militar, que orijinariamente es la ocupacion principal de los hombres libres, i en su reemplazo por la vida industrial. Entre esta sucesion histórica i práctica, i la sucesion de las teorías sobre el universo, hai una conexion i una dependencia necesarias; pues el progreso de la industria i el de la ciencia positiva son correlativos: es indudable que el poder que el hombre tiene de modificar los hechos de la naturaleza, depende evidentemente del conocimiento que él adquiere de sus leyes.

Tal es en compendio la idea exacta que la historia nos suministra de la accion de las leyes del progreso moral. La historia no nos revela otra cosa en la evolucion de la humanidad que las reacciones mútuas de la intelijencia i el sentimiento, reacciones de las cuales surje siempre, mas tarde o mas temprano, pero siempre, la libertad moral, este poder irresistible que va asimilándose las ideas i las teorías para modificar los impulsos del sentimiento, i para resolver prácticamente todos los problemas, realizando poco a poco las condiciones de la existencia i del desarrollo del ser individual i de la sociedad. La sociedad marcha en virtud de esas leyes en su elaboracion lenta, i no es conducida por un movimiento fatal, en el cual no tenga parte su libertad moral, ni es impulsada por una predestinacion superior a su naturaleza,

que señale a cada jeneracion un fin especial que realizar. Las tendencias de la sociedad en una época dada son el efecto de aquellas leyes, i no son el resultado de causas estrañas e independientes de su naturaleza moral: así es que los acontecimientos de la historia se verifican en virtud de esas tendencias propias de la sociedad i de su época, i no por accidentes pasajeros, ni por la voluntad de sus reyes o conquistadores, ni por la voluntad de los fundadores de sistemas filosóficos o relijiosos. La voluntad de los poderosos no es omnipotente: ella solo coopera, i nunca triunfa, sino cuando se empeña en la realizacion de una *síntesis*, es decir, de un todo, sea un hecho, sea una doctrina, que ya está preparada por la accion de las leyes morales, i que tiende a verificarse como puro efecto de causas anteriores, como consecuencia de los principios ya elaborados i admitidos. De esta manera es como las leyes i los gobiernos, como los filósofos i los estadistas aceleran o retardan el progreso social, cuando sirven o contrarian las tendencias de la sociedad, cuando lo ayudan en su desarrollo o cuando lo estorban, lo pervierten, lo violentan o lo estravian del curso natural que imprimen a los acontecimientos las ideas.

La sociedad hace sus jornadas de etapa, como los ejércitos, pero no de un modo regular i en disciplina como éstos, sino dolorosamente, rodeada de incertidumbres i de contradicciones, sin guias ni luz que marquen su paso i le muestren los escollos i las cimas. I llega a un puesto de etapa donde poder hacer alto i tomar descanso, cuando alcanza a encontrar un nuevo órden de ideas que sirva de base a sus

instituciones, a sus hábitos i a sus aspiraciones. Ahí reposa largos siglos, durante los cuales, nuevas ideas i nuevas creencias se elaboran i surjen de la lucha con el sentimiento i los hábitos, para dar ocasion a una época de transicion, a una nueva jornada de conflictos i de vacilaciones.

Tal es lo que la historia del jénero humano nos enseña. La humanidad ha principiado por ser fetiquista i politeista simultáneamente, esto es, por suponer rejidos por otras tantas divinidades los fenómenos materiales, los intelectuales i morales; por suponer una fuerza superior en todos los objetos de una individualidad marcada, que parecian tener una voluntad i una fuerza que les eran propias: de aquí la adoracion de muchos dioses, el *politeismo* i la adoracion de los astros i de los seres naturales, el *fetiquismo*. Desarrollada esta manifestacion casi instintiva, el espíritu procedió a hacer abstracciones, suponiendo la existencia de entidades intermediarias, de esencias i virtudes que servian a los dioses para gobernar los fenómenos que rejian respectivamente; i de esta manera, desde el principio, el modo teolójico de pensar i el modo metafísico coexistian en el espíritu, miéntras que la creencia en las leyes invariables de la naturaleza, que es la que constituye el modo positivo de pensar, se abria lentamente paso al traves de los otros dos, a medida que la observacion descubria primero en cierta clase de fenómenos, despues en otra, las leyes a que están realmente sometidos. Este progreso en los conocimientos positivos fué el que principalmente determinó la transicion del politeismo al *monoteismo*, en la concepcion teolójica del

universo. La idea de un solo Dios se abrió camino lentamente, contribuyendo a su triunfo el modo metafísico de pensar, el cual servia de ausiliar poderoso al espíritu positivo en la lucha que éste sostenia contra la forma predominante. La doctrina de las entidades abstractas--naturaleza, esencia, quididad, virtudes o fuerzas invisibles—es decir, la metafísica, era una especie de conciliacion instintiva entre la uniformidad observada en los hechos de la naturaleza i su dependencia de una voluntad suprema. De este modo las tres fases sucesivas de la especulacion intelectual i de la creencia, si bien han sido sucesivas en su predominio, han sido tambien simultáneas i contemporáneas durante la elaboracion de los antecedentes que debian traer ese predominio, i han continuado despues su misma accion, destruyendo las dos últimas gradualmente el modo primitivo. «La esplicacion teolójica de los fenómenos fué universal en otro tiempo, con escepcion de los hechos familiares que se esplicaban fácilmente de un modo positivo, porque se veia desde luego que ellos estaban bajo el imperio de la voluntad humana. Las primeras i las mas fáciles jeneralizaciones de la observacion comun, anteriores a todo vestijio de espíritu científico, dieron nacimiento al modo metafísico de pensar. Cada progreso ulterior en la observacion de la naturaleza ponia poco a poco en claro las leyes invariables de ésta i producia, a costa del espíritu teolójico, un nuevo desarrollo del espíritu metafísico, el ual constituia el único término medio que podia hacer compatibles temporalmente las conclusiones del modo positivo de pensar con las premisas del mo-

do teolójico. En un período mas avanzado, cuando se ha venido a comprender hasta cierto grado el verdadero carácter de las leyes positivas de la naturaleza, i cuando la idea teolójica ha asumido en los espíritus científicos su carácter final, a saber—el de un solo Dios que gobierna el mundo por leyes jenerales, entónces el espíritu positivo ha emprendido la tarea de destruir el instrumento de su propia aparicion, porque ya no tiene necesidad del intermedio ficticio de las entidades imajinarias de la metafísica. Mas, aunque él haya trastornado la creencia en la realidad de estas abstracciones, esta creencia ha dejado atras de sí, en el espíritu humano, tendencias viciosas que están todavia bien lejos de borrarse.»

V.

Hoi nos hallamos, pues, en una de esas épocas de transicion, en una de esas largas jornadas de incertidumbres i de fatigas. A lo ménos esta es la situacion actual de la mayor parte de los pueblos cristianos de Europa i América, que son los que abren la marcha del progreso. Las teorías teolójicas i metafísicas sobre el universo, sobre todos los fenómenos materiales, intelectuales i morales, han perdido su antiguo valor. Hoi aspira la humanidad civilizada a buscar otro apoyo mas cierto, mas positivo a sus ideas sobre el universo; no quiere esplicarse los fenómenos por el modo teolójico ni por las abstracciones metafísicas, i busca en el estudio de la naturaleza física i de la naturaleza moral una base mas efectiva, mas práctica a sus ideas, a sus instituciones, a sus costumbres, para consultar mejor las condiciones de su perfeccion.

Hace tres siglos que se ha emprendido un trabajo de demolicion del pasado i que se han echado los cimientos de una nueva síntesis. ¿Cuál será ésta? ¿Cuáles serán las causas de los nuevos efectos que han de formar ese todo predominante? ¿Cuáles serán los principios que han de constituir esa nueva doctrina, ese cuerpo de creencias sobre que se ha de or-

ganizar la nueva sociedad, para reposar, para hacer alto, despues de tan costosa jornada?

La Europa no lo sabe, se ajita sin saber a donde va, sin conocer lo que ha de creer, lo que ha de pedir ni lo que ha de hacer. Mil sistemas, mil utopias se inventan, las cuales alucinan un momento i caen luego en descrédito, muchas veces bajo la risa jeneral, i no pocas despues de haber hecho ensayos dolorosos i sangrientos. Augusto Comte, el mas grande filósofo de este siglo, a quien solo son comparables Descartes i Leibnits, despues de haber estudiado el progreso humano i de comprender sus leyes con toda verdad, ha fracasado al pretender formular la nueva síntesis en una relijion absurda i en un sistema político que repugna al buen sentido, porque tiene por bases la cresocracia i el poder espiritual. Los mas grandes políticos no han sido mas afortunados, i todos, cual mas cual ménos, han ideado sistemas abiertamente opuestos a las leyes del progreso moral, como está demostrado en nuestro libro *La América.*

Entre tanto, hai en América un pueblo que desempeña en estos tiempos un papel análogo al de esas razas o naciones que, en la antigüedad, marchaban a la vanguardia del movimiento del jénero humano, que resumian en sí el progreso social i lo dirijian, trasmitiendo hasta las edades modernas su impulso i su direccion: ese pueblo es el de la Federacion norte-americana. Si la Europa viera la manera cómo se ha realizado allí ya, en gran parte, i se verifica aun, la sostitucion de las ideas positivas a las ideas teolójicas i metafísicas, en la direccion de los

destinos del hombre i de la sociedad, comprenderia que la nueva síntesis consiste en la *Semecracia* (1) (*self government*) o gobierno de sí mismo.

La base positiva de la moral es la libertad, es decir, en la época actual, el espíritu positivo tiende a establecer las relaciones humanas sobre la libertad moral i práctica del hombre, de modo que no haya obstáculo alguno material o espiritual que impida, que contrarie o que oscurezca la nocion i el ejercicio del poder que el hombre tiene de dirijir los impulsos del sentimiento, segun las ideas i las verdades que la ciencia pone en claro, i de usar i practicar todos sus derechos, esto es, todas las condiciones de su existencia i de su perfeccion, segun el órden jeneral del universo i de cada cosa en particular.

La semecracia o el gobierno de sí mismo es la

(1) *Semet*, palabra latina que significa *sí mismo*, i *cracia* del griego *kratos*, fuerza, potencia, imperio, gobierno. *Semetcracia* es la traduccion literal de la palabra inglesa *self government*, con que los norte-americanos significan el gobierno del pueblo por el pueblo, palabra que falta en las demas lenguas, porque no tenemos la cosa, como dice Pelletan. En efecto, el sentido profundo de esa palabra envuelve la gran máxima sobre que reposa en Estados Unidos la sociedad, a saber: que cada individuo es independiente para dirijir por sí mismo las cosas que solo a él le interesan, máxima que, segun Tocqueville, el padre de familia aplica a sus hijos, el amo a sus sirvientes, la municipalidad a sus administrados, el poder a las municipalidades, el Estado a las provincias, la Union a los Estados, y que, estendida así al conjunto de la nacion, llega a ser el dogma de la soberanía del pueblo. Entre tanto, los pueblos europeos i americanos que conservan las tradicciones del poder absoluto, del imperium unum, de la esclavitud del espíritu, en fin, tienen la máxima contraria, esto es, que el poder, sea divino o popular, puede gobernar lo todo i dirijirlo todo, mezclándose hasta en los negocios que son propios de cada individuo: por eso no conocen aquella palabra.

realizacion de este gran principio moderno, es su aplicacion a todos los fines de la vida i de la perfeccion humanas, en moral, en relijion, en política, en las ciencias, en las artes, en industria i en comercio. La civilizacion moderna abandona como inútiles e impotentes el modo de pensar teolójico i metafísico: no puede ni quiere concebir el universo, no quiere ni puede esplicarse los fenómenos materiales, intelectuales i morales; no puede ni quiere concebir los detalles de la vida práctica, ni comprender las ideas fundamentales de la sociedad con arreglo a las cosmogonías teolójicas ni a las abstracciones metafísicas: el mundo moderno necesita ser guiado por la esperiencia práctica i la observacion despreocupada i científica.

La metafísica está ya vencida. No hai quien la defienda ni la represente, como modo esclusivo de pensar. No así la teolojía, que todavia aspira a dirijir el espíritu humano en todas sus fases, en todas sus concepciones, so pretesto de defender la relijion; sin querer comprender que solo a virtud del nuevo sistema, que solamente bajo el amparo de la libertad, la relijion puede permanecer pura i desarrollarse en su esfera de un modo vigoroso. ¿Cuándo, en qué época, ni en qué pais han hecho progresos relativamente mayores ni mas prodijiosos la relijion católica i las demas que se han acojido bajo el amparo de la semecracia norte-americana? ¿Han necesitado, para adquirir allí una vida propia, dictar las concepciones del universo material i moral, imponer la verdad en las ciencias, en la moralidad, en la política; restablecer, en fin, la esclavitud del espíritu i fun-

dar el *imperium unum* de los primitivos tiempos? Nada de eso. La práctica, la realizacion del progreso positivo, fundado en la libertad i desarrollado por el gobierno de sí mismo, es lo único que puede traer el desenvolvimiento completo de todos los fines de la vida.

Pero ni la Europa, ni la América ibérica han visto ni comprendido todavia esa verdad, i hacen ahora su jornada de transicion oponiendo, todo jénero de obstáculos al progreso moral, i maniatadas por las raices inestricables que han echado en el sentimiento los vicios i los intereses que se han desarrollado en el pasado.

VI.

El modo de pensar teolójico, el metafísico i el positivo han dado oríjen a dos sistemas, en su aplicacion a la direccion i gobierno de las sociedades, sistemas que no han sido bien caracterizados i definidos sino en el presente siglo, el sistema de la *fuerza* i el sistema *liberal*. El modo de pensar teolójico, elevando a dogmas todas las concepciones del espíritu acerca del universo i de los fenómenos humanos, ha aplicado la fuerza física i moral al gobierno absoluto de las sociedades; i la metafírica, desde Platon i Aristóteles, lo ha ausiliado poderosamente para establecer el *imperium unum*, el gobierno omnímodo, absoluto i jeneral sobre todas las manifestaciones de la vida individual i social; esto es, la esclavitud completa del espíritu humano. Entre tanto, el modo de pensar positivo, buscando, por medio de la observacion i de la esperiencia, la esplicacion jenuina i racional de los fenómenos, i ausiliándose a su turno de las abstracciones metafísicas, ha pugnado desde el principio por hacer prevalecer un sistema contrario, el sistema liberal, fundado en la libertad humana, i que en nuestros dias ha llegado a invadir todas las esferas de la actividad social.

"El sistema de la fuerza, escribiamos hace largos

años, que ha sido adoptado en el órden civil i político, tanto como en el relijioso, moral e intelectual, es el mas vicioso, porque contraria la naturaleza moral del hombre i ha detenido siempre el desarrollo social. La historia nos demuestra que el progreso que se ha hecho en las instituciones civiles ha tenido que luchar con los obstáculos insuperables que le han puesto las autoridades que se atribuyen la mision de dirijir la vida social, sin hacer otra cosa que atizar las discordias intestinas i las guerras esteriores por medio de la fuerza empleada para mantener en la servidumbre a las sociedades. Pero este sistema de fuerza, que ha mantenido el yugo moral i material que pesa sobre los pueblos, paralizando todas las facultades, todas las tendencias progresivas de la sociedad, está ya casi vencido por el espíritu de la verdad, que ha hecho rápidos progresos en todas las esferas de la actividad social. Las instituciones i las doctrinas antiguas se mantienen hoi dia como una especie de ruina que recuerda a los hombres que se trata de edificar, despues de haber destruido, que se trata de reunir en un solo cuerpo de doctrina todas las verdades que han triunfado i que deben de trazar a la humanidad el camino de un progreso pacífico i de una felicidad mas jeneral. Tan ciertos son estos hechos, que los partidarios mismos de este sistema no se atreven a profesarlo abiertamente en política, i aun se valen de la libertad para disfrazar sus miras i reconquistar su poder perdido, lo cual es un verdadero homenaje al espíritu nuevo."

Mas si el sistema de la fuerza está bien definido i conocido, si los ataques que ha sufrido desde la Re-

forma i desde las revoluciones de Inglaterra i de Francia, consumadas en favor de la emancipacion del espíritu i de la sociedad, han desacreditado su poder i han mostrado su falsedad; el sistema liberal no está aun bien comprendido, ni su capacidad i sus fuerzas para dirijir la sociedad están bien comprobados en Europa; i de aquí la anarquía de la situacion.

Ya hemos demostrado en nuestra *América* los profundos errores de las teorías morales i políticas de los principales escritores contemporáneos de Europa. Ahora podemos agregar el testimonio de Comte cuya opinion sobre los errores predominantes espone i esplica Stuart Mill de esta manera:

"Comte mira a todos los que profesan opiniones políticas divididos hasta hoi entre los que adhieren al modo teolójico i los que adhieren al modo metafísico de pensar: los primeros deduciendo todas las doctrinas de las ordenanzas divinas i los últimos de las abstracciones. Sin embargo, las concepciones teolójicas i las metafísicas, en su aplicacion a la sociolojia, se refieren, no a la produccion de los fenómenos, sino a la regla del deber i a la conducta durante la vida. Esto es lo que se funda en una voluntad divina o en concepciones mentales abstractas, que, por una ilusion, han sido revestidas de un valor objetivo. Por una parte, las reglas de la moral se refirieren por todos lados a un oríjen divino. En el mayor número de los paises, la lei civil i criminal entera fué mirada como revelada de lo alto; i solo a las pequeñas comunidades militares, que escaparon de este error, se debe que el hombre sea hoi un ser progresivo. Se creyó casi por todas partes que las instituciones del

Estado habian sido establecidas de una manera divina, i procedian mas o ménos de una autoridad divina. El derecho divino de gobernar de ciertas razas de reyes, i aun de gobernar de una manera absoluta, era todavia, hace poco, el dogma del partido dominante en la mayor parte de los paises de Europa; miéntras que el derecho divino de los papas i de los obispos para dictar las creencias de los hombres, no solo en lo que concierne al mundo invisible, hace esfuerzos todavia para rejir al jénero humano, bien que al traves de dificultades considerables. Cuando estas opiniones comenzaron a perder su valor, una teoría social se presentó a ocupar su lugar. En verdad que hubo muchas de estas teorías, i hai algunas a las cuales no se puede aplicar con justicia la calificacion de metafísicas en el sentido en que lo hace Comte. Todas las teorías que han hecho de la felicidad del jénero humano el fin de las instituciones, asi como de las reglas de accion, i que han tomado por guia la observacion i la esperiencia, tienen derecho al nombre de positivas, cualquiera que sea su imperfeccion bajo otros aspectos. Pero esto no ha formado sino una pequeña minoría. Comte tenia razon de asegurar que las escuelas predominantes de especulacion moral i política eran metafísicas, cuando no eran teolójicas. Ellas afirmaban que las reglas morales i aun las instituciones políticas eran, no medios de llegar a un fin, al bien jeneral, sino corolarios que se deducen de la concepcion de los derechos naturales. Ese fué el caso especialmente en todos los paises en que las ideas de los publicistas derivaban de la lei romana. Los que reglaban la opinion en estas mate-

rias, eran hombres de lei, cuando no eran téologos, i los lejistas del continente siguieron a los juristas romanos, los cuales seguian a los metafísicos griegos, reconociendo como la última fuente de lo justo, en lo moral i por consiguiente en las instituciones, la lei imajinaria del ser imajinario Naturaleza. Los primeros que han sistematizado la moral en la Europa cristiana, dándole una base que no es la de la teolojía pura, aquellos que han escrito sobre la lei internacional, razonaban enteramente segun esas premisas i las han trasmitido a una larga linea de sucesores. Este modo de pensar alcanzó su punto culminante en Rousseau, en cuyas manos vino a ser un instrumento tan poderoso para destruir lo pasado, como impotente para dirijir el porvenir. La victoria completa que esta filosofía alcanzó, en el campo de la especulacion, sobre las viejas doctrinas, fue temporalmente seguida de un triunfo igualmente completo en la práctica en la revolucion francesa; donde, habiendo encontrado por primera vez una amplia ocasion de desarrollar sus tendencias i de mostrar lo que ella era incapaz de realizar, fracasó de una manera bastante manifiesta, para producir una reaccion parcial en favor de las doctrinas del feudalismo i del catolicismo. Entre estos últimos i la metafísica política de la revolucion, la sociedad ha vacilado desde entónces, provocando en este movimiento la aparicion de un partido híbrido e intermedio, llamado *Conservador* o partido del *órden*, que no tiene ninguna doctrina que le pertenezca en propiedad, pero que procura mantener la balanza entre los otros dos partidos, adoptando alternativamente los argumentos de

cada uno, para servirse de ellos, como de armas contra aquel de los dos que, en un momento dado, parece tener la suerte de prevalecer."

Mill agrega con razon que si es exacta esta descripcion del estado actual de la opinion pública en Francia i en los demas paises que obedecen al impulso frances, no es justa respecto de Inglaterra i de las comunidades de oríjen ingles; en estos paises en que el derecho divino murió con los partidarios de Jacobo II, ni las ideas teolójicas, ni las metafísicas han encontrado favor jamas, ni aun entre los hombres del partido popular estremo, que han preferido fundar sus reclamaciones, no en los derechos naturales, sino en las tradiciones históricas de su propio pais i en la conveniencia jeneral. En Inglaterra, dice, la preferencia que se da a una forma de gobierno sobre otra, depende rara vez de otra cosa que de las conveniencias prácticas que ella produce o que de ella se esperan.

VII.

Ese espíritu positivo es en verdad el que ha salvado a los paises ingleses del naufrajio jeneral, i el que ha preparado i realizado el triunfo de la semecracia o del gobierno de sí mismo en Estados Unidos. Si las repúblicas americanas hubieran podido imitarlo, su progreso moral habria sido mas efectivo en los cincuenta años que han atravesado de vida independiente; pero no pudo ser así, porque la analojía de sus creencias, sus tradiciones i sus hábitos i aun la analojía de idioma las han llevado naturalmente a recibir las influencias de la Francia, i por consiguente a desaprovechar i contrariar su revolucion, como la Francia ha contrariado la suya,

Asi es que los pueblos hispano-americanos se hallan hoi en la dolorosa i anárquica transicion en que se ven todos los pueblos europeos que reciben el impulso frances. Si los hombres de luces o los que aspiran a influir en los destinos de estos pueblos se hallan tan desorientados, tan divididos i tan imbuidos en los errores tradicionales del espíritu teolójico i del modo metafísico, no es de estrañar que las sociedades estén hoi sin ideas, sin brújula, i dominadas por una aspiracion vaga, que no puede resolverse ni se resuelve sino en un esceptisismo estéril que estra-

via i hace mas dolorosa la trancision. La sociedad europea i americana, con escepcion de los pueblos ingleses, se hallan hoi en una situacion análoga a la del imperio romano en la época de la transicion del politeismo al monoteismo.

"Un gran desórden intelectual i moral invadió a mundo romano, cuando por una parte, su período militar estaba cumplido, i no quedaban mas que riquezas especialmente acumuladas en ciertas clases, o en familias numerosas, ociosas, sin creencias i sin freno; i cuando por otro lado, los hábitos griegos, dando a las abstracciones teóricas un valor exajerado sobre los resultados prácticos, a las utopías sobre las realidades, a la palabrería sobre la reflexion, hicieron pulular en Roma a los espíritus inciertos, desalentados, sin costumbres, i produjeron ese estado de malestar, en que se hace necesaria una reaccion. Esta disposicion intelectual se prolongó hasta el momento en que la síntesis monoteista pudo encadenar las fuerzas virtuales de la intelijencia, que estaban dispersas por todas partes; i aun fué necesario esperar tambien la agregacion completa a la gran ciudad de las poblaciones que permanecian resistentes a la nueva trasformacion. En fin, para arribar al nacimiento del monoteismo, llegaban a ser urjentes la emancipacion doméstica i la libertad de los esclavos, únicos instrumentos del trabajo útil, porque ellas eran la consecuencia de un réjimen que consagra el sentimiento i los impulsos del corazon."

¿No es mas o ménos esta la pintura de la situacion actual de nuestra época de transicion? Se necesita llegar a la síntesis democrática, que consiste en el

triunfo completo de la libertad, en la semecracia, porque esta es la única potencia que puede encuadernar las fuerzas de la intelijencia dispersas, i dar una base positiva a la sociedad i al hombre. Entre tanto, la anarquía de las ideas, el escepticismo, la hipocresía, el desaliento i la falsedad de las costumbres, son otros tantos elementos poderosos de que se valen para mantenerse i dominar el error, las preocupaciones, la ambicion egoista i los vicios i los sórdidos intereses que han vivido i que se han hecho fuertes en la civilizacion i en los gobiernos que nos ha legado la edad media, i cuyo imperio aun pesa sobre la edad moderna.

Ved sino lo que pasa. El sistema de la fuerza, aplicado al gobierno de la sociedad i a la direccion del individuo, ha sentido ya la impotencia de sus medios de dominacion para luchar con el principio liberal. A lo ménos en Inglaterra se ha declarado vencido, pues ha dejado ya de llorar con lord Eldon sobre las ruinas de su poder, i ha perdido toda fé en los razonamientos falsos i triviales con que ántes se defendia. Su táctica consiste ahora en ir adelante para mantener sus últimos baluartes, en *oponer a sus adversarios*, como decia lord Palmerston, *reformas tales, que impidan las revoluciones*. Todas las grandes reformas se han acometido allí i se han realizado con lealtad en estos últimos años: todas las necesidades, todos los derechos de aquella sociedad, que adelanta con una rapidez creciente, han sido satisfechos: la corona i la aristocracia, estos dos centros de despotismo i de atraso en el resto de Europa, han compartido en Inglaterra su poder con el pueblo, i, haciéndose refor-

mistas, han podido i podrán sostenerse por mucho tiempo, a pesar de las tendencias democráticas i del progreso moral.

Este es un triunfo del espíritu positivo. El pueblo ingles es un pueblo práctico. No así el continente europeo.

Con todo, solamente se muestra recalcitrante el sistema de la fuerza en España i en Roma, donde cree que, aferrándose con impudencia a sus antiguos absurdos, i anatematizando todas las conquistas del progreso humano, puede todavía mantener su dominacion i conservar el poder que se le escapa.

Mas en Francia, i en todos los pueblos que obedecen su impulso, el espíritu retrógrado ha recurrido a la mentira i a la hipocresía para triunfar. Encarnado allí el sistema de la fuerza en las instituciones, i apoyado en el sentimiento i en los intereses egoistas de la sociedad, ha adoptado el arbitrio de asimilarse todas las influencias que la verdad i la justicia han conquistado en el desarrollo de la civilizacion moderna. Ya no proclama ni la esclavitud del espíritu, ni la dominacion del hombre i de la sociedad, como en España i en Roma. Sus partidarios, los retrógrados, se disfrazan en Francia con todos los atavíos del progreso moral; i a nombre del derecho i de la democracia, pretenden defender su poder i sus medios de dominacion.

Ellos alteran el sentido de la libertad i todas sus condiciones, para invocarla en defensa de sus errores i falsedades, de su poder i de su dominacion en la moral i en la política, en la organizacion de la familia i en la sociedad, en la ciencia i en la filosofía, en

la educacion i en la enseñanza, en la industria i en el trabajo. Ya no hai retrógrado que no combata a nombre de la libertad: eso sí, ellos se dicen los depositarios de la verdad absoluta i solo quieren libertad para la verdad que ellos dictan, i para los que la creen. Ya no hai absolutista que no invoque el derecho, que no invoque la democracia, la soberanía popular, para conservar su poder i mantener la esclavitud del espíritu, porque como delegados del pueblo se creen mas absolutos que un emperador romano.

Libertad, derecho i democracia, no son en su boca sino vanas palabras, sin sentido fijo, que ellos adaptan a sus aspiraciones e intereses: la libertad, i por consiguiente los derechos que la constituyen, no son el patrimonio del hombre, sino los atributos del poder absoluto, que es el único que puede trazar al hombre la esfera de su pensamiento i de su accion. La democracia no es el gobierno del pueblo por sí mismo, sino la finjida igualdad i la satisfaccion del hambre i de las necesidades de los proletarios: por eso se consagran los retrógrados a realizar las mas bellas ilusiones de los socialistas i comunistas, organizando la caridad i la beneficencia oficialmente, para reemplazar el derecho por la holganza, i la verdad por el pan.

Este procedimiento embustero e hipócrita, i otros de igual carácter, han introducido en la sociedad francesa una espantosa confusion en las ideas, una verdadera anarquía en los espíritus, i han formado el caos al rededor de todos los problemas sociales i políticos, de modo que nadie tiene un concepto fijo del progreso moral. Por eso es que la situacion de aque-

lla nacion i de todas las que reciben las influencias de su espíritu, es realmente tenebrosa, i apénas se distingue allá el triunfo de la fuerza sobre la razon i el derecho.

De allí nos viene la moda, i los retrógrados de América se apresuran a seguir la senda de los de Francia, para producir tambien en nuestras pobres sociedades el caos al rededor del progreso moral i estraviar, en su provecho, las conquistas de la verdad. Aquí tambien se invoca la libertad para destruir la libertad; se apellida el derecho para favorecer el imperio absoluto sobre la razon i el derecho, se aclama la democracia para desviar a nuestras repúblicas del gobierno de sí mismas. Así peligra el progreso moral, así se retarda el triunfo de la verdad i de la justicia en estos pueblos adolescentes, que tan heróicos sacrificios han hecho para convertirlas en base de su sociabilidad.

Entre los ensayos prácticos que se han hecho en este siglo para evitar la reforma radical i el triunfo completo del progreso moral, figura en primer término el de las monarquías constitucionales, forma de gobierno en que se ha procurado realizar una alianza entre el pasado i el porvenir, hacer una transaccion entre el poder absoluto i las conquistas democráticas, entre el espíritu teolójico i el espíritu positivo. La metafísica ha ayudado maravillosamente a esta transaccion, procurando justificarla filosóficamente i hacerla definitiva i perdurable: de aquí ha nacido la invencion de la centralizacion administrativa i la organizacion burocrática, es decir, la disciplina del poder i de las influencias de las oficinas i de los ajentes del gobierno

para ahogar los derechos del hombre i de la sociedad: de aquí la invencion de peregrinos principios, como el del rei reina i no gobierna; de falsas teorías, como la del predominio de la clase media, la de la organizacion del trabajo, la del destino de las razas humanas, que inventa una raza latina, a la cual se da la mision de estorbar el progreso moral, fortificando el imperio de las tradiciones teolójicas i metafísicas; de aquí la nueva forma de la monarquía constitucional, que bajo el título de gobierno parlamentario, ha ensayado la Francia, colocando el poder absoluto que falsamente atribuye a la soberanía nacional, en manos de un monarca que solamente admite al pueblo a deliberar por medio de sus representantes i a votar las leyes, mas no a representar sus derechos políticos; de aquí, en fin, esa multitud de teorías sofísticas, de instituciones metafísicas i de formas ambiguas, que tan exactamente representan hoi en Europa i América la anarquía de las ideas, la vaguedad de las aspiraciones, la fluctuacion en los deseos, i el escepticismo que destruye las creencias i pervierte las costumbres. Nuestras nuevas repúblicas han pretendido modelarse por ese ensayo de transaccion, que tanto ha contribuido en Europa a hacer mas confuso el progreso moral de nuestra época.

VIII

Tal es la situacion, i tal es el estado en que el progreso moral se encuentra pervertirdo, paralojizado, estraviado i sin rumbo fijo. Para apresurar el momento en que debe terminar tal situacion, a lo ménos en América, donde es infinitamente mas fácil la tarea que en Europa, porque son ménos resistentes los vicios i ménos poderosos los intereses que la mantienen, no basta estudiar la manera cómo han salido de ella los pueblos ingleses: es necesario ademas comprender sus antecedentes, formándose un concepto preciso de la filiacion de las ideas en Francia i del modo que ellas vinieron a traducirse en ese gran acontecimiento que se llama la revolucion de 89, i en los que han sido su consecuencia.

La revolucion francesa fué desgraciada, i no solo no se consumó, sino que fracasó, precisamente porque le faltaron un pueblo i hombres de jenio que la comprendieran i que fueran capaces de realizar el progreso social, a cuya lei obedecia, i en la cual tuvo su oríjen. Su programa consistia en los derechos del hombre, cuya posesion i uso constituyen la libertad; pero la Francia con Rousseau, entendió la libertad a la romana, creyendo que consistia, no en la posesion de los derechos del hombre, sino en la soberanía del pueblo, i solo aspiró a traspasar el poder absoluto de

manos de sus monarcas a las del pueblo, creyendo que con la soberanía popular en ejercicio, i con la igualdad que era una consecuencia de la soberanía, ya era libre, aunque el poder absoluto del nuevo soberano negase i violase la posesion de todos aquellos derechos que proclamaba. Bajo la influencia de este doble paralojismo, la revolucion se consagró entónces a destruir con furia todas las trabas, todas las restricciones que la civilizacion teolójica i metafísica de la edad media oponia al desarrollo humano, civilizacion que debia terminar con la libertad.

Con todo, la rejeneracion social se realizaba, i aquel inmenso poder que se ponia a su servicio se alejaba mas i mas, por su propio absolutismo, de la verdadera forma del poder republicano que a la sazon se ensayaba prácticamente en Norte América, resolviendo de un modo positivo todas las grandes cuestiones del nuevo derecho público. Libertad para el individuo, libertad para la sociedad, o en otros términos, goce completo de todos los derechos: tales eran los elementos de la nueva síntesis revolucionaria; pero ni se comprendia que esos derechos eran la libertad, ni se sabia que su fórmula precisa estaba en la democracia representativa, en el gobierno de sí propio limitado por el derecho mismo, en el gobierno del pueblo por el pueblo, fundado en el goce cabal de los derechos individuales i sociales, i no en un poder absoluto que los destruyera, trazando a su arbitrio las creencias, las concepciones i los actos de los gobernados.

Esta asercion, que parece temeraria, se halla comprobada en la mirada filosófica que sobre aquella época

echa Comte, i que resume lacónicamente Bourdet, en estas pocas palabras: "Hemos dicho que tres jefes de la escuela revolucionaria, Diderot, Voltaire i Rousseau, se habian dividido el espíritu moderno. Diderot, ménos conocido e incompleto por otra parte en sus teorías orgánicas, pero tan útil a la revolucion por su fundacion enciclopédica, tuvo en Condorcet i Danton dos descendientes directos de sus ideas. Sin embargo, el sentimiento público se dividió al momento de adoptar una teoría revolucionaria, entre Voltaire i Rousseau. Voltaire, con su sangre fria, su razon i un sentido crítico inexorablemente justo, proclamó la libertad, a pesar de que profesaba un penoso escepticismo social. Rousseau, con su pasion por la paradoja i un amor a la humanidad mas instintivo que esplícito, fué el apóstol de la igualdad, i suministró, en su *Contrato social*, un programa momentaneamente aclamado por los teóricos del movimiento.

"Sin embargo, no emanando nada de práctico, ni del uno ni del otro, se imita, por via de ensayo, el réjimen parlamentario adoptado en Inglaterra desde mas de un siglo ántes: este réjimen, elojiado por Montesquieu, como el tipo supremo de gobierno, bien que insuficiente en todos los paises, mirado en sus mas remotas consecuencias, no podia casi convenir a la Francia, en razon de su diferencia con Inglaterra. Descomponiéndose allí la edad media, habia acumulado todos los poderes en manos de una aristocracia vigorosa i consistente que manejaba los recursos temporales i espirituales, no teniendo sobre sí al rei sino de un modo nominal. Seria un error considerar como completo este réjimen parlamenta-

rio que impone, como muestra de buen resultado, un contrapeso imposible entre autoridades rivales, contrapeso que si fuera real, no llegaria a ser mas que un equilibrio sin movimiento progresivo.

"Para importarlo en Francia, habria sido necesario instituir algo análogo a esa aristocracia inglesa, cuya instalacion no soportarian las costumbres igualitarias i las tendencias liberales. Duró, pues, mui poco i fué eliminado por los nuevos instintos republicanos, que comprendian que el poder solo llegaria a ser fuerte bajo una dictadura esclusivamente democrática. Esta forma republicana fué la de los discípulos de Diderot i se encarnó en Danton. Desgraciadamente el deista Robespierre, que proscribió a la nobleza i el ateismo, para reasumir poco a poco la jerarquía de los antiguos poderes con su culto del Ser Supremo, Robespierre, en vez de ligar simplemente por leyes positivas, exentas de metafísica i de teolojía, las aspiraciones, los sentimientos, los pensamientos i las necesidades de los franceses, se mostró despóticamente sanguinario, sistemáticamente cruel, e hizo avortar i desnaturalizó esa forma republicana, mejor comprendida por los que fueron sus víctimas.

"Un segundo ensayo de gobierno parlamentario se intentó para hacer cesar la anarquía por la caida del réjimen convencional; pero este segundo ensayo no fué mas dichoso, pues no era lejítimo, i una dictadura militar surjió con todas sus consecuencias retrógradas: guerras sin fin i sin provecho, resurrecciones nobiliarias i teocráticas, compresion en el interior e insolente despotismo en el estranjero. Si el héroe del drama imperial, traicionado por las armas,

tiene aun hoi simpatías retrospectivas, no las debe sino a la desgraciada intervencion de los gobiernos de Europa, que se entremetieron en nuestros negocios íntimos, i trasformaron por error en representante de la revolucion al hombre que sirvió siempre a la causa de los reyes, i que aprovechó la crísis popular para la satisfaccion de su orgullo. Una tercera revuelta a las formas parlamentarias siguió al imperio; para formar el fondo aristocrático necesario, se amalgamó a la reciente i antigua nobleza: la prueba duró un poco mas, pero su caida en 1848 tiende a demostrar que semejante réjimen es un error político, en Francia sobre todo, donde la monarquía tiene desde mucho tiempo atras el hábito de sacudir toda sujecion impuesta por asambleas que suministran a la corona ministros que representan al poder rival. El gran, movimiento de 1848 no llegó a cabo porque trajo mui rápidamente una gran confusion de ideas sociales i políticas i de teorías contradictorias. Los socialistas de esa época, asi como los reaccionarios, partian de un mismo punto cuasi teolójico, invocando los unos i los otros la soberanía popular, como una voz de Dios: los primeros, recurriendo a un comunismo igualitario, anárquico, desarrollaban i sembraban la envidia; i hablaban al mismo tiempo de fraternidad evanjélica: los segundos renunciaban erroneamente a la incorporacion del proletario en el réjimen de la sociedad moderna, para defender los derechos de una autoridad cualquiera, i con el pretesto de una radical incompatibilidad entre los trabajadores i capitalistas."

Del vértigo de tantos absurdos, de tantos errores,

de tanta ignorancia de las nociones mas óbvias del derecho i del progreso moral; de ese vértigo en que no aparecia otra cosa clara que la deplorable confusion de la libertad con la soberanía popular, nació, consagrado por ésta, el nuevo imperio, que ha tratado de realizar en los tiempos modernos la unidad absoluta de la edad teocrática, apoyándose por un lado en la fuerza de las armas, i por el otro en un parlamentarismo enfermizo, que, mediante la metafísica i las ficciones de una falsa filosofía, trata de convertir en doctrina semejante embrion.

Esta es la jenealojía de la desgraciada anarquía en las ideas i de la consiguiente perturbacion en que se halla hoi el progreso moral en *todos los paises* que recibieron el primer impulso de la revolucion. Pero el progreso moral no ha muerto, solamente se halla embarazado en sus desarrollos. Quinet pinta con mucha verdad estos parasismos de las revoluciones, hablando de la Francia: "Cuando por efecto, dice, de una celada bien tendida, o por el cansancio que se apodera de los mejores, o porque entre sí se hayan matado, desaparecen aquellos que conducian al pueblo, el sorprendente espectáculo que se presenta es el fin de la revolucion. Privados de aquellos que les daban el impulso de vida, los pueblos desencadenados, para quienes la tierra parecia pequeña, se defienden. Ese es un rio privado de sus fuentes, se agota pronto. Una desesperacion súbita se apodera de la multitud. Como si los pueblos no hubieran recibido mas que una vida prestada, la pierden, perdiendo a sus antiguos jefes. Esta materia incandecente se refria poco a poco, desde que no recibe diariamente la irradiacion de las

grandes almas que ha dejado perecer. Por grados, ella decae en el estado de inercia de que habia salido. En esos momentos, podeis hacer cuanto querais de esa materia resfriada. Parece que el alma la ha abandonado, parece muerta. En efecto, ella sufre todas las consecuencias de este estado, hasta que surjen nuevos individuos que con su propia enerjía le comunican nueva vitalidad. Sin embargo, no creais que esas masas, aunque hayan caido en la inercia, recaen en el estado antiguo en que las habia encontrado la revolucion. Aquel largo i sangriento trabajo no ha sido inútil; ellas han sufrido su impresion, i han recibido multitud de jérmenes por ahora invisibles, que esperan la ocasion de aparecer. En una palabra, aunque semejantes en apariencia a lo que eran, las masas del pueblo son bajo muchos respectos todo lo contrario. Han sido arrojadas a un molde nuevo, i de éste saldrá una nueva sociedad. Así es como en las revoluciones del globo, hai algunas masas que parecen sepultadas. Casi todas las organizaciones vivientes que producian han perecido, i solo queda en apariencia un vasto sepulcro.

Mas aquellas épocas, al perecer han dejado en sus ruinas ciertos jérmenes de vida, i han sobrevivido los individuos mas poderosos o mas favorecidos. Al primer impulso de la naturaleza viviente, reaparecen nuevos tipos de organizacion i faunas nuevas. En este mundo que surje, están los representantes i los análogos de las organizaciones anteriores. Todo se liga al pasado, i sin embargo casi todo es nuevo.—En las revoluciones humanas, tales como la revolucion francesa, no se desarrollan de otra manera las mara-

villas de la vida social. Despues del trabajo de las pasiones i de las cosas, la inercia, el sueño, la esclavitud. Al primer aspecto, los hombres pueden creerse revaciados en el antiguo molde, pero éste ha sido quebrado por una mano poderosa i nadie puede rehacerlo. De aquí las formas imprevistas, los espíritus que parecen sin antepasados, las organizaciones sociales, las obras sin tradicion, como sin precedentes, i si pudiera decirse, una fauna forma humana casi enteramente nueva.

"Despues de la caida de la revolucion, 18 brumario, es verdad que se ven los análogos i los representantes de todo el pasado. ¡Parece que se ha vuelto al punto de partida anterior, a 89! Nobleza de espada, jerarquía, centralizacion, intendentes bajo el nombre de prefectos, poder absoluto bajo el nombre de dictadura perpétua. Las viejas formas sociales i políticas reaparecen las unas despues de las otras; muchos imajinan, esperan, temen una vuelta ciega al molde del pasado. Pero eso es una ilusion del espíritu. Una vez quebrado el molde de las cosas humanas, se rehace en una forma diversa, i nadie puede oponerse a que así sea. Las organizaciones que han desaparecido una vez, no reaparecen jamas. De la monarquía de Luis XIV a la monarquía de Napoleon, hai tanta distancia como del elefante velludo de la Siberia al elefante de nuestros dias. Entre unos i otros, hai un diluvio. Esos organismos están separados por una revolucion, que ha cambiado las condiciones de la vida, descendiendo hasta las entrañas del globo. No depende del hombre el estirparla, por mas que haga. Así cuando ha desaparecido la esperanza del corazon del hombre, ella

salta de nuevo del mas profundo ceno de la tierra.'

I eso es porque el progreso moral no perece, aunque las ciegas i torpes reacciones que lo contrarian lleguen al parecer a sofocarlo. No, debajo de esas inmensas moles, la planta conserva su sábia, i se desarrolla porfiadamente hasta que logra hacer aparecer sus brotes a la luz.

IX.

La revolucion hispano americana ha seguido un rumbo análogo. Emprendido ese movimiento para independizar a las colonias de la Metrópoli, su resultado práctico i positivo no pudo ser otro que la reaccion contra la civilizacion de la edad media, que se conservaba en todo su vigor en América, mediante el sistema colonial. Pero esa reaccion no podia tener otro impulso que el que le imprimian las mismas ideas positivas del progreso moral, i siendo en jeneral poco definidas i aun problemáticas tales ideas, su impulso ha debido ser tambien vacilante i desigual.

Por una parte han contribuido a esa indecision en las nuevas ideas la tradicion dé las ideas teolójicas i metafísicas, que constituian la base fundamental de la civilizacion de la edad media i del sistema colonial; i por otra la imitacion de la Francia, poderosamente ausiliada por la influencia de las doctrinas de los escritores i de los gobiernos de esta nacion. Así es que ha faltado una direccion certera i enérjica, en tanto que ha existido de un modo mui efectivo la fuerza motriz, que empujaba por sí sola la rejeneracion, a veces sin rumbo fijo, i en ocasiones haciendo una marcha circular, curva o truncada, como la haria, segun la comparacion de Stuart Mill, una nave de vapor entregada al acaso.

Esa fuerza motriz ha consistido en una fuerte aspiracion a lo nuevo, a la rejeneracion social i política, que ha dominado en los pueblos americanos. Las ideas viejas estaban por lo jeneral desacreditadas i prevalecia respecto de ellas i de su verdad aquel esceptisismo en que tuvo oríjen la revolucion francesa i que ella ha contribuido a propagar en todo el mundo civilizado. Por eso es que las ideas teolójicas i metafísicas de la colonia apénas conservaban un débil apoyo en el sentimiento. Este se adheria mas que a ellas, a los hechos prácticos que ellas habian producido, a los vicios de la administracion colonial, a los hábitos, a las perversiones del buen sentido, a los intereses que formaban la vida pasada; pero como tales vicios, tales hechos, estaban tambien en descrédito i puestos casi en ridículo, la adhesion del sentimiento a ellos no era incontrastable, ni aun era fuerte: de la debilidad del sentimiento en favor del pasado, sacaba pues su vigor aquella aspiracion, que desde el principio adoptó como fin el establecimiento de las formas republicanas, lanzándose en la via de los ensayos i de las utopias.

A la revolucion americana le faltaron tambien hombres i pueblos que la comprendieran, i ha sido necesario que aquella vaga aspiracion haya tenido una fuerza de espansion mui prodijiosa, para que haya alcanzado a realizar algo, sobre todo desde que han contribuido a su direccion los ejemplos i las doctrinas positivas de Inglaterra i principalmente de los Estados Unidos del Norte.

En esta marcha progresiva se hallan a la vanguardia Méjico, Colombia i Buenos Aires, en cuyos pue-

blos han dejado de tener la direccion de la moral i de la política las ideas de la edad media, i se han adoptado, con inmensos sacrificios, instituciones positivas, que consagran la práctica de los derechos humanos i que la ensayan todavia en medio de serias fluctuaciones. Entre tanto en las demas Repúblicas aun prodominan en la vida social las ideas teolójicas i metafísicas de la civilizacion de la edad media, i en Chile mas que en ninguna de las otras han logrado ellas reconstituirse en un cuerpo completo de instituciones, formadas bajo la inspiracion i el modelo de las doctrinas de transaccion de la Francia monárquica.

En verdad que no se puede acusar a las nuevas Repúblicas de que en cincuenta años no hayan operado todavia una reforma radical, planteando la nueva forma del progreso moral, la semecracia, el gobierno de sí mismo. La transicion de un período a otro no es obra fácil, ni de poco tiempo, da por sí sola tarea para muchas jeneraciones. ¿Cómo cambiar en cincuenta años, ni en un siglo, las ideas sobre que ha descansado la sociedad durante la vida de muchas jeneraciones? ¿Cómo desarraigar los intereses i los malos hábitos que se han identificado con el sentimiento, si no es modificandolo por medio de las conquistas de la intelijencia i venciendo las preocupaciones con la demostracion de la verdad? Estas ideas, estos intereses i estas preocupaciones pueden perder su prestijio, pueden desacreditarse, como ha sucedido en Francia i en las Repúblicas Americanas; pero no hai como reemplazarlas. Las nuevas ideas pueden ser controvertibles, las verdades dudosas; i entónces la sociedad desalentada vuelve a lo conoci-

do, a lo probado ya de antemano, i se contenta con modificaciones, con reformas parciales, que al fin acaban por rehabilitar el prestijio del pasado i restablecer su imperio. Pero ya entónces este es poco duradero, su descrédito vuelve, i las dudas amargas, el escepticismo agostador, los desengaños violentos aparecen otra vez i hacen mas dolorosa la situacion.

Eso es lo que ha sucedido en nuestras sociedades. ¿Quién ha tenido en ellas ideas fijas sobre el desarrollo del progreso moral? Grandes estadistas lo han adivinado, eminentes escritores lo han servido, pero sin plan ni sistema, sin fé i aun sin certidumbre de la verdad.

No hai escritor alguno americano que nos presente en un cuerpo de doctrina ideas precisas sobre el progreso moral, ni principios positivos a que ajustar los arreglos sociales, ni nociones exactas que sirvan de criterio a las concepciones de detalle que el espíritu debe formar sobre los hechos de la vida práctica. Los unos han ilustrado las cuestiones morales i políticas, bebiendo sus inspiraciones en la escuela metafísica francesa, presentándonos entidades o ficciones en lugar de nociones prácticas i claras; los otros han pretendido aliar esas inspiraciones con los dogmas teolójicos, o con las doctrinas de transaccion inventadas por los filósofos eclécticos del prentendido justo-medio i por los publicistas parlamentarios, que han creido hallar en la monarquía constitucional la última espresion del progreso. Al lado de todos han aparecido los escritores positivos que hallan la fórmula del progreso en el desarrollo material, i los que la encuentran en el predominio del principio de auto-

ridad, o que la buscan en la alianza del órden con la libertad, mediante una autoridad fuerte que se constituya en el médico del enfermo que se llama pueblo, para ir administrándole la libertad por dósis, por gotas; o que se constituya en el tutor del menor que se llama sociedad, para concederle los derechos poco a poco, para hacerle concesiones que aquella autoridad solo sabe medir, que ella sola sabe hacer con oportunidad. Otros escritores positivos, hallando sin verdad lo pasado, se han adherido ardientemente a la justicia sin definirla, han proclamado principios nuevos, sin demostrar su verdad, han puesto su confianza en el porvenir sin descifrarlo ni señalarlo; i entre estos hai filósofos que comprendiendo que el modo de pensar teolójico no puede en la época moderna darnos el criterio i la solucion de las cuestiones sociales, se han ensañado contra los dogmas relijiosos i han tratado de destruir el sentimiento relijioso, sin darse cuenta de que la relijion puede existir sin que sea necesario, para su existencia, que las cuestiones políticas i morales, que la ciencia, las artes i la enseñanza social, que la industria i el comercio sean rejidos i encaminados por las ideas teolójicas: el sentimiento relijioso i la idea fundamental de la relijion constituyen una de las esferas de la actividad del espíritu, que no puede aniquilarse; i si el progreso moral tiende a que ella no domine a las demas ideas fundamentales, a que ella no aspire a tomar la direccion completa del hombre i de la sociedad, no por eso debe negarle su libertad, esto es, su derecho de constituirse i de desarrollarse, como todos los demas fines de la humanidad. Tal es la ver-

dad que no han comprendido estos filósofos, bien que talvez si la hubieran comprendido habrian aspirado como otros en Europa a inventar una nueva relijion que reemplace a las conocidas, que ellos han creido inperfectas. Las erróneas pretensiones de estos i de aquellos filósofos no han contribuido poco a sublevar los intereses relijiosos contra el progreso moral, i a estraviar a los hombres relijiosos en una lucha, en que la relijion deja de ser la union del alma con Dios, para ser una cuestion de intereses temporales. De esta espantosa confusion de teorías i de doctrinas teolójicas i metafísicas solo han sacado partido en América, como en Europa, los especuladores, esos a quienes llaman en Francia los *Hábiles*.

He aquí un hecho que justifica a las repúblicas americanas. Si ha habido tal indicision en las ideas, tal incertidumbre en los principios i en las fórmulas del progreso moral, era lójico que fuese tambien incierta i fluctuante la direccion que se ha dado a la poderosa aspiracion a lo nuevo, a esa aspiracion a la rejeneracion social i política, que no solo ha existido en el espíritu, sino que ha sido tambien apoyada por el sentimiento, i que a fuerza de desengaños i de desencantos se ha fatigado casi en todas partes, contentándose con descansar sobre fórmulas dudosas e instituciones pasajeras.

Con todo no abona esa escusa a todas las Repúblicas. Señalando las leyes del progreso moral, hemos visto que él es obra de la libertad, i no de un desarrollo fatal i necesario, ni de una predestinacion divina, que no podrian conciliarse con la naturaleza humana, cuyo carácter distintivo es la libertad. De

aquí hemos deducido la responsabilidad de las jeneraciones, estableciendo, con Comte, que cada edad es en los momentos de su duracion el punto de partida i el punto de apoyo de la edad siguiente, i que por tanto tiene el deber de rectificar el pasado i de preparar el porvenir, comprendiéndolos ámbos en una solidariedad hereditaria.

Ahora bien, no todas las repúblicas americánas han comprendido i cumplido ese doble deber, como aquellas que han satisfecho la aspiracion de la revolucion dirijiéndola siempre, bien o mal, pero sin contrariarla jamas sistemáticamente. No tomamos en cuenta para este juicio los accidentes pasajeros, los errores sangrientos, las dictaduras efímeras, las ambiciones estúpidas que han surjido para desaparecer. No hablamos tampoco del Paraguai, en que la revolucion apenas estalló para continuar la vida colonial bajo un nuevo poder que no hizo lugar a una nueva era. Hablamos de las repúblicas en que la revolucion, despues de haber recibido un desarrollo casi completo, fué enfrenada por una organizacion que la hizo abortar i retroceder al pasado, como en Centro América, como en el Ecuador, i principalmente como en Chile, donde esa organizacion ha sido completa i tan duradera, que ha podido educar a una jeneracion i modificar a la sociedad en un sentido contrarevolucionario. Aquí se ha contrariado el progreso moral, aquí no se ha correjido el pasado ni preparado el porvenir, sino que se ha rehabilitado el pasado, dándole nueva vida, nuevo vigor, bajo distintas formas, en un molde diferente.

El hecho es que la revolucion aspiraba a una re-

forma completa, no sabia cómo, ni de qué modo, pero desde luego pretendia establecer un gobierno que en sí fuera todo lo contrario de lo que era la monarquía que se destruia, que no fuera absoluto, absorvente, ni despótico, que no asumiese la direccion única, esclusiva, omnímoda de todas las creencias, de todos los intereses, de todos los derechos, como el gobierno colonial.

Este era un objeto preciso, claro, definido, que no se ocultaba a nadie: habia dificultad para alcanzarlo, habia que hacer ensayos terribles, que pasar por pruebas dolorosas; pero la lójica de la revolucion i la lei del progreso moral imponian a la jeneracion presente el deber de trabajar por alcanzarlo. Faltar a ese deber, era una traicion a la revolucion: ahora, idear i plantear un sistema, no solo ya para faltar a ese deber, si no para organizar un gobierno contrario a la aspiracion, un gobierno absoluto como el de la colonia, bajo formas hipócritas que salvaran las apariencias, mintiendo i remedando las formas i las garantías de la república eso era un crímen, i tal es el crímen de la edad presente de Chile.

¡Sí, la revolucion ha dejado de vivir en Chile, i sobre sus cenizas se ha organizado la contra-revolucion reaccionaria! La contra-revolucion está organizada, está fortificada en nuestra constitucion política i en las leyes represivas que en este código hallan su base i su punto de partida.

La revolucion de la independencia debia traer como resultados necesarios mas tarde o mas temprano, la emancipacion del espíritu i el triunfo de los derechos del hombre: de esos derechos que se llaman li-

bertad industrial, libertad comunal, libertad electoral, libertad individual, libertad del pensamiento, en fin, bajo todas sus formas de libertad de cultos, de libertad de la palabra escrita i hablada, libertad de enseñanza, libertad de asociacion i de reunion. La revolucion debió llevarnos, en una palabra, a la posesion completa de la república democrática, que es la vida de la sociedad moderna, i no su muerte, que es la vida i el desarrollo de todas las ideas fundamentales sobre que descansa la sociedad, que es el triunfo de los derechos de todos i no la ruina de interes lejítimo alguno!

I sin embargo, ¿cuál de esos derechos no se halla negado o por lo ménos limitado i torturado en nuestras leyes? ¿Cuál de ellos no se ve contrariado i protestado en nuestras prácticas políticas? ¿De cuál de ellos estamos en posesion, si no es a medias i por gracia i beneplácito del poder? ¡Ah! Es porque esas leyes i esas prácticas son las que han venido a reconstituir el antiguo poder colonial, que habiamos querido derribar: la colonia española se ha disfrazado a la moderna, i se ha rehabilitado, poniendo a su servicio el poder de la soberanía conquistado con la independencia.

Casi en todas las repúblicas hermanas la revolucion ha marchado. Casi en todas ha seguido su desarrollo natural, sin que la lei haya venido a atajarlo, a pesar de los estravios del militarismo en unas; apesar de los intereses antagonistas de las poblaciones, en otras; a pesar de los estímulos de las ambiciones innobles, en éstas; a pesar de los antecedentes coloniales, de los errores i de la ignorancia política en todas.

Pero en Chile, no! A pesar de que somos un pueblo sobrio i activo, como pueblo industrioso por necesidad; a pesar de la nobleza de los soldados de la independencia, que sacrificaron siempre sus ambiciones en aras de la patria; a pesar de la ausencia de intereses sociales antagonistas, i de la inconsistencia i debilidad relativa de los vicios coloniales, la revolucion no solo ha sido aquí contenida, contrariada, sino que ha sido reducida a la impotencia; i la contra-revolucion se halla hoi vigorosamente orgonizada, en las instituciones a los cincuenta i ocho años de emancipacion!...

¡Sí, la revolucion de 1810 es un nuevo Prometeo, que el poder de la lei ha enclavado en la roca, i que devoran con furia salvaje los buitres que se amadrigan en las tinieblas del pasado! ¡Hé aquí, la verdad verdad tremenda que espanta, i que no puede ocultarse ni aun a los ojos de los mas satisfechos con la situacion.

Ese crímen de la edad presente, va a tener consecuencias desastrosas en lo futuro, porque va a traer una reaccion tanto o mas violenta que lo que fué la de la revolucion en su primera época. En las demas repúblicas que han servido al progreso moral, que no han contrariado i atajado el desarrollo de la revolucion con una organizacion reaccionaria vigorosa, la senda está espedita, i las conmociones no pueden ser sociales ni profundas, si ellas aparecen, sino que seran políticas i limitadas a la esfera de los intereses mas o menos nobles, mas o menos mezquinos que los produzcan.

X.

Para hacer menos dolorosa la transicion, i mas fácil la rejeneracion; para apresurar el advenimiento de la nueva era, para asegurar la realizacion de la nueva síntesis, es indispensable rectificar las ideas. Esta obra en la América española es infinitamente mas llana i factible que en Europa, porque si bien en ambos continentes las ideas viejas han caido en descrédito i ceden su lugar a la verdad, no sucede así con los vicios i los abusos que arrrancan de aquellas ideas su orijen i que con ellas se han fortificado: esos vicios i esos abusos no tienen en América hondas raices, no tienen instituciones seculares, como la monarquía, que los amparen, ni dogmas i doctrinas que los santifiquen, ni tradiciones ni intereses que los fortifiquen: ellos cederán como han cedido hasta ahora, al primer impulso. La obra es grande, pero fácil, i está encomendada en primera línea a los maestros de escuela i a todos los encargados de la educacion de la juventud, pues la jeneracion que se levanta es la que debe llevar el jérmen de la verdad, la que debe recibir como herencia de su antecesora las ideas del pasado rectificadas i la preparacion necesaria para realizar sin dificultad su porvenir: por esto hemos dicho i repetimos *que no basta saber leer i escribir*, porque la instruccion primaria no es completa,

no es social, si no comprende la educacion moral del individuo, aunque no sea mas que en sus elementos habilitándole para adquirirla mejor i en mayor escala en el mundo, para que pueda dirijirse i dirijir a los suyos en el camino de la vida práctica, individual i colectiva.

Es preciso emancipar el espíritu, dándole la verdad fundada en la observacion, tanto respecto de los fenómenos del universo, como respecto de los fenómenos sociales; pues es innegable que las ideas que el hombre concibe sobre todos esos fenómenos comunican necesariamente su carácter a todas las concepciones de detalle que determinan sus hábitos i sus costumbres. Ya sabemos que el progreso social consiste en que nuestros atributos humanos se ensanchen i desarrollen de modo que tengan el predominio de nuestra animalidad, esto es, de nuestros instintos, de nuestras pasiones: esto es lo que se llama *civilizacion;*" i si es evidente que ello no se consigue sino con el desarrollo intelectual, el cual es el principal ajente del progreso, porque es su fuerza directiva, debemos tambien reconocer que la primera lei de la educacion social es la rectificacion de las ideas.

Esta tarea compleja, pero no difícil, no debe tener otro objeto que el triunfo de la verdad, porque la posesion de la verdad es lo único que puede facilitarnos la posesion del gran instrumento del progreso, que es la *asociacion*, pues la verdad tiene el poder de asociar a los hombres. "Las pasiones constituyen en el individuo una fuerza que es mas enérjica que la de una simple conviccion intelectual, i la tendencia de ellas es a dividir, no a unir a los hombres: solo

una creencia comun puede conducir a las pasiones a obrar de concierto, o cambiarlas en fuerza colectiva, en vez de dejarlas en un estado de fuerzas que se neutralicen unas a otras. Nuestra intelijencia se despierta desde luego por el estímulo de nuestras necesidades animales i de nuestros apetitos mas violentos i groseros; i estos determinan durante largo tiempo, casi esclusivamente la direccion que toma nuestra intelijencia; pero una vez provocada la actividad de la intelijencia, ella se arroga la direccion de las operaciones que tienen por motores los impulsos mas poderosos, i los obliga a ceder a su influencia. Los intereses i los sentimientos personales no pueden en el estado social, obtener su máximun de satisfaccion, sino por medio de la cooperacion, i la condicion necesaria de la cooperacion es una conviccion comun."

La asociacion es el modo verdadero i completo de realizar todos los fines del progreso social, es la palanca de la actividad humana, el medio de combinar todas las fuerzas, todos los elementos que se hallan separados, i que deben entrar a formar el equilibrio social. "Todo tiende al equilibrio en el mundo moral, como en el mundo físico: la virtud es el equilibrio de las afecciones, la razon es el equilibrio de las facultades, el órden es el equilibrio de las fuerzas." Es, pues, necesario crear el equilibrio social por medio de la asociacion, i para poder utilizar esta palanca poderosa, es indispensable buscarle su punto de apoyo en la verdad. La asociacion para todos los fines intelectuales, morales i materiales de la vida no puede existir sin la verdad. Por eso es que la educa-

cion no consiste solo en enseñar a leer i escribir, sino en rectificar las ideas.

Respecto de los fenómenos del universo, es indispensable, para ponerse al abrigo de muchos errores, observar esta regla: "no tomar por base del razonamiento, sino los hechos probados por la ciencia, probados de un modo positivo, i no por la alegacion de la no existencia ni de la imposibilidad; es decir, apoyar siempre el razonamiento sobre pruebas positivas, i jamas sobre pruebas negativas o sobre una demostracion de imposibilidad, que puede ser defectuosa."

En cuanto a los fenómenos sociales, la regla es que: no se deben tomar por base del razonamiento, sino los hechos fundados en la naturaleza humana i revelados por todas las manifestaciones de esta naturaleza; es decir, que se debe apoyar siempre el razonamiento en las pruebas positivas que nos da el exámen i la observacion atenta de la naturaleza del hombre, revelándonos que este es un ser dotado de facultades intelectuales, de instintos o facultades afectivas i de facultades activas. Todas estas facultades, en su conjunto i en su ejercicio, nos revelan una *tendencia* i una *fuerza* primordiales. La *tendencia* es hácia el incremento, al desarrollo de todas ellas; de donde deducimos, que el fin del hombre, esto es, su perfeccion, consiste en el desarrollo íntegro de todas sus facultades conforme al órden jeneral del universo i conforme al órden de cada cosa i de cada ser en ese órden jeneral, de modo que se mantenga el equilibrio universal. La *fuerza* que nace del conjunto i del ejercicio de las facultades humanas es la libertad, ese

poder de elejir i de emplear en todos los actos de la vida las condiciones de aquel desarrollo completo, poder que tiene su oríjen en los instintos i que es dirijido por la intelijencia.

Ahora bien, la piedra de toque que debe servirnos para verificar si tienen o no un carácter positivo los hechos que sirven de base al razonamiento sobre los fenómenos sociales, está en esas dos leyes: si el hecho es conforme a ellas, es positivo, i la idea que de él nos formamos es positiva: si, por el contrario, el hecho es contrario al desarrollo del hombre i a su libertad, es inexacto, i la idea que en él se funda es ficticia o metafísica, es una ilusion.

De consiguiente, los educadores de la juventud, los escritores, los filósofos i publicistas, todos aquellos, en fin, que consagran sus vijilias a servir al progreso moral, tienen como primer deber el de definir, con toda verdad i claridad, las ideas i los principios, i de fijar, con precision i exactitud, el sentido de las palabras del lenguaje moderno, que representan aquellas ideas i aquellos principios. Este es el único método que se debe emplear para apartar los errores, las ficciones, las entidades metafísicas, las falsas doctrinas de la concepcion de los principios sobre que la época moderna quiere fundar la ciencia social. Se habla de progreso, de soberanía del pueblo, de sufrajio universal, de libertades, de derechos, de justicia, de igualdad i de otras muchas cosas que, como éstas no son en jeneral bien comprendidas, ni bien definidas, ni mejor espresadas; i semejante indecision e incertidumbre ha dado ocasion a errores funestos i sangrientos, a doctrinas falsas i caprichosas. Es preciso

definir, es preciso acrisolar todas esas nuevas ideas, por medio de las pruebas positivas sacadas de la naturaleza humana, del conocimiento de sus leyes de desarrollo i libertad, del conocimiento de su historia, esto es, de la historia de sus creencias, asi como de la de su intelijencia, que ha sido siempre, como dice Comte i como lo hemos enseñado nosotros, el elemento principal de la historia del jénero humano, porque la sociedad reposa sobre un sistema de creencias fundamentales, que solamente la facultad especulativa puede suministrar.

Definir. Esta ha sido nuestra tarea constante desde hace mas de veinticinco años, i esperamos que lo será miéntras tengamos aliento para servir al progreso, aunque nos falte la satisfaccion de que siempre hemos carecido, la de no tener un solo colaborador, i sí muchos contradictores de aquellos que, como dice Jouvencel, responden imperturbablemente:—*Esa no es mi opinion*—como si pudieran tener alguna, no habiendo estudiado jamas sériamente la cuestion, o no habiendo siquiera cultivado la facultad de establecer i de comprender las pruebas del razonamiento.

¡Qué importa! La luz se hará, i a pesar de las preocupaciones i de los errores, de los vicios i de los intereses, ella irá aclarando poco a poco los verdaderos principios que han de servir de elementos de la nueva síntesis, de esa fórmula del progreso moral, que consiste en hacer desaparecer todas las trabas que se oponen al desarrollo íntegro de la vida individual i colectiva, i al goce completo de todos los derechos, cuyo uso constituye la libertad práctica. Esta fórmula es la semecracia, o lo que es igual, el gobierno de sí

mismo, fundado en el dogma de la emancipacion del espíritu i de la independencia del individuo para dirijir por sí todas las cosas que solo a él interesan.

Esta fórmula, que es la única conforme a la naturaleza humana i a sus fines, está ya acreditada por la práctica de la Gran República de Norte América; i aunque la prueba no sea completa, porque hai todavía mucho que correjir en ella, muchos vicios que estirpar, muchos errores que enmendar, no obstante ella basta para presentir que no pueden ser otros los principios sobre que han de reposar al fin la organizacion social i la organizacion política de las sociedades civilizadas.

Cuando la humanidad civilizada alcance a realizar de una manera lójica i congruente esa síntesis, reposará en ella durante largos siglos, como ha reposado sobre las que marcan sus períodos anteriores. No sabemos lo que vendrá despues, ni debemos ocuparnos en predecirlo: lo único que debe preocuparnos por ahora es ayudar al verdadero progreso moral, para plantear cuanto ántes la organizacion semecrática, que es la vida nueva.

Maestros de escuela, amigos mios, tal es el gran propósito de vuestro humilde, pero sagrado sacerdocio: tened fé en vuestra mision i servidla con fé i con amor. Encontrareis muchas cóleras que apagar, muchas resistencias que vencer: adelante, sufrid con paciencia, i repetid con Quinet:—"C'est donc à l'avenir à me défendre: pour moi, je ne puis que le préparer."

CATECISMO.

LECCION PRIMERA.

Del hombre.

P. ¿Qué es el hombre?

R. Un ser intelijente creado por Dios i dotado de facultades intelectuales, instintivas i prácticas para conseguir su fin o realizar su destino.

P. ¿En qué consiste el fin a que el hombre está destinado en este mundo?

R. En su bien natural.

P. Supuesto que el fin del hombre es su bien natural, ¿podrá el hombre consultar este bien satisfaciendo sus deseos i aspiraciones, sin considerar otra cosa que su interes personal?

R. No, porque el hombre solo puede hallar su bien natural, es decir, el bien que Dios le permite, desenvolviendo sus facultades completamente, i aplicándolas a todas las cosas conforme al órden jeneral del universo i a la naturaleza de cada cosa en particular.

P. ¿Por qué dices que el hombre halla su bien

primeramente en el desenvolvimiento de sus facultades?

R. Porque el hombre es mas perfecto a medida que cultiva su intelijencia, que disciplina i educa su corazon i desarrolla sus facultades físicas. Un hombre que no ilustra su alma con los conocimientos usuales i necesarios para su estado es un ignorante; el que no educa su corazon con el amor i la práctica de los buenos sentimientos morales, es un depravado; i el que no disciplina i desarrolla sus facultades físicas para servirse de ellas es inhábil. Un hombre ignorante, depravado e inhábil es ménos que un bruto, porque el bruto tiene instintos que lo hacen desarrollarse hasta el punto de ser útil, i el hombre imperfecto no es útil para nada; i ántes bien sirve de afrenta a la humanidad, cuando por su propia voluntad permanece en el estado de humillacion a que le condena su imperfeccion voluntaria. La perfeccion natural del hombre consiste, pues, en el desarrollo de sus facultades, i es tanto mas perfecto, cuanto mas completo es este desarrollo; pero su bien no consiste únicamente en esta perfeccion natural, sino ademas en que aplique sus facultades conforme a las leyes del universo.

P. ¿Por qué dices que lo que completa el bien del hombre es la aplicacion de sus facultades?

R. Porque si no las aplica conforme al órden jeneral del universo i conforme a la naturaleza de las cosas a que hace la aplicacion, ataca las leyes de Dios, pervirtiendo ese órden jeneral i contrariando el bien de los demas hombres o la naturaleza de las cosas. En tal caso el hombre no realiza su fin, no consulta

su bien, puesto que está destinado por Dios a ser un elemento de ese órden jeneral del universo a que pertenece; i no cumpliria con este destino, ni hallaria su bien natural, si no respetase la naturaleza propia de cada hombre i de cada cosa, a que hace la aplicacion de sus facultades intelectuales, instintivas i físicas.

P. ¿Hai relacion entre este fin mundano del hombre i la vida eterna a que está destinado?

R. Sí la hai, porque el cumplimiento de su fin natural en este mundo conduce al hombre naturalmente a la vida eterna; puesto que no se obtienen las promesas de Dios sino cumpliendo i respetando sus leyes, esas leyes que nos imponen el desarrollo de nuestras facultades i que condenan cualquiera aplicacion de estas facultades que no sea conforme con el órden jeneral del universo, i con la naturaleza de cada una de las cosas a que hacemos esta aplicacion.

P. ¿Puede ser absoluta la perfeccion del hombre?

R. No, porque la perfeccion humana depende del grado de desarrollo de sus facultades, i es indefinida la escala de grados que estas pueden alcanzar en su desarrollo. Un hombre bien organizado puede tener el uso completo de sus facultades físicas, pero sus facultades intelectuales e instintivas están sujetas a un desarrollo indefinido. Miéntras mas aprende el hombre. mas cultiva su intelijencia, i miéntras mas practica la virtud, mas desarrolla sus facultades morales, pero no puede con la vida, por larga que sea, llegar a poseer todos los conocimientos que la humanidad ha adquirido en el trascurso de muchos siglos, ni

puede llegar a ser tan virtuoso que no sea alguna vez la víctima de las flaquezas de nuestro ser, pues aun los mas justos i santos caen en pecado.

P. Supuesto que la perfeccion humana no es absoluta, ¿hasta qué grado debe el hombre procurársela para cumplir con la lei de su naturaleza, que se la impone?

R. El hombre no puede limitarse a ningun grado de perfeccion, porque la lei de su naturaleza le obliga a trabajar constantemente en alcanzar el mayor grado que le sea posible, segun las circunstancias que le rodean en esta vida. En este sentido, debe siempre cuidar de su cuerpo, empeñarse en aprender todo lo que pueda i en ser virtuoso sin limitacion. La primera de estas tres tareas es la mas fácil, la segunda es mas difícil, porque para aprender a cultivar las facultades intelectuales necesita el hombre de muchas condiciones que jeneralmente no dependen de su voluntad; pero la tercera es sencilla, porque el hombre puede cultivar su perfeccion moral por sí mismo, con solo poner de su parte un poco de empeño.

LECCION SEGUNDA.

De la perfeccion moral.

P. ¿Cómo puede alcanzarse la perfeccion moral en el mayor grado posible?

R. Instruyendo la intelijencia con el conocimiento de lo *justo* i *verdadero*, procurando amar siempre lo *justo* i *verdadero*, i acostumbrándose a practicar en todo lo *justo* i *verdadero*.

P. ¿Cómo conoceremos lo justo i verdadero?

R. Por medio del estudio de nuestra propia naturaleza, el cual nos enseña que, por nuestros pensamientos i acciones, estamos en relacion con Dios, con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con las cosas de la creacion; i que en estas cuatro relaciones se fundan los deberes morales que debemos cumplir.

P. ¿Cuáles son estos?

R. Los siguientes:

1° Deberes para con Dios;

2º Deberes para con nosotros mismos;

3º Deberes para con nuestros semejantes;

4.° Deberes para con las cosas creadas.

P. ¿Por qué llamais *morales* esos deberes?

R. Porque son deberes voluntarios, esto es, que

cumplimos voluntariamente, movidos por la necesidad que tenemos de practicar el bien, no por interes personal ni por egoismo, sino porque es bien en sí mismo, i porque los actos nuestros que producen ese bien son conformes a la relacion en que nos hallamos con el órden jeneral de la naturaleza: así cumplimos nuestro fin natural i obramos con la *pureza* que constituye la *moralidad* de nuestras acciones.

P. ¿Qué haremos para amar i practicar lo justo i verdadero?

R. Persuadirnos de que nuestros deberes morales nos conducen al cumplimiento de nuestro fin natural, que es nuestro bien en este mundo; porque ellos no son otra cosa que los vínculos con que Dios nos ha ligado a sí i a toda la creacion, las leyes que nos ha impuesto para mantener estas relaciones indispensables, que nos conducen a nuestro bien. La persuacion de esta verdad nos hará amar estos deberes i cumplirlos habitualmente para hallar en ellos nuestro consuelo i bienestar.

P. ¿Qué debe el hombre a Dios?

R. *Adoracion*, porque todas nuestras relaciones para con Dios se reducen a adorarla, de modo que estas relaciones tienen por base la *Relijion*.

P. ¿Qué se debe el hombre a sí mismo?

R. *Probidad*, pues en ella se compendian todos nuestros deberes para con nosotros mismos, siendo la base de estos deberes la *Libertad*, que es lo que caracteriza al ser intelijente i lo diferencia de los demas seres en su calidad de ser moral.

P. ¿Qué es lo que debe el hombre a sus semejantes?

R. *Caridad* i *justicia*, que son las dos virtudes que

constituyen nuestras relaciones con los demas hombres, cuya base es la *Igualdad.*

P. ¿Qué debe el hombre a la creacion?

R. *Respeto por la posicion natural de las cosas creadas,* cuyo respeto tiene por base la *Propiedad.*

LECCION TERCERA.

Deberes del hombre para con Dios.

P. ¿Por qué crees que el hombre tiene el deber de adorar a Dios?

R. Porque la adoracion a Dios es una necesidad que nos impone nuestra propia naturaleza. A medida que se desarrollan nuestras facultades, conocemos que nuestro poder humano es limitado, porque no podemos ni crear ni gobernar a nuestro arbitrio las cosas que nos rodean. Esto nos da la idea de una causa superior en la creacion, de un principio autor i regulador de toda la creacion. Ese principio es Dios: nuestra intelijencia lo concibe, i nuestra conciencia, manifestándonos nuestra debilidad, nos hace buscar en ese principio nuestro apoyo, nuestro amparo i nuestro consuelo. Entónces nuestro corazon ama a Dios como a su creador i protector.

P. ¿Qué entiendes por *relijion?*

R. La relijion es la union del hombre, por medio del espíritu i del corazon, con el Ser Supremo, causa primitiva que sostiene el universo i lo gobierna segun las leyes que su sabiduría le ha trazado.

P. ¿Basta esa union del hombre con Dios, por medio del espíritu i del corazon, para tributarle adoracion?

R. No, porque el hombre tiene una necesidad

natural de revelar esa íntima union de su espíritu i de su corazon con Dios, i de congregarse con los demas hombres para tributarle su adoracion. Esa manifestacion esterna de nuestra union con Dios se llama *Culto*, i la congregacion de los hombres relijiosos es lo que se llama *Iglesia:* por eso decimos que la Iglesia católica, apostólica, romana es la congregacion de los fieles cristianos bajo una cabeza visible, que es el Papa.

P. ¿Es necesaria la relijion i debe el hombre cultivar i satisfacer esa necesidad natural que siente de adorar a Dios?

R. Sí, porque la relijion es la fuente de un sinnúmero de ideas i de actos en nuestra vida, i cuando el hombre no se siente unido a su creador i le olvida, esas ideas se convierten en errores i esos actos se estravian de lo justo. El hombre irrelijioso es un peligro viviente para sí mismo i para la sociedad, por que él necesita, como individuo, de la relijion para elevar su espíritu, para rehabilitar sus fuerzas por medio del consuelo que le ofrece su creador, i para regularizar sus actos segun las leyes divinas; i como miembro de una sociedad, necesita tambien de la relijion para tener un vínculo de fraternidad con sus semejantes.

P ¿Cuáles son los estremos viciosos que el hombre debe evitar, como hombre relijioso?

R. El *esceptisismo* i el *fanatismo*. Se llama esceptisismo la negacion de toda creencia relijiosa i fanatismo la exajeracion del celo relijioso. El esceptisismo hace a los hombres inmorales, i debemos huir de él, considerando que está en nuestro interes el satisfacer la necesi-

dad natural que tenemos de adorar a Dios para ser buenos i merecer sus recompensas. El fanatismo nos hace tambien inmorales, porque la exajeracion del celo relijioso nos hace exaltados i nos conduce a abandonar la razon i a traspasar los límites de los medios ordinarios que ella nos sujiere para sostener nuestras ideas.

LECCION CUARTA.

Deberes del hombre para consigo mismo.

P. ¿Qué es probidad?

R. La probidad u honradez, en que se compendian todos los deberes del hombre para consigo, es una virtud que consiste en el hábito de hacer constantemente el bien, por ser bien en sí mismo i sin consideracion a nuestro interes personal. Por esto la probidad es lo contrario del *egoismo*, que es el vicio de consultar solo nuestro bien personal, aunque sea contrariando el bien ajeno.

P. ¿Qué se alcanza con la práctica de la probidad?

R. Con la probidad alcanzamos nuestro propio provecho, porque cuando somos probos o rectos, nos granjeamos la estimacion i respeto de los demas hombres, cuya estimacion i respeto constituyen lo que se llama *buena reputacion* o *fama*. La probidad que tiene su base en la rectitud del ánimo i su práctica en la pureza de nuestras acciones, tiene ademas la ventaja de asociar nuestro interes individual con el interes de los demas hombres, i en esta union ofrece una garantía verdadera al bien jèneral. El hombre debe abstenerse de hacer mal, porque así procura su propio bien.

P. ¿Qué virtudes se comprenden en la probidad?

R. Se comprenden todas las que el amor de nosotros mismos nos aconseja.

P. ¿Es acaso una virtud el *amor propio*?

R. Si se llama virtud todo sentimiento bueno, noble i jeneroso cuando el hombre pone algun esfuerzo de su parte para cultivarlo i practicarlo dentro de los límites que la naturaleza le señala, merece tambien el *amor propio* el nombre de virtud, en cuyo caso se llama jeneralmente *modestia*.

P. ¿Qué es necesario para que el amor propio sea contenido en los límites que le señala la lei natural?

R. En primer lugar, es necesario que el amor propio no se exajere, porque si lo exajeramos hasta el estremo de no ver mas que nuestro individuo, se convierte en *egoismo*, en *soberbia* o en *vanidad*, que son vicios detestables. En segundo lugar, es necesario que el amor propio no se estravie por el aliciente de los placeres, o por el olvido del deber, porque cuando el hombre solo procura satisfacer sus gustos i caprichos, se hace *gloton*, *ébrio*, *lujurioso*, *perezoso*; el alma es entónces presa del error i de la ignorancia, i el corazon abandona el amor del deber.

P. ¿Cuáles son, pues, las virtudes que nos aconseja practicar el amor de nosotros mismos i que se comprenden en la probidad?

R. Esas virtudes son la *modestia*, que nos hace conservar nuestra dignidad i nuestro amor propio, sin ser egoistas, soberbios o vanidosos; la *templanza*, la *sobriedad*, la *castidad* i el *trabajo*, que nos preserv an de ser glotones, ébrios, lujuriosos o perezosos; i por fin, el *amor de la verdad* i de la *virtud* en jeneral, que nos

libran de la ignorancia i del abandono de nuestros deberes. Cuando el hombre no practica estas virtudes, peca contra la probidad, porque desaparece la rectitud de sus intenciones i la pureza de sus acciones; se hace un mal a sí mismo i lo hace a los demas, dejando de hacer el bien; i pierde su reputacion, pasando a ser un miserable que todos desprecian, en lugar de ser un hombre probo u honrado, como se lo aconseja su interes i se lo manda su naturaleza.

P. ¿Cuál es el hábito mas útil para que el hombre se acostumbre a ser honrado?

R. El hábito de meditar siempre de antemano el resultado de nuestras acciones, hábito que se llama *prudencia* i que es indispensable para proceder i obrar en esta vida, apartándonos siempre de todos los actos viciosos que pueden traernos malos resultados o que pueden poner en duda nuestra probidad.

P. ¿Segun lo dicho, parece que no puede ser honrado el hombre que no tiene modestia, templanza, sobriedad, castidad i amor al trabajo?

R. Jeneralmente se llama honrado al que cumple bien con sus obligaciones o contratos, porque eso prueba que tiene la rectitud de ánimo i la pureza de acciones que constituyen la *probidad*, aunque por otra parte no tenga aquellas virtudes o deje practicar alguna de ellas; pero el que es egoista, soberbio, glotón, ébrio, lujurioso i perezoso, está mui en riesgo de perder la probidad, i aunque cumpla bien sus tratos, no merece el nombre de honrado, cuando reune todos esos vicios o la mayor parte.

LECCION QUINTA.

De la libertad

P. ¿Qué es la libertad?

R. La libertad práctica es simplemente *el uso de nuestros derechos.* En este sentido es una cualidad inherente al hombre i constitutiva de su ser, como el uso de sus miembros i el de sus facultades físicas e intelectuales e instintivas; pero no es en sí misma una facultad del alma.

P. ¿Qué se entiende por derechos?

R. Llámanse derechos del hombre ciertas condiciones indispensables de su vida i de su desarrollo, las cuales dependen de la voluntad de los demas hombres, i cuyo cumplimiento podemos exijir. Así se dice que el niño tiene derecho de ser alimentado i educado por sus padres, porque la alimentacion es una condicion de su vida i la educacion lo es de su desarrollo; i aunque depende de la voluntad de los padres el prestar estas condiciones, pueden los hijos exijirlas, cuando se les niegan, porque son sus derechos. Lo mismo sucede con el derecho que tenemos a que se respete nuestra vida i nuestra persona, a que se nos deje gozar de nuestro trabajo, a que se nos permita asociarnos i comunicarnos por medio de la palabra escrita o hablada, a que se nos cumpla

lo que se nos ha prometido por medio de un pacto, a que se nos permita tratar sobre nuestros negocios; porque todas esas cosas son condiciones de nuestra vida o de nuestro desarrollo i perfeccion natural; i cuando los demas hombres de cuya voluntad dependen esas condiciones no las cumplen, podemos exijirlas, porque son nuestros derechos. Puede suceder i sucede frecuentemente que en nuestras relaciones con los demas hombres nos procuremos que ellos se comprometan a darnos algo o hacer algo en cambio de otras cosas que nosotros les damos o hacemos; i como podemos exijir todo eso como una condicion de nuestra perfeccion, se llaman tambien derechos esas adquisiciones o prestaciones voluntarias, una vez que tienen el carácter condicional de los derechos. El conjunto de todas esas condiciones naturales de nuestro ser se llama simplemente *derecho*, i con la misma palabra se señalan, agregándole la denominacion de *civil*, las leyes escritas que fijan todas esas relaciones condicionales de la vida i perfeccion de los hombres en sociedad.

P. ¿Nace el hombre con la libertad, o es esta una cosa que se adquiere?

R. Siendo la libertad el uso de nuestros derechos, siendo estas las condiciones de nuestra vida i de nuestro desarrollo, es evidente que la libertad es un hecho que nace con el hombre, así como los mienbros de su cuerpo o las facultades de su alma, aunque en los primeros dias de su vida no pueda hacer uso de éstas ni de aquellos. Así como el derecho es un elemento constitutivo de nuestra personalidad, porque no se puede concebir al ser intelijente sin dere-

chos, ni podemos imajinarnos que él exista sin usar esos derechos, sin prácticar esas cosas que son condiciones sin las cuales no puede vivir ni perfeccionarse, así tambien la *Libertad* es un elemento constitutivo de nuestra personalidad, porque en la práctica de la vidano es mas que el uso o la realizacion del derecho.

P. ¿Entónces parece que nacen con la libertad hasta los que nacen esclavos?

R. Es indudable que sí, pero como los que nacen esclavos no pueden por su situacion usar de su persona, ni de su trabajo, aunque estas cosas son sus derechos, están privados de su libertad, así como lo están de sus derechos; i esa privacion es una iniquidad contra la naturaleza.

P. ¿Qué regla podemos tener para saber si se nos priva de la libertad?

R. Ver simplemente si se nos priva del uso de un derecho.

P. ¿Cómo sabrémos si tenemos derecho a una cosa?

R. Averiguando si esa cosa de que se trata es una condicion voluntaria de nuestra existencias o de nuestra perfeccion individual, o de nuestra existencia o perfeccion social. Si es indispensable para nuestra vida o perfeccion, o para la existencia o perfeccion de la sociedad, que se nos permita algo, no hai duda de que ese algo es un derecho nuestro o derecho de la sociedad, i su uso es lo que constituye esencialmente la libertad práctica. Por ejemplo, es una condicion de la perfeccion social la de que los asociados tomen parte en la formacion de las leyes i en la organizacion del gobierno: luego esa condicion es un derecho de la

sociedad, i cuando ésta no puede usarlo, carece de una libertad.

P. ¿Existe la libertad por sí sola i separada del derecho?

R. De ninguna manera, pues que no se puede suponer que la sociedad o el individuo puedan existir fuera del derecho, o sin derecho. Allí donde exista el hombre en relaciones con sus semejantes, existe tambien el derecho i por consiguiente la libertad, que es su uso.

P. ¿Cómo está representada en la sociedad la idea del derecho?

R. Por el *Estado*, esto es, la sociedad civil organizada i constituida bajo una *autoridad* encargada de realizar el principio del derecho.

P. ¿Puede existir la sociedad sin esa autoridad?

R. No es posible: la sociedad sin autoridad encargada de realizar el principio del derecho, seria ménos que una horda de salvajes, en que cada cual *podria hacer o no hacer* lo que quisiera, hacer el mal o dejar de hacer el bien. Esta situacion nunca vista, jamas ha existido, porque es contraria a la naturaleza humana; pues el hombre ni por sí solo, ni en sociedad con otros, puede vivir sin las condiciones de su existencia, dependientes de la voluntad ajena, que constituyen el *derecho*, i sin la *libertad*, que es su uso.

P. ¿Existe el Estado en las tribus salvajes?

R. Sí, por cierto, desde que en toda horda o tribu hai un caudillo que hace respetar lo que imperfectamente puede considerarse como el derecho del hombre salvaje i de su asociacion. En este estado primitivo de la sociedad, la razon no ha concebido ni

desenvuelto la idea del derecho, pero éste existe, porque es inherente a la naturaleza humana, i es representado i constituido de un modo análogo a la barbarie en que se halla el hombre.

P. ¿Dime si esa imperfeccion favorece a la libertad?

R. De ninguna manera: un salvaje es ménos libre que el habitante de una sociedad organizada i civilizada, porque carece de los medios que ésta nos proporciona para hacer respetar las condiciones de nuestra vida i perfeccion. El salvaje tiene derechos, pero su libertad está limitada al uso escaso que puede hacer de ellos, segun su seguridad i sus fuerzas para defenderlos o hacerlos respetar. En semejante estado, la fuerza individual o colectiva determinan la existencia del derecho, i entónces desaparece la libertad o se obra contra ella, porque no se usa el derecho sino que se emplea la voluntad sin freno. En la sociedad primitiva impera la voluntad del mas fuerte: en la civilizada existe la libertad, porque impera el derecho. Tal es la línea de separacion que hai entre ámbas, línea que desapareceria, si el indidividuo de una sociedad civilizada, creyendo que la libertad es la facultad de hacer o no hacer, de seguir o no los impulsos de su voluntad i albedrio salvaje, sin sujetarse al principio del derecho, se entregase al empleo de la fuerza.

P. ¿No hai mas libertad miéntras mas libre es la voluntad?

R. No, porque la libertad consiste en el uso del derecho, i éste no autoriza jamas lo contrario de la perfeccion humana: el derecho no es la voluntad desenfrenada, no es el arbitrio ilimitado, no es el

empleo de la fuerza. Si bien el hombre puede elejir entre dos actos el que mejor le parezca, no puede hacer esta eleccion segun su capricho, su egoismo o conveniencia propia, sino segun la justicia, esto es, respetando el derecho, respetando el órden jeneral del universo i el de cada cosa en particular. Lo contrario se llama *licencia.*

P. ¿Cómo está limitada la voluntad?

R. La voluntad, como facultad de querer o no querer, debe estar arreglada en la práctica a la libertad, esto es, al uso del derecho; i esta es una de las principales diferencias entre el hombre i el bruto. La voluntad es el patrimonio de todos los seres animados, pero el bruto no delibera, sino que quiere o no quiere segun sus instintos i sensaciones; miéntras que el hombre debe sujetar su voluntad a su reflexion i conciencia, para querer solamente lo justo, lo conforme al derecho.

P. ¿Es libre el hombre a pesar de no poder hacer sino lo justo?

R. Sí, porque si quiere i hace lo injusto, esto es, lo contrario a las condiciones de su existencia o perfeccion, o de la existencia o perfeccion de los demas, ejercita su voluntad contra el derecho, i esto no se llama libertad sino licencia. El hombre tiene el derecho de elejir entre dos actos, i el uso de este derecho es la libertad de su voluntad; pero si elije el acto injusto i lo ejecuta, peca contra la naturaleza, obra sin libertad, es decir, con licencia: su voluntad era libre, pero su acto está fuera de la libertad, porque es contrario al derecho.

P. ¿Entónces no hai libertad para hacer el mal?

R. El hombre tiene poder de hacer mal, no hai duda, pero no libertad para hacerlo, porque no tiene derecho de obrar mal. Su libertad está limitada por el derecho, i aunque sus deberes morales tienen por base la voluntad, el hombre no es libre de obrar contra ellos, sino en tanto que dichos deberes no sean una condicion de la existencia i perfeccion de los demas hombres. En el momento que un acto tiene este carácter, deja de ser deber moral i pasa a ser de derecho.

P. ¿En qué sentido dices que la libertad es la base de los deberes del hombre para consigo mismo?

R. En el sentido de que solamente obra con libertad cuando los cumple: si el hombre es egoista o necio, no obra con libertad, porque peca contra una condicion de su perfeccion, que consiste en moderar el amor propio, para ser estimado de los demas: si por darse gusto, se hace gloton, ebrio, lujurioso, perezoso, obra sin libertad, porque viola las condiciones de su existencia i perfeccion que se llaman templanza, sobriedad, castidad, trabajo.

P. ¿Cómo obra el hombre cuando no cumple sus deberes morales?

R. Obra con maldad, con esa maldad que se llama licencia. Por esto se dice que el hombre inmoral es licencioso, i no libre, i pesa contra él la mala fama, es decir, la condenacion de la opinion pública.

P. ¿No obra tambien la lei contra los licenciosos?

R. No, sino cuando su inmoralidad los conduce a atacar los derechos ajenos. La lei no obra sino en los casos en que las condiciones de nuestra existencia i perfeccion dependientes de la voluntad de los hom-

bres, pueden hacerse cumplir por la fuerza; mas no cuando esas condiciones dependen de nosotros mismos o cuando por su naturaleza se escapan a la accion de la lei: esta es la línea de separacion que hai entre el *derecho* i la *moral.*

LECCION SESTA.

La lei i la libertad.

P. ¿Qué es la lei?

R. Lei es la fórmula escrita del derecho.

P. ¿Acaso el derecho no procede de la lei i es posterior a ella?

R. No, pues al contrario, las leyes humanas son posteriores al derecho, porque el *derecho natural* es inherente a la naturaleza del hombre, inseparable de ella, i por consiguiente existe i existia ántes de todas las leyes de las naciones.

P. Supuesto que la lei no da oríjen al derecho, cómo procede el lejislador para llenar su tarea?

R. La tarea del lejislador se reduce a formular por escrito, i a manera de preceptos de las relaciones humanas, los principios jenerales que la recta razon nos enseña, combinándolos con los hechos sociales a que se trata de aplicar estos principios. En esta santa obra no puede haber error ni intereses egoistas, porque entónces las leyes no serian conformes al derecho; i no siéndolo, nos privarian en todo o en parte del uso de nuestros derechos naturales, es decir, de nuestra libertad.

P. ¿No puede existir la libertad, a pesar de las leyes erróneas, egoistas o restrictivas?

R. Cuando hai leyes tales, la libertad está coartada i no existe en todos los casos en que se trata de los derechos cuyo uso no permiten las malas leyes: por ejemplo, en aquellos estados en que las leyes no garantizan la seguridad de la persona, en que no permiten comunicarse ampliamente por medio de la palabra escrita o hablada, o asociarse para todos los fines sociales, o en que prohiben al ciudadano directa o indirectamente concurrir a la formacion de su gobierno por medio de la eleccion, en esos estados el hombre carece de todas estas libertades, porque no puede usar de todos esos derechos naturales que las leyes no le permiten; i por tanto semejantes leyes necesitan ser reformadas con arreglo a los principios del derecho. En suma, miéntras mas reducida es la esfera de los derechos cuyo uso permiten las leyes, ménos libertad existe; de modo que la libertad no puede existir como la naturaleza del hombre lo requiere, sino donde las leyes escritas se ajustan al derecho natural, sin contrariarlo ni desconocerlo.

P. ¿Por ventura no son necesarias las leyes escritas para moderar la libertad i reducirla a términos racionales?

R. Absolutamente no, porque siendo la libertad el uso del derecho, coexiste con él, es una misma cosa con él; i no hai necesidad de leyes para moderarla o limitarla, puesto que las leyes que se hicieran en este sentido, no harian otra cosa que limitar el derecho mismo.

P. ¿Por qué se dice entónces que son necesarias las leyes para que los hombres no se perjudiquen unos a otros con su libertad natural?

R. Los que dicen eso suponen que la libertad es el albedrio ilimitado, que es la facultad de hacer o no hacer, de elejir sin regla entre dos actos contrarios; i por tanto creen que es necesario que el hombre renuncie una parte de tan ilimitada facultad para poder vivir en sociedad con los demas, i para conseguir que el derecho de los unos pueda coexistir con el de los otros. Segun esta falsa suposicion, hai en el hombre un estado natural anterior a la sociedad i en el cual el hombre es una bestia sin Dios ni lei, sin mas regla que sus instintos i su voluntad, siendo necesario crear el derecho i limitar la libertad, para formar una sociedad con semejantes salvajes. Esta suposicion es absurda, contraria a la razon i a la esperiencia, pues el hombre existe con la razon i la conciencia, con el derecho i la libertad desde que salió de manos de su creador, i ya sea que viva en una horda de salvajes o en una ciudad, posee esas dotes constitutivas de su ser, i no tiene un albedrio ilimitado i sin freno: la razon i la conciencia, el derecho i la libertad no son la obra de la lei humana, como no lo es tampoco la sociedad, sino la obra de la naturaleza; i la lei no es necesaria para otra cosa que para formular el derecho, conforme a la razon i la conciencia, i para asegurar el *uso del derecho* que es lo que se llama *libertad.*

P. ¿Dime si la libertad tiene o no su límite en el sentido que le das?

R. Lo tiene, porque está naturalmente limitada por el derecho, puesto que es su uso, i no puede pasar mas allá. La lei escrita no puede ponerle un límite arbitrario, porque debiendo ceñirse a declarar el derecho, no debe poner a la libertad otro límite que el

que éste tiene por sí; i la justicia desapareceria en el momento en que la lei contrariase el derecho natural o lo torturase por error o por miras egoistas. Por desgracia esto sucede con frecuencia, i aunque el hombre tiene que someterse a las malas leyes por la necesidad de conservar el órden social, no por eso deja de condenarlas en su juicio; i es necesario que conserve esta independencia de su razon, para hacer triunfar pacíficamente el derecho en la lei.

P. ¿La libertad es un medio de alcanzar la perfeccion social, como lo es la lei?

R. No, porque la perfeccion del hombre i de la sociedad consiste en gran parte en la realizacion del principio del derecho, es decir, en que sean respetadas i cumplidas las condiciones voluntarias de la existencia i desenvolvimiento de la sociedad; i como la libertad no es mas que el uso de esas condiciones o derechos del hombre i de la sociedad, lo que se alcanza con la práctica de éstos, no es mas que la práctica de la libertad. Por consecuencia es claro que la libertad es, como el derecho, un fin natural del hombre i de la sociedad, su perfeccion misma, i no simplemente un medio de alcanzarla. La lei sí que es un medio de conseguir este objeto, porque es un arbitrio, un resorte, del cual se vale el Estado para llenar la mision que tiene de desarrollar i realizar el principio del derecho, aplicándolo a nuestras relaciones.

LECCION SEPTIMA.

Organizacion del Estado.

P. Has dicho que no puede existir la sociedad sin la autoridad encargada de realizar el principio del derecno; dime ahora ¿cuál es el oríjen del poder del Estado?

R. Ese oríjen solo se halla en la sociedad misma, porque a ella sola corresponde la realizacion del gran fin que la naturaleza le ha dado, i en ella existen las fuerzas i elementos que constituyen el poder que la sociedad tiene para cumplir ese fin: el poder político, i tambien todo los poderes sociales, son una verdadera emanacion de la sociedad, i no pueden existir sino por ella, ni pueden ponerse en oposicion con ella sin contrariar su oríjen. El poder supremo que la sociedad tiene de constituirse i desarrollarse de la manera mas conforme a su naturaleza, poder en virtud del cual existe el político i todos los demas poderes que ella pone en accion en sus diversas esferas de actividad, es lo que se llama *soberanía nacional*, i mas comunmente *soberanía del pueblo.*

P. ¿Cuál es el fin del poder político?

R. No puede ser otro que el desarrollo del principio de justicia i su aplicacion a todas las esferas del cuerpo social. Para ello, el poder político está arma-

do de todos los medios de fuerza que el principio del derecho justifica contra las resistencias individuales que lo contrarian; pero en la aplicacion i empleo de esos medios, el poder está limitado igualmente por la justicia, de modo que no puede violarla i debe buscar en ella siempre su justificacion. El poder no es bueno ni malo en sí mismo, sino segun el uso que de él se hace.

P. Siendo el poder uno en su oríjen i en su fin, ¿deberá ser tambien único en su aplicacion?

R. De ninguna manera, porque la aplicacion o ejercicio del poder político tiene varias funciones principales mui diferentes, i es necesario organizarlas distinta i separadamente, detallando sus respectivas atribuciones de modo que no se confundan; pues la confusion de estas diversas funciones no solamente trae el despotismo, sino que tambien hace imposible el acierto. Cuando todas ellas se ejercen por un solo individuo o por una corporacion única, desaparecen las garantías de seguridad i de buena administracion que resultan cuando están organizadas de una manera independiente.

P. ¿Cuáles son esas funciones que dan oríjen a las diversas ramas del poder político?

R. En primer lugar, si el poder político tiene su oríjen en la sociedad i no puede pertenecer al primero que se apodere de él, porque es una parte del poder social, es evidente que solo la nacion puede constituirlo por sí misma: de aquí resulta que la funcion primitiva del poder político es la que se pone en ejercicio para elejir i nombrar a los diversos depositarios o funcionarios de ese poder. Esta facultad es

la que se llama *poder electoral*, i está confiada por la lei a los cuidadanos dotados de ciertas cualidades, las cuales indican que los que las poseen son capaces de ejercer este poder en bien de la patria.

En segundo lugar, el poder político necesita ántes que todo reconocer i formular el derecho por medio de la *lei*, i esto da oríjen a la autoridad que ejerce lo que se llama *Poder lejislativo*, porque está encargado de establecer i de reformar las leyes de los diferentes dominios del órden social.

En tercer lugar, la formacion de la leyes es cosa diversa de su aplicacion i de aquí nacen otras dos funciones mui diferentes, puesto que o bien se administra la lei, haciéndola cumplir i aplicándola a todas la relaciones sociales que ella comprende, lo cual se hace por el *Poder ejecutivo*; o bien esa aplicacion es provocada por las contenciones o lítis de los individuos, lo cual corresponde al *Poder judicial*.

Estos dos poderes o ramas del poder político, aunque tienen un mismo fin, cual es la administracion de la lei, son sin embargo diferentes en su accion i en su manera de proceder, porque el poder ejecutivo ejerce sus funciones incesantemente o de un modo jeneral, para hacer observar las leyes en todos los dominios del órden público; miéntras que el poder judicial es ménos estenso i ejerce sus funciones de un modo eventual, puesto que solo interviene para dirimir las contenciones que se suscitan acerca del derecho o de la aplicacion de la lei a ciertos casos determinados.

A mas de estas diversas ramas del poder político, que juntas constituyen el poder jeneral o nacional,

hai otra que se denomina *poder municipal*, i que no es otra cosa que la autoridad de que están investidos los representantes de cada municipio o fraccion territorial, para administrar los intereses peculiares i locales de su territorio. El poder jeneral o nacional i el poder municipal son diversos por la estension i la naturaleza de los intereses que representan, pues aquel se ejerce sobre todos los intereses nacionales, i éste solamente en los territoriales o locales de cada una de las fracciones o divisiones políticas que existen.

P. ¿Cómo están organizadas todas estas ramas del poder entre nosotros?

R. El poder electoral es ejercido por los ciudadanos que tienen derecho de sufrajio, en la forma i en las épocas que determina una lei especial.

El poder lejislativo reside, segun la Constitucion política, en el Congreso Nacional compuesto de dos cámaras, una de diputados del pueblo elejidos cada tres años por los departamentos en votacion directa, a razon de un diputado por cada veinte mil almas i por una fraccion que no baje de diez mil, i otra de senadores compuesta de veinte miembros elejidos indirectamente por medio de electores especiales, i que se renueva por terceras partes cada tres años.

El poder ejecutivo es ejercido por un ciudadano con el título de *Presidente de la República de Chile*, el cual administra el Estado i es jefe supremo de la nacion. Este funcionario es elejido cada cinco años tambien por electores especiales, que nombra el pueblo por votacion directa; i puede ser reelejido una vez. Entre sus atribuciones tiene la de concurrir a la formacion de las leyes, sancionarlas i promulgarlas, i

gobierna con cuatro ministros i un Consejo de Estado, que él nombra o renueva a su voluntad.

El poder judicial o facultad de juzgar las causas civiles i criminales pertenece esclusivamente a los tribunales i juzgados que hai en la república, a la cabeza de los cuales está la Corte Suprema que ejerce la superintendencia directiva, correccional i económica sobre todos. Los jueces son elejidos por el Presidente de la República, i permanecen durante su buena comportacion.

El poder municipal es ejercido por una *municipalidad* o *cabildo* que existe en todas las capitales de departamento, compuesta de alcaldes i rejidores que el pueblo elije en votacion directa cada tres años en número proporcionado a la poblacion.

Todas estas autoridades, que forman lo que se llama *Gobierno*, son las que establece nuestra Constitucion política i en ellas delega la Nacion el ejercicio de su soberanía.

P. ¿Qué llamas Constitucion Política?

R. Aquel código de leyes en que se determinan la organizacion de los poderes políticos del Estado i los derechos políticos de los ciudadanos i sus garantías.

P. ¿Es igual esta organizacion en todos los Estados?

R. No, pues la diversidad de organizacion es lo que determina las diversas formas de gobierno que se conocen, tales como *República* o *Democracia representativa*, *Aristocracia*, *Monarquía absoluta* o *Constitucional*.

P. ¿Qué es *República*?

R. Esta palabra en tiempos pasados se usaba para

designar los Estados que no tenian un rei, cualquiera que fuese la organizacion de sus poderes, i principalmente aquellos en que la autoridad se confiaba a ciertas personas por eleccion. En el dia se llama *república* la *democracia representativa*, esto es, el gobierno que se funda en la soberanía nacional i en el cual los depositarios del poder son elejidos por el pueblo, por tiempo limitado, entre los ciudadanos, sin distincion de clases i sin otra consideracion que la de su capacidad individual.

P. ¿Nuestro gobierno es una república o democracia representativa?

R. Sí, porque le convienen todas las circunstancias dichas, i nuestra constitucion lo llama *Gobierno popular representativo* o *República*.

P. ¿Qué es *Aristocracia?*

R. El gobierno en que los depositarios del poder son elejidos esclusivamente en ciertas clases privilejiadas. Cuando la clase privilejiada se compone de un pequeño número de nobles, la aristocracia toma el nombre de *Oligarquia*. Cuando esta clase es la sacerdotal, se llama el gobierno una *Teocracia*.

P. ¿Qué es *Monarquía?*

R. Se llama monarquía el gobierno en que el ejercicio completo de todos los poderes políticos o solamente el del poder lejislativo i ejecutivo pertenece a una sola persona por toda su vida, ya sea por eleccion o ya por sucesion hereditaria.

Aquella monarquía en que pertenece al monarca toda la suma de los poderes políticos, principalmente el lejislativo, aun cuando delegue en parte o en todo el ejercicio de algunos de ellos, se llama *Absoluta*.

La monarquía en que el monarca ejerce el poder ejecutivo i coopera a la formacion de las leyes con algunos representantes de la nacion, de modo que sin su acuerdo éstas no pueden existir, se llama *Constitucional* o *Representativa.*

Cuando a la muerte del monarca o en una época anterior se elije su sucesor, la monarquía es *Elective;* pero si el órden de sucesion está determinado de modo que sin necesidad de eleccion, la persona designada por las leyes entra al ejercicio del poder, cuando queda vacante la corona, la monarquía es *Hereditaria.*

P. ¿Cuál es la diferencia esencial que hai entre la Monarquía i la República democrática?

R. Esta diferencia consiste en que el principio fundamental de la monarquía es la *perpetuidad* del jefe del poder ejecutivo, miéntras que en la República democrática se estima como carácter esencial de la constitucion del ejecutivo la *temporalidad* de sus funciones.

P. ¿Qué consecuencias resultan de esta diferencia?

R. La primera consecuencia que resulta del principio fundamental de la monarquía es la *inviolabilidad* o *irresponsabilidad* del monarca, en todo lo que hiciere en el ejercicio del poder; porque aun cuando el rei, como hombre que es, pueda cometer abusos, es necesario que sea inviolable i sagrado, pues si no lo fuera, podria destituírsele i esto seria absurdo, como contradictorio con la *perpetuidad,* que es el principio característico de la monarquía.

La segunda consecuencia es que el monarca debe tener la facultad de negar su aprobacian a toda lei que no le parezca bien, porque si no fuera así, podria

encontrarse en la alternativa, o de tener que hacer cumplir una lei que su conviccion reprueba, o de abdicar la corona, cosas que serian contrarias, la primera a la dignidad real i la segunda al principio de la perpetuidad.

Miéntras tanto en la república democrática, el presidente es responsable de sus actos, con lo cual los pueblos tienen una garantía contra los abusos del poder, i le basta la facultad de objetar los acuerdos del Congreso para que sean reconsiderados, sin necesidad de anularlos, ni de paralizar la accion lejislativa, puesto que siendo un funcionario público temporal, sin tener nada de inviolable o sagrado, puede obedecer i hacer obedecer las leyes sin mengua de su dignidad.

P. ¿Qué ventajas produce la temporalidad del jefe del ejecutivo?

R. Ella facilita las dos siguientes, que son indispensables para constituir el ejecutivo de un modo conveniente a los intereses nacionales: primera, que el hombre a quien se confiere tan vasto poder sea elejido entre los que son dignos por los talentos, virtudes i superioridad de alma que la sociedad debe exijir en el hombre a quien confia su direccion i sus intereses; i segunda, que permanezca siempre en el poder tal cual era en el momento de la eleccion i no llegue a formarse intereses distintos u opuestos a los del pueblo.

P. ¿Tiene estas ventajas la monarquía?

R. De ninguna manera: en la monarquía hereditaria el poder se confia al que lo hereda, sin consideracion alguna a sus cualidades personales; i la historia manifiesta cuán funesta ha sido esta aberracion en

los reinados de muchos imbéciles o locos que, por haber nacido reyes, han hecho a los pueblos el juguete de sus caprichos. Este peligro, que se desarrolla en todas sus espantosas consecuencias en la monarquía absoluta, se conjura en la monarquía constitucional con la regla de que el monarca no gobierna, porque si gobernara, se trastornaria el equilibrio en que consiste la principal ventaja de esta especie de monarquía, la cual es en sí misma el resultado de una transaccion entre los monarcas i los pueblos, un progreso de la barbarie a la civilizacion, un paso que da la monarquía hácia la democracia. Pero de todos modos este i otros recursos que son puras ficciones, que se eluden fácilmente, no hacen mas que mantener contra la razon una forma de gobierno en que hai un ente sagrado, que está de mas si no hace nada, i que puede ser funesto si lo hace todo.

En la monarquía electiva, la eleccion da al principio monárquico todo su vigor, colocando al frente del Estado a un hombre digno; pero, si esta monarquía, bajo este aspecto, consulta el primer requisito que facilita la temporalidad, bajo otros aspectos comprende en sí el oríjen de su propia destruccion, porque el rei no puede permanecer tal como era al tiempo de la eleccion: investido de un poder inmenso i llamado a tomar parte en el gobierno por sus prendas, se considera una escepcion entre los demas, i naturalmente propende a establecer sus prerogativas sobre el mismo pié que las de los monarcas absolutos, i conspira habitualmente, a fin de convertir en hereditaria i de vincular en su familia una dignidad que solo se le confirió durante su vida.

De todo esto resulta que la monarquía bajo todas sus formas es un gobierno que no puede realizar las ventajas de la República democrática, i que, aun cuando es antiguo en el mundo, no es por eso razonable ni conforme a la naturaleza del hombre i de la sociedad.

LECCION OCTAVA.

Deberes del hombre para con sus semejantes.

P. ¿Qué debe el hombre a sus semejantes?

R. *Caridad* i *justicia*, porque todos sus deberes para con ellos se encierran en estas dos virtudes, aunque propiamente la caridad es la fórmula de todos esos deberes, porque todas las relaciones humanas del hombre están compendiadas en la caridad.

P. ¿Qué entiendes por caridad?

R. La caridad es el amor, es ese vínculo universal que nos liga a Dios i a nuestros prójimos por medio del amor.

P. ¿Cuáles son los sentimientos contrarios a la caridad?

R. El odio, la impaciencia, la soberbia, el orgullo, la envidia, la ambicion i la codicia; sentimientos que se llaman odiosos i que son contrarios a la perfeccion del hombre i de la sociedad, porque todo lo que pensamos i obramos movidos por ellos es un mal o por lo ménos es contrario a nuestra razon.

P. ¿Cuál de esos sentimientos es el mas contrario a la perfeccion social?

R. La ambicion, cuando está auxiliada de la ignorancia i de la mentira. La accion corruptora de estos males mata la caridad, que es la base natural de todas nuestras relaciones sociales, i ha producido

siempre todas las desgracias que pesan sobre la humanidad, porque la ignorancia facilita el triunfo de la mentira i asegura a la ambicion su imperio.

P. ¿Cómo puede obrar la caridad contra la ambicion, la ignorancia i la mentira?

R. Por el amor a la verdad i a la justicia, que la complementan, i que son las dos antorchas luminosas que disipan las tinieblas de la ignorancia i abren el paso a la perfeccion de la humanidad.

P. ¿Cómo se pone en práctica la caridad?

R. Amando la verdad i practicando en todas nuestras relaciones con nuestros semejantes la *justicia*, la *beneficencia* la *induljencia* i la *tolerancia*.

P. ¿Qué es *justicia?*

R. Es una virtud que consiste en el hábito constante de respetar el derecho de los demas, es decir, las condiciones dependientes de nuestra voluntad i necesarias a la vida i a la perfeccion de los demas hombres; por tanto, si obro contra la independencia personal de algun individuo, contra el uso de sus facultades físicas, morales o intelectuales, contra su reputacion, tranquilidad o propiedad, obro contra la justicia, porque todas esas cosas son condiciones indispensables de su existencia i perfeccion, que yo debo respetar.

P. ¿Cuál es la norma a que debemos ocurrir para saber cuando obramos con justicia?

R. La razon, porque, segun lo que he dicho, la justicia es inherente a la naturaleza humana i tiene en ella su fundamento, de modo que nuestra recta razon basta para conocer cuando obramos con ella o contra ella.

P. ¿No tiene su oríjen la justicia en la lei escrita?

R. No, pues la justicia, ya se considere como virtud moral, o como un hecho social, es, asi como el derecho, anterior a toda lei escrita, puesto que se refiere a las condiciones voluntarias de nuesta existencia i perfeccion. La lei no da pues oríjen a la justicia, i ántes bien debe ajustarse a ella para ser siempre su intérprete; pues desgraciadamente hai leyes, que sin embargo de ser obligatorias, como tales, son contrarias a la justicia, porque atacan o perturban aquellas condiciones que constituyen nuestros derechos. En tal caso los actos arreglados a esas leyes serán legales, pero no justos; ellas nos obligarán porque el respeto a las leyes, aunque sean malas, es tambien una condicion de la estabilidad de la sociedad; pero la justicia reclamará su reforma, i los que se opongan a esta reforma, empeñándose en sostenerlas, pecarán contra la justicia, cometiendo una inmoralidad.

P. ¿Cómo se vincula la justicia con la caridad?

R. Aunque ámbas virtudes son diferentes, la justicia toma su brillo i su fuerza de la caridad, porque sin amor a lo justo no se puede adquirir ese hábito constante de respetar en cada individuo las condiciones de su existencia i perfeccion, hábito que constituye la virtud moral llamada justicia.

P. ¿Qué es *beneficencia?*

R. Es la misma caridad puesta en accion para aliviar las miserias de nuestros semejantes por medio de los servicios i beneficios que les hacemos, sin egoismo, sin codicia, sin interes personal.

P. ¿Qué es *induljencia?*

R. Es tambien la caridad empleada para sufrir i perdonar con jenerosidad, movidos solo por amor, las flaquezas i faltas de nuestros prójimos, ejercitando la paciencia i la fortaleza, i huyendo de la envidia i de la suspicacia.

P. ¿Qué es *tolerancia?*

R. La tolerancia es otra forma de practicar la caridad, que consiste en tratar i respetar con amor las opiniones ajenas, reprimiendo nuestro orgullo i sofocando nuestra ambicion.

P. ¿Cuál es la mas importante de estas virtudes i en cuya práctica debemos esmerarnos mas?

R. La *tolerancia*, pues miéntras que la *beneficencia* se refiere a un círculo de hombres, los indijentes, i miéntras que la *induljencia* solo se refiere al caso en que tengamos agravios que perdonar, la *tolerancia* es de un uso contínuo i constante en todas nuestras relaciones, pues a cada paso encontramos opiniones que nos chocan, juicios que nos parecen estraviados, errores triunfantes que debemos combatir.

P. ¿Cómo se debe practicar la tolerancia para hacerla servir al triunfo de la verdad i de la justicia?

R. Respetando siempre las opiniones ajenas, para poder emplear contra ellas, cuando son erróneas, los medios de la persuacion solamente, i nunca la violencia ni la burla, porque éstas irritan el amor propio de los que abrigan esas opiniones. La verdad huye de la violencia i el ridículo en las discusiones, i la armonía desaparece en presencia de esos enemigos de la verdad.

P. ¿Estamos obligados a tolerar el vicio o el crímen?

R. No: la tolerancia solo se debe a las opiniones, a las ideas, nunca al vicio i al crímen. Si la ambicion traza un plan perverso i, para reclamar tolerancia, lo disfraza con el nombre de un sistema de ideas o de opiniones, debe serle negada la tolerancia, porque la caridad cede entónces su lugar a la justicia, que nos autoriza a rechazar todo lo que es perverso.

P. ¿Qué diferencia hai entre las virtudes morales llamadas justicia i caridad?

R. En la práctica de la justicia el hombre se acostumbra a satisfacer, en cuanto depende de su voluntad, las condiciones de la existencia i perfeccion de los demas; de modo que esta virtud lo conduce al respeto de los derechos i por consiguiente de la libertad de sus semejantes. Pero en la práctica de la caridad solo se ejercita en sus deberes simplemente morales, es decir, en aquellos que se cumplen voluntariamente, por amor al bien; pues la beneficencia, la induljencia i la tolerancia tienen su fundamento en el amor, nada hai en ellas de forzado ni de derecho, i solamente debemos practicarlas por obrar conforme al órden natural del universo, i mantener nuestras relaciones sociales en paz i fraternidad.

P. ¿Por qué has dicho ántes que la práctica de la justicia i de la caridad tienen por base la *igualdad?*

R. Porque el hombre debe suministrar a todos los demas sin escepcion, i en cuanto esté de su parte i de su voluntad, las condiciones de su vida i perfeccion, segun las circunstancias i posicion en que cada cual se encuentre; i al mismo tiempo debe a todos el mismo amor bajo las formas de beneficencia, de induljencia i de tolerancia: así el pobre debe la misma

justicia i caridad al rico que el rico al pobre; el sabio al ignorante, como éste a aquel, i en fin todos a cada uno, i cada cual a todos los demas.

P. ¿I qué entiendes por *igualdad?*

R. Es la identidad con que todos los hombres, sin escepcion, han recibido de la naturaleza un mismo derecho al goce de su vida i al desarrollo de todas sus facultades físicas, morales e intelectuales.

P. ¿Es un derecho la igualdad?

R. En moral no es propiamente un derecho la igualdad, porque no podemos exijir que se nos preste el mismo tratamiento moral que a los demas, pues en tal caso los deberes morales perderian su cualidad de voluntarios. Pero ante la lei, es un derecho la igualdad, por cuanto es una condicion de la perfeccion social que no haya escepciones, ni fueros, ni privilejios que escluyan a los unos de lo que se concede a los otros en igualdad de circunstancias; pues todos hemos recibido de nuestra naturaleza un derecho igual al goce de nuestra vida, al desarrollo de nuestras facultades, i en fin, al goce i uso de nuestros derechos civiles i políticos.

P. ¿Supuesto que la igualdad es por lo jeneral una cualidad de los derechos que hemos recibido de la naturaleza, parece que no se refiere a la condicion social de los hombres?

R. Es evidente que no: la condicion o posicion que cada hombre ocupa en la sociedad, segun las circunstancias que le rodean, varia tanto como la fisonomía humana; pues a pesar de que la naturaleza nos ha dotado a todos de iguales derechos, no obstante no nos ha dado a todos una misma intelijencia, ni un

corazon igualmente sensible, ni inclinaciones, ni gustos, ni fuerzas iguales. Todas estas cualidades distintas, puestas en accion, se desenvuelven de un modo desigual, segun el carácter de cada hombre, i crean distintas posiciones: de aquí procede la *desigualdad* de circunstancias en riqueza, en talentos i por consiguiente las distintas posiciones o condiciones sociales; desigualdad que es natural, i por tanto invencible, i que no se opone de modo alguno a la igualdad de derechos que todos tenemos, a pesar de nuestras condiciones sociales.

LECCION NOVENA.

Deberes del hombre para con la creacion.

P. ¿Cuál es la base de nuestras relaciones con la creacion.?

R. La *propiedad.*

P. ¿Qué es propiedad?

R. Es el derecho que tiene el hombre para obtener por medio de la aplicacion de sus facultades, las cosas del mundo esterior, que contribuyen a la satisfaccion de sus necesidades; i para disponer de ellas a su voluntad, bajo la proteccion de las leyes i segun las formas establecidas por éstas.

P. ¿Por qué la llamas derecho?

R. Se llama derecho la propiedad, porque ella es una condicion de nuestra existencia i perfeccion. El hombre, por la superioridad de su naturaleza, está en relacion con todas las cosas creadas; i su fin natural, su perfeccion, consiste en desarrollar todas sus facultades, aplicándolas a todas las cosas creadas, conforme al órden jeneral de la creacion i de la naturaleza de cada cosa en particular. Por eso es que la propiedad, al mismo tiempo que es un derecho, es tambien la base de sus relaciones con la creacion.

P. ¿Qué otra consecuencia se deduce de esta relacion?

R. Se deduce tambien que al apropiarse el hombre la cosas que la naturaleza le permite hacer suyas, no debe ser para tratarlas caprichosamente, ni por consideracion a su egoismo o a su propia persona, sino respetando el órden jeneral de la creacion, tratando cada cosa segun su particular naturaleza i en el lugar que le corresponde en ese órden jeneral. Este es el límite natural del derecho de propiedad, i respetándo'o, cumplimos con la mas alta de nuestras prerogativas, que consiste en elevarnos a la moralidad, practicando el bien no por interes, sino por ser bien en sí mismo, i porque es conforme al órden de la creacion.

P. ¿Entónces no estamos autorizados para destruir las cosas i hacer de ellas lo que segun nuestro capricho se nos antoje?.

R. No: solamente podemos servirnos de ellas, pues, aunque las cosas carecen de derecho i de moralidad, pertenecen sin embargo al órden de la creacion, i en él contribuyen a formar la gran armonía que brilla en el universo. Si en los fines a que ellas están destinadas por su naturaleza, no son útiles a un hombre, pueden serlo mas tarde a él mismo o a otros de sus semejantes; de modo que aun cuando el individuo que las desnaturaliza no peca contra el derecho, obra sí contra la moral, que le aconseja respetar la naturaleza i no hacer un daño que es contrario al desarrollo de su relacion con la creacion.

P. ¿Se aplican los mismos principios a los animales?

R. Sí, con mas evidencia: los animales tienen tambien su bien peculiar, porque gozan de sensibilidad; i aunque ese bien se limita a la satisfaccion de sus

instintos i necesidades, es una especie de condicion de su existencia animal, que el hombre no puede violar arbitrariamente, sino solo cuando su naturaleza, superior a la del bruto, le da derecho a servirse de él para llenar alguna de las condiciones de su existencia i de su perfeccion humana.

P. ¿Hasta qué punto nos es lícito usar de los animales?

R. Hasta el punto de sacar de ellos la utilidad que la razon nos aconseja, pues no nos es lícito contrariar su naturaleza animal causándoles dolores, privaciones o males, que por no ser orijinados por el ejercicio de un verdadero derecho del hombre, son inútiles crueldades que a ningun bien conducen.

P. ¿Tienen derechos los animales?

R. No, pues aun su bien sensible, que es una condicion de su existencia, no constituye un derecho, porque el bruto no puede practicar la justicia ni con el hombre ni con los seres de su especie, para cumplir o exijir una condicion voluntaria de las que constituyen el derecho.

P. ¿Entónces parece que no hai obligacion de respetar el bien sensible de los animales?

R. Es evidente que no hai obligacion de derecho, pero sí hai una obligacion moral, pues si el hombre viola el bien de los animales por motivos independientes de la justicia, como son la cólera, la crueldad, el capricho o cualquier otro impulso apasionado, se degrada i peca contra la moral, que le aconseja tratar cada cosa segun su naturaleza peculiar. En tales casos su propia conciencia le advierte que hace mal, pues si su corazon no está corrompido, le dice que

hace un mal injustificable, latiendo de compasion en presencia del sufrimiento del bruto.

Puesto que concebimos un órden jeneral de la creacion, debemos obrar conforme a ese órden jeneral, i tratar a cada ser, tanto a nuestros semejantes, como a los demas seres animados, como conviene a su naturaleza peculiar, porque ella es un elemento del órden jeneral del universo.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

SUSCRIPTORES

A LA

Miscelanea Historica i Literaria.

(Continuacion.)

ATACAMA.

D. Santiago Toro.
,, Salvador N. Gallo.
,, Paulino Araujo.
,, Telésforo Zavala.
,, Adolfo F. Bascuñan.
,, Manuel Cortes.
,, Cesáreo Aguirre.
,, Juan N. Ossa.
,, Marco A. Picon.
,, Cárlos Codecido.
D. Enrique Villegas.
,. Fermin Cortes.
,, Cárlos C. Videla.
,, Hermójenes Cavada.
,, Estevan Guerra.
,, Mariano Orellana.
,, Francisco Herrera Elizalde.
,, Juan Basterrica.
,, Ismael Cumplido.
,, Matias Rojas Delgado.

TALCA.

El Club de Talca.
Frai José Antonio Concha.
Señores Silva Hermanos.
D. Valeriano Maturana.
,, Alvaro Letelier.
,, Toribio Hevia.
,, Adolfo Collao.
,, Urbano Armas.
D. Mateo Donoso.
,, Pedro V. Letelier.
,, Bernardo Fuenzalida.
,, Francisco J. Gomez.
,, Valentin Saldias.
,, Jerónimo Letelier.
,, Lorenzo Arancibia.
,, Juan Estevan Castro.

D. Nicanor Donoso Cruz.
,, José María Solar.
,, Horacio Liebbe V.
,, Federico Bascuñan.
D. Heriberto Frias.
,, Francisco Antonio Silva V.
,, Anibal Bascuñan V.
,, Vicente de la Cruz.

CONCEPCION.

D. Francisco Rogers.

ACONCAGUA.

D. David Garcia.

INDICE.

Páj.

Discurso de incorporacion a una sociedad literaria de Santiago, pronunciado en la sesion de 3 de mayo de 1842. . . 5

ESTUDIO SOBRE LOS PRIMEROS POETAS ESPAÑOLES.

Advertencia 31
I. 32
II. 41
III. 43
IV. 46
V. 50
VI. 53
VII. 55
VIII. 62
IX. 67

NOVELAS I CUENTOS.

EL MENDIGO.

I. 73
II. 78
III. 88
IV. 100
V. 111

EL ALFEREZ ALONSO DIAZ DE GUZMAN.

I. 117
II. 121
III. 127

Páj.

IV. 135
V. 139

ROSA.

Episodio histórico.

I. 141
II. 145
III. 149

PEREGRINACION DE UNA VINCHUCA.

Cuento de brujas.

I. 151
II. 159

DON GUILLERMO.

I. El águila. 167
II. La segunda tarde 173
III. El camino de Valparaiso. 178
IV. La cueva del Chibato. 183
V. A picos pardos. 186
VI. En la puerta del horno se quema el pan. 190
VII. Nadie sabe para quien trabaja. 193
VIII. El De profundis 199
IX. Comienza a aclarar. 202
X. El interrogatorio 209
XI. Los imbunches. 214
XII. Tambien hai brujas hechiceras. 218
XIII. Lucero 221
XIV. El alcázar de los Jenios 226
XV. Digresiones. 232
XVI. Primer cuadro. 241
XVII. Segundo cuadro. 249
XVIII. Huye, que solo aquel qué huyé escapa. 263
XIX. Vida contemplativa. 270

Páj.
XX. Tercer cuadro 279
XXI. En donde se ve que no es malo salir como se ha entrado 288
XXII. 1841 298
XXIII. 1860 302
Postdata. 304

DIDACTICA.

EL LIBRO DE ORO DE LAS ESCUELAS.

Informe i aprobacion universitaria. 309
Advertencias 315

INTRODUCCION.

Objeto de la educacion social.

I. 317
II. 321
III. 324
IV. Deberes del hombre para con Dios. 327
V. Deberes del hombre para consigo mismo. 330
VI. Libertad 335
VII. Continuacion. 341
VIII. Continuacion. 345
IX. Deberes del hombre para con sus semejantes. . . . 355
X. Justicia, beneficencia, induljencia, tolerancia, caridad 357
XI. Tolerancia. 362
XII. Deberes del hombre para con la creacion. 365
XIII. Conclusion. 369

APENDICE.

El progreso moral.

I. Definiciones 371
II. Las dos leyes del progreso, intelijencia i sentimiento. 375
III. Accion de las leyes del progreso. 380

Páj.

VI. Comprobacion histórica de la accion de las leyes del progreso. 384
V. La época actual es de transicion. Su tendencia. . . 390
IV. Sistema de la fuerza i sistema liberal. Errores morales i políticos. 395
VII. Evoluciones del sistema de la fuerza, para sostenerse. 401
VIII. Filiacion de las ideas i causas de su actual anarquía. 408
IX. Situacion de la revolucion hispano americana. . . 417
X. Rectificacion de las ideas, criterio de la verdad. . . 427

PROGRAMA DEL CATECISMO.

LECCION PRIMERA. — DEL HOMBRE. — ¿Qué es el hombre? —¿En qué consiste el fin a que el hombre está destinado en este mundo? — Supuesto que el fin del hombre es su bien natural, ¿podrá el hombre consultar este bien satisfaciendo sus deseos i aspiraciones, sin considerar otra cosa que su interes personal? — ¿Por qué dices que el hombre halla su bien primeramente en el desenvolvimiento de sus facultades? — ¿Por qué dices que lo que completa el bien del hombre es la aplicacion de sus facultades?—¿Hai relacion entre este fin mundano del hombre i la vida eterna a que está destinado?—¿Puede ser absoluta la perfeccion del hombre?—¿Supuesto que la perfeccion humana no es absoluta, hasta qué grado debe el hombre procurársela, para cumplir con la lei de su naturaleza, que se la impone? . . 435

LECCION SEGUNDA. — DE LA PERFECCION MORAL. — ¿Cómo puede alcanzarse la perfeccion moral en el mayor grado posible?—¿Cómo conocerémos lo justo i verdadero?—¿Cuáles son los deberes morales?—¿Por qué llamais *morales* esos deberes? —¿Qué haremos para amar i practicar lo justo i verdadero? —¿Qué debe el hombre a Dios?—¿Qué se debe el hombre a sí mismo?—¿Qué es lo que debe el hombre a sus semejantes? —¿Qué debe el hombre a la creacion? 439

LECCION TERCERA.—DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS. —¿Por qué crées que el hombre tiene el deber de adorar a Dios?—¿Qué entiendes por *relijion*?—¿Basta la union del hombre con Dios, por medio del espíritu i del corazon, para

Páj.

no tributarle adoracion?—¿Es necesaria la relijion i debe el hombre cultivar i satisfacer esa necesidad natural que siente de adorar a Dios?—¿Cuáles son los estremos viciosos que el hombre debe evitar, como hombre relijioso? 442

Leccion cuarta.—Deberes del hombre para consigo mismo.—¿Qué es probidad?—¿Qué se alcanza con la práctica de la probidad?—¿Qué virtudes se comprenden en la probidad?—¿Es acaso una virtud el *amor propio*?—¿Qué es necesario para que el amor propio sea contenido en los límites que le señala la lei natural?—¿Cuáles son las virtudes que nos aconseja practicar el amor de nosotros mismos i que se comprenden en la probidad?—¿Cuál es el hábito mas útil para que el hombre se acostumbre a ser honrado?—¿Segun lo dicho, parece que no puede ser honrado el hombre que no tiene modestia, templanza, sobriedad, castidad i amor al trabajo? . . . 445

Leccion quinta.—De la libertad.—¿Qué es libertad?—¿Qué se entiende por derechos?—¿Nace el hombre con la libertad, o es ésta una cosa que se adquiere?—¿Parece que nacen con libertad hasta los que nacen esclavos?—¿Qué regla podemos tener para saber si se nos priva de la libertad?—¿Cómo sabremos si tenemos derecho a una cosa?—¿Existe la libertad por sí sola i separada del derecho?—¿Cómo está representada en la sociedad la idea del derecho?—¿Puede existir la sociedad sin esa autoridad?—¿Existe el Estado en las tribus salvajes?—¿Dime si esa imperfeccion favorece a la libertad?—¿No hai mas libertad miéntras mas libre es la voluntad?—¿Cómo está limitada la voluntad?—¿Es libre el hombre a pesar de no poder querer sino lo justo?—¿Entónces no hai libertad para hacer el mal?—¿En qué sentido dices que la libertad es la base de los deberes del hombre para consigo mismo?—¿Cómo obra el hombre cuando no cumple sus deberes morales?—¿No obra tambien la lei contra los licenciosos? 448

Leccion sesta.—La lei i la libertad.—¿Qué es la lei?—¿Acaso el derecho no procede de la lei i es posterior a ella?—Supuesto que la lei no da orijen al derecho, ¿cómo procede el lejislador para llenar su tarea?—¿No puede existir la libertad a pesar de las leyes erróneas, egoistas o restrictivas?—¿Por

Páj.

ventura no son necesarias las leyes escritas para moderar la libertad i reducirla a términos racionales?—¿Por qué se dice entónces que son necesarias las leyes para que los hombres no se perjudiquen unos a otros con su libertad natural?—¿Dime si la libertad tiene o no su límite en el sentido que le das?—¿La libertad es un medio de alcanzar la perfeccion social, como lo es la lei? 456

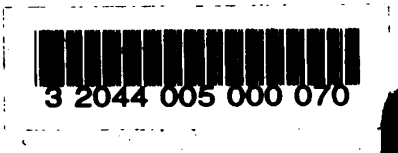
Leccion septima.—Organizacion del estado.—Has dicho que no puede existir la sociedad sin la autoridad encargada de realizar el principio del derecho, dime ahora ¿cuál es el oríjen del poder del Estado?—¿Cuál es el fin del poder político?—Siendo el poder uno en su oríjen i en su fin, ¿deberá ser tambien único en su aplicacion?—¿Cuáles son las funciones que dan oríjen a las diversas ramas del poder político?—¿Cómo están organizadas todas estas ramas del poder entre nosotros?—¿Qué llamas Constitucion Política?—¿Es igual esta organizacion en todos los Estados?—¿Qué es *República*?—¿Nuestro gobierno es una república o democracia representativa?—¿Qué es *Aristocracia*?—¿Qué es *Monarquía*?—¿Cuál es es la diferencia esencial que hai entre la Monarquía i la República democrática?—¿Qué consecuencias resultan de esta diferencia?—¿Qué ventajas produce la temporalidad del jefe del ejecutivo?—¿Tiene estas ventajas la monarquía? . . . 460

Leccion octava.—deberes del hombre para con sus semejantes.—¿Qué debe el hombre a sus semejantes?—¿Qué entiendes por caridad?—¿Cuáles son los sentimientos contrarios a la caridad?—¿Cuál de esos sentimientos es el mas contrario a la perfeccion social?—¿Cómo puede obrar la caridad contra la ambicion, la ignorancia i la mentira?—¿Cómo se pone en práctica la caridad?—¿Qué es *justicia*?—¿Cuál es la norma a que debemos ocurrir para saber cuando obramos con justicia?—¿No tiene su oríjen la justicia en la lei escrita?—¿Cómo se vincula la justicia con la caridad?—¿Qué es *beneficencia*?—¿Qué es *induljencia*?—¿Qué es *tolerancia*?—¿Cuál es la mas importante de estas virtudes i en cuya práctica debemos esmerarnos mas?—¿Cómo se debe practicar la tolerancia para hacerla servir al triunfo de la verdad i de la

Páj.

justicia?—¿Estamos obligados a tolerar el vicio o el crímen?—¿Qué diferencia hai entre las virtudes morales llamadas justicia i caridad?—¿Por qué has dicho ántes que la práctica de la justicia i de la caridad tienen por base la *igualdad*?—¿I qué entiendes por *igualdad*?—¿Es un derecho la igualdad?—¿Supuesto que la igualdad es por lo jeneral una cualidad de los derechos que hemos recibido de la naturaleza, parece que no se refiere a la condicion social de los hombres? . . . 470

LECCION NOVENA.—DEBERES DEL HOMBRE PARA CON LA CREACION.—¿Cuál es la base de nuestras relaciones con la creacion?—¿Qué es propiedad?—¿Por qué la llamas derecho?—¿Qué otra consecuencia se deduce de esta relacion?—¿Entónces no estamos autorizados para destruir las cosas i hacer de ellas lo que segun nuestro capricho se nos antoje?—¿Se aplican los mismos principios a los animales?—¿Hasta qué punto nos es lícito usar de los animales?—¿Tienen derecho los animales?—¿Entónces parece que no hai obligacion de respetar el bien sensible de los animales? 477


3 2044 005 000 070